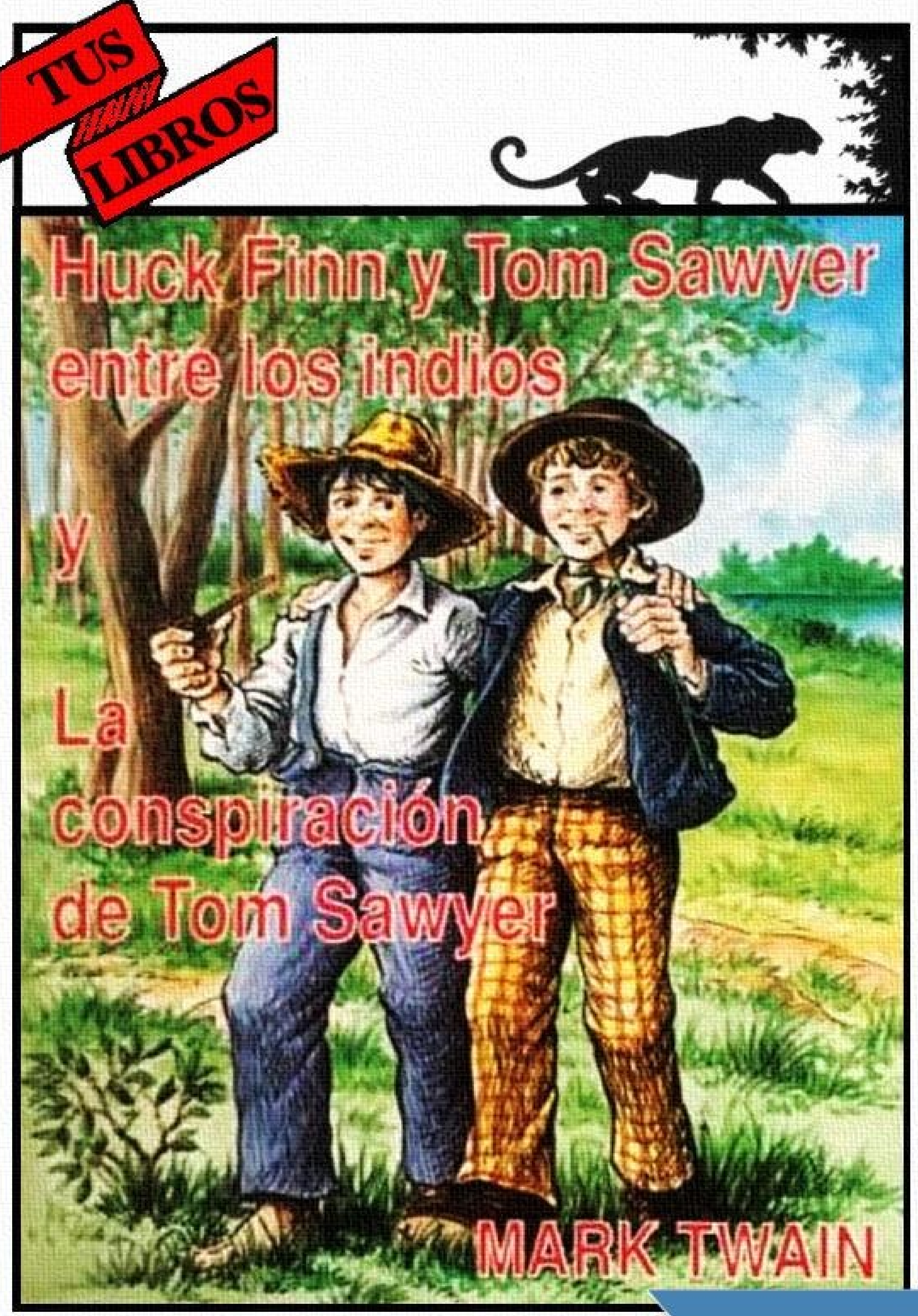

TUS LIBROS
Huck Finn y Tom Sawyer entre los indios
y
La conspiración de Tom Sawyer
MARK TWAIN

Consciente de la eficacia literaria y de la popularidad de Tom Sawyer y Huckleberry Finn, Mark Twain tomó la pluma varias veces para ponerlos en campaña a correr aventuras como don Quijote y Sancho. Pero, como él mismo cuenta, eran caprichosos, y a veces se mantenían en sus trece, sin que nadie pudiera «persuadirlos jamás de lo contrario». Este volumen recoge las tres tentativas frustradas en que sus personajes se negaron a abandonar el tintero y el cajón del escritorio. Traducidas por vez primera, ofrecemos al lector las aventuras inacabadas de *Huck y Tom entre los indios*, así como un *diario* y una *conspiración*. En los tres textos brillan el buen humor y la ironía.

Mark Twain

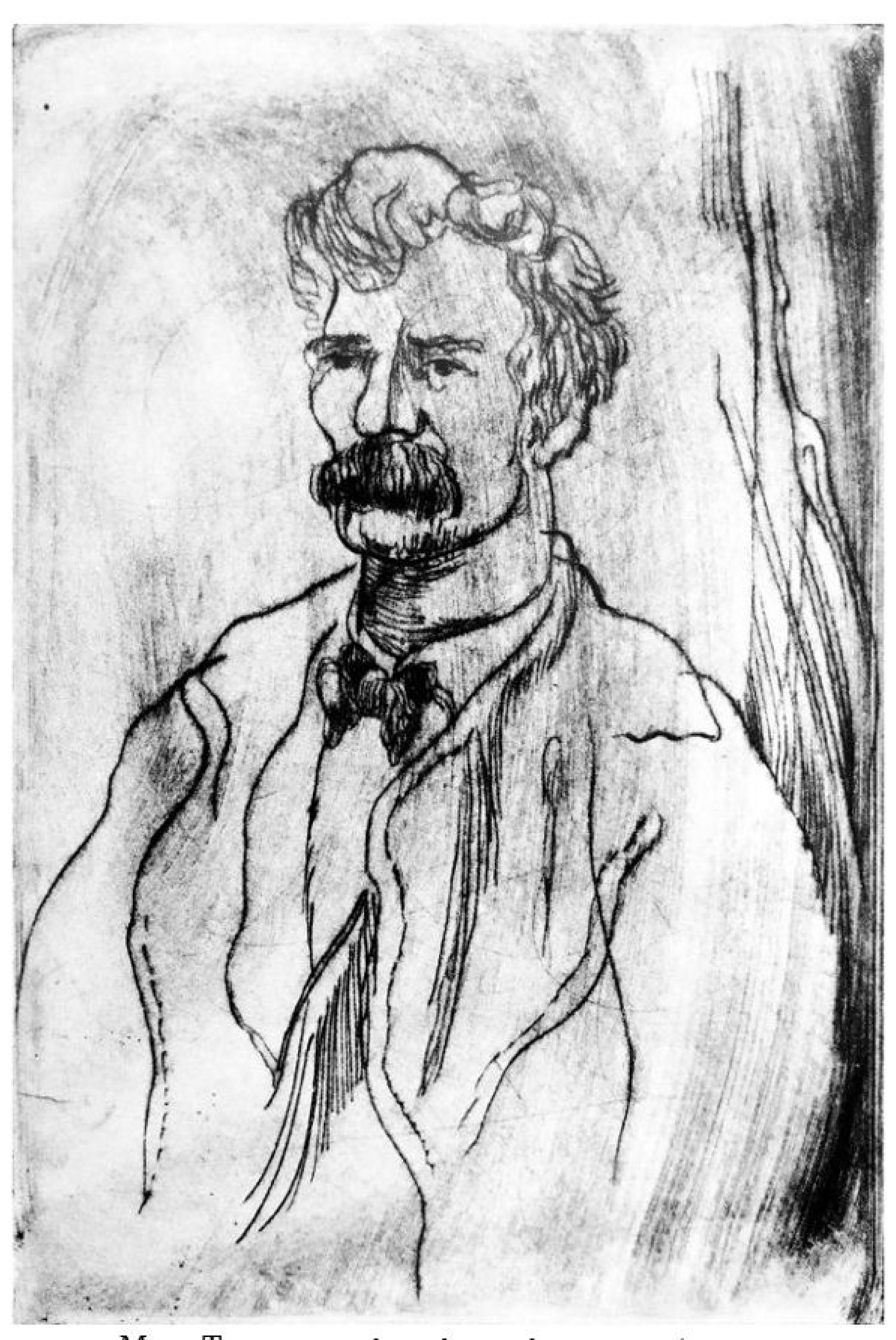
Huck Finn y Tom Sawyer entre los indios y La conspiración de Tom Sawyer (Ilustrado)

Tus Libros - 156

ePub r1.0
Titivillus 07.02.2020

Título original: *Boy's Manuscript*, 1942; *Huck Finn and Tom Sawyer among the Indians,* 1969; *Tom Sawyer’s Conspiracy*, 1969
Mark Twain, 1942
Traducción, apéndice y notas: Maylee Yábar-Dávila
Ilustraciones: José María Ponce
Retrato del autor: Justo Barboza

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



MARK TWAIN [Samuel Langhorne Clemens] (1835-1910)

La presente obra es traducción directa e íntegra de los originales ingleses: Boy's Manuscript, *publicado por primera vez por De Voto en 1942;* Huck Finn and Tom Sawyer among the Indians *y* Tom Sawyer's Conspiracy, *publicados simultáneamente por primera vez por la University of California Press, en Berkeley, Los Ángeles y Londres en 1969. Las ilustraciones; originales de José María Ponce, han sido realizadas expresamente para esta edición.*

Advertencia editorial

Este volumen recoge tres textos que nunca han sido publicados en español. Las razones de su ausencia son evidentes: ninguno de los tres fue publicado en vida del autor, porque ninguno de los tres fue concluido. Pero el hecho de que Mark Twain trabajara tan tempranamente en ellos (véase Apéndice*) da indicio del amor que sentía Twain por esta pareja de personajes, que son como un trasunto de don Quijote y Sancho a escala infantil. En el* Diario de un muchacho *el lector reconocerá el embrión de la historia de Tom y Becky, además de otras aventuras en la escuela, que luego desarrollaría en ciertos capítulos de* Las aventuras de Tom Sawyer *(se observará incluso que el nombre completo del futuro héroe surge de la suma del de otros dos chicos: Tom, del nombre del hermano de Amy y Sawyer, de Bob Sawyer). En cuanto a* Huck Finn y Tom Sawyer entre los indios *y* La conspiración de Tom Sawyer*, Twain pretendía insistir una vez más en la oposición de caracteres de ambos personajes: la fantasía literaria de Tom frente al realismo de ese impagable personaje que es Huckleberry Finn. Ninguna de estas dos historias conoció el final, aunque el lector percibirá las relaciones existentes entre* La conspiración *y* Tom Sawyer detective*, y reconocerá algunos de los personajes de* Las aventuras de Huckleberry Finn.

Estas páginas, que nunca llegaron a ser libro, se traducen ahora por primera vez al español. Quizá pueda causar cierta desazón el no saber cómo acabarían realmente las aventuras de Tom entre los indios, aunque podemos adivinar cómo alcanzaría su gloria final en La conspiración*. De todos modos, creemos que los lectores devotos de esta pareja inigualable de personajes de la literatura —ya sin adjetivos ni limitaciones— agradecerán que les ofrezcamos la primicia de algo que quedó en borrador. Con estas páginas finaliza el ciclo de Tom Sawyer, con la ironía y el humor característicos de Twain.*

LOS EDITORES

Diario de un muchacho

[Faltan las dos primeras páginas del manuscrito, que contenían el título y las primeras 300 palabras aproximadamente]

… y puse la manzana allí. No sé cuánto esperé, pero fue mucho tiempo. No me importó, porque estaba preparando lo que iba a decir, así que fue delicioso. Primero pensé que podría llamarla «Querida Amy», aunque tenía un poquito de miedo; pero pronto me acostumbré a ello y fue maravilloso. Entonces lo cambié por «Dulce Amy» —que era mejor—, y luego volví a cambiarlo por «Amy, cariño», lo cual era ya una dicha absoluta. Cuando por fin lo tuve preparado, iba a decir: «Amy, cariño, si encuentras una manzana en el umbral —creo que sí que la encontrarás—, quiero que sepas que he sido yo quien la dejó allí, y espero que alguna vez pienses en mí…, aunque sea solo un poquito…», y lo repetí una y otra vez, hasta aprendérmelo de memoria, para poder decírselo todo de un tirón sin pensar en ello en absoluto. En cuanto vi una cinta azul y un vestido blanco, mi corazón comenzó a latir de nuevo, mi cabeza empezó a dar vueltas y comencé a ahogarme…, y esto se volvió cada vez peor cuanto más se iba acercando Amy… Entonces, justo a tiempo, salté detrás de las maderas y pasó ella. Solo tuve fuerzas para vocear: «¡MANZANAS!», después saqué brillo a una en el almacén de maderas y me escondí. ¡Cómo deseé que conociera mi voz! Entonces me acobardé y me puse a temblar, por temor a que ella sí la conociera. Sin embargo, un momento después me tranquilicé al recordar que ella *no me conocía*,así que quizá tampoco conocería mi voz. Cuando dije mis oraciones por la noche, recé por ella. Y rogué a Dios que no le sentara mal la manzana, y que la bendijese en todos los sentidos, por Jesucristo nuestro Señor, amén. Y entonces traté de dormirme, pero estaba preocupado por Jimmy Riley, aunque ella no lo conozca, y dije que en la primera oportunidad que tuviese le daría otra paliza. Y eso sí que lo haría.

Martes.— Ayer por la mañana hice novillos, y permanecí por los alrededores de su calle fingiendo no hacer nada, pero estaba todo el tiempo vigilando de reojo su ventana, porque estaba seguro de que sabía cuál era…, y cuando pasaba la gente, si me miraban, me alejaba un trecho a hurtadillas, pues, por

su modo de mirarme, estaba completamente seguro de que sabían lo que estaba tramando…, pero tuve cuidado y, en cuanto se alejaron, regresé. Una vez vi en la ventana parte del revoloteo de un vestido, y ¡ah…, cómo me sentí! Estuve tan feliz todo el tiempo que duró la visión… y tan terriblemente abatido cuando acabó… y *tan* feliz de nuevo cuando volvía a verlo… Podría haberme quedado allí un año. Una vez estuve observándolo tan de cerca que no me di cuenta, y seguí acercándome más y más por la acera, hasta que un hombre chilló: «¡Eh!», y casi me arrolla con su furgoneta. Ojalá lo hubiera hecho, porque entonces me habría quedado lisiado y me habrían llevado a su casa todo ensangrentado y descalabrado, y ella habría llorado y yo habría sido absoluuutamente feliz, porque habría tenido que quedarme allí hasta ponerme bueno, y además ojalá *nunca* me pusiera bueno. Al poco rato, resultó que era la mucama negra la que revoloteaba el vestido en la ventana, y entonces me sentí tan desmoralizado que ojalá nunca lo hubiese sabido. Sin embargo, ahora sé cuál es su ventana, porque de repente Amy se acercó a ella, y creí que mi corazón iba a estallar de felicidad…, pero me di la vuelta y fingí que no sabía que ella estaba allí, y salí llamando a voces a unos chicos (no había ninguno a la vista) y «pavoneándome» lo más que pude. Pero cuando eché una especie de vistazo a mi alrededor para ver si ella se fijaba en mí, resulta que se había ido…, y entonces deseé no haber sido tan tonto y haberla mirado cuando tuve la oportunidad. ¿Habrá pensado que me mostré frío con ella? Me siento fatal al pensar en ello.

Nuestra procesión de antorchas salió anoche. Éramos casi once y teníamos una linterna. Era magnífica. Era la linterna del tío de John Wagner. Yo caminé justo al lado de John Wagner toda la noche. Una vez dejó que yo mismo llevase la linterna un ratito. No cuando pasábamos por su casa, pero si ella estaba donde pudiese vernos, se daría cuenta fácilmente de que era yo el chico que tenía la linterna. Fue la mejor procesión de antorchas que hayan hecho los muchachos…, todos lo decían. Ojalá pudiese saber lo que Amy piensa de ella. Yo hice que pasaran por su casa cuatro veces. Ellos no querían ir, porque estaba en un barrio pobre, pero les pagué con canicas. Tenía veintidós payasos y un boloncio blanco[1] al empezar, y cuando llegué a casa estaba en la ruina. ¿Pensáis que me quejé por algo? No. Dije que no me importaba ningún gasto si estaba en cuestión su felicidad. Grité todo el tiempo que pasamos por su casa, dando órdenes con mucho brío a toda la procesión, así que no me cabe duda de que ella piensa que yo era el capitán…, claro, si conoce mi voz. Espero que sí.

Conocí a su hermano Tom, y espero que le hable de mí. Siempre estoy dando vueltas cerca de él, dándole cosas, siguiéndole a casa y esperándole fuera de la verja. Ayer le di un anzuelo; y anoche le enseñé mi dedo del pie malo, el apretujado, y le dejé el diente que me sacaron en Año Nuevo para que se lo enseñase a su madre. Espero que lo haya visto *ella*. Estaba intentando ganármela de cualquier manera. ¡Qué terrible es conocer a su padre y a su madre! Son como reyes y reinas para mí. Y su hermano Tom… Apenas puedo entender cómo es eso, pero el caso es que él puede abrazarla y besarla cuando quiere. Ojalá fuera yo su hermano. Pero creo que no puede ser.

Miércoles.— Anoche no disfruté nada, aparte de seguir con los chicos por la calle ante su casa, y hablar fuerte y chillar, para que pudiese oírme y supiese que estoy allí. Después de la escuela paso por allí unas tres veces, todo entusiasmado, temeroso casi hasta de mirar, y siempre fingiendo que tengo una prisa atroz…, persiguiendo al médico o algo así. Pero, como a la cuarta vez apenas conseguía quedar a la vista de la casa, lo dejaba…, porque tenía miedo de que la gente de las casas de alrededor se enterase de lo que estaba haciendo. Todo el tiempo deseaba que un toro salvaje o un indio fuesen tras ella para salvarla, pero no parecía que eso fuese a suceder. Eso pasa en los libros, pero no creo que me pase a mí. Después de irme a la cama, imagino todo el tiempo que unos grandullones la insultan y que yo les doy una paliza. En estos últimos momentos, a veces me siento más feliz que nunca, y luego, de pronto, me siento malísimo terriblemente a menudo. *Entonces*… no tengo ningún interés por nada. No me importan las manzanas, no me importan los caramelos de melaza, columpiarme sobre una cancela no me hará ningún bien, incluso deslizarme por el tobogán no es lo que solía ser. Solo doy vueltas anhelando algo que no sé lo que es. He dejado mi cometa a un lado. Ya no me importan las cometas. Vi que el gato le quitó la cola a una y no se me movió ni un pelo. No me dan ganas de ir a nadar, ni siquiera cuando mamá no me deja. He dejado de cazar luciérnagas. Incluso cuando iluminan justo en donde puedo pillarlas fácilmente, ya no les presto atención. Y ya no tengo ningún interés por la propiedad. Hoy he sacado todo lo que tenía en los bolsillos y lo miré: y las mismas cosas que valoraba tanto ahora ya no las valoro nada. Había un balón y una peonza, un trozo de tiza, dos anzuelos, una cuerda de gamuza, un largo trozo de cáñamo, dos lápices de carbón, tinta china efectivamente, tres boloncios blancos, un cañón hecho con un carrete de

hilo, un soldado de madera con la pierna rota, un verdadero Barlow, un pedazo de azúcar de arce, un birimbao, una rana muerta, un huevo de jilguero, el picaporte de una puerta, un trozo de cristal que se rompió de la boca de una licorera (cambié dos anzuelos y un indio de hojalata por eso), un penique, una pistola de patata, dos saltamontes con las piernas arrancadas, el cristal de unas gafas y una pintura de Adán y Eva sin trapito. Llevé todas esas cosas arriba y las guardé. Y ahora sé que nunca más me importará nada acerca de la propiedad. Me había tomado todas esas molestias para acumular una fortuna, y ahora soy tan infeliz como era cuando era pobre. El gato de Joe Baldwin ha muerto, y esperan que yo vaya al funeral, pero no iré. Ya no me interesan los funerales. No quiero hacer otra cosa que no sea perderme y pensar en *ella*. Ojalá estuviese muerto…, eso es lo que desearía. Entonces, tal vez, ella lo lamentaría.

Viernes.— Mi madre no lo entiende. Y yo no puedo decírselo. Ella se preocupa por mí, y me pregunta si estoy enfermo y dónde me duele…, y yo tengo que decirle que no estoy malo y que no me duele nada, pero ella dice que sabe más, y que es el sarampión. Así que me da ipecac, calomelanos[2] y todas esas cosas que me ponen terriblemente enfermo. Tengo que estar en la cama, ella me trae una jarra de té de salvia caliente y me cubre hasta arriba de mantas, diciendo que me hará sudar y hará que el sarampión brote. Yo sufría. Pero no podía decírselo. Entonces dijo que tenía bilis. De modo que me dio un poco de agua tibia salada y vomité todo lo que tenía dentro. Pero no estaba satisfecha. Dijo que allí no había nada de bilis. Así que me dio dos píldoras azules y después un vaso de sal de la Higuera[3] para bajarlas y, efectivamente, así ocurrió. Sentí que lo que quedaba de mí se estaba muriendo, pero aun así no podía decírselo. El sarampión no brotó, así que no era sarampión; no había nada de bilis, así que no era bilis. Entonces ella dijo que no sabía lo que era, pero que *algo me* pasaba, y que lo que había que hacer era atacarlo de manera general. Yo estaba demasiado débil y abatido para que me importase demasiado. Y así, mi madre me puso unas botellas de agua caliente a los pies, unos calcetines llenos de cenizas calientes en el pecho, y una cataplasma en la cabeza. Pero no dieron resultado, así que me dio ruibarbo[4] para regularizar el intestinos y me puso un emplasto de mostaza en la espalda. Por fin dijo que se contentaría con que no cogiera frío en el pecho. Debía de ser estancamiento general de la sangre, y entonces supe lo que seguía. Pero no podía decirlo, y así, con *su* nombre en los labios, me

libré de lo otro y me sometí al tratamiento de agua: irrigaciones, baños de asiento, sábanas mojadas, y una ducha (terrible)…, y salí todo débil, enfermo y exhausto. ¿Y *ella*…? Ah, no, *ella* no sabe nada de esto. Y durante todo el tiempo que permanecí tumbado sufriendo, deseé tanto oír a alguien siquiera pronunciar su nombre…, y los odié porque pensaban en cualquier otra cosa para complacerme, menos en *eso*. Cuando por fin alguien *sí* lo mencionó, mi cara y mis ojos se iluminaron tanto que mi madre se apretó las manos y dijo:

—¡Mira qué bien, oh, qué bien! ¡Las píldoras están surtiendo efecto!

Sábado por la noche.— Ha sido un día bendito. La señora Johnson vino de visita, y mientras pasaba por el salón vi… ¡Oh, quise saltar de la cama! Vi fugazmente un vestidito rojo, y sabía quién estaba dentro. La señora Johnson es su tía. Y cuando vinieron con mamá a verme, yo estaba absolutamente feliz. Estaba absolutamente feliz, pero tenía miedo de mirarla, salvo cuando no me miraba ella. Mamá dijo que yo había estado muy enfermo, pero que ahora estaba mejor que nunca. La señora Johnson dijo que era un tiempo peligroso, pues los niños cogen mucha fruta. Después dijo que Amy se había encontrado una manzana (*yo me sobresalté*) en el umbral de la puerta (*¡oh!*) el domingo pasado, (*¡oh!, es la misma, la mismísima!*) que se la comió toda (*¡bendita sea!*) y le dio un cólico (*¡maldita manzana!*). Así que ella también había estado enferma, pobrecilla, y fue su Billy el que había hecho eso…, aunque ella no lo sabía, claro. Me hubiera gustado cogerla entre mis brazos, contárselo todo y pedirle perdón, pero tenía miedo hasta de hablarle. Sin embargo, ella había sufrido por mí, y yo era feliz. Al poco rato se acercó a la cama y me miró con sus grandes ojos azules sin retroceder jamás. Eso me dio un poco de ánimo. Entonces dijo:

—¿Cómo te llamas?… ¿Eddie o Joe?

Y yo dije:

—Ninguno de los dos… Me llamo Billy.

—Billy ¿qué?

—Billy Rogers.

—¿Tu hermana tiene una muñeca?

—No tengo ninguna hermana.

—No es un nombre muy bonito, o eso me parece…

—¿Cuál?

—Pues, Billy Rogers… Rogers no lo es, pero Billy sí. ¿Has visto pelearse a dos gatos?… Yo sí.

—Bueno, me parece que sí. Yo *hice* que se pelearan. Más de mil veces. Los he puesto sobre cuerdas flojas, dentro de cajas, debajo de barriles, de cualquier manera. Pero lo más divertido es atarles petardos a las colas y verlos dispersarse hasta casa. Te llamas Amy ¿no?… Y tienes ocho años, ¿verdad?

—Sí, y tendré *nueve* dentro de diez meses y medio, y tengo dos muñecas, y la una llora y la otra tiene la cabeza rota y se le ha salido todo el serrín de las piernas…, aunque eso da igual. Le he dado todos sus vestidos a la otra. ¿Es esta la primera vez que has estado malo en tu vida?

—¡No! He tenido la escarlatina, las paperas, la tos ferina y muchísimas otras cosas. ¡Bah! Para mí no significa nada estar malo.

—Para mi madre tampoco. Ha estado enferma más de mil veces, quizá…, y una vez, no te creas, pensaron que se iba a morir.

—*Siempre* se creen que yo me voy a morir. Los médicos siempre se dan por vencidos conmigo, y mi familia va por ahí llorando y sorbiéndose la nariz. Pero yo creo que es la leche.

—Dice mi madre que leche es una palabrota, y no deja que Tom la diga. ¿Con quién vas al colegio?

—Con patapalo Bliven. Los chicos le llaman así porque tiene una pierna de corcho.

—¡Yupi! Yo también iré con él.

—Oh, eso es la lech… Me gusta eso. ¿Cuándo?

—Mañana. ¿Jugarás conmigo?

—¡Pues claro!

Entonces la señora Johnson la llamó y ella dijo:

—Adiós, Billy.

Me llamó Billy… y se fue, dejándome *tan* feliz. Me dio un trozo de caramelo de melaza, me lo puse cerca del corazón, y se puso tibio, se quedó pegado, y no se quitaba, y yo no podía quitarme la camisa, pero no me importaba. Estoy tan contento… ¿Pero cómo saldré de todo esto para ir al colegio el lunes? Debería pensar en ello.

Martes.— Han estado acosándonos. Hemos estado jugando juntos durante tres días, y hoy le pregunté si quería ser mi mujercita; dijo que sí y, justo entonces, Jim Riley y Bob Sawyer saltaron de detrás de la cerca desde donde habían estado escuchando y comenzaron a gritar a los demás estudiantes y a contarlo todo. Así que ella se fue llorando, y yo me sentía tan mal como para

llorar también. Le di una paliza a Jim Riley, y Bob Sawyer me la dio a mí; Jo Bryant zurró a Sawyer, y Patapalo nos zurró a todos. Pero nada podía hacerme feliz. Estaba con el ánimo por los suelos por haberla visto llorar.

Viernes.— No vino al colegio esta mañana, y yo me sentía fatal. No podía estudiar, no podía hacer nada. Saqué un punto negativo porque no supe resolver si un hombre que tenía cinco manzanas, y las dividía en partes iguales entre sí mismo y regalaba el resto, cuántas le quedaban… o algo así. No me supe las partes de la oración ni me importaba. Yo era el primero de la clase en ortografía, pero escribí lluvia con y griega y me mandaron al final de la fila. Me dieron un azote por hacer un dibujo de ella en la pizarra, aunque más parecía un miriñaque de mujer con un hacha encima que otra cosa. Pero no me importaron los sufrimientos. Bill Williams dobló un alfiler y yo me senté encima pero ni siquiera entonces me retorcí. Jake Warner me dio con una pelotilla de papel y ni me di cuenta. El mundo era todo oscuro para mí. Aquella primera hora de la mañana fue espantosa. Algo me decía que ella no estaría allí. No sabía qué, pero *algo* me lo decía. Y se me vino abajo el corazón cuando miré entre las niñas y no la encontré. Esa primera hora no me importaba lo que estaba sucediendo, yo vigilaba la puerta. A veces no oía a la profesora, entonces me regañaban. Seguí esperando, esperando y sobresaltándome —un poquito— cada vez que se abría la puerta, hasta que no sirvió de nada: ella no venía. Y cuando llegó por la tarde, todo empezó a brillar otra vez. Pero pasó de largo y ni siquiera me miró. ¡Lo mal que me sentí! Intenté llamar su atención, pero no podía. Ella siempre miraba para otro lado. Por fin se puso cerca de Jimmy Riley y le susurró algo durante mucho mucho tiempo, creo que cinco minutos por lo menos. Deseé morirme justo sobre mis huellas. Y me dije a mí mismo que zurraría a Jim Riley hasta que no pudiese soportarlo. Al poco rato, ella me miró —por primera vez—, pero no me sonrió. Dejó algo tan lejos como pudo al final del banco y dijo que era para mí. Tan pronto como la profesora se dio la vuelta, salí disparado hacia allí y lo cogí. Estaba escrito en un trozo de hoja de cuaderno, y la primera línea no era de ella. La carta decía así:

> *El tiempo pasa inexorablemente*
> «señor william rogers yo no lo amo y no se me acerque nunca más, no le hablaré»

Estuve llorando casi toda la tarde, y la odié. Pasó a mi lado dos o tres veces, pero no le hice caso nunca. En el recreo zurré a tres chicos, cogí a May Warner por el cuello, y *ella* también me vio hacerlo, pero no jugó con nadie

en absoluto. Una vez se me acercó y dijo muy bajito: «*Billy, lo… lo siento*». Pero me fui sin mirarla. Sin embargo, muy pronto me arrepentí. Entonces, yo también estaba asustado. Salté y corrí, pero todo el colegio estaba recogiéndose y ella ya se había ido a su asiento. Pensé qué tonto había sido; y que si pasara todo otra vez, no me iría. Ella dijo que lo sentía… *y yo tenía que pasar de ella*. ¡Ojalá la casa se me hubiese caído encima! Me sentí tan mezquino por haberla tratado así cuando ella solo quería ser agradable… ¡Ojalá pudiese llamar su atención! Pondría una cara que ella pudiese entender. Pero ella jamás, jamás me miró. Se sentó con la cabeza gacha, con expresión triste, pobrecilla. No habló más que una vez en toda la tarde, y cuando lo hizo, fue con ese odioso de Jim Riley, que me las *pagará* por eso.

Sábado.— Al volver a casa del colegio, el viernes por la tarde, ella se fue rodeada de niñas y, aunque caminé por fuera del círculo, hablé en voz alta, a veces corrí un poco más adelante, tonteé alrededor y dije todo tipo de cosas graciosas que hicieron reír a las otras niñas, ella no se rio y pasó de mí completamente. Al llegar a su verja, yo estaba lo suficientemente cerca como para tocarla y ella lo sabía, pero no miró a su alrededor, y siguió caminando derecho hacia la puerta, sin volverse siquiera. ¡Oh, cómo me sentí! Dije que el mundo era un lugar mezquino y triste, que no tenía nada que yo pudiese amar o que me importase… y que la vida no era más que sufrimiento. Fue entonces la primera vez que me vino a la cabeza la idea de quitarme la vida. No sé por qué quería hacerlo, salvo porque pensaba que eso le daría lástima. Eso me gustaba, pero, claro, así ella se compadecería solo un ratito, y luego se olvidaría, mientras que yo estaría muerto para siempre. Eso no me gustaba. Si ella se compadeciese durante todo el tiempo que yo estuviese muerto, sería diferente. De cualquier manera, me sentía tan desgraciado, que al final pensé que era mejor morir que vivir. De modo que le escribí una carta como esta:

> *Amy, cariño*
> Cojo la pluma para informarte que estoy bien de saluz, y que espero que al recibo de estas brebes lineas te encuentres disfrutando de la misma bendición de dios te amo. No puedo bibir sabiendo que no me quieres y que hablas con el Jim riley ese, que le voy arrear una paliza cada vez que le piye, y ya lo e hecho una vez no deseo bibir mas si tenemos que separarnos. Me quitare de enmedio encuanto acabe de escribir esto y es lo último que berás de tu pobre Billy para siempre. Te mando el diente que me sacaron en año nuevo, guárdalo eternamente para que te acuerdes de mi, ojala fuese mas grande. Tu agonizante BILLY ROGERS

La dirigí a ella, la cogí y la puse debajo de la puerta de su padre. Después estuve mirando hacia su ventana durante largo rato, y recé para que pudiese

perdonarme lo que iba a hacer… Luego lloré, besé el suelo por donde ella solía estar en la puerta, cogí una pizca de tierra, la puse cerca de mi corazón, donde estaba el caramelo y me marché para empezar a morir. Pero me había olvidado conseguir veneno. Había que hacer algo. Bajé al río, pero eso no serviría, pues recordé que allí no había ningún sitio que me cubriese la cabeza. Me fui a casa y pensé que podría tirarme desde la cocina, pero cada vez que había trepado hasta casi alcanzar el alero, me resbalaba y caía; estaba clarO que era peligroso…, así que abandoné ese plan. Pensé en ahorcarme y me fui al piso de arriba porque sabía dónde había un cordón de cama nuevo, pero recordé que mi padre me había dicho que, como me pillara alguna vez toqueteando el cordón, no me dejaría hueso sano…, así que tuve que dejar eso también. O sea, que no había otra solución más que el veneno. Encontré una botella en el armario, con una etiqueta que ponía láudano[5] en un lado y aceite de castor en el otro. No sabía lo que era, pero me lo bebí todo. Creo que era aceite. Estuve espantosamente malo toda la noche, y no estaba constipado, decía mi madre, y aquella mañana perdí el interés por todas las cosas, y no me importaba si vivía o moría. Pero ¡oh!, a eso de las nueve de la mañana, *ella* estaba aquí, y entró de frente —¡cómo me latía el corazón y se ruborizaba mi cara cuando vi su vestido pasar por la ventana!—, entró derecho y se acercó directamente a la cama, ante mamá, me besó, y con lágrimas en los ojos me dijo:

—¡Oh, Billy! ¿Cómo *has podido* ser tan malo…? Bingo también se va a morir, porque otro perro le mordió por detrás y por todas partes, y, ¡oh, no tendré a nadie a quien querer! —y lloró y lloró.

Pero yo le dije que no me iba a morir y que siempre la amaría, siempre… Entonces su cara se iluminó, se rio y aplaudió y ahora que mamá se había ido, podríamos hablar de todo esto. Así que la besé, y ella me besó a mí, y prometió ser mi mujercita, que me amaría siempre y nunca amaría a nadie más; y yo le prometí exactamente lo mismo a ella. Entonces le pregunté si tenía algún plan, y ella dijo que no, que no había pensado en eso, y que sin duda yo podría planearlo todo. Yo dije que lo haría y que me correspondía, como marido, dirigir y planear siempre, y cuidar de ella, protegiéndola todo el tiempo. Ella dijo que estaba bien. Pero yo dije que ella podía hacer sugerencias…, *debería* decir en qué tipo de casa preferiría vivir. Y dijo que le gustaría tener una casita acogedora, con parras trepando por las ventanas y una de ladrillo de cuatro pisos para recibir visitas y dar fiestas…, eso era todo. Y hablamos durante mucho tiempo de qué carrera sería mejor que yo siguiera. Yo quería ser pirata, pero ella dijo que eso sería horroroso. Yo dije que no

había nada de horroroso en ello, que era magnífico. Ella dijo que los piratas mataban a la gente. Yo dije que claro que lo hacían…, ¿qué otra cosa iba a hacer un pirata? Eso estaba en su línea. Ella dijo: «¡Pero piensa un poco en la sangre!». Yo dije: «Me encanta la sangre y la carnicería». Ella se estremeció. Dijo que bueno, que tal vez eso era mejor, y esperaba que fuese genial. «¡Genial! —dije yo—. ¿Cuándo ha habido un pirata que *no fuese* genial? ¡Mira al capitán Kidd…, mira a Morgan…, mira a Gibbs…, mira al noble Lafitte…, mira al Vengador Negro de la cuenca del Caribe[6]!…, nombres todos ellos que nunca morirán». Aquello le gustó, y entonces dijo que así sea. Y luego hablamos de lo que haría *ella*. Ella quería llevar una tienda de señoras, porque así podría tener toda la ropa bonita que quisiera; y los domingos, cuando la tienda estuviese cerrada, sería maestra en la escuela dominical[7]. También dijo que yo podría ayudarla a dar su clase los domingos, cuando volviese a puerto. Así que todo estaba arreglado: tan pronto como nos hiciésemos mayores, nos casaríamos, yo sería un pirata y ella llevaría una tienda de señoras. ¡Oh, es magnífico! Ojalá fuéramos mayores ya. ¡El tiempo pasa tan despacio! Pero ¿no sería maravilloso? Yo estaría navegando durante mucho tiempo, y luego, algún domingo por la mañana, me pasaría por la escuela dominical con mi largo cabello negro, mi sombrero flexible con una pluma, mi larga espada, mis botas altas, un espléndido cinturón con un jubón de seda roja y mis bombachos, mi bandera negra con una calavera y dos huesos cruzados en ella, y todos los niños dirían: «¡Mirad, mirad, ese es el pirata Rogers!». ¡Ah, ojalá que el tiempo pasara más deprisa!

Martes.— Ayer pasé vergüenza delante de ella en el colegio. Estos largos días de verano son horribles. No *podía* estudiar. No podía pensar más que en estar lejos y libre como las olas del mar. De cualquier manera, odio el colegio. Es *tan* aburrido. Me senté mirando por la ventana y oyendo el murmullo, «bzz, bzz, bzz», de los estudiantes aprendiendo sus lecciones, hasta que me quedé amodorrado y deseé muchísimo estar fuera de allí. Podía ver chicos sin hacer nada, cuyos padres no podían enviarlos al colegio, jugando en la ladera de la colina, y cogiendo mariposas, y me preguntaba *qué* había hecho yo para que Dios me hubiese escogido en vez de a otro niño para darme un padre que pudiese enviarme al colegio. Qué mala suerte he tenido. No había nada que hacer para pasar el tiempo. Atrapé algunas moscas, pero me aburrí. No podía ver a Amy, porque la habían cambiado de asiento. Me volvía loco viendo a

los niños por la ventana. Al poco rato, mi compinche Bill Bowen pilló un piojo de Archy Thompson —tenía millones de ellos— y lo cambió por un boloncio blanco, lo puso en una pizarra que tenía frente a él sobre la mesa y comenzó a moverlo con un alfiler. Le hizo viajar un rato en una dirección, y luego le dio la vuelta y lo hizo ir para el otro lado. Era una diversión genial. Yo quería otro, pero no tenía ningún boloncio blanco. Bill seguía moviéndolo hacia un lado, hacia el otro, para todos los sitios; yo quise tener la oportunidad de hacerlo también, y así se lo rogué. Bueno, Bill hizo una marca en medio de la pizarra y dijo:

—Cuando esté en mi lado, *yo* le moveré… e intentaré que permanezca sin rebasar la línea, pero, *si lo hace* entonces *tú* le moverás todo el tiempo que se quede allí.

Así que siguió moviéndolo dos o tres veces, hasta que el piojo estuvo tan cerca de la línea, que yo estaba alborotadísimo; pero Bill siempre conseguía dirigirlo fuera de allí otra vez. Por fin, el piojo se colocó sobre la línea y Bill no pudo hacer nada para darle la vuelta: se situó completamente en posición de venir, y al cabo de un momento, ¡*venía* rodando de cabeza, cogiendo cosas y arañando el aire con todas las patas! Rápidamente cogí un alfiler de mi chaqueta y comencé a darle vueltas, hice que se subiera y se cogiera —era una magnífica diversión—, pero, al final, lo mantuve en mi lado tanto rato que Bill no pudo soportarlo más, pues estaba tan entusiasmado que intentó cogerlo para moverlo él mismo. Le dije que lo dejase en paz y que se controlase. Él respondió que no lo haría. Yo le dije:

—Tienes que hacerlo: ahora está en mi lado y no puedes darle.

—¿Que no puedo? ¡Diablos, pero si es mi piojo! ¡Lo he comprado por un boloncio blanco y haré lo que me dé la gana con él!

Entonces sentí que alguien me tiraba de una oreja, y vi que una mano tiraba a Bill de otra oreja. Era Fatapalo, el maestro. Se había deslizado a hurtadillas por detrás, como era su modo natural y mezquino —lo había visto y oído todo—, y nosotros habíamos estado tan entretenidos con nuestro circo que no habíamos notado que el murmullo había cesado y que los estudiantes estaban observándonos, y también a Patapalo. Nos llevó de las orejas hasta su sitio, nos dio una buena azotaina, y Amy lo vio todo. Me sentí tan poca cosa que me fui a escondidas del colegio sin hablar con ella, y por la noche, cuando dije mis oraciones, recé para que me sacaran del colegio y quedarme en casa hasta que fuese lo suficientemente mayor como para ser pirata[8].

Semana del martes.— Durante seis días enteros ella se marchó al campo. Los tres primeros días hice novillos todo el tiempo, y me dieron como una docena de palizas por ello. Pero no me importó. Estaba desesperado. No me importaba nada. El sábado pasado fue el día de la guerra entre nuestro colegio y el del Cerdo Davis (es el nombre que le han puesto los chicos a su profe). Yo soy el capitán de la compañía de los más pequeños de nuestro colegio. Llegué al campo sin sombrero de papel, sin espada de madera y con la chaqueta en el brazo. El coronel dijo que yo era un idiota, que había tenido a los dos ejércitos esperándome durante media hora, y ahora llegaba con esa pinta, y que sería mejor que no me viese el general. Le dije que si no le gustaba que se aguantase junto con el coronel. Entonces me puso bajo arresto —bajo el arresto del Jim Riley ese—, luego le di una paliza a Jim Riley y me libré del arresto; después entré tan campante en el departamento de niños pequeños del Cerdo Davis, y el lío que armé fue terrible. Ojalá Amy me hubiera visto entonces. Llevamos al ejército entero a la colina, luego hasta el matadero y allí les dimos unos buenos azotes hasta que se rindieron hasta el próximo sábado. Fui nombrado teniente coronel por conducta frenética en el campo y ahora casi soy el teniente coronel más joven que tenemos. Me parece que no me quedo atrás. Tenemos treinta y dos oficiales y catorce soldados en nuestro ejército, y podemos acabar con el grupo del Cerdo Davis ese en cualquier momento, aunque *tienen* dos soldados más que nosotros y once oficiales más. Pero nadie sabe lo que me hizo pelear así…, nadie más que dos o tres, creo. Nunca pensarían que fue Amy. Verruga Hopkins me adelantó al volver a casa (le llamamos así porque está lleno de verrugas). Había estado allá en el cruce, enterrando un guisante que había manchado de sangre de una verruga para que se le quitaran, y ahora iba de regreso a casa. Una vez tuve un negocio con él, y reñimos. Teníamos un circo, ambos queríamos ser el payaso y él no daba su brazo a torcer. En ese sentido, era siempre al contrario. Y quería hacer el zam (zam quería decir el zampillerertirse) y otra vez lo mismo. Una noche, derribó un barril sobre el que yo estaba haciendo el pino, y una vez que estábamos jugando a Jack, el Asesino Gigante, me tropecé con sus zancos y casi los parto en dos. Cobrábamos de entrada dos alfileres a los chicos mayores y uno a los pequeños, y cuando nos pusimos a repartirlos, él quería enchufarme todos los alfileres sin cabeza. Era esa clase de chico: siempre mezquino. Siempre ataba las ropas de los niños pequeños cuando iban a nadar. También estuve con él en el asunto del *show* de negros, y él quería ser Huesos[9] todo el tiempo. Andaba a hurtadillas por allí, pillando canicas con los dedos de los pies y llevándoselas cuando los muchachos

estaban jugando a la carambola, o a cualquier otro juego; y cuando estaba jugando él, siempre daba codazos o empujones. Siempre estaba arrojando sus cáscaras de nuez bajo el banco de algún niño pequeño en la escuela y se daba a la fuga. Ponía betún en el asiento del profesor, luego hacía novillos y dejaba que pillasen a otro. Yo odiaba a Verruga Hopkins. Pero ahora se encontraba en el mismo aprieto que yo, y yo deseaba muchísimo hablar con alguien que estuviese en el mismo apuro. Él amaba a Susan Hawkins, y ella también se había ido al campo. Yo veía que él sufría y él también veía que sufría yo. Yo quería hablar, y él quería hablar, aunque ninguno nos hablábamos desde hacía mucho mucho tiempo. No podíamos más. Así que él dijo lo pasado, pasado está, hagamos las paces y seamos buenos amigos, debíamos serlo ya que estábamos en el mismo aprieto. Yo me desbordé, le eché los brazos al cuello y me puse a llorar, y él me cogió del cuello y se puso a llorar, y estábamos completamente felices por ser los dos tan desgraciados. Yo le dije que siempre los querría a él y a Susan, y que él siempre nos querría a Amy y a mí…, a la hermosa, hermosa Amy, como él la llamó, y eso me hizo sentir bien y estar orgulloso; pero dijo que no era tan guapa como Susan, y yo dije que eso era mentira, y él dijo que yo era un mentiroso y un peleador y que él no lo aceptaría; entonces le pegué, él me la devolvió y cuando ya habíamos tenido la pelea y habíamos rodado cuesta abajo un barranco hasta caernos en el lodo, y después de hacernos brechas, de mordernos, pegarnos y arañarnos, ninguno de los dos estábamos bien zurrados; entonces salimos y empezamos otra vez; él puso una astilla en su hombro y me desafió a quitarla, yo lo hice y la liamos, y entonces él se fue a su casa, yo me fui a la mía, y mamá me preguntó que quién me había hecho jirones la ropa, y cómo estaba tan harapiento, ensangrentado y lleno de moratones; le dije que me había caído, entonces me dio unos azotes con un cinturón de cuero negro trenzado y me puse bien. ¡Al día siguiente me llegó una carta de Amy! Me la trajo la señora Johnson. Decía así:

> *señor william rogers querido billy estoy tan costernada estoy agotada de llorar porque deseo tanto verte la gata a tenido gatitos pero eso no me pone contenta quiero verte todas las gallinas ponen huevos salbo el viejo gallo y mama y yo fuimos a la iglesia el domingo y cenamos tarta de harandanos pienso en ti Siempre y te quiero nada mas por ahora de tu*
>
> *AMY*

La leí una y otra vez, y la besé; cuanto más la leía más significados nuevos encontraba y me la llevé a la cama conmigo y lo primero que hice por la mañana fue leerla otra vez. Y me sentí tan divinamente que quise quedarme

tumbado allí pensando en ella durante horas y horas sin levantarme jamás. Le escribí en la primera oportunidad que tuve, y esta es la carta:

> *He tenido un montón de peleas y te quiero a pesar de todo. Le he cambiado de nombre al perro, su nombre era Bull*[10] *y ahora se llama Amy. Creo ques magnifico y me parece que asi lo cree el, porque siempre viene cuando le llamo Amy, aunque vendría de cualquier manera antes de que le diera una paliza que le daría si no biniera. Te mando mi foto. Las cosas en la parte de abajo son las piernas, la cabeza esta en la otra punta la respetable cosa que tienes entre las manos eres tu aunque no se te be tan bonita. No quería que salieras con un ojo solo en la cara, pero no había sitio. He pensando algunas veces que sere pirata y otras veces que llevare una tienda de comestibles por los caramelos y me gustaría muchísimo ser brigadier general o un marinero en un barco de vapor porque ellos se divierten sabes y ban a todas partes. Pero me parece que un tipo no puede serlo todo. He cambiado mi libro de la escuela dominical y el acha de mama por un cachorro y me parece que a lo mejor me mataran. Aunque es un buen cachorro ayer piyo a un poyo y todo el tiempo anda por ay armando la de Dios. Te amo hasta la perdición Amy y puedo bibir si no buelbes. Tenía una rama cortada preciosa para molinos de agua pero no me importan los molinos de agua cuando tu no estas asi que le cambie la presa a Jo Whipple por una pistola de agua aunque si hubieses estado aqui no le abría cambiado la presa por una pistola de agua porque podíamos tener molinos de agua asi que nada más de tu verdadero amor*
>
> *Mi lápiz es malo y blanca la tinta*
> *las rosas son rojas la violeta azul*
> *y la miel es dulce pero menos que tu.*
> *WILLIAM T. ROGERS*
>
> *P. S. Me aprendí esta poesía de Sarah Mackleroy es preciosa.*

Quince días después del martes.— Gracias a Dios que estoy libre. He vuelto en mí. Nunca más amaré a otra niña. No te apoyan. Si fuera a cazar una esposa, me metería entre una multitud de niñas y diría

> «Pinto pinto gorgorito…»

y cogería a la que le tocase del mismo modo que si estuviera eligiendo a alguien para el pilla-pilla, el rescate, el escondite o algo parecido. También me llevaría bien por haberla elegido y me enamoraría de ella igual que con… con… no puedo escribir su nombre porque se me saltan las lágrimas, *sí*. Sin embargo, ella me trató vergonzosamente. Lo primero que hizo cuando regresó del campo fue comenzar a poner objeciones a que yo fuese un pirata (me parece que es porque alguno de sus parientes tiene tirria a los piratas), aunque *ella* dijo que era porque estaría lejos de casa mucho tiempo. ¡Claro, cuéntame otra! Si supiera algo de piratas, sabría que van y vienen cuando quieren, algo que la gente no puede hacer. Bueno. Ahora seré un pirata a pesar de todas las

niñas del mundo. Y tampoco quería que fuese marinero en cubierta en un barco de vapor, y tampoco quería que fuese juez porque uno no era respetable, aunque no sabía cuál…, otra bobada de su familia, me parece. Y entonces dijo que no quería llevar una tienda de señoras, que quería ser dependienta en una tienda de juguetes, tener una carroza descapotable con cuatro caballos y que yo vendiese cacahuetes y billetes en el ferrocarril, para poder viajar gratis.

—¿Qué? —dije yo—. ¿Y no ser pirata para nada?

Ella dijo que no. Yo estaba indignado. Así se lo dije. Entonces ella se puso a llorar y dijo que yo no la quería, que no haría nada para complacerla y que quería romperle el corazón y tener otra niña cuando ella estuviese muerta, y entonces yo también lloré, y le dije que sí que la quería, a nadie más que a ella, y que haría todo lo que ella quisiera y que lo sentía, oh, que lo sentía mucho. Pero ella meneó la cabeza haciendo un puchero…, y le rogué de nuevo y ella me volvió la espalda…, seguí implorándole y ella no me contestaba —solo hacía pucheros—, y por fin, cuando ya me estaba poniendo furioso, ¡arrojó al suelo el birimbao, la locomotora de plomo, el cañón hecho con un carrete y todo lo que yo le había dado, y haciendo ademanes enfadadísima y chillando como una loca dijo que yo era un miserable, un bueno para nada y que podía muy bien irme y ser un pirata todo lo que quisiera! ¡Que *no quería* verme más! Yo también estaba enfadado y lloraba diciendo ¡jolines!, ¡voy a ser un pirata, y además terriblemente sangriento o dejo de llamarme Billy Rogers!

Y así todo acabó entre nosotros. Pero ahora que está todo terminado, me siento tremendamente y soberanamente mal. Todo el colegio sabía que éramos novios y les parecía extraño vernos flirteando con otros niños y niñas, pero eso no lo podíamos evitar. Yo flirteaba con otras niñas, pero no me importaba nada ninguna. Y yo veía que a veces le temblaban los labios y que los ojos se le llenaban de lágrimas cuando ella me miraba flirtear con algún otro niño… ¡y ahí es cuando *quiero* ir a toda prisa y cogerla entre mis brazos y ser amigos otra vez!

Sábado.— Me siento feliz otra vez. ¡La he visto! He visto a la niña que es mi condena. Y me moriré si no puedo tenerla. La primera vez que la vi me enamoré de ella. Hoy me miró dos veces en la iglesia y ¡ah, lo que sentí! Estaba con su madre y su hermano. Cuando salieron de la iglesia, los seguí y ella miró hacia atrás y sonrió dos veces, y yo también le habría sonreído, pero

había un hombre alto a mi lado y temía que lo notase. Al final, ella dejó caer el pétalo de una flor —mamá lo llama geranio— y, por la cara que tenía, me di cuenta de que iba destinada a mí, y cuando me incliné a recogerlo, el joven alto también se inclinó. Lo cogí, pero me sentí terriblemente avergonzado, y creo que él también, porque se sonrojó. Me pidió el pétalo y se lo di, aunque hubiese preferido darle mi corazón sangrante; pellizqué solo un trocito y me lo guardé, lo guardaré para siempre. ¡Oh, es tan adorable! Y ella me ama. Lo sé. Puedo verlo fácilmente. Se llama Laura Miller. Tendrá diecinueve años en Navidad. ¡Y nunca, nunca, nunca, me separaré de *esta*! NUNCA.

Huck Finn y Tom Sawyer entre los indios





EL LIBRO que hice anteriormente se llamó *Las aventuras de Huckleberry Finn*. Tal vez lo recordéis. Pero si no es así, da igual, porque no tiene nada que ver con éste. Terminaba así: Yo, Tom Sawyer y el negro Jim, que pertenecía a la vieja señorita Watson, estábamos allá por Arkansas, en casa de la tía de Tom, la tía Sally, y el tío Silas. Jim ya no era esclavo; era libre, porque… Pero bue-

no, ya no os preocupéis de esto: cómo fue liberado, quién lo hizo, todo el trabajo que costó y lo peligroso que fue, está todo contado en ese libro.

Bueno, pues muy pronto todo se puso aburrido en la pequeña plantación, y Tom empezó a envenenarse con la idea de ir donde los indios a pasar un rato, para ver cómo sería aquello; pero, entre tanto, la tía Polly nos llevó a casa en Missouri, y entonces, justo después de eso, cruzó todo el estado, casi hasta la costa oeste, para quedarse uno o dos meses con alguno de sus parientes en una granja de cáñamo que había por allí, y se llevó a Tom, Sid y Mary; yo fui con ellos porque Tom quería que fuese; Jim también fue, porque había hombres blancos alrededor de nuestro pueblecito lo bastante mezquinos y con malas pulgas como para robar los papeles a Jim y venderlo de nuevo por el río; pero no podrían hacerlo si se quedaba con nosotros.

Bueno, hay sitios más animados que una granja de cáñamo, para qué negarlo, y hay gente que no se adapta a estos otros. En efecto, muy pronto Tom comenzó a inquietarse porque pasara algo. Y es que Tom Sawyer no podía soportar estar demasiado tiempo vagueando por ahí; no es como yo, que, entre vaguear por ahí y un pastel, no tenía elección, no hubiese sabido cuál elegir, y tan pronto podría haber cogido ambos, como haber preferido uno u otro. Así que se le despertó otra vez la idea de los indios y estaba loco porque saliéramos corriendo una noche y nos fuésemos a buscar aventuras al país de los indios. Dijo que todo se estaba poniendo demasiado aburrido en la granja y que, como siguiera así, le daría un telele.

En cambio, para mí y para Jim aquello era mejor de lo que esperábamos. Había bastante comida y nada que hacer. Estábamos muy contentos. Nunca antes habíamos tenido tiempos tan confortables y nos parecía que lo mejor sería dejarlo así mientras la Providencia no se diera cuenta, pues ya se estropearía bastante pronto sin que tuviéramos que echarle una mano en nada. Pero Tom seguía firme con su idea, y nos pinchaba todos los días. Jim dijo:

—No le veo el sentío, amo Tom. Que yo sepa, la gente que tiene indioj en laj manos no é mejó que la gente que no tiene indioj. Bueno, entonse: no tenemo indioj, no nesesitamo indioj, ¿pa qué queremo ir a cazalo? Noj laj arreglamo tan bien como si tuviésemo un millón de elloj. Y a lo mejó hay muchísimo con malaj pulga.

—¿De quiénes hablas?

—Pue de loj indio.

—¿Quién dice eso?

—Pue yo lo digo.

—¿Y qué sabes *tú* de eso?

—¿Que qué sé yo d’eso, que qué sé yo d’eso? Yo sé *así* d’eso. Si elloj pillan a un tipo, lo cogen y lo despellejan como a un perro. Eso é lo que sé d’ello.

—Insignificancias inconsistentes. ¿Quién te ha contado eso?

—Pue…, oí que la vieja Missus lo decía.

—¿La vieja Missus? ¿La viuda Douglas? ¡Qué sabrá ella de eso! ¿La han despellejado a *ella* alguna vez?

—Puej claro que no.

—Justo lo que me parecía. No sabe de lo que está hablando. ¿Ha estado alguna vez entre los indios?

—No.

—Pues entonces, ¿qué derecho tiene a hacerles villanías y andar diciendo de ellos por ahí lo que no sabe?

—Bueno, de toas maneras, el viejo Gaines, *él* sí que ha estao entre elloj, de toaj maneras.

—Muy bien, sí. Ha estado entre ellos miles de veces, ¿no es cierto?

—Sí… mile de vese.

—Ha estado con ellos durante *años*, ¿no es verdad?

—¡Sí señó! Vaya, amo Tom, él…

—Muy bien, entonces, ¿le han depellejado a *él*? Contéstame a eso.

Jim vio que Tom lo tenía cogido. No podía decir una palabra. Tom Sawyer era el chico más listo que yo haya visto para agarrar a alguien y llevarlo por la nariz, sin que parezca en absoluto que lo hace, hasta pillarlo justo en donde ya no puede moverse y luego reducir sus argumentos a astillas. No tenía sentido discutir con Tom Sawyer… Es un tipo que no tolera ninguna resistencia.

Jim carraspeó y tosió, pero todo lo que pudo decir fue que, de alguna manera, él tenía la idea de que los indios tenían un genio terrible, pero que le parecía que… Entonces, Tom lo hizo callar.



—Te parece que podrías haberte equivocado. Bien, es verdad. ¡*Indios* con malas pulgas! Es la idea más ignorante que jamás haya… Vamos, Jim, ellos son los seres humanos más nobles que hayan existido alguna vez en el mundo. Si un blanco te dice una cosa, ¿sabes si es verdad? No, no lo sabes; porque, generalmente, es mentira. Pero si un indio te dice algo, siempre puedes apostar por la gran solidez de ese hecho, porque no puedes pillar a un indio en una mentira: antes preferiría cortarse la lengua. Antes de confiar en el honor de un blanco será mejor que vayas con cuidado; pero confía en el honor de un indio y nada en el mundo hará que te traicione: moriría primero y estaría contento de hacerlo. Un indio es todo *honor*. *De eso es* de lo que están hechos. Pide a un blanco que comparta su propiedad contigo… ¿Lo haría? Me gustaría verlo; pero vete a pedírselo a un indio, y te dará todo lo que tenga en este mundo. Esa es justo la diferencia entre un indio y un blanco. Ellos son todo generosidad y largueza. ¿Y valientes? Bueno, no tienen miedo a nada. Si hubiese un solo indio y un regimiento entero de hombres blancos contra él, no demostraría el menor temor…, ni el más mínimo. Veríais a ese espléndido indio gigantesco acercarse con el grito de guerra en su caballo salvaje todo pintado, con las plumas ondeando en su *tomahawk*[1], manejando el arco tan rápido que nadie podría contar sus flechas, y acertando a un soldado en

cualquier parte del cuerpo que quisiera, todo el rato, desde cualquier distancia, y en dos minutos le veríais salir con una carretilla cargada de cabelleras, y al resto de hombres blancos corriendo de *estampía* por los Estados Unidos como si un montón de animales salvajes anduviese tras ellos. ¿La muerte? A un indio le importa un rábano la muerte. La prefieren. *Cantan* cuando están muriéndose…, cantan su canción de la muerte. Si coges a un indio y le clavas flechas y astillas, y lo haces trizas con un hacha, y lo despellejas, y le enciendes un fuego lento debajo, ¿crees que le importa? No, señor; se quedará allí en las brasas ardientes tan campante, y *cantará*, como si le pagaran un sueldo. ¿Haría eso un blanco? *Sabes* que no. Y son las criaturas más gigantescas y magníficas del mundo entero, y pueden golpear a un hombre con un barril de harina si lo ven. Son terriblemente fuertes, fieros y elocuentes, y llevan mantas hermosas, pintura de guerra, mocasines y ropa de piel, cuentas por todas partes, y van a pelear y a arrancar cabelleras todos los días del año, menos los domingos, y se lo pasan pero que muy bien, quieren amistosamente a los blancos, los adoran, no pueden hacerles demasiado daño, preferirían morir antes de dejar que les hagan el menor daño, y piensan en los negros como en los demás, y las indias jóvenes son las más hermosas doncellas que haya habido en el mundo entero, y aman a un cazador blanco al momento de haber puesto sus ojos en él, y desde ese instante nada puede debilitar ese amor otra vez, y están siempre alertas para protegerle del peligro y dejarse matar en su lugar, ¡mira a Pocahontas[2]!, y un indio, a simple vista, puede ver tan lejos como con un telescopio, y un enemigo no puede escaparse a ninguna parte, ni en la oscuridad, pues él lo sabe; y con que vea una simple brizna de hierba que se dobla no necesita más, ya sabe qué camino seguir para encontrar al enemigo que lo ha hecho, y puede leer toda clase de pequeñas e insignificantes señales con su vista de águila, cosas que *tú* no verías en absoluto, y si ve una pequeña señal de humo en el aire, a treinta y cinco millas de distancia, en un segundo sabe si es el fuego de un campamento amigo o enemigo, lo sabe solo por el olor del humo, porque son las personas con más talento del mundo entero, y las más hospitalarias y las más felices, y de un año a otro año no tienen nada mejor que hacer que pasárselo sobrenaturalmente bien, ¡y tener montones y montones de aventuras! Entre los indios, la vida es sencillamente un circo, eso es lo que es. Cualquiera que lo sepa, te dirá que no puedes elogiar o engrandecer a un indio lo suficiente.



Creo que los ojos de Jim brillaban igual que los míos. Tom estaba entusiasmado y, que yo sepa, lo mismo ocurría con nosotros dos. Jim respiró hondo y luego dijo:

—¡Uau! ¡Eso é lo que Jim nesesita! Pue si elloj no pegan ná, uno sería irnorantísimo sobre loj indio si no ha tenío la oportuniá d'estudiarlo. Vaya, amo Tom, si yo hubiese sabio lo que son *realmente* loj indio, le doy mi palabra de que yo…, bueno, *cuente* commigo, eso é tó; cuente conmigo en el asunto del paí de loj indio; estoy listo para ir, no quiero máj gente a mi alrededó que no sepa lo que son loj indio. Y Huck está listo también…, ¿no é así, Huck?

No iba a quedarme yo atrás si ellos iban, así que dije que sí.



ECIDIMOS EMPEZAR a hacer las preparaciones privadísimas y en secreto, pues Tom Sawyer no podría hacer nada si no hubiese misterio en torno a ello. A unas tres millas en el bosque, entre las montañas, había una vieja casa de madera en ruinas que solía estar habitada de cuando en cuando por gente que cortaba madera por los alrededores, y nos la encontramos una noche cazando mapaches,

pero ahora nadie iba por allí. Así que hicimos correr la voz de que estaba llena de piratas y ladrones, y una noche lluviosa nos adentramos en el bosque completamente callados, sin dejar ver ningún fuego o luz; y justo antes del amanecer nos deslizamos hasta llegar muy cerca de la casa, y de un salto, gritando y armando jaleo, la tomamos por sorpresa; no perdimos ningún hombre, según dijo Tom, increíblemente orgulloso, aunque yo no veía el sentido de tanto engorro y tanta molestia, porque podíamos haberla tomado un día cualquiera: daba igual, no había nadie allí. Tom llamó aquel sitio «la caverna», aunque no era una caverna para nada; era una casa, y una bastante ordinaria, por cierto.

Todos los días subíamos hasta el pueblecito, que estaba a unas dos millas de la granja, y comprábamos cosas para el equipo y para hacer trueque con los indios: sartenes, cazos para el café, tazas de hojalata, mantas, y tres sacos de harina, panceta, azúcar y café, anzuelos para peces, pipas y tabaco, municiones y pistolas, tres pistolas, cuentas de cristal, cosas de esas. Las escondíamos en el bosque, y por las noches salíamos por la ventana, bajábamos la linterna, que luego llevábamos en un palo, y salíamos, cogíamos las cosas y las llevábamos a la caverna. En una granja próxima, más abajo que la nuestra, había un viejo mexicano. Le pedimos que nos enseñara a hacer un fardo para acarrear en mula, y así pudimos armar uno de primera.

Por último, fuimos a quince o veinte millas de allí y compramos cinco buenas mulas con sus monturas y, como no queríamos levantar sospechas en casa, las llevamos hasta la caverna por la noche y las atamos a una estaca en el césped. No había mejores mulas en el estado de Missouri, dijo Tom, y lo mismo dijo Jim.

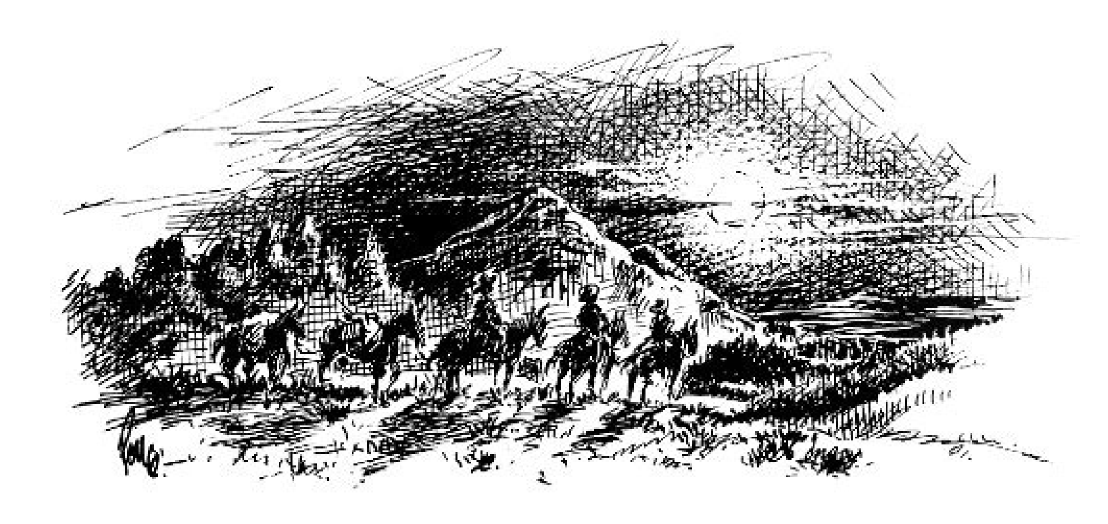
Nuestra idea era pasar un tiempo entre los indios, un par de meses o así, pero me parece que teníamos material suficiente para estar allí más tiempo, porque Tom decía que había que estar preparados para los accidentes. Tom compró una cantidad considerable de pequeños cachivaches de uno y otro tipo, que no merece la pena mencionar, y que, según decía, vendrían bien para los indios.

Bueno, pues el último día que subimos al pueblo, cogimos un almanaque, una petaca o dos de licor, y nos topamos con un forastero que tenía una cosa curiosa y la vendía en un puesto ambulante. Eran unos palillos tan largos como mi dedo, con algo así como una cera amarilla en los extremos, y todo lo que tenías que hacer era raspar el extremo amarillo con algo, y el palito se prendería fuego, y olería como un demonio, ya que una parte era azufre. Nunca habíamos oído hablar de algo parecido. Eran las cosas más

convenientes del mundo y justo los trucos que teníamos que tener; así que Tom compró un montón de ellos. El hombre los llamaba las cerillas de Lucifer, y decía que podría hacerlos cualquiera que tuviese el azufre y el fósforo necesarios. Así que vendió a Tom un paquete de azufre y fósforo, y acordamos que haríamos un poco para nosotros cualquier día.

Ya estaba todo listo. Esperamos a la luna llena, que sería dos o tres días después. Tom escribió una carta para su tía Polly diciéndole adiós, que descansase bien y no se preocupase, porque regresaríamos en dos o tres semanas, pero no le dijo dónde íbamos.

El jueves por la noche, a eso de las once, cuando todo estaba en silencio, nos levantamos y nos vestimos, bajamos la lámpara y pasamos la carta por debajo de la puerta principal, nos deslizamos por el cuartel de los negros y silbamos bajito; entonces Jim salió sin hacer ruido y salimos hacia la cabaña, lo empaquetamos todo y lo cargamos en dos mulas, y nos pusimos los cinturones, pistolas y nuestros cuchillos de monte, nos montamos en las otras tres mulas y salimos hacia el Oeste, bajo la gran luz de la luna.



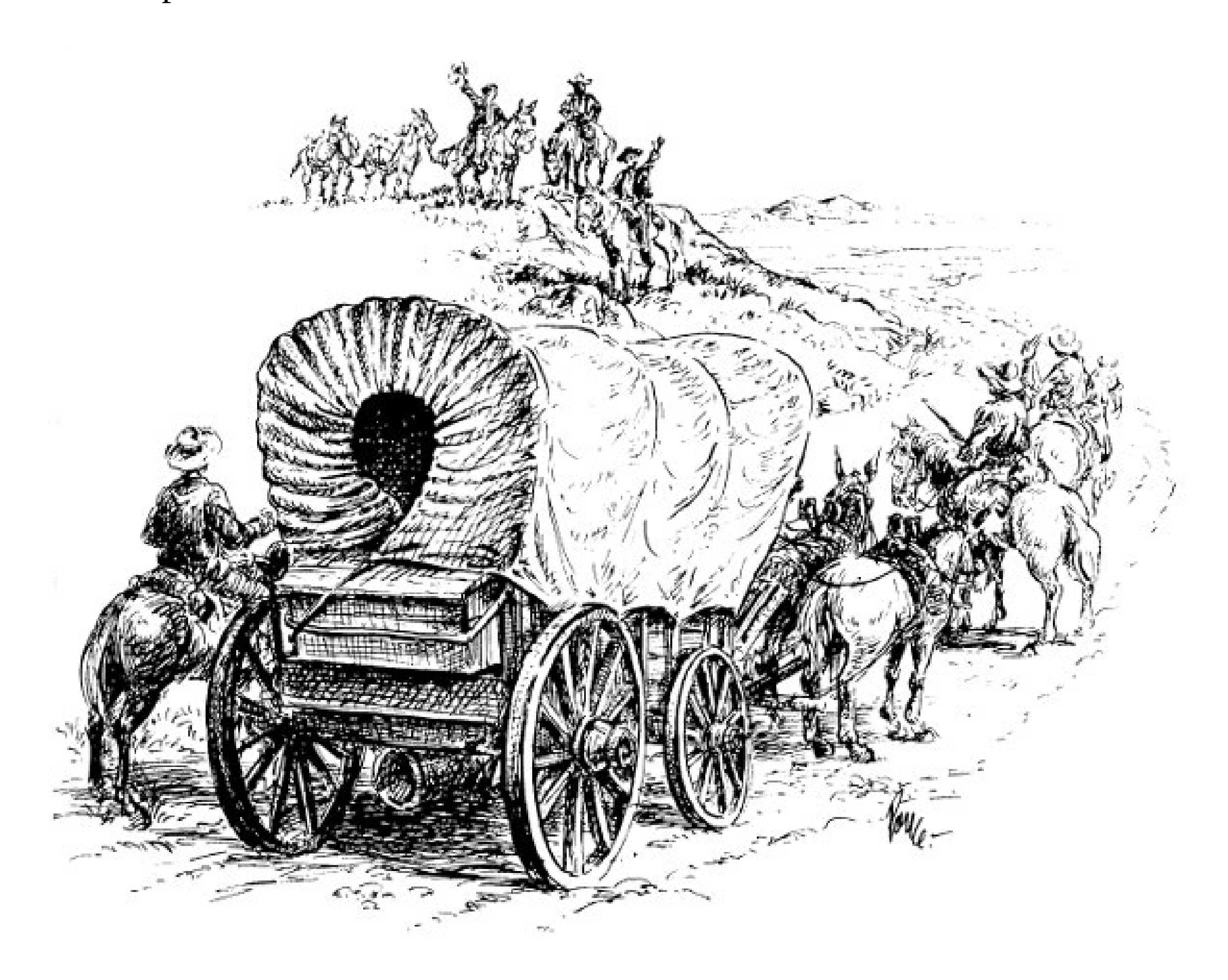
Al poco rato llegamos a las afueras de la ciudad, a un sendero bastante llano, sin muchos bosques, que a la luz de la luna eran increíblemente espléndidos, igual que el silencio. No se oía más que el chirriar de las sillas de montar. Poco después llegó esa sensación tan fresca y tranquila que te dice que el día está llegando; y entonces el sol salió detrás de nosotros e hizo que las hojas, el verde y las flores, brillasen con destellos de rocío, que los pájaros saliesen y comenzasen a cantar, como todo lo demás.

Así que nos hicimos al bosque, acampamos, y descargamos las mulas, descansamos y dormimos una buena parte del día. Viajamos durante tres

noches más de esa manera, descansando durante el día, y todo era muy placentero.

Al segundo día ya estábamos deseando ver señales de los indios, y nos metimos por un camino para carros, al tiempo que nos topamos con una carreta con una familia de emigrantes a bordo. Era cerca del atardecer, nos pidieron que acampáramos con ellos, y así lo hicimos.

Eran un hombre de unos cincuenta y cinco años y su mujer, llamada Mills, junto con sus tres hijos mayores, Buck, Bill y Sam, y una muchacha que dijo tener diecisiete, llamada Peggy, y su hermanita Flaxy, de siete años. Eran de la orilla baja del Mississippi, y dijeron que se dirigían hacia Oregón para establecerse allí. Nosotros dijimos que íbamos al país de los indios, y ellos dijeron que tenían que pasar por allí y que si queríamos podríamos disfrutar de su compañía.



Eran los tipos de pueblo con el corazón más sencillo y bueno de todo el mundo, y apenas sabían de nada…, quiero decir, de eso que llamaríais «sabiduría». Excepto Peggy. Ella había leído una cantidad considerable de libros, y sabía tanto como una muchacha cualquiera, y era todo lo bonita que se puede ser. Pero era todavía más buena, y todo el clan la adoraba. Vamos,

que la cuidaban tanto como si estuviera hecha de azúcar, o fuera de oro o algo así. Cuando llegaba al fuego del campamento, cualquiera de sus hermanos se levantaba en seguida y le dejaban el mejor sitio. Me parece que esa clase de hermanos no se ve demasiado a menudo. Ella no tenía que ensillar su mula, como ocurriría en la mayoría de las sociedades; ellos siempre lo hacían por ella. Ella y su madre no tenían que hacer más que guisar, eso era todo; los hermanos cogían la leña, encendían el fuego, despellejaban la caza y, cuando tenían tiempo, la ayudaban a lavar las cosas. No se ve muy a menudo a un hermano besar a su propia hermana, o yo no creo haber visto algo semejante antes; pero ellos lo hacían. Y lo sé porque yo mismo los he visto hacerlo, y no una, sino muchas veces. Tom también lo vio, y lo mismo Jim. Nunca le decían una palabra de enfado, ni una. La llamaban «cariño». Muchísimas veces la llamaban así, y delante de los demás también; no les importaba, nunca pensaban en eso. Y ella tampoco. La llamaban «Peggy, cariño» de la manera más natural y repentina, sin importarles quién estuviese delante; me llevó dos o tres días el evitar que pudiera sonrojarme, de la vergüenza que sentía por ellos, aunque sabía que no hacía el menor daño, porque estaban en el bosque y no lo sabían. Pero no quiero que parezca que estaba buscándoles defectos y abusando de ellos, porque no es así. Eran la gente más magnífica del mundo; y en cuanto te metías eso bien en la cabeza, te sentías muy satisfecho y deseando no hacer caso de sus modales; y además nadie es perfecto.

Nos hicimos amigos muy especiales; no había ningún problema en absoluto. Viajamos con ellos y acampamos con ellos todas las noches. Buck, Billy y Sam eran maravillosos con el lazo, el rifle, la pistola, o montando a caballo, y nos enseñaron todas esas cosas hasta que llegamos a ser buenísimos en ello, especialmente Tom; y aunque no lanzaba el lazo tan lejos como un hombre, tenía buena puntería. Podía dar a una ardilla, a un pavo o a un pollo de la pradera en la cabeza desde una buena distancia y, si querías, te descargaba las dos pistolas en el sombrero, a todo galope, a veinte millas de distancia. No había mejor gente que los Mills; pero Peggy era la mejor de todos, por supuesto; era tan suave, tan dulce, que cada vez que hacías cualquier cosita por ella, te hacía sentir toda clase de cosas agradables y buenas al ver su sonrisa. Si alguna vez te sentías herido por cualquier cosa, ella nunca preguntaba los motivos, ni quién lo había hecho, sino que se ponía a trabajar y no descansaba hasta quitarte todo el resentimiento con paciencia y hacer que te olvidases de todo. Era la clase de muchacha que, si alguna vez cometías un error y decías algo que la hiriese, en seguida podías verle en la

cara lo que habías hecho, y te daban ganas de arrodillarte en la mugre, de tan miserable y arrepentido como te sentías. Nunca te cansabas de mirarla, todo el día era tan amable y bonita; por las mañanas no salía el sol hasta que no salía ella.

Un día, unas dos semanas después de haber dejado atrás los Estados Unidos, y ya muy adentrados en las Grandes Praderas, nos topamos con el río Platte y acampamos en un bonito sitio cubierto de hierba, un par de horas antes de que se pusiera el sol, y allí corrimos a través de un campamentos de indios, los primeros a los que nos habíamos acercado lo suficiente como para hacernos una idea. Tom estaba increíblemente contento.



CAPÍTULO III.

ERA EL SITIO IDEAL para un campamento; el mejor que habíamos encontrado hasta entonces. Había una gran corriente de agua y una cantidad considerable de árboles a lo largo de ella. El resto del campo, hasta donde se alcanzaba a ver, en cualquier dirección a la que miraseis y hasta donde el cielo se toca con la tierra, eran largas llanuras y olas bajas, tal como yo creía que sería el océano si el océano

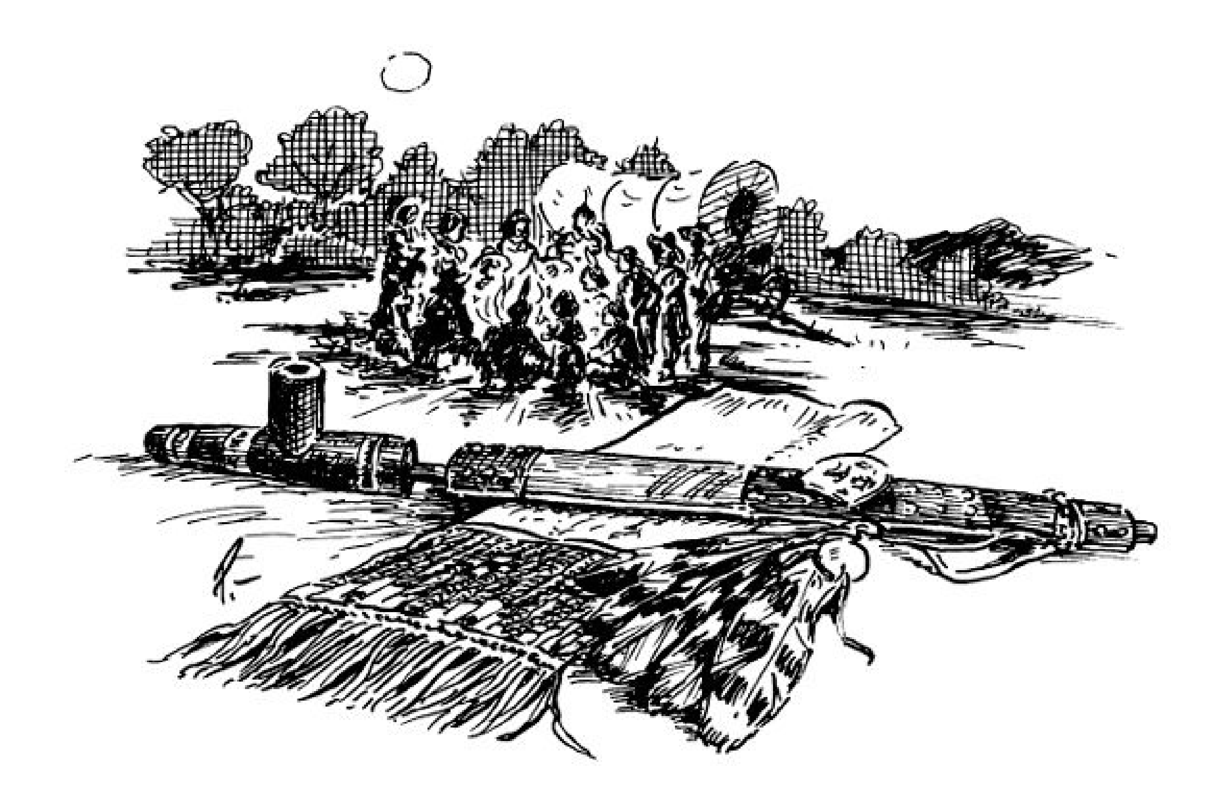
fuera de hierba. Muy lejos, a miles y miles de millas, había un solo árbol, y muy lejos en el otro sentido, había otro, y aquí y allá otro y otro dispersados por ahí; y el aire era tan claro que pensaríais que estaban cerca, pero no: la mayor parte estaba a millas de distancia.

El viejo Mills dijo que podría detenerse allí para que descansaran los animales. Sucedió que, justo en ese momento, yo estaba mirando a Peggy, porque yo no dejaba de mirarla cuando ella andaba por ahí, y sus mejillas se volvieron débilmente rojas y hermosas, como las de un negro cuando se mete una vela en la boca para sorprender a un niño; no dijo nada, pero muy pronto se puso contenta y a cantar bajito para sí. Yo tampoco dije nada; pero a la mañana siguiente, cuando la vi deslizarse hasta la cima de una de esas olas de hierba y quedarse allí, haciéndose sombra en los ojos con la mano, y mirar a lo lejos hacia el campo, me fui hasta allí y me lo contó todo. Tampoco hubo problema en cuanto empezó a hablar. Hubiese tenido que pasar el mayor de los problemas para detenerla.

Ella tenía novio: eso es lo que le pasaba. Se había quedado atrás para acabar unas cosas y estaría con ellos cuando terminara. Su nombre era Brace Johnson; era alto, educado, valiente, bueno, magnífico y todo eso, según pude entender; tenía veintiséis años; había estado entre los indios desde niño poniendo trampas, cazando, explorando, peleando; se lo sabía todo acerca de los indios, sabía algunas lenguas, conocía las praderas y las montañas, todo el país, desde Texas a Oregón; ahora estaba cansado de aquella vida, y ella y él iban a establecerse en Oregón, casarse, y llevar una granja. A mí me parecía que ella creía que le amaba solamente; pero por su conversación era mucho más que eso: lo adoraba. Dijo que nos quedaríamos hasta que él llegase, lo cual podría ocurrir dentro de una semana, y que entonces nos quedaríamos tanto tiempo como su padre creyese que lo necesitaban los caballos.

Había cinco indios, tenían pequeños y vigorosos ponis, y estaban acampados a una distancia bastante cercana. Eran altos, fuertes, unos tipos de aspecto grandioso, y tenían pantalones de piel y mocasines, plumas rojas en el pelo, cuchillos y *tomahawks*,arcos y flechas; uno de ellos tenía una pistola y hablaba un poquito de inglés, pero no le servía de nada porque con eso no podía matar nada, ya que no tenía ni una bala…, la pistola, quiero decir. Cuando no tenían encima sus mantas, estaban desnudos de la cintura para arriba. La primera noche se sentaron alrededor de nuestro fuego hasta la hora de dormir, cenaron con nosotros, pasaron la pipa, fueron muy amistosos, nos hicieron señales, y nos gruñeron cuando les hicimos una señal que ellos

lograron entender; casi todo lo que veían les gustaba y lo querían. Así que cogieron café, azúcar, tabaco, y un montón de cosillas más.



Volvieron a la hora del desayuno a la mañana siguiente; entonces yo y Tom nos fuimos a su campamento con ellos, y todos disparamos a un blanco con sus arcos y con sus flechas; ellos, con un arco y una flecha, sabían disparar a cualquier cosa sin mirar siquiera y nos enseñaron modos de acertar siempre a un árbol con el *tomahawk*. Regresaron con nosotros a medio día y comieron; el de la pistola se la enseñó a Peggy y le preguntó por señas si podía darle munición. Ella se la cogió a su padre, la colocó en el cargador y se la preparó ella misma. El indio estaba muy agradecido, y la llamó buena india, y bonita india, y ella se mostró muy contenta; a otro, que se llamaba Cara de Cerdo y que tenía una vieja herida en su barbilla, se la vendó y le puso bálsamo en ella, y también este se mostró muy agradecido. Tom estaba enloquecido con los indios, decía que no había hombres blancos tan nobles, y no era el único que pensaba eso, porque yo y Jim y el resto de nosotros les cogimos mucho cariño en seguida; Peggy decía que ojalá Brace estuviese allí, entonces cambiaría sus ideas sobre los indios, a los que tenía manía y odiaba como a las serpientes, y siempre decía que no podría confiar en ninguno de ellos de ninguna manera o en ninguna parte, ni en tiempos de guerra ni en

tiempos de paz ni en ningún otro tiempo. Me enseñó un puñal, que sacó de su pecho, y me preguntó si sabía para qué era y quién se lo había dado.

—No lo sé —dije—. ¿Quién te lo ha dado?

—Brace.

Entonces comenzó a reírse, alegre y feliz, y continuó:

—No adivinarás nunca para qué sirve.

—Bueno, ¿para qué sirve? —dije yo.

—¡Para matarme con él!

—¡Oh, cielos! —dije yo—. ¡Qué dices!

—Sí —dijo ella—. Es verdad. Brace me dijo que, si alguna vez caigo en manos de salvajes, que no me pare a pensar en él, ni en la familia, ni en nada, y que no espere ni una hora a ver si pueden rescatarme; no debo perder el tiempo, ni esperar ninguna oportunidad: debo matarme en seguida.

—Dios mío —dije—. ¿Y por qué?

—No lo sé.

—¿Se lo has preguntado?

—Claro, y le he pinchado para que me lo diga, pero no lo hace. Sigue intentando que se lo prometa, pero yo me río siempre, y le digo que, si está tan ansioso por librarse de mí, que me diga *por qué* tengo que matarme, y a lo mejor podría prometérselo; al final me dijo que *no podía* decírmelo. Así que yo dije: «Bueno, pues yo tampoco puedo prometértelo», y me reí de nuevo, pero él no se rio. Al poco rato, él me dijo, muy serio y preocupado: «Sabes que no te pediría que hicieras eso o cualquier otra cosa si no fuera lo mejor para ti… Confías en mí, ¿verdad?». Aquello me puso seria porque era verdad; pero yo no podía prometer *semejante* cosa, ¿sabes?, me dan escalofríos solo de pensarlo. Así que me pidió que me quedase con el puñal de regalo y como recuerdo; y cuando le dije que lo haría, dijo que de acuerdo, que era todo lo que quería.

Uno de los indios, llamado Zorro Azul, llegó hasta nosotros, y en cuanto vio el puñal, comenzó a pedírselo; ese era su estilo: pedían cualquier cosa que se les cruzara por el camino. Pero Peggy no se lo dio. Al día siguiente y al siguiente siguió molestándola, diciendo que quería llevárselo a su campamento para hacerle una funda nueva y un cinturón para que lo llevase, así que al fin ella se cansó y le dejó llevárselo. Pero no dejó que se lo llevara hasta que le prometiese que lo cuidaría bien y que nunca dejaría que se le escapase de las manos. Aquello le complació, y le dio un collar hecho de garras de osos; le dijo que por supuesto ella tendría que darle algo a cambio, y ella le dio la Biblia e intentó enseñarle algo de religión, pero él no entendía

nada, así que no le hizo ningún bien en particular. Pero eso pasó solo en aquel momento, ya que poco después, cuando los indios comenzaron a jugar como hacían todos los días, el indio apostó su Biblia contra un *tomahawk* y lo ganó.

Era un grupo sociable. Luchaban con Buck, Bill y Sam y aprendieron algunos tiros nuevos que no sabían; todos hacíamos carreras a pie y a caballo con ellos, y era genial ver cómo sus pequeños y ariscos ponis se libraban de ellos cuando se enfadaban.

Bailaban danzas para nosotros. Dos o tres veces, se pusieron todo ese lío de plumas y pinturas de guerra, y bailaron una danza de guerra, chillaron y saltaron, aullando y gritando: era algo encantador y horrible. Pero el de la pistola, llamado Hombre-que-teme-a-su-suegra, no se puso nada de pintura y adornos, y no bailó las danzas de guerra, no vino casi ninguna de las veces que se celebraron, y cuando lo hacía tenía un aspecto agrio y apenado, y no se quedaba.

Sí, estábamos todos enganchados con los indios, medio enamorados de ellos, podríamos decir, y me parece que nunca me lo he pasado mejor que entonces. Peggy era buena con ellos, como si fuese su hermana o su niña, y ellos le tenían mucho cariño. Estaba apenada por el de la pistola, e intentaba darle ánimos para que se pusiese la pintura de guerra y bailase la danza de la guerra con los demás, para que estuviese alegre y no apenado; y a él le complacía que ella fuese tan amable, pero nunca bailaba. Muy pronto, a ella se le ocurrió qué podía ser lo que le pasaba, y me dijo:

—Está de duelo, eso es lo que tiene; ha perdido a un amigo. Y creo que yo he estado haciéndole daño, haciendo que recordase sus pesares. De haberlo sabido, no habría hecho nada semejante por nada del mundo.

Después de aquello, ya no hizo más por él, tampoco sentirse muy apenada por él. Deseó más que nunca que Brace estuviese allí, para que pudiera ver que, después de todo, los indios eran igual que todo el mundo, que tenían sus pesares y problemas, que sabían cómo querer a un amigo y apenarse cuando se ha ido.



Tom tenía la idea de que los indios nos acogiesen a él, a mí y a Jim entre los de su banda y nos dejasen ir a su país y vivir en su tribu una semana o dos; así que al cuarto día se fue al campamento a preguntárselo, y yo y Jim fuimos también. Pero, a la mañana siguiente saldrían tras un búfalo, y estarían fuera todo el día, tal vez más tiempo, y aquello le llenaba a Tom de tanto entusiasmo, que no podía pensar en otra cosa, pues todavía no habíamos visto un búfalo. Ellos tenían un plan para mí, para Jim y para Tom, que comenzaría antes de la mañana. Un indio iría en una dirección, Buck iría en la otra con otro indio, Bill con otro y Sam con otro, dejarían a un indio en el campamento, pues estaba lisiado con una pierna herida, y el grupo que encontrase los búfalos primero daría la señal a los otros. Así que estaba todo preparado.

Entonces vimos a Peggy en una de las olas de hierba con Flaxy mirando hacia el campo con la mano sobre los ojos. En seguida todos los indios se fijaron en ella y nos preguntaron qué estaba mirando. Yo le dije que estaba esperando a un montón de amigos. El indio que hablaba un poquito de inglés me preguntó que cuántos. Y como siempre está en mi ánimo el exagerar, le dije que siete. Tom medio sonrió, pero lo dejó pasar. Hombre-que-teme-a-su-suegra dijo:

—La niña (refiriéndose a Flaxy, ya sabéis) dice que solamente *uno*.

Me di cuenta de que me habían cogido, pero en mi opinión nadie nunca gana nada echándose atrás en aquellas circunstancias, así que dije:

—*Siete* —lo dije firmemente, y me mantuve así.

Los indios hablaron entre ellos durante un momento, y entonces nos dijeron que fuéramos a pedir a Bill, Buck y Sam que viniesen a hablar de la

cacería. Así lo hicimos y ellos se fueron; todos nos sentamos a esperar la cena hasta que regresaran; ellos dijeron que creían estar de vuelta dentro de media hora. Al poco rato, vinieron cuatro indios y dijeron que los muchachos se habían quedado atrás para cenar con Cara de Cerdo en su campamento. Así que entonces pedimos a los indios que cenasen con nosotros, y Peggy les pasó platos de hojalata y cosas, sirvió las provisiones, y todos comenzamos. Llevaban puesta la pintura de guerra, plumas y demás cosas desde que nosotros dejamos su campamento —todos menos el de la pistola—, así que creí que pasaríamos otro buen rato. Comimos y comimos, hablamos, nos reímos y al poco rato habíamos terminado, pero aún seguíamos hablando.

Luego Tom me dio un codazo suave y tranquilo, se levantó y cogió un cubo, dijo que iba a por un poco de agua para Peggy y se fue a dar una vuelta. Yo dije que iba a ayudarle, así que cogí otro cubo y le seguí. Tan pronto como nos escondimos detrás de unos árboles, Tom dijo:

—Me parece que hay algo que no marcha bien, Huck. Ellos no *fuman* y siempre habían fumado antes. Hay solo un rifle en la carreta, y hace uno o dos minutos uno de ellos estaba toqueteándolo. No pensé en ello en ese momento, pero ahora lo hago porque resulta que hace justo un minuto lo he revisado y ¡rayos, no tiene munición! Algo está pasando, Huck… Voy a por los muchachos.

Allá se fue, y yo no sabía qué hacer. Retrocedí y me mantuve detrás de los árboles y, cuando estuve muy cerca, decidí observar lo que estaba pasando, mientras esperaba a Tom y a los muchachos. Los indios se habían levantado y estaban dando vueltas por los alrededores igual que antes, mientras Peggy estaba juntando los platos y las cosas. Oí unos pasos, como un montón de caballos, y cuando estuvieron muy cerca vi que otro indio llegaba en un poni trayendo otros ponis y todas nuestras mulas y caballos por delante, y daba un chillido largo y salvaje. Al instante de hacer eso, el indio que tenía la pistola que Peggy había cargado disparó a su padre a la cabeza y le cortó la cabellera; el otro arrojó el *tomahawk* a su madre y le arrancó la cabellera; entonces, estos dos cogieron a Jim y le ataron las manos, y los otros dos cogieron a Peggy, que estaba gritando y llorando, y todos ellos salieron a toda prisa con Jim y Flaxy, y cuanto más rápido y lejos corría yo más la oía, hasta que estuve a muchas muchas millas de distancia.



Pronto oscureció y tuve que detenerme; estaba cansadísimo. Fue una noche terriblemente larga, pero no dormí, estuve montando guardia y escuchando todo el tiempo, asustado ante cualquier sonidillo, sintiéndome miserablemente. Nunca había pasado una noche tan larga, con tanta y tanta espera y pesar.

Cuando llegó el alba, al principio no me atrevía a moverme, pues tenía miedo; pero tenía tanta hambre que tuve que hacerlo. Además, quería saber algo de Tom; así que me deslicé a hurtadillas hasta el campamento, que estaba muy lejos campo a través, pero podía distinguirlo por los árboles. Me topé con la línea de los árboles tan rápido como pude y me escurrí por debajo y por detrás de ellos. Había humo, y al poco rato vi que no había fuego en el campamento: venía de la carreta; los indios la habían saqueado y quemado. Cuando estuve muy cerca, vi a Tom allí, caminando por los alrededores y mirando. Me puse contentísimo, pues lo único que sabía era que el otro indio le había cogido.

Buscamos algo para comer por allí, pero no lo encontramos, pues lo habían quemado todo, y entonces nos sentamos y le conté todo a Tom, y él me lo contó todo a mí. Dijo que cuando llegó al campamento de los indios lo primero que vio fue a Buck, Sam y Bill muertos con el *tomahawk*, sin

cabellera y desnudos; cada uno de ellos tenía clavadas como veinticinco flechas. Me contó cómo habían abusado de ellos, lo cual fue horrible, pero no serviría de nada ponerlo en este libro. Por supuesto, los cuchillos y las pistolas de los muchachos habían desaparecido.

Yo y Tom nos sentamos allí un tiempo considerable con la cara entre las manos, pensando y sin decir nada. Por fin, dije:

—¿Y bien?

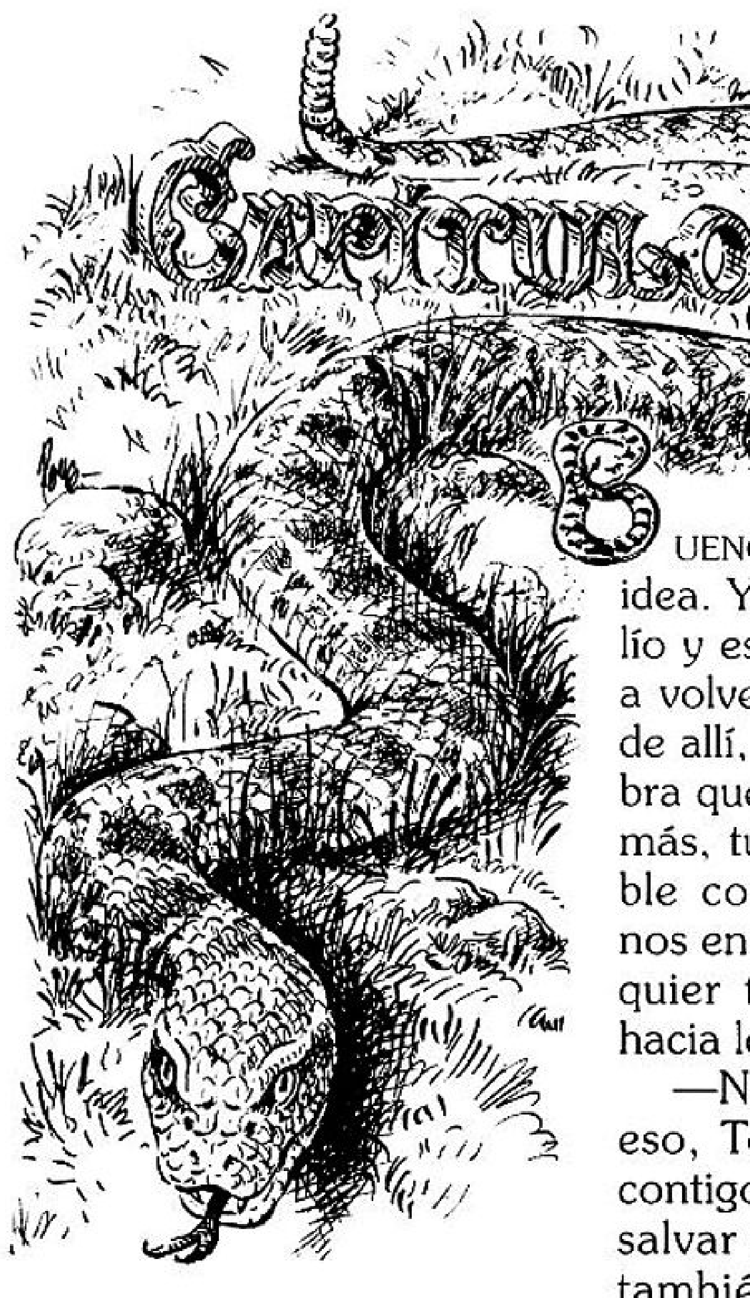
Él no contestó en seguida, pero muy pronto dijo:

—Lo he pensado y he tomado una decisión; pero te dejaré hablar a ti primero si quieres.

Yo dije:

—No, no quiero. Lo he intentado, pero parece que no puedo dar con ningún plan. Estamos aquí y eso es todo lo que hay. Me parece que estamos a muchos millones de millas de ninguna parte, sin nada que comer, nada con qué conseguir comida, ninguna manera de llegar a ninguna parte si no es a pata, y creo que estaremos acabados y moriremos antes de poder llegar a cualquier sitio de esta manera. Estamos en un lío. Eso es todo lo que sé sobre esto; estamos en un aprieto y no puedes llamarlo de una forma más suave. Cualquiera que sea tu plan, me vendrá bien; haré todo lo que digas. Venga. Habla.

CAPÍTULO IV



BUENO, HUCK, ésta es mi idea. Yo metí a Jim en este lío y está claro que no voy a volver a casa sin sacarlo de allí, a no ser que descubra que ha muerto; y, además, tú no eres tan culpable como yo, así que, si nos encontramos con cualquier trampero que vaya hacia los Estados Unidos…

—No te preocupes por eso, Tom —dije yo—, iré contigo. Quiero ayudarte a salvar a Jim, si puedo, y también quiero ayudar a

salvar a Peggy. Ella era buena con nosotros, y no podría dormir tranquilo si no lo hiciera. Iré contigo, Tom.

—Muy bien —contestó él—, esperaba que lo hicieras, estaba seguro de que lo harías, pero no quería presionarte o influenciarte.

—¿Y cómo iremos? —dije—. ¿Andando?

—No —contestó—. ¿Te has olvidado de Brace Johnson?

Sí, lo había hecho. Y oír su nombre me causó mucho dolor, pues iban a ser tiempos muy tristes cuando él llegara.

Así que esperamos allí a que volviera. Pasamos dos o tres días sin nada que comer, pues nuestros amigos no le esperaban hasta dentro de una semana desde el momento en que acampamos. Caminamos media milla hasta la colina de hierba más alta, en donde había un árbol pequeño, y echamos una larga ojeada al campo para comprobar si venía Brace o quien fuera, pero no se veía ninguna cosa viva por ninguna parte, solo el sitio más llano, ancho y grande —todo estaba muerto, muerto y callado, sin sonido alguno—, y también el sitio más solitario que pueda existir, suficiente como para partir el corazón de cualquiera con solo oír la espantosa quietud que allí había. A veces hablábamos un poquito —una vez, quizá incluso una hora—; pero la mayoría de las veces pasábamos el tiempo pensando y mirando, pues se hacía duro hablar ante tal solemnidad. Una vez, dije:

—Tom, ¿dónde aprendiste todo eso de los indios…, sobre lo nobles que eran y todo eso?

Él me lanzó una mirada que me demostró que le había herido mucho, muchísimo, así que sentí haber dicho esas palabras. Volvió la cara, y un momento después dijo:

—En las novelas de Cooper[1].

Y no dijo más, ni yo tampoco, así que cambiamos de tema. Me di cuenta de que no quería hablar de eso y que se estaba sintiendo mal, así que le dejé descansar allí, dado que nunca he tenido ninguna intención de inquietar o de preocupar a ninguna persona.

Prendimos una fogata en un sitio nuevo que estaba más lejos, arroyo abajo. La hicimos con parte del fuego de la carreta quemada, porque los indios habían quemado los cuerpos del viejo señor Mills y de su mujer junto con la carreta, de manera que aquello parecía una especie de cementerio, ya sabéis, y no nos agradaba permanecer cerca de allí. De vez en cuando, nos acercábamos al fuego nuevo y lo manteníamos; también dormimos allí aquella noche, bastante muertos de hambre.

Nos levantamos al amanecer, y yo salté muy alegre y resuelto, pues había estado soñando que estaba en casa; sin embargo, en cuanto miré en derredor, con todos aquellos millones de millas de llanura muerta y gris, mi alma se tragó su desparpajo y alegría de un solo sorbo, como una esponja, volvió toda la amargura y fue mucho peor que el día anterior.

Mientras clareaba, vimos algunas criaturas correr como el viento por la pradera y nos pareció que eran antílopes o indios, o las dos cosas, pero no lo sabíamos; de todos modos, estaba bien volver a ver un poco de vida, y con ello y durante un rato pareció un sitio menos solitario.

Teníamos tanta hambre que no podíamos permanecer quietos, así que comenzamos a holgazanear por allí; nos encontramos con una aldea de perritos de las praderas[2]: unos pequeños montículos con agujeros y, de centinela, un perrito de las praderas que más parecía una rata noruega montando guardia. Llevábamos unos palos largos de álamo de Virginia que habíamos cortado de los árboles, y estábamos comiéndonos su corteza para desayunar; así que cavamos con ellos dentro de la aldea de perritos e hicimos salir una lechuza o dos y un par de sombreros llenos de serpientes de cascabel. Esperábamos coger un perrito, pero no lo hicimos; tampoco ninguna lechuza, pero capturamos la serpiente de cascabel más bravucona que yo haya visto jamás, la llevamos al campamento, le cortamos la cabeza y luego la asamos en las brasas calientes: estaba de primera; Tom tenía miedo y al principio no comía nada, pero yo sabía que estaban buenas porque había visto comérselas a los cerdos y a los negros, y me parecía que no era cuestión de ser orgulloso cuando te estás muriendo de hambre. Bueno, pues nos sentimos muchísimo mejor y casi nos pusimos contentos; cuando quedamos satisfechos, todavía teníamos suficiente serpiente para una comilona en la escuela dominical, pues era una majestuosamente grande. Estaba un poco seca, y si hubiésemos tenido un poco de salsa, de mantequilla, o de algo, habría sido un pícnic de lo más alegre.

Al tercer día seguíamos solos, hablando, tumbándonos por allí, dando vueltas y cazando serpientes, y nos parecía que todo era cada vez más solitario y deprimente que nunca. A menudo, cuando subíamos a la colina de hierba más alta, mirábamos el campo, pero todo lo que veíamos siempre eran auras[3], cuervos, o algo que daba vueltas y vueltas sobre el campamento indio: bien sabíamos nosotros lo que les había llevado hasta allí. Nosotros no habíamos vuelto, y nunca más volvimos a acercarnos por allí.

Cuando volvimos a casa hacia el atardecer con una serpiente espléndida, nos detuvimos y echamos otra larga ojeada al campo; al principio no vimos

nada, pero sí muy poco después; estaba muy lejos, allá, contra el cielo, tan lejos que no estábamos seguros. El aire es allí tan claro que se puede ver a una distancia tremenda, y calculamos que tendríamos que esperar un buen rato. Y lo hicimos. A la media hora, creo, nos dimos cuenta de que eran caballos, hombres o algo así, y que venían hacia nosotros. Entonces nos tumbamos y nos mantuvimos cerca uno del otro, pues podrían ser indios y no queríamos más indios ya. Por fin, Tom dijo:

—Hay tres caballos, seguro —y en seguida, añadió—: Hay un hombre montado en uno. No distingo más hombres.

Al poco tiempo, dijo:

—Hay solo un hombre; conduce tres mulas cargadas delante de él y viene hacia aquí con paso muy rápido y enérgico. Lleva un gran sombrero, y me parece que es blanco. Creo que es Brace Johnson; me parece que es la única persona a la que se espera este año. Venga. Vamos a arrastrarnos detrás de las olas de hierba y a acercarnos. Si es él, hay que detenerlo antes de que llegue al viejo campamento y decírselo con mucho tacto.

Pero no pudimos. Era demasiado rápido para nosotros. Al llegar se quedó mirando fijamente. En seguida nos presentamos nosotros, y él nos apuntó con su pistola; entonces se dio cuenta de que no éramos indios y la bajó diciendo que nos acercásemos, y así lo hicimos.



—Muchachos —dijo—, por los restos que quedan, veo que este era el campamento de los Mills. ¿Habéis estado con ellos?

—Sí.

—¿Qué ha pasado?

Yo no dije nada de nada, y al principio Tom tampoco; luego dijo:

—Indios.

—Sí —dijo él—, eso ya lo veo por las señales; pero la gente se fue, ¿no? Se fueron con vosotros, ¿no?

Nosotros no contestamos. Él se bajó del caballo de un salto, y se nos acercó rápidamente con aspecto ansioso y nos preguntó:

—¿Dónde están? ¡Rápido! ¿Dónde están? ¿Dónde está Peggy?

Bueno, teníamos que decírselo…, no podía ser de otro modo. Y todo lo que él podía hacer era aguantarlo, era lo único que podía hacer. Pero, cuando comenzamos a contarle lo de Peggy, *no pudo* soportarlo; su rostro se puso blanco como la leche y las lágrimas le rodaban por las mejillas, mientras decía: «¡Oh, Dios mío, oh, Dios mío!». Era tan terrible verle que quise evitarle esa parte del relato, e intenté dar un rodeo y volver a los otros detalles; y dije:

—El que tenía el revólver no llevaba pintura de guerra, y le disparó al señor Mills y le arrancó la cabellera; entonces, con las manos llenas de sangre se hizo rayas en la cara con los dedos, como si fuese pintura de guerra, y comenzó a dar gritos de guerra como hacen los indios de los circos. Y la pobre señora Mills estaba arrodillada, rogando tan lastimeramente, cuando el *tomahawk*…

—Nunca volveré a verla…, nunca, nunca más…, mi amor, pobrecilla…, tan joven, tan dulce y bonita… ¡Pero gracias a Dios que está muerta!

No me estaba oyendo.

—¿Muerta? —dije—. Si te refieres a Peggy, *ella* no está muerta.

Él se volvió hacia mí como un gato salvaje y gritó:

—¡Que no está muerta! ¡Retira lo dicho, retira lo dicho, o te estrangularé! ¿Y *tú* cómo lo sabes?

Sus dedos comenzaron a moverse como para ahogarme, de manera que retrocedí un poco hasta quedar fuera de su alcance, y dije:

—Lo sé porque vi que los indios la arrastraron con ellos; y no le pegaron ni parecían dispuestos a hacerle daño.

Él solo gruñía y movía las manos; luego las juntó sobre su cabeza. Entonces, dijo:

—Me habías dejado pasmado y por un minuto te he creído, y eso ha hecho que me ponga como un lunático. Pero bueno…, por lo menos tenía el puñal. Pobrecita niña, pobrecilla… ¡Si por lo menos hubiera estado aquí!

Estaba a punto de decirle que ella se lo había dejado a Zorro Azul un rato y no sabía si él se lo había devuelto o no…, pero no se lo dije. Una especie de instinto me dijo que me callara, no sé por qué. Pero aquel tipo era el demonio más rápido que hayáis visto jamás. Me vio dudar y me lanzó una mirada que me entró como si estuviera tratando de ver lo que yo guardaba en mi cabeza. Pero mantuve mi cara inmóvil y no dejé que se me notara. Así que me miró de una manera considerablemente más tranquila, pero no tranquila del todo, y me dijo:

—Ella tenía un puñal… ¿Viste que ella tenía un puñal?

—Sí —dije.

—Bueno, entonces está bien. Ella no lo habrá perdido ni se lo habrá dado a alguien, o cualquier otra cosa, ¿verdad? Ella lo tenía cuando se la llevaron, ¿no?

Por supuesto que yo no sabía si lo tenía o no, pero dije que sí, porque me parecía que era eso lo que había que decir.

—¿Estás seguro? —dijo.

—Sí, completamente seguro —dije—. Sé que lo llevaba consigo.

Se mostró muy agradecido, y luego, dando un largo suspiro, dijo:

—Ah, pobrecita niña, pobrecilla, sin amigos… Gracias a Dios que está muerta.

Yo no comprendía por qué él quería que estuviese muerta, ni por qué se mostraba tan agradecido por ello. Pero yo esperaba que no lo estuviese, esperaba que pudiésemos encontrarla y rescatarla de los indios junto con Flaxy, sanas y salvas, y no iba a dejar que me disuadieran de ese pensamiento. Pusimos rumbo al campamento indio; y cuando Tom estaba un poco más adelante, me adelanté y pregunté a Brace si *realmente* esmeraba que Peggy estuviese muerta, y si era así, *por qué*. Él me lo explicó, y entonces ya todo estuvo claro.

Cuando llegamos al campamento, miramos los cadáveres durante un momento; luego, Brace dijo que podíamos enterrarlos en seguida, pero que antes quería echar una ojeada alrededor y hacer algunas averiguaciones. Así que revolvió las cenizas del fuego, las examinó cuidadosamente y examinó cualquier cosilla que encontró entre ellas, las huellas, cualquier trocito de harapo o de material parecido que estuviese tirado por allí; cogió una de las flechas, la examinó y, hablando para sí todo el tiempo, decía: «Siux…, sí,

siux, está claro…», y cosas así. Yo también di unas vueltas alrededor y, cuando estaba a uno o dos pasos de él, ¡hete aquí que encontré el puñal de Peggy en el suelo!



Aquello me hizo contener el aliento; me parece que di una especie de respingo que llamó su atención, y me preguntó que si había encontrado algo; dije que sí y caí de rodillas de modo que el cuchillo quedó debajo de mi pierna; cuando llegó, dejé caer unas cuentas de mocasín que había encontrado antes en el suelo y fingí estar mirándolas; él se acercó y las levantó, silbando mientras les daba la vuelta examinándolas en la mano; entonces yo deslicé la daga en mi bolsillo y, en cuanto oscureció, me escurrí de nuestro campamento, lo llevé a un cuarto de milla de allí y lo arrojé entre la hierba. Pero no me quedé satisfecho, pues me pareció que aquel tipo se tropezaría con él y lo encontraría, de tan agudo que era. Ni siquiera intenté enterrarlo, tanto miedo tenía de que la encontrase. Así que, al final, hice un pequeño agujero y lo metí en forro de mi chaqueta. Solo entonces me quedé satisfecho, pues era como tener un recuerdo de Peggy, algo para recordarla, como para ahorcarme durante toda mi vida.



AQUELLA NOCHE en el campamento, después de enterrar los cuerpos, nos reunimos y hablamos. Yo y Tom le contamos a Brace cómo habíamos ido a parar allí, que Tom quería que fuésemos a cazar con los indios y que viviésemos con ellos algún tiempo, y Brace dijo que a todos los niños del mundo les pasa lo mismo, que igual le había ocurrido a él cuando era pequeño; y mientras seguimos hablan-

do se notaba que nos iba cogiendo simpatía, dado que pensábamos mucho en Peggy y le contábamos el aspecto que tenía y todas las cosas que ella había hecho y dicho. De cuando en cuando, mientras hablábamos de los indios, una mirada de lo más malvada se asentaba en su rostro, y en esos momentos nunca decía nada.

Había algunas cosas sobre las que se mostraba bastante perplejo, y de cuando en cuando irrumpía en medio de la conversación con un comentario que nos mostraba que su mente había estado preguntándose cosas. Una vez, dijo:

—Me pregunto qué demonios los ha puesto en pie de guerra. Hasta hace poco todo era absolutamente pacífico en las llanuras, y yo no habría entendido una provocación entre esos tipos para nada. Y me pregunto si es una guerra *general* o se trata solamente de algún asunto privado.

Por supuesto, nosotros no podíamos responder a eso, y así le dejamos que siguiera intrigándose. En otro momento, interrumpía diciendo:

—¡Es algo de lo más misterioso!… Hay hechos que no parecen tener ni pies ni cabeza, de ninguna manera. Puedo entender por qué han estado haciendo el tonto por aquí durante tres o cuatro días, pues no tenían ningún apuro: sabían que tenían de aquí hasta Oregón para hacer el trabajo; aparte de eso, un indio es paciente; preferiría esperar un mes hasta estar seguro de hacer su juego sin ningún riesgo para su propio pellejo que intentar hacerlo antes, cuando hubiese el menor riesgo. Puedo entender por qué planearon la cacería del búfalo, que separaría a todos los blancos unos de otros para que fuese fácil y seguro manejarlos, pues hubiesen hecho falta no cinco guerreros, sino quince, para atar a cinco hombres y a dos muchachos; ni siquiera lo habrían hecho por sorpresa, estando dormidos al amanecer, si había una forma más fácil. Sí, puedo entender todo eso: son indios, y es fácil. Pero lo que me pregunto es qué les hizo dejar el plan del búfalo y actuar con tanta prisa al final, pues actuaron con prisa. Veréis: un indio no mata a un grupo entero de esa manera, aquí te pillo y aquí te mato, a no ser que esté demasiado loco o tenga una prisa increíble. Después de asegurarse de que los hombres jóvenes estaban fuera de su camino podrían, al menos, haber salvado al viejo de la tortura. Me sorprende mucho, no puedo entenderlo.

Por un momento, no pude resolver nada; no podía pensar en nada que pudiera hacer que se dieran tanta prisa. Pero Tom se acordó de que yo había contado a los indios que los Mills esperaban a siete amigos, y que ellos habían visto que Peggy y Flaxy les estaban aguardando.

De manera que Brace, dijo:

—Eso está bien, ahora lo entiendo. Eso es de indios… Eso haría que dejasen el asunto del búfalo y apremiaran las cosas. Ya sé por qué no mataron al negro, por qué no lo han matado aún y no lo harán. Si por lo menos supiese si esta es una guerra general o solo una pequeña disputa privada, estaría satisfecho y no me preocuparía más. Pero… olvidadlo, dejadlo estar, no hay forma de averiguarlo.

Así que volvimos atrás sobre algunos detalles, y al poco rato yo le estaba contando cómo Hombre-que-teme-a-su-suegra pintó a rayas todo su rostro con sangre después de matar al señor Mills, y luego…

—¡Vaya, lo han hecho por la pintura de guerra! —exclamó Brace Johnson, entusiasmado—. ¿No estaban todos vestidos de guerra antes? ¿No estaban todos pintados?

—Todos menos él —dije yo—. Él nunca se pintó ni bailó con el resto la danza de guerra.

—¿Por qué no me lo has contado antes? Eso lo explica todo.

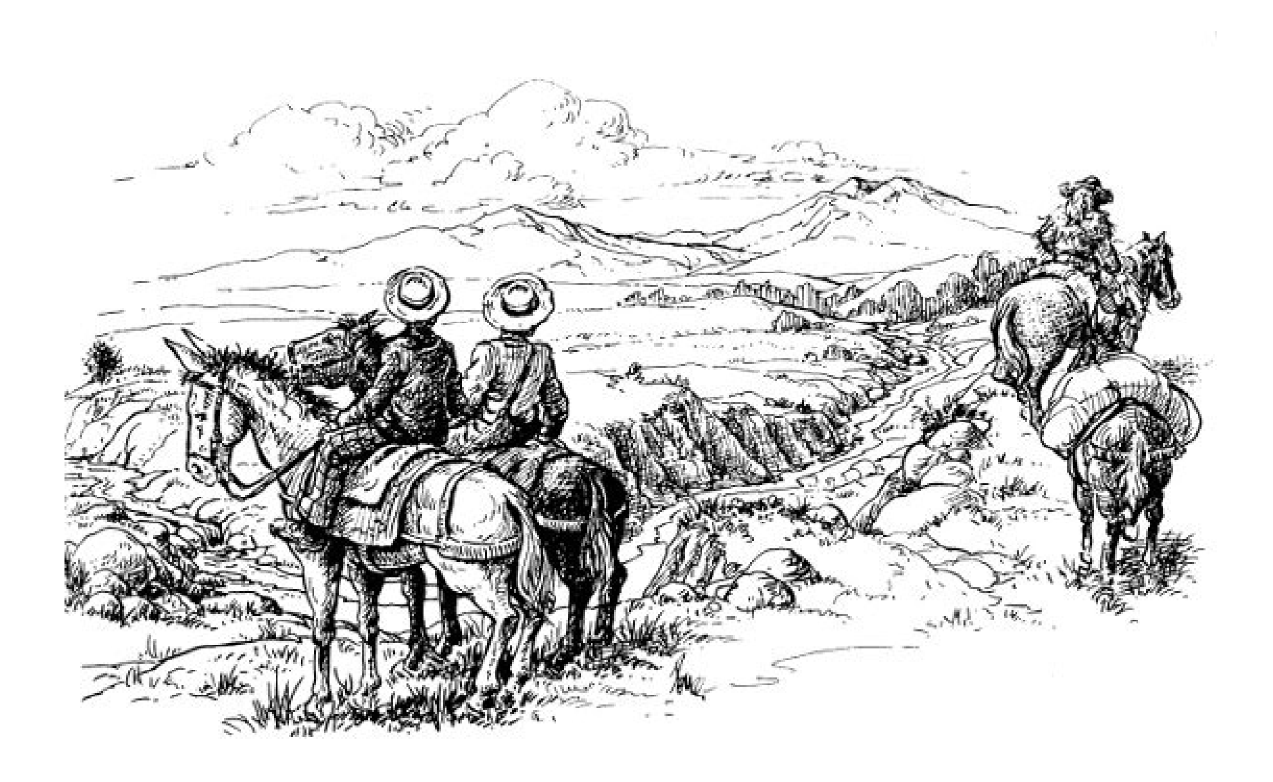
—Te lo he contado —dije—, pero no me estabas escuchando.

—Buen, buen, muchacho —dijo—: estoy contento de que las cosas sean así, pues no deseaba dejaros venir conmigo, ya que no sabía si todos los indios iban tras los blancos y si esto era una guerra general. Habría sido un mal asunto dejar que os metierais en esto, y además solo nos habríamos atrevido a viajar de noche. Pero ahora tenéis razón, podéis veniros conmigo por la mañana, pues esto no es más que una pequeña rencilla privada, y como tal, este es su fin. Veréis: algún hombre blanco ha matado a un pariente de ese indio, y él, en represalia, ha cazado algunos blancos. No le hubiese parecido bien volver a ponerse el traje de guerra sin haber matado a un hombre blanco para vengarse. Habría caído en desgracia de no haberlo hecho; así que no perdió tiempo en hacerse con lo primero que pudiese servirle como pintura de guerra, y hasta creo que habrá dejado salir unos pocos gritos para ejercitar su garganta y saborearlos de nuevo en la boca. Probablemente, ahora estén contentos y ya no haya más problemas.

Así que la pobre Peggy había adivinado bien; el indio estaba «de luto» y había perdido a un amigo; pero además resulta que él sabía cómo consolarse mejor que lo hubiese sabido hacer ella.

Desayunamos justo al despuntar la mañana y luego nos dimos prisa para prepararnos. Cogimos provisiones y cosas parecidas, ya que no podíamos pasar sin ellas, y las cargamos en una de las mulas, y *alijamos* el resto en la carreta de Brace —o sea, lo enterramos—; luego, Brace encontró el rastro dejado por los indios y salimos todos a caballo hacia el Oeste. Yo y Tom lo

hubiésemos perdido a cada rato, pero para Brace no era ningún problema seguirlo: se lanzaba tras él como si hubiese estado pintado ante él en el pavimento.



Brace estaba tan seguro de que Peggy se había matado, que pensé que estaría buscando su cadáver, pero jamás pareció estar haciendo eso. Era algo tan extraño que, al poco rato, estaba yo muy intrigado averiguando la causa, y, por fin, insinué algo sobre el tema. Pero él dijo que no, que los indios marcharían las primeras veinticuatro horas sin detenerse, y entonces —creyendo que ya se habrían alejado lo suficiente de los siete amigos de los Mills para estar a salvo durante un rato—, solo entonces, acamparían; y que allí encontraríamos el cadáver.

Le pregunté lo lejos que podrían estar para entonces, y él dijo:

—Todo el grupo estaba fresco y bien alimentado, tenían caballos de sobra y mulas. Estarán como a unas ochenta millas…, tal vez a cien.

Brace parecía estar pensando en Peggy *todo* el tiempo, y en nadie o en ninguna otra cosa más. Así que, cuando tuve oportunidad, pregunté:

—¿Qué harán los indios con Flaxy?

—Pobrecilla, ella estará bien, no le harán daño. No hay prisa por ella…, se la quitaremos dentro de poco. Son muy cariñosos con los niños, así que se quedarán con ella o la venderán; pero, para cualquier grupo que la adquiera, ella será la mascota de todo el grupo, y la vestirán bien, y la cuidarán. Será la única niña blanca que el grupo haya visto jamás, y la mayor curiosidad con la

que se toparán en sus vidas. Pero, si los blancos comienzan a emigrar a Oregón, los verán más a menudo, y creo que lo harán dentro de poco.

No pareció ocurrírsele nunca que Peggy no se mataría mientras Flaxy estuviese prisionera, pero a mí sí. Yo tenía mis dudas; a veces creía que sí lo haría, y otras veces me parecía que no.

Descansamos una hora a mediodía, luego continuamos, y a media tarde Brace vio algunos indios a lo lejos, aunque nosotros no los vimos. Vimos unos puntitos, eso es todo; pero él decía que podía verlos lo suficientemente bien, y que eran indios; pero que no iban por nuestro camino, así que no serían ninguna molestia para nosotros, y muy pronto estuvieron fuera de nuestra vista. Hicimos unas cuarenta o cincuenta millas ese día, y acampamos.

Bueno, pues al día siguiente, ya tarde, el rastro se dirigía hacia un arroyo y a unos arbustos en la orilla, a un cuarto de milla o más de distancia. Brace detuvo su caballo y nos dijo que siguiéramos a ver si estaba el campamento; y si estaba, que mirásemos por los alrededores para encontrar el cadáver; nos dijo que lo enterrásemos, que fuésemos tiernos con él, que lo hiciéramos lo mejor pudiésemos, y que luego siguiéramos una milla más adelante, arroyo abajo, en donde estaría él acampando: solo volver allí, para decirle que sus órdenes habían sido cumplidas, sin contarle qué aspecto tenía ella, ni el campamento, ni nada; entonces Brace se fue a dar un paseo, con la cabeza gacha sobre el pecho, llevando consigo la mula cargada.

El campamento indio estaba, pero el cuerpo no, ni señales de él, tal como yo esperaba. Tom estaba a punto de salir corriendo a contárselo para animarle, pero yo lo pensé mejor, y dije:

—No, la cosa ha resultado bien. Nos quedaremos aquí el tiempo suficiente como para haber cavado una tumba con los cuchillos de monte, y luego regresaremos y le diremos que la hemos enterrado.

Tom respondió:

—Eso es bueno, misterioso, deshonesto y me gusta mucho; pero, déjalo, no tiene ningún sentido, ninguna ventaja para nadie, y no estoy dispuesto a hacerlo.

Así que me pareció que tendría que contarle por qué creía yo que, de cualquier modo, sería mejor que Brace creyese que la habíamos encontrado y enterrado; por fin, cuando se lo conté todo, Tom quedó satisfecho; nos quedamos allí unas tres o cuatro horas durante el largo crepúsculo, hasta que estuvo completamente oscuro, y luego cabalgamos hasta el campamento de

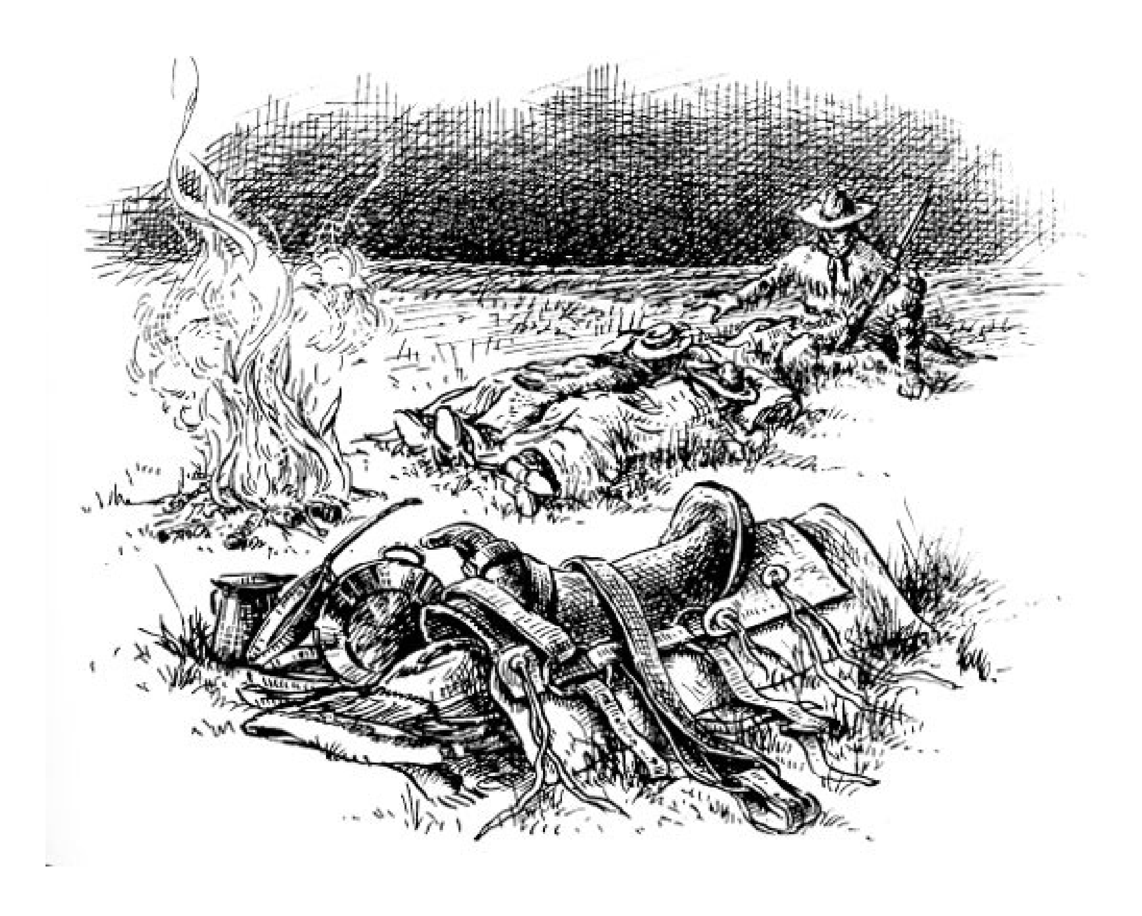
Brace; le encontramos sentado junto al fuego, con la cabeza gacha, y tan solo le dijimos:

—Está todo hecho…, y bien.

Y entonces nos acostamos como si fuésemos a descansar y él dijo, con aquella profunda voz suya:

—Que Dios sea bueno con vosotros muchachos, por vuestra bondad.

Y nos hizo una especie de caricia en la cabeza con la mano, y nosotros pensamos lo mismo.





CAPÍTULO VI.

DESPUÉS de unos cuatro días comenzamos a alcanzar a los indios. Su rastro se veía cada vez más reciente. Ya no tenían miedo y tampoco viajaban rápido, pero nosotros seguíamos cabalgando a toda mecha todo el tiempo. Por fin, un día, dimos con un campamento en el que acababan de estar hacía unas horas, pues las brasas estaban todavía calientes. Brace dijo que ahora iríamos con mucho cuidado para que no

nos viesen, y que nos mantendríamos a una distancia segura por delante. Tom dijo que tal vez deberíamos deslizamos entre ellos por la noche y robarles a Jim y a Flaxy; pero él dijo que no, que tenía otras cosas más importantes que hacer antes y que además eso no serviría de nada.

Yo y Tom nos preguntamos qué otra cosa tendría mejor que hacer y en seguida nos quedamos atrás para poder hablar. No pudimos adivinar a qué se refería; nos parecía que quería decir que pretendía quedar mano a mano con los indios y matar a algunos antes de arriesgarse a otras cosas. Recordé que dijo que cogería a Flaxy «pronto», y que no había ninguna prisa. Pero luego, y por todo lo que decía tan amargamente sobre los indios, no parecía que fuese a matar realmente a ninguno, pues era la persona más amable y de mejor corazón que yo hubiese visto jamás.

En aquellos días matamos una cantidad considerable de gamos. Y en esto se acerca un antílope correteando hacia nosotros: una criaturita verdaderamente preciosa. Se detiene a unas treinta yardas de distancia, levanta la cabeza, arquea el cuello y sigue contemplándonos con sus brillantes ojos inocentes como los de un bebé. Brace coge su rifle, se lo pone sobre el hombro y espera y espera, hasta que el antílope se va dando brincos, zigzagueando primero hacia un lado y luego hacia el otro con una gracia increíble; después se va por la pradera, rápido como el viento, mientras Brace baja de nuevo su rifle. Al cabo de un ratito, llega el antílope otra vez y se detiene a unas cien yardas de distancia, se queda quieto contemplándonos de la misma manera que antes, como preguntándose quiénes éramos y si éramos amistosos. Brace cogió su rifle dos veces, luego una tercera; esta vez disparó y el animalito cayó. Yo y Tom íbamos a ir a por él viendo que Brace no lo hacía, pero Brace dijo:

—Será mejor que esperéis un momento, muchachos, no conocéis al antílope. Dejad que muera primero. Porque, si esa cosita confiada e inofensiva os mira a la cara con sus ojos de congoja cuando se está muriendo, no la olvidaréis jamás. Después de la primera vez, cuando me falta carne, los mato, pero no me acerco hasta que se han muerto.



Tom me lanzó una mirada, y yo le lancé otra como diciendo: «El tema de este tipo no es la venganza, seguro; entonces, ¿qué diablos es?».

A mi modo de ver, Brace Johnson era un hombre hermoso. Creo que medía más de uno noventa de altura, hombros anchos, marchaba derecho como un bastón y era tan elegante como un caballo de carreras. Tenía la mirada más firme que hayáis visto jamás, un rostro atractivo, el cabello le caía por la espalda, y cómo hacía para mantener su vestimenta tan limpia y arreglada es algo que no podría explicar nunca, pero él lo hacía. Su traje de gamuza parecía estar siempre nuevo, estaba todo bordeado de flecos y, entre las hombreras de la chaqueta, tenía una estrella hecha con cuentas de toda clase de colores y tan grande como un plato; llevaba cuentas en los mocasines, un sombrero tan amplio como la tapa de un barril, y nunca parecía tan elegante y grandioso como a lomos de un caballo; un caballo no podía arrojarle más lejos de lo que podía arrojar él mismo su propia montura, pues cuando cabalgaba montaba sobre cualquier cosa que no fuese el mismo circo. Y, en cuanto a fuerza, nunca he visto a un hombre que fuese ni la mitad de fuerte que él; era el tirador más rápido con pistola, arco o rifle. Tenía dos revólveres de cañón largo en sus pistoleras, y, si querías, en cualquier momento podía dispararte a una pipa en la boca desde cualquier distancia. Aunque permanecía de guardia todas las noches dejando que yo y Tom durmiésemos, nunca parecía cansado. Cada vez que se acercaba una noche muy oscura nos poníamos siempre contentos, por su bien, pues entonces dormíamos todos la noche entera sin tener que montar guardia, porque Brace decía que los indios no suelen robar caballos tales noches porque, si te levantas y logras matarlos y mueren en la oscuridad, piensan que siempre será oscuro para ellos en los Felices Territorios de Caza por toda la eternidad; por eso no se oye muy a menudo que los indios ataquen por la noche, solo lo hacen al amanecer; y si alguna vez lo hacen por la noche, es solo en las de luna llena, no en las noches oscuras.

Brace no hablaba demasiado, y cuando hablaba de los indios lo hacía como si estuviese hablando de animales; no parecía tener mucha idea de que fuesen hombres. Sin embargo, él mismo tenía algunas de sus costumbres, sobre todo por haber estado tanto tiempo entre ellos; es más, tenía su misma religión. Una de las cosas que más le sorprendía era ver cómo semejantes animales habían dado con una religión tan sensata. Decía que los indios tenían solo dos dioses, uno bueno y uno malo. Nunca prestaban atención al bueno, ni siquiera le rezaban o se preocupaban de él para nada, sino que intentaban mejorar su nivel de adulación al dios malo, para mantener su lado bueno; pues

el dios bueno los amaba, y ellos no podían creerle capaz de hacerles ningún daño, así que no había por qué molestarle con oraciones y cosas parecidas, porque de todos modos él siempre les hacía todo el bien que podía, y las oraciones no podrían mejorarlo; sin embargo, todos los problemas venían del dios malo, que se pasaba las noches pensando en la manera de traerles mala suerte y arruinar todos sus planes, sin desperdiciar nunca la oportunidad de hacerles todo el daño que podía; así que lo más sensato era seguir rezando y armando jaleo a su alrededor todo el tiempo para que se distrajese. Brace pensaba más en el Gran Espíritu que en su propia madre, pero nunca se inquietaba por él. Decía que su propia madre no le haría daño, ¿no? Bueno, pues entonces el Gran Espíritu tampoco se lo haría, seguro.

Ahora bien, el antílope nos trajo bastante mala suerte. Cuando aquel día acabamos de cenar y estábamos sentados en círculo hablando y fumando, Brace comenzó a hacer cálculos acerca de dónde estaríamos el sábado siguiente, como si creyera que aquel día también lo era, pero no era sábado. Tom le interrumpió diciéndole que era viernes. Discutieron, pero resultó que Tom tenía razón. Brace se sentó a pensar durante un rato, con cara preocupada, y luego dijo:

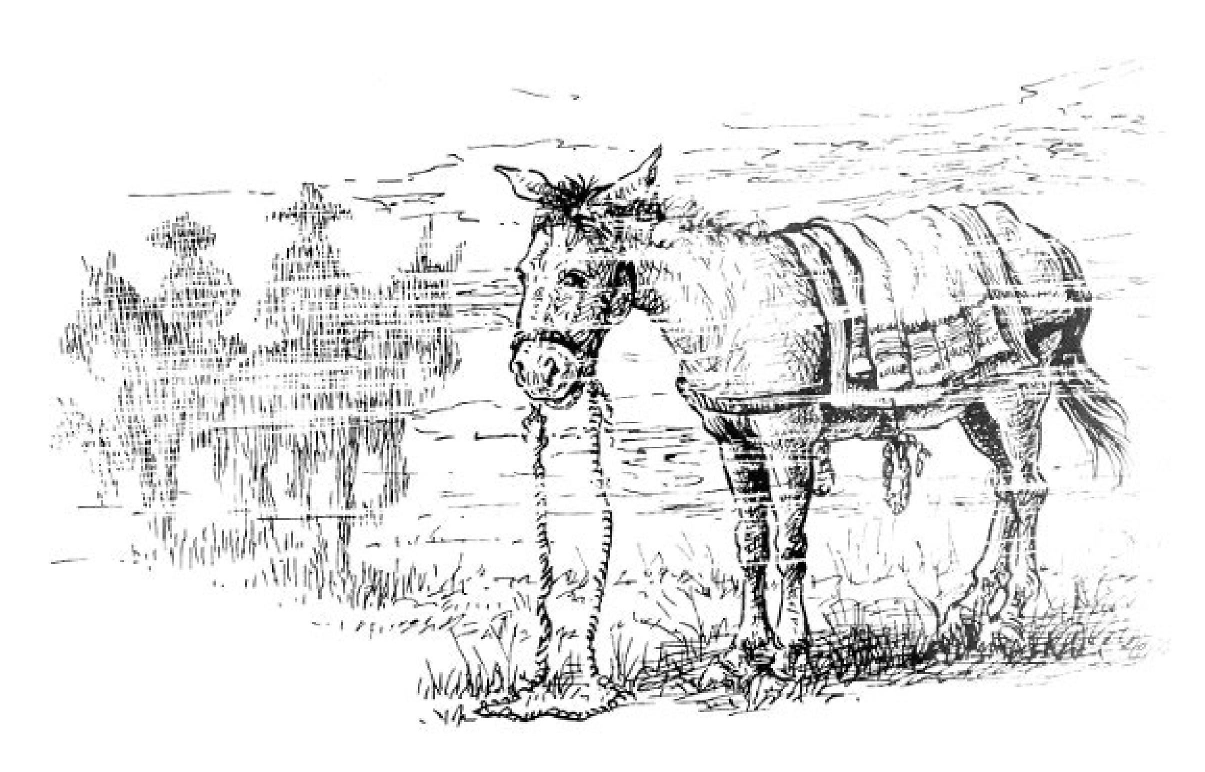
—Cometí un error, muchachos, y yo tengo la culpa por mi falta de cuidado. Tendremos algo de mala suerte y no podremos evitarlo; así que lo mejor que podemos hacer es estar muy atentos a ella y espantarla si podemos; quiero decir, hacer que sea lo menos mala posible, pues no podremos espantarla del todo.

Tom preguntó por qué creía que tendríamos mala suerte y que el dios malo tenía planes para nosotros. Él no dijo dios malo, y venga, y dale, sin mencionar su nombre, pues parecía tener miedo de hacerlo; decía «él», pero nosotros entendíamos. Dijo que de todas maneras habría que hacer algo para tenerle perpetuo. Tom dio por hecho que quería decir propicio, pero oyó tan bien como yo que Brace había dicho perpetuo. Dijo que la manera más común y mejor de tenerle propicio era negarnos algo y hacernos sentir incómodos, como se hace en cualquier religión. Así que uno de sus planes era tratar de tenerle propicio con el voto de no comer carne los viernes y los domingos, aunque se estuviese muriendo de hambre; pero él se había olvidado y había comido carne el viernes. De haberlo sabido, habría preferido cortarse la mano antes que haberla comido. Dijo que ahora «él» tenía la ventaja de tenernos a nosotros y podíais apostar a que le sacaría el mayor provecho. Ahora tendríamos una racha de mala suerte, y no sabíamos cuándo comenzaría o cuándo terminaría.

Habíamos estado bastante animados antes de eso, galopando por hermosas llanuras, haciendo saltar conejos y perritos de la pradera y toda clase de cosas, aspirando temprano el aire fresco de la mañana y todo eso, pasando buenos ratos en general; pero ahora se interrumpiría todo; dejamos de hablar, y nos pusimos increíblemente tristes, incómodos y asustados; Brace estaba más triste que nadie, seguía levantándose toda la noche y mirando a los alrededores cuando no le tocaba guardia; también apagaba el fuego del campamento y salía varias veces a dar una gran vuelta alrededor del campamento a ver si todo estaba bien. De cuando en cuando decía:

—Bueno, aún no ha llegado, pero se acerca.

Llegó a la mañana siguiente. Justo cuando dejábamos el campamento al alba muy temprano, en medio de una suave niebla. Brace y la mula cargada iban delante, yo iba después, y Tom, el último. Muy pronto la niebla comenzó a espesarse, y Brace dijo que nos mantuviésemos muy cerca de la caravana. A la media hora ya teníamos una verdadera niebla. Después de un rato, Brace gritó:



—¿Estáis bien?

—Sí —dije yo.

Al poco tiempo, volvió a chillar:

—¿Estáis bien, muchachos?

—Muy bien —dije, mirando por encima de mi hombro y viendo las orejas de la mula de Tom a través de la niebla.

En seguida Brace gritó otra vez, yo le chillé, y él dijo:

—Contesta, Tom —pero Tom no contestó.

Lo dijo otra vez, pero Tom tampoco contestó esta vez; entonces se acercó a mirar, y allí no había nada más que la mula… Tom se había ido.

—Ha llegado —dijo Brace—, sabía que lo haría.

Entonces dimos marcha atrás, llamando a Tom. Pero Tom no contestó.



CAPÍTULO VIII

CUANDO retrocedimos un poco, encontramos leña y agua, y entonces Brace se bajó del caballo y comenzó a desensillarlo. Yo dije:

—¿Qué vas a hacer?

—Acampar.

—¡Acampar! —exclamé—. ¡Vaya una idea! Yo no voy a acampar. Me voy a buscar a Tom.

—¡Ir a buscar a Tom! Anda, no seas tonto. Tom se ha perdido —dijo, levantando la montura.

—Pues claro que sí —di-

je yo—. Tú puedes acampar lo que quieras, pero yo no voy a abandonarlo, me voy a buscarle.

—Huck, no sabes lo que estás diciendo. Bájate de la mula.

Pero no lo hice. Di un golpe a la mula y me puse en marcha, pero él la cogió, me deslizó como si fuese una muñeca, y me puso en el suelo. Entonces, dijo:

—No te sulfures y tal vez lo encontremos, pero no en medio de la niebla. ¿Sabes qué es lo mejor que podemos hacer?

Lanzó un grito y trató de oír algo, pero no obtuvo ninguna respuesta.

—No podremos encontrarle en la niebla, nos perderíamos todos. Lo mejor que podemos hacer es permanecer aquí hasta que pase la niebla. Entonces comenzaremos la búsqueda con alguna posibilidad.

Me pareció que tenía razón, pero lo que más deseaba era matarle por haber comido la carne del antílope sin detenerse a pensar qué día era, sabiendo perfectamente bien la resoná mala suerte que nos traería. Un tipo nunca es demasiado cuidadoso con semejantes cosas.

Deshicimos el equipaje, atamos las mulas a una estaca, nos sentamos a charlar, y de cuando en cuando él pegaba un grito, pero nunca recibía respuesta. Yo dije:

—Cuando se vaya la niebla, ¿cuánto tiempo nos llevará encontrarle, Brace?

—Si él fuese un experto en praderas le encontraríamos muy fácilmente; porque tan pronto como se diese cuenta de que se había perdido, se sentaría y no se movería hasta que llegásemos. Pero está verde, y no lo hará. Un novato, en cuanto se da cuenta de que se ha perdido, no puede estarse quieto por querer salvar su vida: intentará orientarse y se perderá más. Pierde la cabeza, se agota inquietándose y preocupándose, camina en todas direcciones, muerto de hambre y sin agua, con tanto miedo que se pondrá a pensar en las musarañas y a imaginar cada vez más, y volverse loco no le llevará más de dos o tres días, y entonces…

—¡Diablos! ¿Tom estará tanto tiempo perdido como para eso? —dije yo —. Me dan escalofríos solo de pensarlo.

—Ten coraje —dijo él—, no servirá de nada perderlo. Me parece que Tom no está herido; creo que se habrá bajado para apretar la cincha o para algo y que su mula se habrá ido. Seguramente habrá ido corriendo despacio tras ella, pensando que podría seguir en la misma dirección en la que estaba cuando la niebla se la tragó; pero en medio minuto se habrá dado la vuelta y habrá ido al trote para otro lado, sin dudar de que estuviese en lo cierto, y por

eso no gritó hasta que fue demasiado tarde… Es así como siempre lo hacen todos, puedes firmarlo. Así, si él no está herido…

Se detuvo y, como no continuó, yo dije:

—Bueno, y si no está herido, ¿qué?

No dijo nada en seguida, pero al fin añadió:

—No creo que esté herido, y eso es lo peor de todo; porque ahora no habrá poder en la Tierra capaz de hacer que se quede quieto. Si se hubiese roto la pierna…, pero no, claro, con esta clase de suerte en su contra…

Gritamos de cuando en cuando, pero yo no podía chillar mucho, pues estaba demasiado apenado. La niebla siguió, siguió y siguió, mientras seguíamos sentados esperando; solo habían pasado unas pocas horas, aunque parecían eternas. Por fin salió el sol y comenzó a deslizarse en grandes manchas, y entonces Brace montó de nuevo llevándose un montón de provisiones, y me dijo que me quedara cerca del campamento y que no me moviese; después se fue y comenzó a correr en círculo alrededor del campamento, luego en círculos más grandes, observando todo el tiempo las señales en el suelo; así siguió haciendo círculos cada vez más amplios, hasta que estuvo muy lejos y ya no pude verle más. Entonces arreglé el fuego como me había dicho y eché puñados de hierba verde para hacer mucho humo; este subió muy alto, derecho hacia el cielo; así, si Tom estaba a diez millas, podría verlo y venir.

Me senté, muy triste, a esperar. El tiempo se arrastraba pesadamente. Una hora después vi una manchita a lo lejos en el campo y comencé a observarla; cuando se volvió más grande, vi que era un jinete, y muy pronto pude ver que era Brace, que llevaba algo atravesado sobre el caballo; pensé que sería Tom y que estaba herido. Pero no lo era; era un hombre. Brace lo bajó diciendo:

—Lo encontré allá abajo. Ha estado perdido, nadie sabe cuánto tiempo: dos o tres semanas, creo. Está bastante ido. Dale una cucharada de sopa de cuando en cuando, pero no demasiada, porque lo matará. Está como una cabra: intentaba huir de mí, pero estaba muy agotado y no pudo. Encontré el rastro de Tom en un sitio arenoso, pero lo perdí otra vez en la hierba.



Se fue otra vez por el campo y nos dejó a mí y a aquel tipo allí, así que me puse a hacer la sopa. Permaneció tumbado con los ojos cerrados, medio jadeando, murmurando y hablando entre dientes. Era solo piel, huesos y harapos, eso es todo lo que era. Sus manos estaban todas arañadas y sangrientas, los pies igual, hinchados y gastados, era un espectáculo verlos. Su cara, bueno, nunca vi nada más horrible. Estaba quemada por el sol, púrpura y manchada, la piel tenía escamas sueltas y estaba ondulada como un viejo papel de empapelar podrido en una pared húmeda. Tenía los labios partidos y secos, y no le cubrían los dientes, así que tenía una mueca muy desagradable, como una trampa de acero. Me pareció que había estado caminando hasta que le fallaron los pies, y luego había estado arrastrándose por los desiertos sobre las manos y las rodillas, pues sus rodillas no tenían carne ni piel.

Cuando terminé de hacer la sopa lo toqué, y él dio un respingo, asustado, me miró fijamente durante un segundo, y luego intentó huir apresuradamente; pero yo le cogí y lo sujeté fácilmente, mientras él luchaba y me rogaba muy lastimeramente que le dejase ir y que no le matase. Le dije que no le haría daño, que había hecho un poco de rica sopa para él; sin embargo, al principio no pudo tocarla y dio un manotazo a la cuchara, diciendo que le ponía enfermo verla. Pero yo le persuadí diciéndole que le dejaría marchar si comía primero un poquito. Me hizo prometérselo tres o cuatro veces, y luego se tomó un par de cucharadas; entonces enloqueció de voracidad y la quería toda. Le di una taza llena, me llevé el resto y la escondí; así que tuve que quedarme sentado allí, y a la hora, ya estaba pidiéndome más; cada media hora le daba un poquito, los ojos le brillaban con solo verla, me arrebataba la taza de las manos y se la zampaba de un trago, e intentaba meter la boca para lamer el fondo, y se ponía rabioso y frenético porque no podía.



A veces se quedaba callado y dormitaba; entonces volvía a enloquecerse diciendo: «¡Perdido, Dios mío, perdido!», y me miraba, se recomponía y otra vez comenzaba a pedirme algo para comer. Yo intentaba sacarle algo, pero su cabeza estaba mal, y lo que decía no tenía ni pies ni cabeza. A veces parecía decir que había estado perdido durante diez años, otras, que diez semanas, y una vez me pareció que dijo un año: eso es todo lo que pude sacarle, sin más detalles. Tenía un pequeño medallón de oro con una cadena de oro alrededor del cuello, lo cogía, lo abría, lo contemplaba y contemplaba, olvidándose de lo que estaba haciendo, y luego dormitaba otra vez. Había una mujer joven en él, de lo más almidonada, elegantemente vestida, con dos niños pequeños en sus brazos, pintados en mármol, igual que el que tenía la viuda Douglas de sus viejos ancestros en Escocia.

Esta especie de preocupación y esfuerzo siguió durante todo el resto del día, y fue el más largo que yo haya visto. Entonces comenzó a bajar el sol, sin señales de Tom ni de Brace. El hombre se había dormido por primera vez. Yo le miré y me pareció que seguiría así; así que pensé que podría salir corriendo y dar agua a las mulas, ponerles las mantas y volver antes de que despertase. Pero la mula que llevaba el equipaje había aflojado su ronzal, estaba algo alejada e iba arrastrándolo mientras pastaba. Entonces fui caminando tras ella,

pero, cada vez que estaba lo bastante cerca, levantaba la cabeza y trotaba unos pocos pasos. En cuanto me di cuenta de que había logrado que la siguiera un largo trecho, deseé tener a la otra mula para atraparla, pero no fui tras ella, porque podría pillarme la oscuridad y seguramente perdería esta; así que continué siguiéndola a pie, despotricando contra la carne de antílope cuanto podía, poniéndome cada vez más nerviosísimo, y preguntándome si no se perdería alguien más. Y me habría perdido de no haber tenido un gran fuego, pues apenas si podrías haberlo visto allá lejos, como una chispa roja, cuando por fin cogí la mula. Ya estaba bastante oscuro y se puso negro del todo antes de llegar al campamento. Estaba tan oscuro cuando llegué, que no se podía ver el campamento para nada, y me pareció que las mulas podrían buscarse agua sin mi ayuda; así que las até más cerca de lo que estaban antes, les puse las mantas y me metí a tientas en la tienda de campaña, inclinándome sobre aquel tipo a ver si estaba allí todavía, cuando de golpe me vino a la cabeza que había estado fuera dos o tres horas, no sabía cuánto, y que por supuesto se habría ido hace rato. ¿Cómo diablos encontrarle en la oscuridad y con la terrible tormenta que se acercaba? Justo en ese momento oí que el viento comenzaba a mecerse entre las hojas, y los truenos a retumbar a lo lejos; me daban escalofríos de pensar en lo que había hecho, en cómo demonios iba a encontrarle en la oscuridad y la lluvia. Dios, ve a por él ya que has ocasionado todo este problema, pobrecita rata, tan lejos de casa y perdida, y yo sintiéndolo tanto por él.

Así que contuve el aliento, tratando de oírle… y, por Jackson, que todavía estaba allí: le oí respirar, casi una vez por minuto. Me habría bastado una vez por semana, de tanto bien como me hacía oírle, y estaba agradecido de que no se hubiera dado el bote. Ajusté la portezuela de la tienda, y luego estiré y acomodé mis mantas, deseando que Tom y Brace estuviesen allí; y pensé: «Me permitiré disfrutar de esto unos cinco minutos antes de salir y avivar el fuego del campamento».

Lo siguiente que supe fue que no podía decir cuántas horas habían pasado. Debí de sumergirme en un profundo sueño y, cuando me di cuenta, toda la tierra se estremecía con la más aplastadora explosión de trueno que he oído en mi vida, y la lluvia caía como si se hubiese desfondado el cielo. «¡La he hecho buena! —me dije—. Se ha apagado el fuego del campamento, y no hay modo de que Tom o Brace lo encuentren». Yo había apagado las luces, así era; todo se había empapado, y no había señales de una brasa. Por supuesto que nadie podría haber encendido allí un fuego nuevo, en medio de la lluvia y el viento; pero podía encender uno dentro y sacarlo después de que estuviese

bien encendido. Así que entré a toda prisa y salí tanteando en la oscuridad, pero me perdí y me caí encima de aquel tipo; me levanté a toda prisa, le pedí perdón, preguntándole si le había hecho daño, pero no dijo una sola palabra ni emitió ningún sonido. Justo entonces sobrevino uno de esos resplandores blancos y cegadores de relámpagos que convierte la media noche en día, y allí estaba: sonriéndome abiertamente y bien muerto. Tenía trozos de pan y de carne alrededor y en un segundo pude ver cómo había sido todo. Había cogido nuestra comida mientras yo iba tras la mula y había comido tanto que se había muerto. Yo había estado durmiendo a su lado, absolutamente cómodo entre sus reliquias durante no sabía cuánto tiempo. Fue la visión más terrorífica que he tenido jamás. Sin embargo, no me detuve a pensar en eso allí; estaba fuera en plena selva antes de que el relámpago hubiese producido el temblor, y ya no regresé nunca más. Le dejé completamente solo, yo no quería compañía.

Me alejé bastante, pasé el resto de la noche fuera, y casi me ahogo; una hora o más después de la salida del sol llegaron Tom y Brace y me puse contento. Les conté cómo habían ido las cosas, cogimos el medallón de oro y enterramos al hombre; después desayunamos y Brace no me regañó ni una sola vez. Tom estaba agotado, y tuvimos que quedarnos allí durante un día o dos para que se repusiera. Le pregunté qué había pasado y me dijo:

—Me bajé a apretar la cincha, y casi piso una serpiente de cascabel que no había visto pero a la que había podido oírle hacer ¡bzzz! justo en mi tobillo. Di un salto de casi cinco metros[1] del miedo que tenía y, como me había pillado tan de sorpresa, salí corriendo unos tres pasos; entonces miré hacia atrás por encima de mi hombro y la mula se había ido: allí no había más que niebla blanca. Me olvidé de la serpiente en un segundo y fui tras la mula. En diez pasos no me di prisa esperando verla en cualquier momento, pero luego puse pies en polvorosa a toda prisa. Cuando había corrido un poco me puse algo nervioso, estaba a punto de chillar aunque me diese vergüenza, y entonces me pareció oír voces que provenían de adelante y se dirigían hacia la derecha; eso me dio confianza, sabiendo que deberíais ser vosotros, muchachos, así que salí pitando un corto trecho; pero si había oído voces, me equivoqué de dirección y fui para el otro lado, porque, ya sabéis, no se puede decir verdaderamente de dónde viene un sonido en medio de la niebla. Creí que ibais trotando en una dirección y yo en la otra, pues poco tiempo después comencé a preocuparme y a gritar, pero no me oíais ni me contestabais. Bueno, pues eso me asustó tanto que comencé a temblar y deseé que la niebla se levantara, pero no lo hizo, sino que me rodeó cerrándome como un espeso

humo blanco. Quise esperar, aguardar a que me echarais de menos y volvieseis, pero no pude esperar más de un segundo, eso me hubiese matado, tenía que correr y así lo hice. Así que seguí corriendo, a la hora iba aguzando el oído y gritando, pero no volví a oír nada, y cuando me detuve un momento para contener el aliento y escuchar, aquello era la quietud más espantosa que haya habido jamás, y no pude soportarlo: tenía que correr de nuevo.

»Cuando estaba tan molido y cansado que no podía correr más, me puse a andar; y cuando la niebla por fin se fue y miré por encima de mi hombro, vi un humo alto que subía al cielo, a varias millas detrás de mí. Me dije que, si estuviese por delante de mí, podrían ser Huck y Brace acampando y esperándome; pero estaba en la dirección equivocada y tal vez podrían ser indios y no blancos, así que no debía arriesgarme sino seguir adelante; al poco rato me pareció ver algo en la pradera y que sería Brace, pero no podía saberlo, y me escondí. Lo vi, o vi algo, dos veces más antes de la noche, y me escondí ambas veces; mientras tanto, caminaba alejándome cada vez más de aquel humo, esperando no haber dejado demasiadas huellas; por la noche caminé y me arrastré, las dos cosas, porque no podía soportar quedarme quieto; estaba tan hambriento que me arañé con unos cactus y aparte de hacerme daño estaba volviéndome loco; pero la tormenta me llevó pronto a un promontorio para librarme del agua, y, por lo que veo, allí me quedé. Brace siguió buscándome hasta el anochecer y luego se volvió a casa, calculando dar con el fuego del campamento mientras conducía su caballo con mucho cuidado; pero la tormenta era demasiado fuerte para eso y tuvo que abandonar la idea; además, tú habías dejado que se apagara el fuego. Fui arrastrándome fuera tan pronto como amaneció, dejando un buen rastro, pues el suelo estaba muy mojado; Brace lo encontró y luego me encontró a mí; y la próxima vez que me baje a cinchar la mula en la niebla, os lo notificaré a todos; y la próxima vez que me pierda y vea humo, iré hacia él, sin importarme si viene del infierno.



CAPÍTULO VII

IBAMOS ya por la bifurcación norte del río Platte. Cuando volvimos a emprender la marcha, los indios estaban a dos o tres días por delante de nosotros y su rastro estaba bastante más lavado, pero a Brace no le importaba: él creía saber lo que estaban buscando. Había estado leyendo las señales en los campamentos que iban dejando durante aquellos días, y además decía que estos siux eran ogalla-

llah[1]. Nos topamos con un campo bastante montañoso y viajamos durante todo el día para acampar a pocas millas en un bonito valle al caer de la tarde, en una colina baja y medio plana, en un bosquecillo de árboles pequeños. Era un sitio insólitamente bonito, que escogimos pensando en Tom, porque no había soportado bien el viaje, y calculamos que podría descansar allí uno o dos días. El valle era una onda casi llana de una milla o milla y media de ancho, y tenía un pequeño lecho de río con riberas empinadas y surcadas de árboles —no era lo que se dice un río, porque podías tirar un ladrillo y llegar al otro lado, pero era muy profundo cuando estaba lleno de agua, cosa que ahora no sucedía—. Sin embargo, Brace dijo que podíamos encontrar charcos a lo largo de su lecho, así que yo y él cogimos los animales y un cubo, dejamos a Tom en el campamento, bajamos la colina y cruzamos el valle para darles agua. Cuando llegamos al río, encontramos huellas recientes a lo largo de la orilla, y Brace dijo que habría unos veinte caballos en el grupo, que en él iban hombres blancos, porque algunos de los caballos tenían herraduras, y que parecían ser del Fort Laramie.

Había allí un charco o dos, pero Brace no podía bajar los terraplenes fácilmente, así que me dijo que esperase con las mulas, y que si no encontraba un sitio mejor, regresaría e improvisaría algo para subir y bajar por aquella orilla. Cuando bajó por el arroyo, los árboles le ocultaron muy pronto. Al poco tiempo, aparece un antílope, pasa de prisa a mi lado, y entonces miro hacia el río y veo que, bordeando el bosquecillo, venían dos hombres galopando rápidamente. Cuando llegaron hasta donde yo estaba, refrenaron las riendas y comenzaron a hacerme preguntas. Estaban medio borrachos, era una pareja de aspecto muy rudo y las ropas no los ayudaban demasiado: chaquetas de gamuza viejas y grasientas, bastante negras de mugre. Me dieron miedo. Me preguntaron quién era y de dónde venía, cuántos iban conmigo y dónde acampábamos. Yo les dije que me llamaba Archibald Thompson y agregué:

—Nuestro campamento está al pie del valle y viajamos por la salud de papá; está muy enfermo y no podemos seguir hasta que se mejore, no hay nadie que le cuide más que yo, la tía Mary y mi hermanita, así que tenemos un montón de probl…

—¡Mentira! —dijo uno de ellos, interrumpiendo—. Les has robado los animales.

—Apuesto a que sí —dijo el otro—. Vaya, yo mismo conozco este; pertenece al viejo Vaskiss, el comerciante que está arriba en el fuerte, y estoy absolutamente seguro de que he visto a uno de los otros en alguna parte.

—¿Que le has visto? Creo que sí. Pertenece a Roubidou, el herrero, y estará contentísimo de que lo hayamos encontrado. Lo he conocido al momento. Ven, muchacho: lo siento muchísimo por tu papá enfermo, por la pobre tía Mary y tu hermanita, pero de todas maneras irás con nosotros a nuestro campamento; serás increíblemente cortés e irás con muchísimo cuidado, o la primera noticia que tendrás es que te colgaremos.

Al principio no sabía qué hacer, pero tenía que poner a funcionar rápido mi cabeza y producir alguna clase de idea, la mejor que pudiese tener, en seguida, ya. Me dije a mí mismo que apostaba dos contra uno a que eran ladrones de caballos, porque Brace dice que hay muchos en estas regiones, así que me pareció que les gustaría tener uno o dos más, ya que estaban en eso. Entonces me levanté y dije:

—Caballeros, tan cierto es que estoy aquí como que nunca he robado animales; y, si me dejáis que os lo pruebe, me dejaréis ir, ¿verdad?

—¿Cómo vas a probarlo?

—Muy fácilmente si venís conmigo, pues anteayer compramos otras dos mulas a los indios, igualitas que estas; si ellos las robaron, no lo sé, pero nosotros no, eso seguro.

Ambos se miraron el uno al otro y dijeron:

—¿Dónde están? ¿En tu campamento?

—No, están solo a trescientas o cuatrocientas yardas. Mi hermana Mary…

—¿Las tiene ella?

—Sí.

—¿Hay alguien con ella?

—No.

—Vamos entonces y no trates de salir con ningún truco, muchacho, o lo pasarás mal.

No esperé otra invitación, y salí con ellos, manteniéndome alerta a ver si veía a Brace y preparando un grito tan pronto como le viese. Yo avanzaba y avanzaba todo lo que podía, y ellos me dijeron un par de veces que no fuese tan rápido, pues no tenían ninguna prisa; muy pronto observaron las huellas de Brace, me chillaron para que me detuviese un momento, se agacharon sobre las monturas y calcularon su velocidad, mostrándose muy interesados, según pude ver cuando miré hacia atrás. Yo no me detuve, sino que troté más adelante, y seguí ampliando la distancia. Ellos gritaron de nuevo y me amenazaron; justo entonces me topé con el caballo de Brace entre los árboles y me di cuenta de que Brace estaba justo debajo del terraplén o cerca, así que pegué un grito y aumenté mi velocidad a la marca más alta que pudiesen dar

las mulas. Miré hacia atrás, ¡y ahí llegaban ellos! ¡Y cerca venía una bala zumbando! Yo iba corriendo como alma que lleva el diablo, miré hacia atrás y vi que iban acercándose; volví a mirar hacia atrás y vi a Brace haciendo estruendo como una casa en llamas detrás del que estaba más atrás, e iba agitando los largos anillos de su lazo sobre la cabeza; entonces lo lanzó por el aire y, cuando tuvo atrapado al tipo, Brace tiró hacia atrás las riendas de su caballo y le dio un buen tirón desde su montura; después fue de nuevo rapidísimo hacia adelante y lo arrastró. Me gritó que me mantuviese fuera del campo; así que me di la vuelta de repente, miré hacia atrás, y vi que el hombre que iba a por mí había girado y estaba apuntando a Brace con su pistola; pero la pistola de Brace era demasiado rápida para él, y fue a parar allá abajo, fuera de su montura.



Bueno, teníamos dos hombres muertos en nuestras manos, yo me sentía bastante hecho polvo, y no los miraba; pero Brace pensaba que no era un espectáculo tan desagradable, considerando que ellos habían intentado matarme. Dijo que debíamos darnos prisa para llegar al campamento y prepararnos para tener problemas; así que nos fuimos hacia allí, y nos llevamos los dos caballos nuevos, las pistolas de los hombres y nuestras cosas, sin esperar a dar de beber a nuestros animales.

Estaba casi oscuro. Manteníamos la atención río arriba, pero no vimos nada que se moviese. Cuando llegamos a casa, seguíamos vigilando desde el final del bosquecillo, pero no veíamos nada ni había señales del fuego del campamento de la banda. Entonces Brace dijo que probablemente estábamos a salvo de ellos por el resto de la noche, que los animales podían descansar durante tres o cuatro horas, y luego saldríamos de nuevo y nos alejaríamos lo más que pudiésemos, para continuar el viaje si Tom podía resistirlo, a ver si la maldita suerte del antílope del viernes nos abandonaba.

Teníamos luz de estrellas, una luz de estrellas verdaderamente hermosa, todo estaba tranquilo y encantador como un domingo. Al poco rato, Brace dijo que sería una buena idea averiguar donde acampaban los ladrones y así podríamos evitarlos cuando nos fuéramos; dijo que podíamos ir con él si queríamos; esta vez se llevó su pistola, y yo me llevé una de las pistolas de los ladrones. Cogimos dos caballos frescos, cabalgamos por el valle hasta llegar al río y lo subimos con mucha precaución. Seguimos algo así como dos millas, y no había señales del fuego del campamento por ninguna parte, así que seguimos, preguntándonos dónde podría estar, ya que podíamos ver un largo camino por el valle. De repente, oímos a gente reírse no demasiado lejos, a unas cuarenta o cincuenta yardas tal vez. Provenía del río. Retrocedimos unas cien yardas y atamos los caballos entre los árboles; luego volvimos a pie hasta que estuvimos cerca del sitio en donde habíamos oído las risas, después nos deslizamos entre los árboles a escuchar y volvimos a oír las voces bastante cerca. Entonces fuimos arrastrándonos lentamente y con cuidado por entre los arbustos hasta el borde del terraplén, y allí, un poquito más arriba, estaba el campamento, justo en el lecho seco del río; dos tiendas de grandes pieles de búfalo, un grupo de caballos atados y ocho hombres de juerga, jugando alrededor del fuego: todos hombres blancos, de la más ruda clase y en plena borrachera. Brace dijo que habían acampado allí para no ser vistos fácil mente, pero que habría dado igual que acampasen al aire libre, pues estaban borrachos y hacían muchísimo ruido. Dijo que seguro que eran ladrones de caballos.



Estábamos interesados y permanecimos mirando durante un rato considerable. Pero el licor comenzó a pegarles, y primero uno y luego otro comenzaron a bostezar, a estirarse en sus tiendas y se fueron a dormir. Después uno comenzó a irse, pero los demás intentaron que se quedara porque le tocaba guardia, y él dijo que estaba borracho y tenía sueño, que no quería hacer la guardia y agregó:

—Dejad que Jack y Bill hagan mi guardia, ya que les gusta estar despiertos hasta tarde… Vendrán en seguida, es lo más probable.

Pero los otros le amenazaron con una paliza si no hacía su guardia; así que refunfuñó y se dio por vencido, cogió su pistola y se sentó; pero, cuando todos los demás se hubieron ido a dormir, él mismo se estiró y se puso a roncar tan cómodamente como cualquiera.

Los dejamos y nos fuimos a hurtadillas hasta donde estaban los caballos, dejando que los tunantes se durmieran esperando a que Jack y Bill vinieran, y entonces nos dimos cuenta de que antes deberían esperar un tiempo muy largo.

Bajamos por el río hasta donde estaba Brace cuando le grité después de que los ladrones fueran a por mí, y dijo que había cavado algunos escalones en el terraplén con su cuchillo de monte, y que podíamos acabar el trabajo en un ratito. Cuando llegásemos al campamento y nos fuéramos, podíamos traer las mulas hasta allí y darles agua. Así que atamos los caballos, bajamos al lecho del río hasta un pozo que había allí, nos tumbamos sobre el pecho para beber un trago, y Brace dijo:

—¡Eh! ¿Qué es eso?

Antes todo había estado tan callado como la muerte, pero ahora se podía oír un sonido débil y constante que se iba haciendo más fuerte río arriba. Contuvimos el aliento y escuchamos. Se podía ver un buen trecho río arriba y también pasablemente claro, pues la luz de las estrellas era muy fuerte. Muy rápidamente el sonido se fue haciendo más y más fuerte, y de repente Brace dijo:

—¡Salta hacia el terraplén! Ya sé lo que es.

Mi plan es siempre saltar primero y preguntar después. Y así lo hice. Brace añadió:

—Hay una tromba suelta campo arriba en alguna parte, la verás bien pronto.

—¿Aparecen cuando no hay nubes en el cielo? —dije yo, creyendo que lo había pillado.

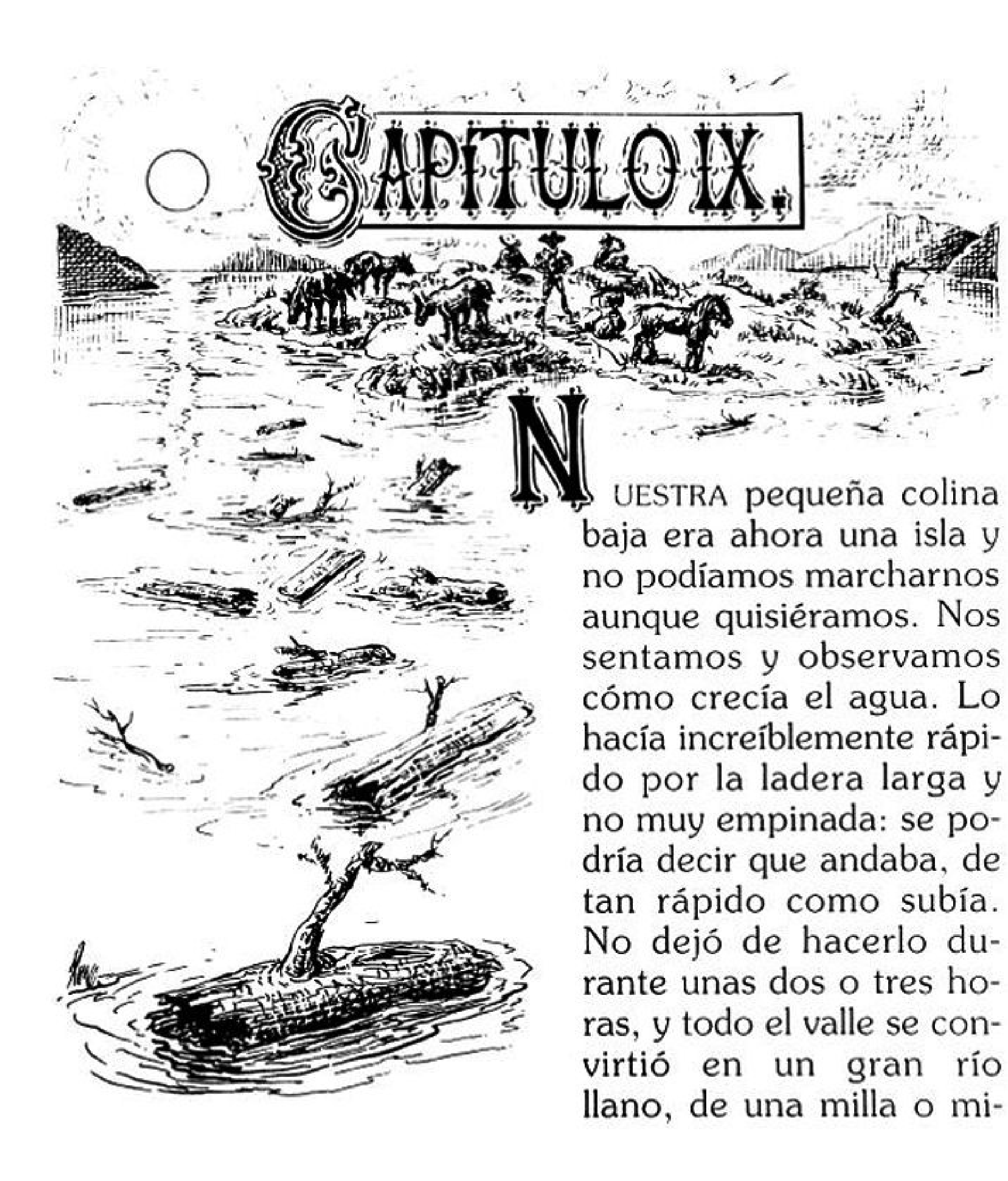
—Eso no importa —dijo él—: la nube estaría en donde empezó la tromba. He visto este tipo de cosas antes y conozco el sonido. Cincha tu caballo tan fuerte como puedas o se perderá en seguida.

El sonido se hizo más y más fuerte, y más allá era como un gran rugido sordo y atronador. Cuando miramos río arriba un poco, vimos que algo bajaba por el lecho, igual que pálidas serpientes blancas retorciéndose juntas. Cuando llegó, siseando y chisporroteando cerca de nosotros, era agua espumosa y poco profunda. A unas veinte yardas por detrás de ella, se acercaba un muro sólido casi de cuatro pies de alto, y antes de que pudieras pestañear siguió retumbando y aullando como un remolino, arrastrando consigo los troncos y también a los ladrones, sus caballos y sus tiendas, dejándolos a la vista, y luego volvía a hundirlos, moliéndolos en un lío; el ruido era espantoso, solo se oía el estruendo, y nuestros caballos corcoveaban y se lanzaban hacia adelante haciendo todo lo posible por soltarse. Bueno, antes de que pudiéramos darnos la vuelta, ya teníamos el agua en los terraplenes, a la altura del tobillo.

—¡Fuera de aquí, Huck, y sube hacia el campamento o somos hombres muertos!

Montamos y nos fuimos en un segundo con el agua persiguiéndonos. Corrimos como alma que lleva el diablo, como bólidos, y no tuvimos que utilizar ni el látigo ni las espuelas, ya que los caballos no necesitaban que se los espolease.

A medio camino, por el valle, nos encontramos el agua cayendo en avalancha; y de allí en adelante había veces en que a los caballos les llegaba hasta las rodillas, sí, e incluso al final hasta la panza. Nos sentimos contentos cuando llegamos a nuestra colina y estuvimos fuera de peligro.



NUESTRA pequeña colina baja era ahora una isla y no podíamos marcharnos aunque quisiéramos. Nos sentamos y observamos cómo crecía el agua. Lo hacía increíblemente rápido por la ladera larga y no muy empinada: se podría decir que andaba, de tan rápido como subía. No dejó de hacerlo durante unas dos o tres horas, y todo el valle se convirtió en un gran río llano, de una milla o mi-

lla y media de ancho, y lo suficientemente profundo como para navegar el barco más grande que haya sido construido jamás, con infinitos y lúgubres troncos negros dando vueltas a la deriva, nadando por las corrientes de la superficie.

Brace dijo que, aunque la tromba no le había llevado ni una hora inundar todo aquel océano de agua y terminar su trabajo, lo mismo pasaba una semana antes de que el valle se viese otra vez libre de agua, así que Tom tendría mucho más tiempo del que nosotros le hubiésemos regateado para reponerse.

Yo y Tom estábamos tristes y desanimados por Jim, Peggy y Flaxy, porque nos parecía que ahora ya no tenían esperanzas con los indios; así que, por fin, Tom tanteó a ver lo que pensaba Brace. No dijo nada de los otros, solo de los indios; dijo que la tromba debía de haber pillado también a los indios, ¿no? Pero Brace dijo:

—No, ni a un solo indio. Las trombas solo cogen a los blancos. No hay ningún hombre blanco que pueda darse cuenta cuándo viene una tromba de agua; cómo diablos hace un indio para darse cuenta es algo que nunca podré averiguar, pero lo hacen. Cuando hace un tiempo completamente despejado y la gente no espera nada, ellos dicen de repente: «Llegando montón de agua». Entonces recogen sus cosas aprisa y se van a una tierra más alta. Ellos dicen que la huelen. No sé si es así o no, pero una cosa sé, y es que a menudo la tromba pilla a un hombre blanco, pero nunca a un indio.

A la mañana siguiente estábamos allí, sobre la isla, igual que antes; solo un océano plano y brillante por todas partes y todo absolutamente tranquilo y callado, como durmiendo, terriblemente solitario.

Al día siguiente lo mismo, más solitario todavía que nunca.

Y al día siguiente, también lo mismo; nos esforzábamos terriblemente por pasar el tiempo. La mayor parte lo pasábamos durmiendo. Después de un largo sueño, nos despertábamos, cenábamos, volvíamos a mirar el agua tediosa, y volvíamos a dormir; y volvíamos a despertarnos al poco rato y veíamos que se ponía el sol, que se convertía en sangre, en fuego, en mantequilla derretida, en una cosa y en otra, increíblemente hermoso, suave y encantador, pero solemne y solitario, hasta que no pudimos descansar más.

Aquello duró ocho días, y, cuanto más esperábamos que el océano se retirase, la idea que yo tenía de una tromba que pudiese vomitar tan pavoroso montón de agua en una hora se hacía más grande.

Por fin, cuando nos fuimos, tuvimos un buen día de viaje, y al atardecer nos encontramos con esqueletos de búfalo frescos. Había tantos que Brace

creyó que muy cerca había una gran fiesta de indios, o bien de blancos en el fuerte.

No habíamos andado aún cinco millas por la mañana, cuando nos topamos con un gran campamento en donde habían estado los indios: no haría más que un día o dos que se habían marchado. Brace dijo que había cientos de ellos, iban todos juntos, hombres mujeres y niños, y dedujo que eran más de una banda de siux, la mayoría brulé[1], a juzgar por las señales. Brace decía que, por los restos, parecía que los indios habían acampado allí una cantidad de tiempo considerable.

Claro que nosotros no pensábamos en nuestros indios, ni esperábamos encontrarnos con ninguna señal de ellos ni de los prisioneros, pero Tom encontró una flecha partida en dos que tenía hilos de seda azul cerca de las plumas, y dijo que sabía que era de Cara de Cerdo porque había cogido el hilo de seda de Peggy. Así que Brace se puso a buscar otras señales por los alrededores y creyó haber encontrado algunas. Bueno, yo andaba descifrando por allí a mi manera, y fuera del campamento me encontré con un trocito del vestido de Peggy tan grande como un pañuelo grande, con sangre. Casi me quedo paralizado al verlo porque creí que estaría muerta; y, si no lo estaba, parecía razonable pensar que estaba herida. Escondí el harapo debajo de una esquirla de búfalo, porque si Brace lo veía podría sospechar que no estaba muerta, después de todas las molestias que nos habíamos tomado para hacerle creer que sí lo estaba: y justo entonces nos gritó:



—Venid corriendo, muchachos —y vi que Tom llegaba corriendo de un lado y yo del otro, y cuando llegamos a donde estaba él, allí en medio del campo, señaló al suelo y dijo:

—Mirad, esa es una huella del zapato de una mujer blanca. ¿Veis? Podéis ver cuando ella se dio la vuelta hacia un lado, mirad qué delgada es la suela. Es blanca, y es una prisionera de esta banda de indios. No lo entiendo. Me temo que hay un problema *general* entre los indios y los blancos: y, si es así, tengo que seguir de aquí en adelante con muchísimo cuidado.

Luego volvió a mirar la huella y añadió:

—Pobrecilla, ha sido penoso para ella…

Y se fue murmurando sin darse cuenta de que yo y Tom estábamos preocupadísimos, pues pudimos ver con toda claridad que se trataba de la huella de Peggy, y teníamos miedo de que él mismo pudiese darse cuenta, o creíamos que lo haría en cualquier momento. En cuanto nos dio la espalda, yo y Tom pisoteamos la huella una o dos veces, lo suficiente como para borronearla un poco, pues no sabíamos si él volvería a echar otra ojeada.

Muy pronto vimos que estaba mirando algo más allá; fuimos, y eran cuatro estacas clavadas en el suelo; y entonces nos miró directo a los ojos, muy fijamente, primero a mí y luego a Tom, y después de nuevo a mí, hasta

que le dio mucho bochorno y entonces dijo, frío y tranquilo, como si estuviese tan solo haciéndonos una pregunta:

—Bueno, os creo. Venid conmigo.

Yo y Tom le seguimos, un poco más atrás, y Tom dice:

—Huck, Brace tiene tanto miedo de que ella esté viva, que hará todo lo que pueda para creer la historia nuestra de que la hemos enterrado. Y muy pronto, ya mismo probablemente, averiguará que, después de todo, ella no está muerta.

—Eso es justo lo que me preocupa, Tom. Nos mete en un lío, y no veo la manera de salir de él; porque ¿qué podremos decirle cuando la emprenda con nosotros por haberle mentido?

—Yo sé muy bien qué decir.

—¿Lo sabes? Bueno, espero que me lo digas, porque maldita sea si veo alguna manera de salir de esto… Yo no sabría decir ni una palabra.

—Le diré lo siguiente. Le diré: supongamos que fuese probable que te diesen un golpe en la cabeza con un garrote de un momento a otro, pero que no fuese del todo seguro: ¿desearías que te golpearan en la cabeza ahora mismo para estar seguro, o esperarías a ver si pudieses vivir tu vida y que no sucediera que te golpearan con un garrote en absoluto? Por supuesto que esperaría, diría él. Entonces yo se lo diría de frente, le diría: ¿No eras más feliz cuando te hicimos creer que estaba muerta? ¿No te mantuvo eso contento todo el tiempo? Claro. Bueno, entonces, ¿no valía la pena una mentirijilla como esa para que siguieses contento, en lugar de estar terriblemente mal durante muchos días y noches? Por supuesto. ¿Y no era probable que estuviese muerta antes de que volvieras a encontrarla? Lo que haría que nuestra mentira haya estado bastante bien. Cierto de nuevo. Y por fin yo añadiría: Ponte en nuestro lugar, Brace Johnson. Ahora, por tu honor, ¿habrías dicho la verdad en aquel momento, y así romper el corazón del hombre que era el ídolo de Peggy Mills? Si lo hubieses hecho no serías un hombre, serías un demonio; y si pudieses y lo hicieras, serías más mezquino y de corazón más duro que los demonios, serías un indio. Eso es lo que yo le diría, Huck, llegado el caso.

La verdad es que aquella era la manera más fácil e ingeniosa que hubiese habido jamás. ¿Y quién lo hubiese pensado nunca si no era Tom Sawyer? Jamás he visto muchacho igual, puro cerebro, con ese nivel de sesera. Me tranquilizó en seguida, porque sabía muy bien que Brace Johnson no podría sortear eso, ni por arriba ni por bajo ni a través; tendría que contestar y confesar que él mismo habría dicho esa mentira y habría tenido que seguir

respaldándola y sosteniéndola mientras le quedase un pequeño rastro de ella dentro con que hacerlo.

Me di cuenta, pero no dije nada, de que Tom estaba poniendo ahora a los indios por debajo de los diablos. Veréis, él debía de estar procesando en su mollera en este momento que los indios de los libros y los indios verdaderos son diferentes.

Brace estaba descargando el equipaje, así que fuimos a ver para qué lo hacía, y dijo:

—No entiendo por qué esa mujer blanca está en esta banda de indios. Claro que tal vez, haya sido hecha prisionera hace años, más allá de la frontera de los Estados Unidos, y haya sido vendida de banda en banda desde entonces por todas las praderas. Digo que por supuesto tiene que haber una explicación para ello, pero hasta que no sepa que ha sido así, no correré ningún riesgo. Haré otra cosa: consideraré a esta mujer como si fuese una prisionera nueva, que el hecho de que esté aquí significa que hay problemas entre los indios y los blancos, y actuaré según eso. Esto es, me cuidaré de los indios hasta que haya pensado un poco la manera de encajar las nuevas circunstancias.

Cogió una aguja y un hilo del equipaje y una bolsita llena de escarabajos secos, mariposas, lagartos, sapos y otros bichos parecidos y se sentó a coserlos bien ajustados a las solapas de su chaqueta de gamuza y por todo su sombrero hasta que, cuando hubo terminado, estaba tan fantástico que parecía salido de un museo. Entonces dijo:



—Ahora actuaré de manera extraña y rara, los indios pensarán que estoy loco, y así estaré bien y a salvo. Tienen miedo de hacer daño a un loco, porque piensan que *él* —quería decir el dios malo, ya sabéis— le persigue de manera especial por sus pecados, e intentan evitarle dentro de lo posible, no les gusta mucho que esté cerca de ellos, porque piensan que es una mala medicina, según le llaman («medicina» quiere decir suerte en su propio idioma, y es lo más parecido a lo que puede traducirse en el nuestro). Esta idea me la dio un tipo al que llamaban naturalista. Una vez se le vino encima una fiesta india de guerra, y si él hubiese sabido que estaba en peligro, se habría llevado un susto de muerte; pero no distinguía una fiesta de guerra de una fiesta de paz, y no sabía qué pensar; pero, cuando vieron lo ansioso y detallista que era con sus escarabajos, cuánto cariño parecía tenerles y cómo los cuidaba, creyeron que estaba loco, así que le dejaron ir y nunca le tocaron. Me he quedado con este plan de la locura desde entonces.

Entonces, cargó la mula de nuevo y dijo:

—Ahora, nos pondremos en camino otra vez, siguiendo el rastro de estos indios.

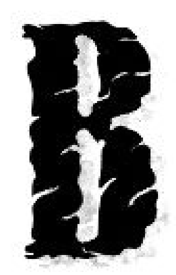
Pero el rastro se dirigía derecho al Norte, y eso no era lo que él esperaba, así que cabalgó hacia el desierto y se topó con otro rastro que le conducía más hacia el Oeste; lo examinó muy cuidadosamente y murmuró bastante para sí, pero por fin dijo que aquellos eran nuestros indios, aunque había más caballos de los que había habido antes en el grupo. Dijo que lo sabía por las señales, pero no dijo qué señales eran.

La emprendimos con aquel rastro y lo seguimos durante un par de días.

La conspiración de Tom Sawyer


GUERRA CIVIL
REVOLUCIÓN
CONSPIRACIÓN

Capítulo I



UENO, pues estábamos de vuelta en casa, yo estaba de nuevo con la viuda Douglas, allá en Cardiff Hill, volviéndome un poco más civilizado a su lado, junto con la vieja señorita Watson; la viuda había contratado a Jim por un salario durante todo el invierno y la primavera, para que pudiese comprar la libertad de su mujer y de sus hijos en algún momento. Se acercaban los días de verano, habían florecido las hojas nuevas y las anémonas, empezaba la temporada de las canicas, los aros y las cometas, era el tiempo de andar descalzos, todo era templado, suave y placentero, la humedad bañaba el suelo, los pájaros llevaban ramitas, todo el mundo guardaba las estufas de los salones y las escondía en la buhardilla, comenzaban a aparecer en rebajas los sombreros de paja moteados y los anzuelos de pesca, y las niñas tempraneras iban con vestidos blancos y cintas azules, los niños de la escuela se volvían inquietos y bulliciosos, y cualquiera podía ver que el maldito invierno había terminado. El invierno es encantador cuando es invierno y el río está helado, hay granizo y agua nieve, un frío glacial, tormentas estruendosas y todo eso; sin embargo, la primavera no es nada buena: solo tiempo lluvioso, fangoso, sensiblero, lúgubre, horrible e incómodo, y deberían ponerle fin. Tom Sawyer dice lo mismo.

Yo, Jim y Tom nos sentíamos bien y agradecidos y, el domingo por la mañana, cogimos la piragua temprano y remamos hasta el cabo de la isla de Jackson, donde podíamos estar solos y planear algo que hacer. Quiero decir que fue idea de Tom el planear algo que hacer (yo y Jim nunca planeábamos nada, eso es algo que agota el cerebro de una persona, y de todos modos es mucho más fácil y cómodo quedarse quieto y dejar que sucedan las cosas a su manera). Pero Tom Sawyer dijo que esa era una manera perezosa, que era como poner a trabajar el doble a la Providencia, como si eso sirviese de algo. Jim reconoció que era pecado hablar así y dijo:

—Amo Tom, no debería hablar así. Y tú no puede aliviá la Providensia pa ná, y de toaj maneraj tampoco serviría tu ayuda. Y lo que'ej má, amo Tom, si tú va a intentá planeá algo que la Providensia no va a aprobá, entonse el viejo Jim tendrá que retirase.

Tom se dio cuenta de que se estaba equivocando y que se arriesgaba a que Jim quedase fuera del proyecto antes de haber alguno. Así que cambió un poco y dijo:

—Jim, la Providencia lo fija todo de antemano, ¿no?

—Sí, señó, ya lo creo, dejde el prinsipio del mundo.

—Muy bien. Si yo planease algo (*piensa* que soy yo el que lo está planeando, quiero decir) y luego no funciona, ¿qué significa eso? ¿No significa que ese no era el plan de la Providencia y que tampoco era su voluntad?

—Sí, señó, pué estar seguro que eso é lo que quiero desí tó el tiempo.

—Y si *funciona*, quiere decir que ese era el plan de la Providencia, y resulta que yo he acertado, ¿no?

—Sí, señó, eso é lo que quiero desí, seguro.

—Bueno, entonces, está bien que yo siga adelante haciendo planes hasta que encontremos cuál es el que la Providencia quiere que hagamos, ¿no?

—Vaya, seguro, amo Tom, eso está bien, por supuesto, y no hay pecado ni daño en…

—Eso es: entonces, ¿puedo *sugerir* planes?

—Sí, señó, seguro, puede sugerí tanto como quiera, a la Providensia no le va a importó si puede echarlej una ojeada primero, pero no *realise* ninguno d’elloj, amo Tom, solo el que esté bien: porque el pecao entra a empujone al hasé un plan con el que la Providensia no esté contenta.

Todo estaba bien otra vez. Veis que acababa de engañar a Jim y de hacerle salir del mismo agujero en el que se había metido, pero Jim no lo sabía. Así que Tom dijo:

—Bueno, pues ahora nos sentaremos aquí en la arena y planearemos algo que hará que el verano sea genial y valga la pena estar vivos. He estado examinando libros y tomando nota, y hay dos o tres cosas que tienen buena pinta, y me parece que cualquiera de ellas vendría bien.

—Bueno —dije yo—, ¿cuál es la primera?

—La primera, y la más grande, es una guerra civil… si es que podemos montar una.

—¡Caramba! —dije yo—. Maldita sea la guerra civil. Tom Sawyer, deberías saber que te meterías en algo peligroso, líos, problemas, gastos y todo eso… Si no lo hicieras, no serías tú.

—¿Y la gloria? —dijo él, entusiasmado—. Te olvidas de la gloria, te olvidas de lo principal.

—Oh, seguramente —dije yo—: tiene que tener eso, no necesitas decirlo. La primera vez que pillé al viejo Jimmy Grimes yendo a casa a por una jarra sin ese matarratas de *whisky* en ella, dije que el *próximo* milagro que sucedería sería Tom Sawyer planeando en casa *algo* que no tuviera gloria.

Lo dije muy sarcásticamente. Solo lo hice para que le diera vergüenza, y lo logré. Se levantó muy tieso, estuvo muy distante y dijo que yo era un zopenco.

Jim estaba pensando y pensando, y muy pronto dijo:

—Amo Tom, ¿qué sinifica la palabra *sivil*?

—Bueno, significa…, significa…, bueno, todo lo que es bueno, amable, cortés y todo eso… Cristiano, podrías decir.

—Amo Tom, ¿no se pelean en laj guerra y se matan unoj a otro?

—Claro.

—Entonce, ¿cómo dicej qu'eso é sivil, amable, corté, y le llamaj a eso cristiano?

—Bien…, verás…, bueno, ya sabes…, tú no comprendes, es tan solo un *nombre*.

—¡Heeey! T'ejtaba mintiendo, amo Tom, y t'he pillao esta vez, seguro que sí. ¡Solamente un nombre! Eso es. ¡Guerra *sivil*! No esiste tal guerra. ¡Vaya idea!… La gente qu'es buena, amable y que pertenese a la iglesia, no sale marchando, dando cuchiyaso, destrosando, maldisiendo y disparándose loj'uno a loj'otro, sé que no harían semejante cosa. Te lo haj'inventao tú mimo, amo Tom. Y quierej hasé y presentá ese plan como si fuese sensasioná. No comiense una guerra sivil, amo Tom, la Providensia no lo permitirá.

—¿Cómo lo sabes si no se intenta?

—¿Que cómo lo sé? Lo sé porque la Providensia no dejará qu'esa clase de gente se pelee, no querrá ni oír hablar d'esa guerra.

—Ya ha oído hablar de ella; es cosa antigua, ha habido millones de ellas.

Jim no podía hablar de tan perplejo como estaba. Y herido también. Creía que era un pecado que Tom dijera semejante cosa. Pero Tom le había dicho que era así, y todo el mundo que hubiese leído historia lo sabía. Así que Jim tenía que creerlo, pero no quería, decía que él no podía creer que la Providencia permitiese eso jamás, y luego se llenó de dudas, preocupaciones y desconfianza, y le pidió a Tom que lo dijese en voz baja y que no lo sugiriese. Estaba tan ansioso que no pudo consolarse hasta que Tom le prometió que no lo haría.

Así que Tom lo hizo, pero estaba decepcionado. Y durante un rato no pudo dejar de hablar de ello y de anhelarlo. Eso demuestra el buen corazón

que tenía; se moría por armar una guerra civil, y hasta había planeado los preparativos para ella a gran escala, y sin embargo lo dejó todo de lado por complacer a un negro. No muchos chicos habrían hecho una cosa así. Pero ese era su estilo: cuando a él le gustaba una persona, no había nada que no hiciese por ella. He visto a Tom Sawyer hacer muchas cosas nobles, pero creo que la más noble de todas fue la vez que dio la «contraorden» de guerra civil. Esa era su palabra, y para él no era ni la mitad de un trabalenguas, pero a mí me ponía de los nervios. Tenía todos los preparativos hechos, por encima de todo iba a tener un billón de hombres en el campo, aparte de las «municiones» de guerra. No sé lo que es eso —algo así como bandas de música, me parece—; de todas maneras yo conocía a Tom Sawyer lo suficientemente bien como para saber que si él armaba una guerra y estaba en apuros y pasaba por alto algunas cosas, no sería la banda de música, ni muchísimo menos. Sin embargo, dejó de lado la guerra civil y esa es una de las cosas más brillantes a su favor. Lo habría tenido bastante fácil si lo hubiese sugerido, cualquiera puede verlo ya. Y no parecía justo ni bueno que Harriet Beecher Stowe[1] y todas las demás segundonas se llevasen todo el éxito de comenzar aquella guerra en historias plagiadas y que nunca hayáis oído mencionar a Tom Sawyer. Sin embargo, fue el primero que tuvo la idea de la guerra. Sí, y muchos años antes de que ellas la hubiesen tenido. Era toda suya, había salido de su propia cabeza, y era más grande que la de ellas; habría costado cuarenta veces más si la hubiese llevado a cabo, y se habría llevado la gloria de no haber sido por Jim. Lo sé porque estaba allí, y hoy en día puedo ir y señalar el mismísimo sitio en la isla de Jackson, allí en la barra de arena, justo en el cabo, donde empieza el bajío. ¿Y dónde está el monumento a Tom Sawyer? Me gustaría saberlo. No hay ninguno. Y no lo habrá. Así ocurre en este mundo. Una persona hace una cosa, y otra se lleva el monumento.

Luego dije:

—¿Cuál es el siguiente plan, Tom?

Y él dijo que su siguiente idea era armar una revolución. Jim se relamió ante eso y dijo:

—Haj dao con una palabra poderosamente grande, amo Tom, y suena sensasional. ¿Qu’ej una revolusión?

—Bueno, es cuando el noventa por ciento de la gente está satisfecha con el gobierno y el resto le tiene ojeriza; entonces esta se levanta llena de patriótica devoción y derriba los pilares que lo sostienen y establece uno diferente. Hay casi tanta gloria en una revolución como en una guerra civil, y no lleva ni la mitad de molestias y gastos si estás del lado correcto, porque no

hay que tener tantos hombres. Es la cosa más económica que existe. Cualquiera puede armar una revolución.

—Vaya, oye un momento, Tom —dije yo—. ¿Cómo es que una décima parte de la gente puede derribar un gobierno si los otros no quieren? Eso no tiene sentido. No puede hacerse.

—Conque no puede, ¿eh? Sabes mucho de historia, Huck Finn. Mira la revolución francesa; y mira la nuestra. Me parece que eso te lo enseñará. Las dos veces, tan solo un puñado la comenzó. Verás, ellos no saben que van a hacer una revolución cuando la empiezan, y no saben que están revolucionando hasta que todo ha terminado. Nuestros muchachos comenzaron a revolucionar para obtener un régimen tributario mediante representación (era todo lo que ellos querían), y cuando estaban dentro y miraron a su alrededor, vieron que habían derribado al rey. Aparte de esto, tuvieron más representación y libertad y cosas con las que ellos sabían qué hacer. Al final, Washington se dio cuenta de que había armado una revolución, pero no lo sabía cuando la comenzó. Sin embargo, había estado allí todo el tiempo. Lo mismo ocurrió con Cromwell, y también con los franceses[2]. Esa *es* la peculiaridad de una revolución: no hay nadie intentando hacer nada cuando la empiezan. Esa es una de las peculiaridades; la otra es que el rey tiene que irse siempre.

—¿Siempre?

—Claro, para eso son las revoluciones: derribas el gobierno y comienzas uno de otra clase.

—Tom Sawyer —dije—, ¿y de dónde vas a sacar un rey para derribarlo? No hay.

—Huck Finn, no tienes que tener ninguno para derribarlo; esta vez pondrás uno.

Él dijo que eso le llevaría todo el verano, desarticulando el colegio y todo, así que yo estaba deseando que comenzásemos la revolución, pero Jim dijo:

—Amo Tom, voy a poné una ojesión. No había tenido nada contra loj reye hasta que tuve uno en mij mano todo el verano pasado. Y eso fue suficiente pa mí. Era un viejo andrajoso, ¿no é verdá, Huck? ¿No era la peor mala persona que hayaj visto jamá? Siempre ejtaba borracho y armando jaleo, él y el duque, intentando robar a la señorita Mary y a la del labio leporino[3]… No, señó, ya he tenido sufisiente, y no tendré ná que hasé con doj reye.

Tom dijo que ese no era un rey habitual y que no se le podía tomar como ejemplo; e intentó lo mejor que podía argumentar con Jim medio razonablemente, pero no sirvió de nada: Jim se mantenía inflexible, y una vez

que se había puesto inflexible, se había puesto inflexible para siempre. Dijo que tendríamos un montón de problemas, preocupaciones y gastos y que, cuando hubiésemos armado la revolución, el viejo rey vendría y acapararía toda la cosa. Bueno, tal como Jim lo había puesto, aquello comenzó a sonar como una probabilidad, y me hizo sentir intranquilo; me parecía que la cosa se estaba poniendo demasiado arriesgada, así que me retiré, me puse del lado de Jim y dejé de lado la revolución. Sentía tener que desilusionar a Tom de nuevo, ya que estaba tan contento y esperanzado, pero desde entonces, cuando miro atrás, sé que he hecho lo mejor. Los reyes no están en nuestra línea, no estamos acostumbrados a ellos y no sabríamos cómo tenerlos contentos y tranquilos. De cualquier manera, ellos no parecen hacer nada por los sueldos y no pagan impuestos. Tienen buen corazón y sienten ternura por los pobres y por las mejores obras de caridad, les echan una mano también, y pasan la gorra con bastante frecuencia, puedo decir eso de ellos, pero, a veces, ellos mismos no ponen nada en ella. *Dicen* que economizan, pero eso es todo. Si alguno necesita algo del otro lado del río, irá allá en unos nueve barcos, y un *ferry* se quedará allí durante todo el tiempo. Pero lo peor de todo es el trabajo que lleva mantenerlos quietos, no se puede. Siempre están ansiosos por lo de la sucesión, y en el momento en que tienes eso arreglado para que les convenga, se descalabran por otro sitio. Además, ya llueva o salga el sol, siempre están intentando acaparar la tierra de otro. El congreso es una maldición, pero nos llevamos mejor con él. Siempre sabemos lo que hará, y eso es una satisfacción. Lo cambiamos cuando queremos, y la mayor parte de las veces tenemos otro peor, pero, de todas maneras, es un cambio. Eso no lo puedes hacer con un rey.

Así que Tom renunció a la revolución y dijo que la siguiente cosa mejor para hacer sería una insurrección. Bueno, yo y Jim estábamos deseando poner buena voluntad, pero cuando lo vimos bien, no podíamos pensar en nada sobre qué insurreccionarnos. Tom explicó qué era eso, pero aquello no parecía funcionar de ninguna manera. Incluso él mismo tuvo que admitir que no había nada definitivo sobre una insurrección. No era ni una cosa ni la otra, sino solo el estadio intermedio de un renacuajo. Todavía con la cola, era solo un disturbio; una vez perdida, sería una insurrección; sin la cola y sin las piernas, era una revolución. Aquello nos preocupaba un poco, pero nos dimos cuenta de que no podíamos hacer nada, así que lo dejamos pasar; lo sentimos, y estábamos desanimados, porque era un nombre muy bonito.

—Y ahora —dije—, ¿qué es lo siguiente?

Tom dijo que la siguiente era la última cosa que teníamos en *stock*, pero que era la mejor de todas, porque el pellejo y el corazón de ella eran el misterio. El pellejo y el corazón de las otras era la gloria, decía él, y la gloria era grande y valiosa, pero, por pura satisfacción, a esta la recubría el misterio. No valía la pena que nos contase que era aficionado a los misterios, nosotros ya lo sabíamos. Siempre era así. Así que yo dije:

—Muy bien, ¿cuál es tu idea?

—Es una buenísima, Huck. Armaremos una conspiración.

—¿Eso é fásil, amo Tom? ¿Creej que podremoj haselo?

—Sí, cualquiera puede.

—¿Y cómo lo hasemoj, amo Tom? ¿Qué sinifica esa palabra?

—Significa tomarla con alguien…, en privado. Te juntas en un sitio secreto, por la noche, y planeas algún lío contra alguien; llevas máscaras puestas y todo eso. Georges Cadoudal**[4]** armó una conspiración. No recuerdo ahora de qué era, pero la hizo y nosotros podemos hacerla también.

—¿É barato, amo Tom?

—¿Barato? ¡Ya lo creo! Vaya, no te cuesta ni un centavo. Claro, a no ser que la hagas a gran escala, como el día de San Bartolomé**[5]**.

—¿Eso qué ej, amo Tom? ¿Qué hisieron?

—No lo sé. Pero, de todos modos, fue a gran escala. Fue en Francia. Creo que eran los presbiterianos desplumando a los misioneros.

Jim estaba desilusionado y, medio molesto, dijo:

—Entonse, maldita sea la cospirasión, abajo con ella. Tenemo bastantej presbiteriano, pero no tenemoj misionero.

—Misioneros, tu abuela… No los necesitamos.

—No, ¿verdá? Amo Tom, ¿y cómo vaj a hasé tu cospirasión si no tié ni má que un final pa eya?

—Vaya, un momento: ¿no podemos tener a alguien en *lugar* de los misioneros?

—Pero ¿ejtaría bien eso, amo Tom?

—¿Bien? ¿Qué tiene que ver que esté bien o que no esté bien? Una conspiración, cuanto más equivocada, mejor. Todo lo que tenemos que hacer es tener a alguien en lugar de los misioneros y entonces…

—Pero, amo Tom, ellos *ocuparán* ese sitio, si no lej esplica cómo é la cosa, y cómo no puej’haselo tú mimo, porque no puej conseguí un misione…

—¡Oh, cállate ya! Me estás cansando. Nunca he visto un negro que discuta, discuta y discuta, cuando no sabe nada de lo que está hablando. Si te

quedaras callado siquiera un minuto, armaría una conspiración que pondría enfermo a Bartolomé… y sin un solo misionero en ella.

Jim sabía que no le serviría de nada meter más la cuchara y continuó murmurando para sí mismo como suele hacerlo un negro, diciendo que *él* no daría ni un céntimo por una conspiración hecha con retales y traída por los pelos sin nada legítimo en ella. Pero Tom hizo como que no le oía, pues esa era la mejor manera: dejar a un negro o a un niño que siguiese gruñendo; así estaría contento.

Tom agachó la cabeza y puso la barbilla entre las manos, y comenzó a olvidarnos y también al mundo; muy pronto, se levantó, empezó a caminar por la arena, a inclinar la cabeza y a agitarla, y yo sabía que la conspiración estaba comenzando a bullir**[6]**; así que me estiré al sol y me eché a dormir, pues no me iban a necesitar en esa parte del asunto. Me eché una siesta de una hora, y Tom estaba ya listo y lo tenía todo planeado.



Capítulo II


N SEGUIDA me di cuenta de que Tom había dado con una idea espléndida. Iba a poner muy ansiosa a la gente a causa de los abolicionistas. Era el momento justo para eso. Sabíamos que hacía más de dos semanas corrían rumores sobre extranjeros que habían sido vistos en el bosque, del lado de Illinois, que luego desaparecían, y volvían a aparecer otra vez; todo el mundo creía que eran abolicionistas que buscaban una oportunidad para liberar a algunos de nuestros negros. Todavía no habían liberado a ninguno de ellos y lo más probable era que ni siquiera lo pensaran; puede que de cualquier manera tampoco fuesen abolicionistas; pero en aquellos días no podía verse a un extranjero sin que se armase revuelo, a menos que contase todo en seguida y probase que no había nada dañino en él. De manera que el pueblo estaba preocupadísimo; todo lo que teníais que hacer era deslizaros a hurtadillas detrás de un hombre y decir ¡Abolicionista! si queríais verle saltar y que le entrasen sudores fríos.

Habían hecho más estrictas las reglas: así, un negro no podía estar fuera de casa después de entrada ya la noche, con permiso o sin él. Todos los hombres jóvenes estaban repartidos en patrullas y vigilaban las calles durante toda la noche, listos para detener a cualquier extraño que llegase.

Tom decía que era un momento buenísimo para una conspiración, como si hubiese sido hecho a posta. Dijo que todo lo que teníamos que hacer era comenzarla y que seguiría ella sola. Creía que si nos poníamos con ello bien y a conciencia, haciendo nuestro trabajo lo mejor que podíamos, en tres días podríamos tener a todo el pueblo sumido en un terrible estado. Yo creía que tenía razón porque tenía buen juicio para conspiraciones y toda esa clase de cosas, los misterios le gustaban y podría decirse que había nacido para eso.

Para empezar, dijo que debíamos tener un montón de *rendevús*[1], (sitios secretos para encontrarse y conspirar); y que sería mejor rodear el pueblo con ellos, en parte por impresionar y en parte para que siempre tuviésemos uno a mano, sin importar en qué parte del pueblo nos encontrásemos. De manera que uno fue nuestra vieja casa encantó, ese sitio solitario a tres millas al norte del pueblo, en donde el riachuelo de Crawfish salía de la hondonada de

Catfish. Otro sitio fue la pequeña cueva de Jim y mía, arriba en las rocas, en lo profundo del bosque, en la isla de Jackson. Otro sitio fue el viejo matadero abandonado de Point, al pie del pueblo, en donde entra el riachuelo. Ni las mofetas soportarían ese lugar, huele a mil demonios, así que yo y Jim intentamos que cambiase de idea, pero no lo hizo. Dijo que era un sitio tratégico, aparte de que era un buen lugar para retirarse y esconderse porque los perros no nos seguirían hasta allí, pues debido a nuestro olor no serían capaces de perseguirnos, y aun si los perros pudiesen seguirnos, el enemigo no lo haría, porque los perros se asfixiarían. Vimos que era una buena idea, sonaba bien, así que cedimos.

Yo y Jim pensamos que debía haber más conspiradores si iba a haber tanto trabajo, pero Tom se burló diciendo:

—Hey, mirad. ¿Qué fue lo que arruinó a Guy Fawkes? ¿Y qué arruinó a Titus Oates[2]?

Me miró muy fijamente. Pero yo no iba a decir nada. Entonces miró a Jim muy fijamente, pero él tampoco iba decir nada. Así que no hubo más que decir.

Tom apuntó nuestra cueva en la isla de Jackson como un cuartel para altos jefes, dijo que los asuntos comunes podrían hacerse en otros *rendevús*, pero el Consejo de Estado no debería reunirse en ningún otro sitio que no fuese ese, diciendo que era un lugar sagrado. Dijo que tendría que haber dos Consejos de Estado para armar una conspiración tan importante como esta —un Consejo de Diez y un Consejo de Tres; togas negras para los Diez y rojas para los Tres, y máscaras para todos. Dijo que nosotros seríamos el Consejo de Diez y que él sería el Consejo de Tres. Porque el Consejo de Tres era supremo y podría «abrogar» cualquier cosa que el otro Consejo hiciese. Esta fue su palabra, uno de sus martinetes. Yo sugerí que ahorraría salarios omitir el Consejo de Diez; además, apenas había suficiente dinero, pero él solo dijo:

—Si supiera tanto sobre conspiraciones como tú, Huck Finn, no me pondría en evidencia.

De manera que dijo que entonces iríamos a la Cámara Consistorial, y que celebraríamos la primera reunión sin togas ni máscaras, que pasaríamos una moción de olvido justificándola en la siguiente reunión; después continuaríamos regularmente durante unos minutos, y que no se declararía culpable a nadie. Ese era su estilo, me parece que ya había nacido así. Todo tenía que seguir un método o él no lo soportaba. Vaya, yo podría haber robado seis sandías mientras él estaba charlando sobre autoridades y haciendo arreglos para que fuese todo metódicamente.

Encontramos nuestra vieja cueva justo como la habíamos dejado Jim y yo cuando nos asustamos y salimos corriendo río abajo en la balsa. Tom convocó el Consejo de los Diez, e hizo un discurso sobre la seriedad de la ocasión, esperó a que cada miembro lo reconociese y pusiese seriamente su mano en el timón, para cumplir con su deber sin temor ni favor. Luego prestó juramento para armar la conspiración lo mejor que podía, en interés de la Cristiandad y de la civilización para preocupar muchísimo al pueblo, y que Dios protegiese a los justos, amén.

De manera que eligió un Presidente del Consejo y un Secretario, y comenzó el asunto. Dijo:

—Hay un montón de detalles, infinidad de ellos, pero no hay que empezar por ellos para nada, están donde tienen que estar y caerán por su propio peso tan pronto como procedamos. Pero hay un primer detalle y de este nos ocuparemos ahora. ¿Qué creéis que es un Consejo?

Yo no sabía qué contestar, y así lo dije. Jim también dijo lo mismo.

—Bien, entonces os lo diré. ¿De qué se preocupa la gente? ¿A qué le tiene miedo? Me parece que podríais contestar a eso.

—Pues, tienen miedo de que suelten a algunos negros.

—Muy bien. Ahora bien, ¿cuál es nuestro deber como conspiradores?

Jim no lo sabía y yo tampoco.

—Huck Finn, si pensaras por un momento lo sabrías. Falta algo y nosotros lo proveeremos. ¿No está lo bastante claro? Tenemos que soltar a un negro.

—¡Sieloj, amo Tom! ¡Vaya, nos colgarán!

—Pero bueno, ¿qué *quieres*? ¿Para qué *sirve* una conspiración? ¿Te parece que es para propagar la inmortalidad? *Tenemos* que correr riesgos, o no sería una conspiración en absoluto, y no hay ningún honor en ella. El honor en una conspiración es hacer lo que te interesa, pero hacerlo bien, con astucia y sin que te cuelguen por ello. Bien, nosotros lo arreglaremos. Ahora volvamos a nuestro asunto. Lo primero es escoger el negro, y lo siguiente es arreglar lo de soltarle.

—Pero, Tom, ¡nosotros nunca podremos hacer eso! No habrá un solo negro en el pueblo que quiera oírlo ni por un momento. Se morirá de miedo, e irá derechito a su amo a contárselo.

Me miró como si se avergonzara de mí, y dijo:

—Ya, Huck Finn, ¿crees que yo no lo sabía?

Yo no podía saber adonde quería llegar, y dije:

—Bien, entonces, Tom Sawyer, si no hay un negro en el pueblo que dejará que le soltemos, ¿cómo nos las arreglaremos?

—Muy fácil. Pondremos uno.

—Oh, seguro, eso es muy fácil. ¿De dónde vamos a sacarlo?

—Está aquí, soy yo.

Yo y Jim nos reímos, pero Tom dijo que lo tenía todo pensado y que funcionaría. De manera que nos contó el plan y era uno muy bueno, claro que sí. Se maquillaría como un negro prófugo y se escondería en la casa encantada; luego yo le traicionaría y le vendería al viejo Bradish de la hondonada de Catfish, un comerciante de negros en pequeña escala y el sabueso de más malas pulgas del pueblo; después le soltaríamos y empezaría la música, dijo Tom. Y yo también lo creía.

Pero, claro, en cuanto estuvo todo arreglado, limpio, ordenado y todo era satisfactorio, la moral de Jim comenzó a funcionar de nuevo. Esto era algo que siempre le pasaba. Él decía que pertenecía a la Iglesia y que no haría cosas que no estuviesen de acuerdo con su religión. Le parecía que lo de la conspiración estaba muy bien, eso no le preocupaba, pero ¿no deberíamos sacar un permiso?

Era algo normal para él pensar así, sabéis, porque él sabía que si quisiésemos abrir un bar, vender cosas de puerta en puerta, comerciar con negros, conducir un carro, ofrecer un espectáculo, tener un perro o cualquier maldita cosa que se os ocurra, había que sacar un permiso, así que él creía que con la conspiración sería lo mismo, y que era un pecado armarla sin uno, porque sería engañar al gobierno. Y entonces dijo, de esa manera lastimosa en la que un negro siente que es ignorante y humilde:

—Aún no se ha contestado lo prinsipá de forma clara y en pá, y según lo que puedo entendé por lo síntoma, noj cargamo de nuevo la conspirasión a menos que consigamo una lisensia.

Bien, yo podía entender la postura de Jim y sabía que no debería inquietarme por un pobre negro que no pretendía hacer ningún daño, sino que actuaba solamente de acuerdo a sus luces lo mejor que podía; sin embargo, no podía evitar ponerme nervioso al ver nuestro nuevo plan irse al traste como la guerra civil y la revolución, sin haber un modo de detenerlo, hasta donde yo podía entender, pues Jim se había puesto firme, como podéis ver, y claro, cuando se ponía firme era el fin, ningún argumento lo movía de allí. Yo no iba a intentarlo, el aliento no se nos da para desperdiciarlo. Me pareció que Tom sí lo haría, porque la conspiración era lo último que teníamos en reserva y querría salvarla si pudiera; yo creí que él estallaría y perdería los papeles

nada más empezar, pues había puesto tanto esfuerzo en pensarla, que entonces la cosa se pondría que arde y nuestra última oportunidad de conspiración con ella.

Pero Tom nunca haría semejante cosa. No, él saldría de esta con gracia. Apenas le he visto elevarse a semejante esplendor de sabiduría como lo hizo aquella vez. Le había visto muy a menudo en momentos delicados, cuando no había tiempo ni para cambiar los caballos y le he visto seguir adelante durante todo el camino cuando cualquiera hubiese dicho que no podría, pero me parecía que ninguno era más delicado que este. De pronto estaba pillado, pero no importaba, él estaba allí con los cinco sentidos. Cuando vi que abría la boca, me dije a mí mismo que, cuando le saliera cualquier palabra, se armaría la bronca. Pero no fue así. Totalmente tranquilo y suave dijo:

—Jim, nunca te olvidaré por pensar en eso y por recordárnoslo. Me olvidé completamente de la licencia, y si no hubiese sido por ti, no hubiésemos pensado en ella hasta que hubiese sido demasiado tarde y hubiésemos estado metidos en una conspiración que no era del todo correcta ni estaba legalmente santificada.

Entonces, con una voz oficial y muy impresionante, agregó:

—Se convoca el Consejo de Tres.

Entonces, con mucha ceremonia, se subió a su trono, que era un barril de clavos, y dio órdenes de otorgarnos una licencia para conspirar en el Estado de Missouri, los reinos y fronteras adyacentes durante un año, sobre cualquier cosa que quisiésemos, y ordenó al Gran Secretario que se sentara un momento y le pusiese un gran sello.

Entonces Jim se quedó contento y lleno de gratitud, sin poder encontrar las palabras para decirlo, aunque yo pensaba y sigo pensando que esa licencia no valía un pepino. Pero no dije nada.

Solamente quedaba una preocupación más en la cabeza de Jim, pero no llevó mucho tiempo arreglarla. Tenía miedo de que no fuese honesto de mi parte vender a Tom cuando Tom no me pertenecía, temía que aquello pareciese una estafa. Así que Tom no discutió sobre eso. Dijo que quería que dondequiera que hubiese una duda que pareciese inmoral, incluso si era una muy pequeña, aun así, fuese quitada del plan, pues no se uniría a una conspiración que no fuese pura. A mí me parecía que esta conspiración estaba degenerando en una escuela dominical. Pero nunca dije nada.

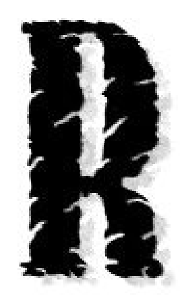
Así que cuando Tom cambió de idea dijo que haría unos carteles ofreciendo una recompensa por sí mismo, que yo podía encontrarle y no venderle, pero sí traicionarle con Murciélago Bradish por una parte de la

recompensa. Murciélago Bradish no era su nombre, la gente le llamaba así porque apenas veía. Jim se quedó contento con eso, aunque yo no podía entender dónde estaba la diferencia entre vender a un muchacho que no nos pertenecía y venderle por una parte de una recompensa que era un fraude y que nunca se pagaría. Se lo dije así a Tom en privado, pero él dijo que yo sabía menos que un bagre[3] y dijo que si yo creía que no íbamos a devolver el dinero a Murciélago Bradish. Por supuesto que lo haríamos, dijo.

Y no dije nada más, pero pensé que si yo obtenía el dinero y Tom se olvidaba y no interfería, yo y Murciélago Bradish saldaríamos la deuda de alguna manera entre nosotros.



Capítulo III



EMAMOS hasta el pueblo, y Jim se fue a casa. Yo y Tom fuimos a la tienda del carpintero, cogimos un montón de bloques de madera de pino blando que Tom quería y luego fuimos a una tienda a pillar un punzón, una gubia y un pequeño cincel; los llevamos a casa de la tía Polly, la tía de Tom, y los escondimos en la buhardilla; yo me quedé a cenar y a pasar la noche: a medianoche nos escabullimos fuera y recorrimos todo el pueblo para ver a los patrulleros; estaba todo oscuro, silencioso y tranquilo, con excepción de un perro o dos y de un gato que no estaba contento; no pasaba nadie por allí, todos estaban durmiendo, con las luces apagadas, salvo en donde había enfermos, porque entonces se veía un pálido resplandor en las persianas; había un patrullero en cada esquina que decía: «¿Quién va?», y nosotros contestábamos «Amigos», y ellos nos decían: «Alto, santo y seña», y nosotros decíamos que no teníamos ninguna: entonces ellos se acercaban, nos miraban y decían: «Ah, sois vosotros: bueno, será mejor que os vayáis a casa: no es hora de que la joven basura[1] esté fuera de la cama».

Luego esperamos la oportunidad, y nos deslizamos escaleras arriba hasta la oficina de la imprenta, bajamos las persianas, encendimos una vela, y allí estaba el viejo señor Day, el corresponsal e impresor, dormido en el suelo debajo de un perchero, con su vieja cabeza canosa apoyada en un bolso hecho de alfombra que le servía de almohada; no se movía; tapamos un poco la luz y nos deslizamos a hurtadillas por alrededor, cogimos algunas hojas azules, rojas, verdes y blancas de papel de imprenta, un poco de tinta roja y negra para imprimir, cortamos un trocito del extremo de un rodillo nuevo para estampar y dejamos en la mesa una moneda de 25 como pago; entonces nos entró sed, y encontramos una botella con algo de beber, y lo hicimos creyendo que era limonada, pero resultó ser una medicina para la tisis, porque llevaba una etiqueta, pero estaba muy buena y nos valió para la sed. Era del señor Day, así que en pago dejamos otra moneda de 25; apagamos la luz, nos trajimos las cosas a casa y llegaron bien, todo fue muy satisfactorio; cogimos un cepillo de la tía Polly para hacer las impresiones y nos fuimos a dormir.

Tom no deseaba armar la cosa hasta el domingo, pero el lunes por la mañana fuimos a la buhardilla y sacamos todas nuestras cosas para el espectáculo del negro; se puso la peluca, la camisa de estopa de lino, unos pantalones harapientos, unos tirantes, un sombrero de paja con la copa rota y parte del ala estropeada: eso era mejor que nada, porque la camisa no había sido lavada desde que las ranas tenían pelo, y las ratas habían dejado sus huellas en las otras cosas.

Luego, Tom escribió el anuncio:

> $ 100 DE RECOMPENSA
> ELEGANTE MUCHACHO NEGRO ZORDOMUDO
> SE HA ESCAPADO DEL QUE SUSCRIBE…

y cosas por el estilo, y se describió detalladamente a sí mismo tal como aparecería cuando estuviese con la piel negra y vestido para el caso, y añadió que el negro podría devolverse a «Simon Harkness, Lone Pine, Arkansas»; ese sitio no existía y Tom lo sabía muy bien.

Luego cogimos la vieja cadena y el candado con las dos llaves que utilizamos para jugar al prisionero de la Bastilla, unos cuantos tizones, un poco de grasa, y los pusimos con las otras cosas, las «posesiones», como las llamaba Tom, un nombre demasiado grande para algo que no era posesión ni nada, pues podrías comprarte el conjunto entero por cuarenta centavos y aun así te timarían.

Teníamos que llevar una cesta, y allí no había ninguna lo suficientemente grande, excepto la de mimbre de la tía Polly, que ella cuidaba tanto y de la que estaba tan orgullosa, así que no tenía sentido pedir que nos la dejara porque no lo haría; bajamos las escaleras y la cogimos mientras ella estaba regateando con un negro que quería venderle un bagre; la cogimos, pusimos dentro las cosas y después tuvimos que esperar cerca de una hora antes de marcharnos, porque Sid y Mary[2] habían ido a alguna parte y no había nadie más que nosotros para evitar que ella fuese a buscar la cesta. Pero al final tuvo sospechas del negro que le había vendido el bagre y salió a por él, y entonces fue cuando nos marchamos. A Tom le pareció que la mano de la Providencia había estado allí claramente y yo también lo creía, pues eso parecía en cuanto a mí respecta; yo pensaba que al negro lo cuidaría de alguna manera misteriosa e inescrutable y que no lo olvidaría; y así fue, pues cuando la tía Polly hizo volver al negro, él probó que no había robado la cesta, ella dijo que lo sentía y pidió perdón al negro, comprándole otro bagre. Aquella noche nos lo encontramos dentro del armario y lo cambiamos por una caja de sardinas para llevar a la isla, así que la gata tuvo problemas por ello; y cuando

yo dije: «Ahora el negro ha sido rectificado, pero la gata ha sido olvidada», Tom dijo: «Espera»; yo quería ver que la gata hubiese sido protegida de alguna manera misteriosa e inescrutable; y así fue, pues mientras la tía Polly se marchó para coger su látigo y darle, ella pescó el otro pez y se lo comió. Así que Tom tenía razón, toda la razón del mundo, lo que demuestra que a todo el mundo se le cuida: todo lo que tienes que hacer es ser confiado, todas las cosas saldrán bien, y todo el mundo ayudará.

Aquella mañana, escondimos todo en el piso de arriba de la casa encantada y volvimos al pueblo con la cesta; resultó muy útil llevar las provisiones en el gran barco de Jim junto con utensilios de cocina. Yo me quedé en el barco para cuidar las cosas y Tom hizo la compra: no compró dos cestas llenas en una sola tienda, sino que iba de una tienda a otra, o de lo contrario la gente hubiese hecho preguntas. Por último, Tom cogió los bloques de pino y la tinta de impresión junto con las cosas de la buhardilla y nos fuimos remando hasta la isla y guardamos todo el cargamento del barco en la cueva, sabiendo que ya estaba todo listo para la conspiración.

Volvimos a casa antes del anochecer y escondimos la cesta en la leñera, nos levantamos por la noche y la colgamos del pomo de la puerta de entrada; la tía Polly la encontró por la mañana y preguntó a Tom cómo había llegado hasta allí, y él dijo que creía que habían sido los ángeles; ella dijo que a ella también se lo parecía y que sospechaba que conocía a un par de ellos y que ya arreglarían cuentas con ella después del desayuno. Lo habría hecho si nos hubiésemos quedado.

Pero Tom tenía prisa con el asunto de los carteles, así que aprovechamos la primera oportunidad para marcharnos y remar siete millas río abajo hasta el refugio de Hookerville, en donde había una pequeña imprenta que tenía trabajo una vez cada cuatro años. Allí imprimimos ciento cincuenta carteles sobre la recompensa, y remamos de vuelta, por el agua estancada de la orilla, para llegar a casa antes de la caída del sol y esconder los carteles en la buhardilla, llevarnos una paliza, una nada más, después cenar, decir la oración familiar e irnos a dormir muertos de cansancio, pero contentos, porque habíamos cumplido con todas las tareas.

Nos fuimos directamente a dormir, pues no hay ningún problema en irnos a dormir cuando estamos cansados después de haber hecho todo lo que había dado tiempo a hacer, y además lo mejor que podíamos; de esa manera, nada queda en la conciencia y no hay nada de qué preocuparse. Y no nos molestamos demasiado por despertarnos, porque hacía buen tiempo, y si

seguía así, no podríamos hacer más hasta que cambiase; y si el tiempo cambiaba, nos despertaría. Y cambió.

A la una de la mañana, comenzó la tormenta, y el rayo y el trueno nos despertaron. La lluvia no dejaba de caer a raudales, desparramando a toda velocidad los guijarros, lo bastante como para ensordecer a cualquiera, y azotaba y se revolvía contra los cristales de las ventanas, haciendo que nos sintiéramos arropados y calentitos en la cama; el viento aullaba por los aleros con voz ronca para apagarse un poquito y volver en seguida en una estruendosa ventisca, y silbar y cantar, y luego gritar, y entonces chillar y mecer la casa haciéndola temblar; se podía oír el golpeteo de las persianas por toda la calle, para ver después un resplandor como si el mundo estuviese en llamas; el trueno estallaba justo encima de la cabeza como si fuese a hacerlo todo añicos, y era bueno estar vivo y arropado cómodamente para disfrutarlo; pero Tom gritó:

—Huck, levántate, esto no podría venirnos mejor.

Y, aunque chillaba, yo apenas podía oírle a través del estruendo, los golpes, el rugido y el jaleo.

Yo deseaba quedarme un ratito más, pero sabía que no podría, pues Tom no me dejaría; así que me levanté, me vestí con la luz de los rayos, cogí una octavilla, unas chinchetas y salí por la ventana de atrás hasta el tejado, me arrastré por el alero y bajé hasta la leñera, luego me subí a la valla alta, y salté al suelo del jardín como de costumbre, para bajar hasta el pasillo de atrás y de ahí a la calle.

Seguía lloviendo torrencialmente, bramando, soplando y retumbando: una noche salvaje, el tiempo apropiado para un asunto oculto como el nuestro, decía Tom. Yo dije que sí, y añadí que deberíamos haber traído todos los carteles, porque tardaríamos en tener otra noche semejante. Pero él dijo:

—¿Para qué quieres más? ¿Dónde se pegan los carteles, Huck?

—Pues en el tablero que está la puerta de la oficina de correos, donde pegan las cosas perdidas y robadas, las reuniones antialcohólicas, los impuestos, los negros a la venta, las tiendas en alquiler y todas esas cosas: un buen sitio, y además no cuesta nada; un anuncio sí cuesta, y no todo el mundo lo lee.

—Claro. Y no se colocan dos anuncios, ¿no?

—No, solo uno. Nadie puede leer dos a la vez, excepto los bizcos, y no hay tantos como para que valga la pena la molestia.

—Bueno, pues por eso he cogido solo uno.

—¿Y para qué has hecho los otros ciento cincuenta? ¿Es que vamos a pegar uno nuevo cada noche durante seis meses?

—No, vamos a pegar solo este. Uno es bastante.

—Entonces, ¿para qué has gastado todo ese dinero, Tom? ¿Por qué no has impreso uno solo?

—Pues, porque era lo normal. Si hubiera impreso uno solo, el impresor habría comenzado un soliloquio consigo mismo diciendo: «Es curioso, podría llevarse ciento cincuenta por el mismo dinero, y solo se lleva uno; aquí hay algo deshonesto, mejor le arrestaré».

Bueno, ese era Tom Sawyer, siempre pensando en todo, muy típico. Una gran cabeza; la más grande que haya visto jamás en un muchacho.

Después vino un resplandor que no dejó ni un poquito de oscuridad entre nosotros y el cielo, se podía ver todo, derecho hasta el río, como si fuese de día. Gracias a Dios, ningún patrullero por ninguna parte; las calles estaban vacías. Cada sumidero era un riachuelo, y mojaba los pies casi hasta hacernos caer de tan profundo y fuerte que corría. Pusimos el anuncio y allí nos quedamos un rato, bajo el toldo, oyendo la tormenta y observando los montones de paja empaquetada, las viejas cajas de naranjas y cosas que nadaban en el sumidero cuando relampagueaba; queríamos quedarnos para ver, pero no lo hicimos, porque teníamos miedo de Sid. El trueno podría despertarle, él tenía miedo de los truenos, y podría haberse ido a la habitación más cercana, que era la nuestra, para estar más tranquilo, descubrir así que nos habíamos ido, vigilar para ver cuánto tiempo estábamos fuera, y así poder decírnoslo por la mañana, contar todos los hechos y meternos en problemas. Era de esa clase de gente que no comete pecados y aun así no está satisfecho, sino que no deja que pase nada durante un buen rato si pueden evitarlo, así que tuvimos que volver a casa. Tom dijo que Sid era demasiado bueno para este mundo y que debería ser traducido. Yo no dije nada, le dejé disfrutar con su palabra, porque creo que eso significaría hacer polvo a una persona para demostrar cuánto sabes. Muchos lo hacen así, tal cual. Yo lo sabía todo acerca de esa palabra, porque la viuda me la había enseñado: sabía que se puede traducir un libro, pero no se puede traducir a un muchacho, porque traducir significa convertir una cosa de un lenguaje a otro, y no se puede hacer eso con un muchacho. Además, tiene que ser una palabra extranjera, y Sid no era extranjero. No estoy culpando a Tom por utilizar una palabra sin conocer su significado; porque no hay deshonestidad en ello, él utilizaba muchas que le venían grandes, pero no para engañar, lo hacía porque le sabía bien en la boca.


OFICINA DE
CORREOS
BUSCA
$100

Así que llegamos a casa con la esperanza de que Sid no se hubiera despertado, medio pensando que la Providencia le hubiese cuidado de manera inescrutable y también acerca de cuántos signos teníamos de que la Providencia estaba conforme con cómo iba hasta ahora la conspiración. Pero ahora se nos presentaba una pequeña complicación. Estábamos en el tejado, cogiéndonos del caballete en la oscuridad; yo iba delante y estaba a medio camino hasta nuestra ventana y me había sentado a la manera de las ranas, muy suave y tranquilamente, tanteando un clavo que había allí, porque a veces me había sentado muy fuerte sin querer en él, y era de esa clase de clavos que, cuanto menos te sientas en él, más cómodo puedes sentarte en alguna parte al día siguiente, cuando, de repente, el resplandor de un rayo mostró todo muy claro y en detalle, y allí estaba Sid, observando en su ventana.

Fuimos hasta la nuestra y nos sentamos a cuchichear sobre ello. Teníamos que hacer algo, pero no sabíamos qué. Tom dijo que, en general, él no se preocuparía, pero que este no era un buen momento para estar llamando la atención. Dijo que si Sid se fuese de vacaciones a la granja de su tío Fletcher, a treinta millas campo adentro, durante unas cuatro semanas, sería justo lo que haría falta para despejarlo todo y, para entonces, la conspiración se deslizaría por aguas tranquilas y seguras. Dijo que no creía que Sid sospechase nada aún, pero que empezaría a observarnos y que, muy pronto, sí sospecharía. Yo dije:

—¿Cuándo le dirás a tu tía Polly que le deje tomarse unas vacaciones?… ¿Por la mañana?

—Pues… no iba a decírselo para nada. Esa no es la manera. Ella me preguntará por qué estoy interesado en la comodidad de Sid, así de repente, y comenzaría a sospechar algo. No, hay que provocar alguna manera de que se le ocurra la idea a ella misma y le envíe fuera.

—Bueno —dije yo—, te dejaré hacer el trabajo…, ese no está en mi línea.

—Lo pensaré bien —dijo—, creo que podré arreglarlo.

Yo me iba a quitar la ropa, pero él me dijo:

—No hagas eso, dormiremos con ella puesta.

—¿Para qué?

—No son más que camisas y pantalones de algodón, se secarán en tres horas.

—¿Y para qué queremos que se sequen, Tom?

Pero él estaba intentado oír por la puerta de Sid para ver si estaba roncando. Entonces se deslizó hasta allí, cogió sus ropas, las colgó en la

ventana hasta que se empaparon, luego las llevó otra vez a su habitación, y volvió a la cama. Entonces comprendí. Nos arropamos juntos tirando de las mantas, y no se estaba demasiado cómodo, pero claro, teníamos que aguantarnos. Tras pensar un largo rato, Tom dijo:

—Huck, creo que ya lo tengo. Ya sé dónde podemos coger el sarampión. De cualquier manera, teníamos que cogerlo en un momento u otro, y es mejor que lo tengamos ahora, cuando puede servir para algo.

—¿Cómo?

—La tía Polly no dejará que Sid y Mary se queden en casa si tenemos el sarampión, y tendrá que enviarlos a casa del tío Fletcher…, es el único sitio.

La idea no me gustaba, me ponía medio enfermo, así que dije:

—Tom, no lo hagas, es una idea boba. Vaya, hasta podrías morirte.

—¿Morirme, pelícano? Nunca había oído semejante tontería. El sarampión no mata a nadie, excepto a los mayores y a los bebés. No habrás oído ni un solo caso de muerte.

Yo estaba preocupado e intenté hablar de ello, haciéndolo lo mejor que podía, pero no sirvió de nada. Tom no decía más que tonterías, estaba decidido a intentarlo y quería que yo le ayudase; así que me di por vencido y le dije que lo haría. Planeó el modo de hacerlo, y luego nos fuimos a dormir.

Nos levantamos secos, pero las cosas de Sid estaban mojadas; y cuando iba a decir que se chivaría, Tom le dijo que él también lo haría, tan rápido como quisiese, para ver si él, con sus ropas mojadas, podría ganar como testigo a las nuestras, que estaban secas. Sid dijo que él no había salido y sabía que nosotros sí, porque nos había visto. Tom dijo:

—Deberías avergonzarte. Siempre vas sonámbulo y soñando toda clase de cosas extrañas que nunca han sucedido y ahora estás otra vez con eso. ¿No te das cuenta, claramente, de que se trata de un sueño? Si no has estado caminando dormido, ¿cómo es que tus ropas están mojadas? Contéstame a eso.

Sid estaba muy perplejo y confuso y no acertaba a resolver la cuestión. Tocó nuestras ropas, y pensó y pensó, pero tuvo que ceder. Dijo que ahora le parecía que podía darse cuenta de que se trataba de un sueño, pero que había sido el más asombrosamente vivido que había tenido jamás. Así que la conspiración estaba salvada, por los pelos también, y Tom dijo que cualquiera podía darse cuenta de que había sido aprobada. Y se sentía sobrecogido por ello, diciendo que era suficiente como para sobrecoger a cualquiera y volverlo más bueno al ver las inescrutables maneras como se vigilaba y cuidaba la conspiración, y yo sentía lo mismo. Tom decidió volverse más modesto y

agradecido de allí en adelante, que haría todo lo mejor posible, y así lo dijo; después del desayuno nos fuimos a casa del capitán Harper a coger el sarampión, y tuvimos algunas dificultades, pero lo pescamos. En un principio no lo encaramos de la mejor manera, esa fue la razón. Tom fue por las escaleras de atrás y se metió en la habitación en donde Joe yacía enfermo, pero antes de meterse con él en la cama, su madre entró a darle el medicamento y, asustándose de verle allí, le dijo:

—¡Dios bendito! ¿Qué estás haciendo aquí? Vete, pequeño idiota, ¿no sabes que tenemos el sarampión?

Tom quería explicar que había venido a ver qué tal estaba Joe, pero ella no le oía, y le ahuyentó y le ahuyentó hasta la puerta, diciéndole:

—¡Oh, vete ya y no te contagies! Me has dado un susto de muerte, y tu tía Polly jamás me perdonará; sin embargo, la culpa solo es tuya, por no pasar por la puerta delantera, por la que entraría cualquiera que tuviese algún sentido de la discreción.

Entonces cerró la puerta, dejando a Tom fuera.

Pero aquello le dio una idea. Así que, a la hora o así, me envió a llamar por la puerta delantera para que ella saliera; saldría ella, porque los niños estaban con los vecinos debido al sarampión, y el capitán estaba fuera con sus asuntos; así que, mientras yo la retenía allí preguntándole por Joe de parte de la viuda Douglas, Tom entró de nuevo por la parte de atrás y se metió en la cama con Joe, se tapó todo, y cuando ella regresó y lo encontró allí, tuvo que sentarse en una silla, porque de lo contrario se habría desmayado; luego lo encerró en la otra habitación y se lo fue a decir a la tía Polly.



La tía Polly se quedó tiesa del susto, y tan impresionada que apenas podía hacer las maletas con las cosas de Sid y Mary. Los tuvo fuera de casa en media hora y los mandó a que se quedaran en la posada esa noche y que cogieran la diligencia hasta la casa del tío Fletcher a las cuatro de la mañana. Luego fue a por Tom y se lo trajo a casa, sin dejarme entrar; y lo abrazó y lo abrazó llorando, diciéndole que le daría una paliza en cada pulgada de su cuerpo cuando se pusiera bueno.

Así que luego subí a la colina hasta la casa de la viuda, le conté todo a Jim, y él dijo que era un plan muy astuto, que nunca había visto un plan que funcionara mejor y más rápido; Jim no estaba preocupado: dice que el sarampión no es nada, que todo el mundo lo ha tenido y todo el mundo debería tenerlo. Así que yo también dejé de preocuparme.

Un día o dos más tarde, Tom tuvo que estar en cama y recibir la visita del doctor. Yo y Jim no podíamos poner en marcha la conspiración sin Tom, así que la dejamos tranquila y esperamos, y me pareció que iban a ser tiempos aburridos para mí durante un tiempo. Pero no, apenas había estado Tom en la cama de Joe Harper antes de que la medicina produjera el brote del sarampión, pero el doctor se dio cuenta de que no era para nada el sarampión, sino la escarlatina. Cuando la tía Polly lo oyó, se puso blanca sin poder recobrar el aliento, y estaba tan débil que no podía verse la mano ante la cara, y si no la hubiesen cogido, se habría caído. Aquello hizo que cundiera el pánico en el pueblo, y no había mujer con niños que no tuviese un susto de muerte.

Pero aquello acabó con mis tiempos de aburrimiento y me vino la mar de bien; porque yo ya había tenido la escarlatina y me había salvado por los pelos de quedar sordo, mudo, ciego, calvo e idiotizado, eso decían; así que la tía Polly estaba muy contenta de dejarme entrar para ayudarle.

Teníamos un buen médico, uno de esos a la antigua, laborioso, de los que no andan por ahí tonteando, esperando a que la enfermedad se manifestase para atacarla al mismo tiempo, sino que se adelantaba, sangrándote por un sitio y poniéndote ventosas por el otro, dándote un cazo lleno de aceite de castor y otro de agua caliente con sal y mostaza, consiguiendo así que toda tu maquinaria se pusiese en funcionamiento al mismo tiempo, para más tarde sentarse con la mente en blanco a planear el modo de llevar el caso.

Conforme Tom se iba poniendo más y más enfermo, le quitaron la comida y cerraron las puertas y ventanas para que la habitación estuviese caliente, cómoda y saludable, y tan pronto como la fiebre estuvo calentita y contenta, le quitaron el agua y dejaron que sorbiese una cucharada de panada[3] cada

dos horas para apagar su sed. Claro que eso es horroroso cuando estás ardiendo, como el hecho de que haya agua fresca y rica por ahí para que otros beban y tú no puedas ni tocarla cuando la necesitas más que nadie; así que Tom se las arregló para hacerme un guiño cuando ya no podía soportarlo más, y yo esperaba la oportunidad de que la tía Polly volviese la espalda, para darle un agua buenísima; después de eso, se sentía mejor y yo vigilaba atentamente para dársela cada vez que él guiñaba el ojo. El médico decía que el agua podría matarle, pero yo sabía que cuando estás ardiendo con la fiebre, eso no importa.

Tom estuvo enfermo durante dos semanas y se puso muy malo; una noche comenzó a empeorar y a empeorar muy rápido. Durante toda la noche se puso cada vez peor, perdió la cabeza y parloteaba y parloteaba, contó absolutamente todo lo de la conspiración; pero la tía Polly, que estaba a su lado, ni siquiera se dio cuenta, debido a la tristeza y el pesar que tenía; solo se echaba sobre él y lloraba, y le besaba y le besaba, y mojaba su cara con un trapo mojado y decía que, oh, no podría *soportar* perderlo, que era el niño de su corazón, que no podría vivir sin él, pues entonces el mundo no sería el mismo nunca más, y la vida sería tan vacía y solitaria que no merecería la pena; entonces le llamaba por todos los nombres cariñosos que se le ocurrían, y rogaba a Tom que la mirase y le dijera que la conocía, pero él no podía; una vez comenzó a tantear con la mano y se encontró con la cara de ella, y la acarició, pero la confundió con la mía diciendo: «Ah, el bueno de Huck», y entonces el corazón se le hizo trizas y comenzó a llorar tan fuerte y a quejarse tan lastimeramente, que yo tuve que mirar para otro lado, pues no podía aguantarlo. A la mañana siguiente, cuando el médico vino a examinarle, dijo de manera tierna y en voz baja: «No debemos afligirnos; todo lo que Él hace, *es* para bien». Ella…, casi no puedo decirlo, se puso de tal manera que habría hecho llorar a cualquiera con solo verla. Después, el médico se fue, el predicador permaneció allí rezando, y todos nos pusimos alrededor de la cama callados a esperar; la tía Polly seguía llorando y nadie decía nada. Tom yacía con los ojos cerrados y muy callado. Entonces abrió los ojos y no parecieron darse demasiada cuenta de nada; pero siguieron medio dando vueltas y recayeron en mí, y allí se quedaron. Uno de ellos comenzó a cerrarse hasta hacerlo del todo, y el otro comenzó a moverse y a torcerse, a moverse y a torcerse en una especie de contorsión; hasta que por fin lo logró, aunque de modo poco convincente y claro… era un guiño. De un salto fui a por agua fresca, con cubo de aluminio y todo, y dije:

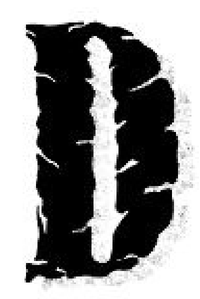
—¡Sujetadle la cabeza!

Y se la puse en los labios; entonces, bebió y bebió y bebió… En un día y una noche enteros, era la primera vez que tenía la oportunidad de dársela. El médico dijo:

—Pobre muchacho, dadle toda la que quiera, ya está fuera de peligro.

Ya había pasado. El agua le había salvado. Comenzó a revivir desde aquel mismo momento, y cinco días después estaba sentado en la cama, y en otros cinco caminaba ya; la tía Polly estaba tan llena de alegría y agradecimiento que me dijo, en privado, que ojalá él hiciese algo que no debía para que ella pudiera perdonarle, y que nunca habría sabido todo lo que le quería de no haber estado tan cerca de perderle; y dijo que se alegraba de que esto hubiese sucedido para aprender la lección, que ya nunca sería tan dura con él, y que ya no le importaba lo que había hecho. Dijo que era lo mismo que se sentía cuando se entierra a una persona querida: si pudiésemos recobrarla, no volveríamos jamás a decir nada para afligirla.

Capítulo IV



URANTE la primera semana que Tom estuvo enfermo, no estuvo muy enfermo; después sí lo estuvo, y más tarde no, y después fue poniéndose mejor; así que solo perdió el tiempo que le quedaba entre ponerse enfermo y ponerse bueno. Las dos primeras veces, trabajó en la conspiración, arreglándolo todo, así yo y Jim podíamos terminarla si él se moría, dejándola como monumento a su memoria; y la última vez trabajó para dirigirla él mismo. En cuanto bajé a ayudar a cuidarlo, me dijo que le hacían falta algunos tipos de imprenta y también aprender la manera de montarlos: me dijo que fuese a por ellos a casa del señor Baxter. Era el capataz de la imprenta, y tenía bajo sus órdenes al señor Day y a un muchacho; era uno de los hombres más importantes del pueblo, y además estaba en la mira de todo el mundo. No hacía nada para provocar demasiado a la raza humana, salvo pinchar —y, además, lo mejor que podía—, siendo un pilar de la iglesia y llevando a cabo la colecta los domingos, haciéndolo franca y abiertamente con un platillo, y dejándolo encima de la mesa, en donde todo el mundo pudiera verlo cuando había acabado, no acercando jamás la mano por ahí para manosearlo como siempre hacía el viejo Paxton, dejando ver cuánto se había juntado; además, era Centinela Interno de los Masones, y Centinela Externo de los Tipos Raros, y una especie de líder Tapón-puesto o algo así de los Enemigos del Intestino Flojo[1], alguna otra cosa de las Hijas de Rebeca, algo parecido a las Hijas del Rey, Gran Encargado Real de los Caballeros de la Moralidad, Gran Mariscal Sublime de los Buenos Templarios, y no había uniforme imaginable del que no tuviese una muestra, y ninguna reunión de votantes en cuya procesión faltase, con el estandarte, la espada, o llevando la Biblia en una bandeja, con aspecto terriblemente responsable y serio, pero sin ganar un céntimo. Era un buen hombre, de los que ya no hay. Cuando llegué estaba sentado a la mesa con su pluma, muy inclinado sobre una larga y estrecha galerada con amplios márgenes, tachando la mayor parte de lo que había en ella, llenando de puntos los márgenes con la pluma y diciendo tacos. Le dije que Tom estaba enfermo, que quizá se muriese, y…



Ahí me hizo callar de repente, diciendo sin demora y acaloradamente:

—¿Morirse *él*? No podríamos soportarlo. Solo hay un Tom Sawyer, y él ha roto el molde. ¿Puedo hacer algo? Habla más alto.

Yo dije:

—Dice Tom que si puede…

—*Sí*, puede todo lo que quiera. Habla —respondió de manera sensible y campechana, lleno de confianza.

—Le gustaría tener un puñado de tipos, de los que ya no le sirvan, y…

Entonces me interrumpió y llamó al señor Day, diciéndole:

—Di al diablo que vaya al infierno[2] y traiga un sombrero lleno; rápido.

Me dio escalofríos al oírle. Al minuto el señor Day dijo:

—El diablo dice que el infierno está vacío, señor.

—Muy bien, trae un sombrero lleno de pastel.

Al oír aquello se me hizo la boca agua, y me alegré de haber ido. Luego, el muchacho trajo un par de latas de ostras llenas de tipos viejos; tenían que ser viejos, allí no había ninguno nuevo, y el señor Baxter le dijo que cogiera un palo y una regla. Por último, le dijo que cogiese un viejo maletín cortado por la mitad y así lo hizo; era del tamaño de una tabla de lavar y estaba todo separado en pequeñas cajitas cuadradas. Entonces pegó las A, las B y las C, y así sucesivamente, en las cajas para señalar a cuáles pertenecían: había dos grupos, las mayúsculas y las minúsculas; el señor Baxter dijo al muchacho que se fuera y me ayudó a llevar las cosas y a enseñar a Tom cómo montar los tipos. Y así lo hizo.

Se lo enseñó a Tom y este montó todos los tipos de los botes de ostras; luego puso todas las letras donde pertenecían en el maletín, sentado en la cama, y esto solo le llevó dos días. ¿Brillante? ¿Tom Sawyer? Ya lo creo que sí. En cinco días había aprendido el oficio, podía componer tan bien como cualquiera y puedo probar que lo hizo. Porque aquel día compuso esto, yo lo llevé hasta la imprenta, el señor Baxter lo imprimió, y cuando este vio lo que había impreso, se quedó atónito, eso dijo; me dio una copia para mí y otra para Tom; yo todavía tengo la mía.

El noble arte de imprimir por algunos llamado
tipograFía es el arte de preservación de las
Artes fue descubi3rto por primera vez como
letras talladas en estacas de abedul alineadas
en bloques sin saber que podrían imprimir
y sIn esperar que lo hicieran pero lo hicieron
de casuaalidad de ahí que el nombrealeman
para tipo nasta nuestros días fuese Buchstaben
aunque estan hechos de metal dejad que las naciones
bendigan para siempre el nombre de Guttingburg y
deFowst que son los que lo han hecho aMen

Tom SAWYER
tipógrafo

Cuando el señor Baxter lo cogió y vio lo que había impreso[3], mientras las lágrimas asomaban a sus ojos, dijo:

—Maldita sea, no hay compañero en la cristiandad que pueda hacer esto, salvo el viejo señor Day, y ni él podría sin estar borracho.

Aquello hizo que Tom se sintiera orgullosísimo cuando se lo conté, seguro que sí. Pero el esfuerzo de componerlo sacándoselo de su cabeza de esa manera y armándolo sin ayuda de nadie, junto con el entusiasmo general y la ansiedad que le costó hacerlo de manera exacta, fue demasiado para él, le dejó atontado y fuera de combate, y la enfermedad se volvió salvaje con él, así que eso fue lo último que hizo hasta el día en que el doctor dijo:

—Huck, está convaleciente.

Yo no estaba preparado para oír aquello y caí redondo allí mismo. Pero me arrojaron agua y volví en mí, y entonces me dijeron lo que el doctor quería decirme cuando la palabra salió de su boca, y me di cuenta que no era tan mala como yo creía.

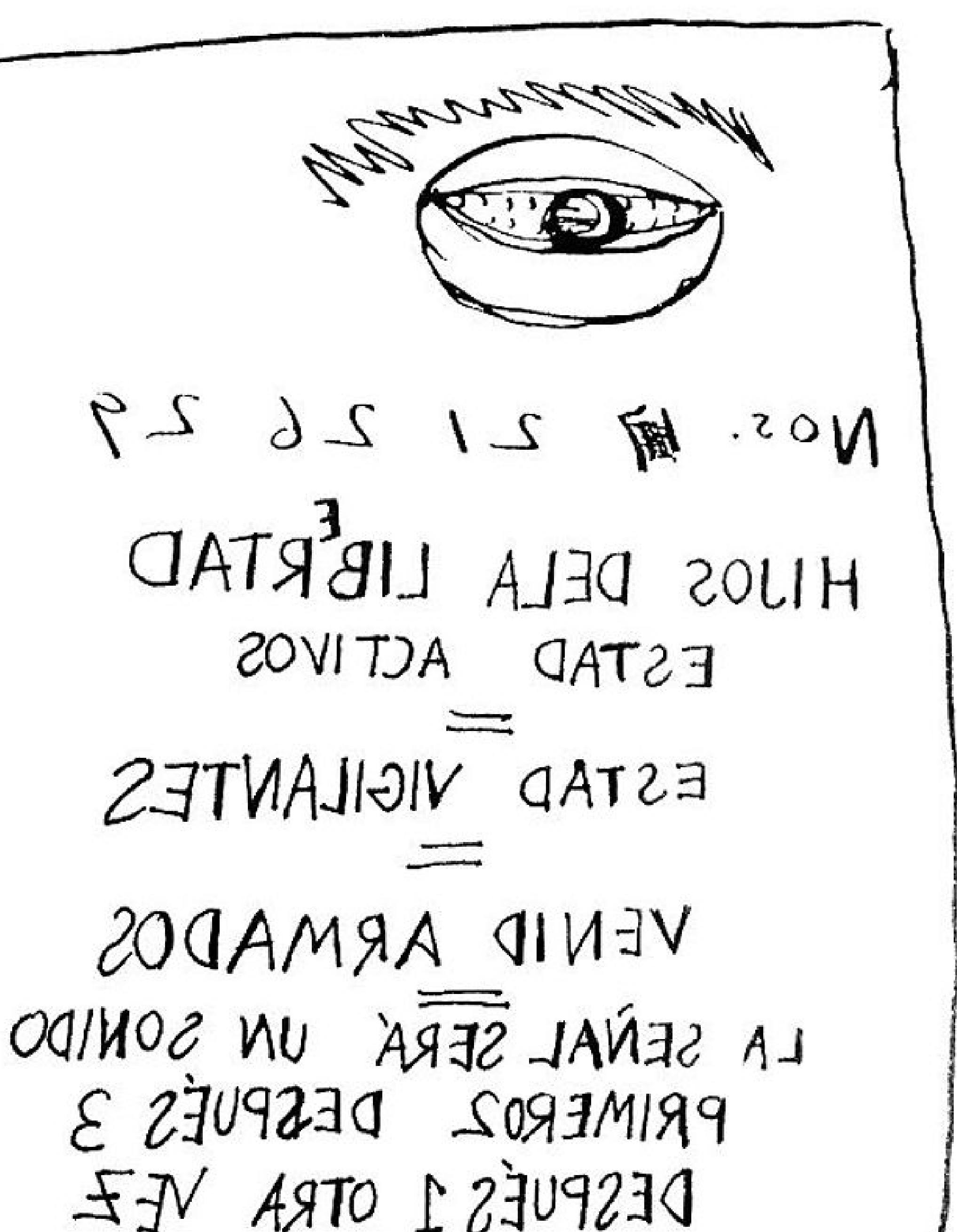
Ahora bien, algunos muchachos dejan de arrepentirse tan pronto como se ponen buenos, y se vuelven burlones diciendo que nadie debería haberse puesto nervioso tan pronto, que no había sido necesario, pero Tom no era así: él dijo que se había salvado por los pelos y que debía estar agradecido a la Providencia, y lo estaba; que la ayuda de un hombre no valía mucho, y la sabiduría de un hombre no era nada en absoluto… Mira la nuestra, dijo.

—Mira la nuestra, Huck. Fuimos a por el sarampión. Esto demuestra qué poquito sabíamos y cuán ciegos estábamos. ¿Qué había de bueno en el sarampión si lo miras bien? Nada. En cuanto acaba, lavas las cosas y aireas la casa, mandas a los niños a casa de nuevo y una persona ha estado enferma

para nada. Pero coges la escarlatina y ¿qué es lo que te encuentras? Que restriegas todo el sitio, quemas cada trapo cuando acaba y estás otra vez bueno, y desde ese mismo día ni Sid ni Mary pueden acercarse durante seis provechosas semanas completas. Ahora bien, ¿quién pensó en que nosotros cogiésemos la escarlatina. Huck, y quién hizo que así fuese cuando nosotros lo ignorábamos todo y no sabíamos nada mejor que coger que el sarampión? ¿Fuimos nosotros? Sabes que no. Ahora, déjame que te diga algo. Esta conspiración está siendo cuidada por una sabiduría más prudente que la nuestra, Huck. Cada vez que te encuentres preocupado y con desconfianza, no tengas miedo: acuérdate de la escarlatina y recuerda que, de donde ha venido esa ayuda, tiene que venir más. Todo lo que necesitas es fe, y entonces todo saldrá bien, mejor que si lo hicieras tú mismo.

Bueno, eso parecía; no había que darle más vueltas. Era la escarlatina la que había salvado el juego y mantenido a Sid en el campo, no fuimos nosotros quienes pensamos en eso.

Estaba ya bien entrado el verano, Tom estaba bueno y fuerte, el clima y todo era apropiado y estaba listo para que siguiésemos adelante. Así que nos llevamos nuestra pequeña oficina de imprimir hasta la isla para tenerla a mano en cualquier momento que quisiéramos; yo pesqué toda la tarde, fumé, nadé y me eché la siesta, mientras Tom cogía sus cinceles, sus cosas y algunos de sus bloques, y grabó esto[4]:


HIJOS DE LA LIBERTAD
ESTAD ACTIVOS
=
ESTAD VIGILANTES
=
VENID ARMADOS
LA SEÑAL SERÁ UN SONIDO
PRIMERO 2 DESPUÉS 3
DESPUÉS 1 OTRA VEZ

Luego lo frotó con tinta negra, humedeció algunos papeles blancos de impresor y lo estampó sobre ellos, colocó un trozo de manta sobre ellos, un bloque liso y pesado encima y le dio unos cuantos martillazos con su mazo, luego quitó el papel y estaba hermosamente impreso, pero ¡válgame Dios!, estaba de atrás hacia adelante y había que hacer el pino para leerlo. Bueno, yo no podía entenderlo y Tom tampoco. No había manera de entender lo que había pasado. Cogimos el bloque y lo miramos, pero el bloque estaba bien, era solo lo impreso lo que estaba loco. Volvimos a imprimir, pero salió mal otra vez, igual que antes. Así que lo estudiamos bien y nos dimos cuenta de que esta vez teníamos un problema; pusimos el papel debajo y dimos vuelta al bloque al revés y lo imprimimos. Pero no sirvió de nada, seguía tan loco como antes.

Tom dijo que cuando él armó la tipografía en la barra, lo leyó de izquierda a derecha y también al revés; sin embargo creía que el señor Baxter no lo habría dejado así, sino que lo habría arreglado antes de imprimirlo; claro que lo había hecho, porque había salido bien cuando lo llevé impreso, pero no podíamos entender aquellos malabares con nuestras cabezas; tendríamos que esperar y que él nos contara el secreto, y creíamos que lo haría si le jurábamos que no se lo contaríamos a nadie; Tom quería hacerlo y yo también.

Tom estaba más desilusionado que nunca, después de un trabajo duro, y yo lo sentía mucho por él, verle sentado allí todo cansado, deprimido y sin hacer nada; pero, de repente, volvió a entusiasmarse y a ponerse contento, y dijo que el cartel era lo más afortunado que le hubiese sucedido jamás y lo mejor para una conspiración, porque era tan extraño, espeluznante, misterioso, y parecía tan diabólico, que asustaría el doble a la gente si estuviesen cuerdos, ordenados, majos y a la antigua usanza, y añadió:

—Huck, es algo nuevo y nosotros lo hemos descubierto, nos llevará a la prosperidad junto con Guttinburg y Fowst; seremos famosos en todas partes, sacaremos una patente y no dejaremos que nadie la use excepto para conspiraciones, y ni siquiera entonces, a no ser que tengan un carácter puro y sean las mejores personas en el asunto.

Así que, después de todo, salió bien. Y la mayoría de las veces es así: cuando las cosas parecen más oscuras, dijo Tom, solo tienes que esperar y tener confianza, sin sulfurarte.

Le pregunté quiénes eran los Hijos de la Libertad, y él dijo que la gente pensaría que eran los abolicionistas, y que eso haría que les diesen sudores fríos.

Y entonces le pregunté que para qué era la nuez que había en la parte de arriba, y él dijo que no era una nuez, que era un ojo y una ceja que estaba allí para vigilar, que era emblemática. Así era él, eso era típico; y si una cosa no estaba allí por emblemático, no estaba en su línea, lo quitaría e iría a buscar alguna otra cosa.

Dijo que deberíamos tener un cuerno que produjera un sonido solemne y profundo, para que los Hijos de la Libertad hicieran la señal; así que cortamos un nogal joven, lo pelamos y cogimos una tira de corteza lo suficientemente larga; nos fuimos a casa a cenar, y se la llevamos a Jim aquella noche para que la retorciera sobre un cuerno largo y afilado, y después lo llevamos al bosque de la viuda Douglas, enfrente de la ladera de la colina, de cara al pueblo; Jim se subió al árbol más alto y lo escondió allí. Luego volvimos a casa, nos fuimos a la cama, y nos escapamos fuera esa noche; luego bajamos hacia la calle del río y nos deslizamos por el callejón de Slater cuando los de la patrulla estaban dormidos, seguimos calle arriba por detrás de los bloques, y salimos por la hueco que hay entre la joyería y la oficina de correos, pegamos nuestro cartel en la pizarra y luego volvimos a casa por donde vinimos.

Por la mañana, en el desayuno, uno podía ver que la tía Polly estaba medio entusiasmada por algo porque estaba nerviosa y ausente, y no hacía más que levantarse e ir a la ventana, mirar hacia afuera y murmurar para sí; una vez endulzó su café con sal y eso hizo que se ahogara y se sofocara; después cogió una tostada y comenzó a ponerle mantequilla y luego olvidó lo que estaba haciendo y volvió a dejarla; y cuando Tom puso el pequeño libro Webster[5] de ortografía en su sitio mientras ella estaba ojerosa mirando hacia la ventana, lo cogió, le puso mantequilla y le dio un mordisco, entonces perdió los estribos y arrojó el libro por la casa diciendo:

—Ahí lo tenéis, colocad eso; estoy tan trastornada que no sé lo que estoy haciendo. Y con mucha razón. Oh cielos, sabéis muy poco del peligro en que os encontráis, pobrecitos míos, y el peligro en el que nos encontramos todos.

—Vaya, ¿y qué es, tía Polly? —dijo Tom, como si estuviese sorprendido.

—¿No veis la desbandada de gente calle arriba y calle abajo, hablando con tanto alboroto, que la mayoría de ellos se han vuelto medio locos? Pues hay un cartel horrible pegado en la oficina de correos: los abolicionistas van a incendiar el pueblo y soltar a los negros.

—Válgame Dios, tía Polly; me parece que eso no es tan malo.

—¿Qué sabes tú de eso, tarugo? Han estado aquí Oliver Benton, Plunket el editor, Jane Flacker y me lo han contado todo, ¿y a ti te parece que vas a

estar tumbado en la cama durmiendo y luego vas a bajar aquí a que te parezca, te parezca y te parezca, suponiendo que eso sirviese de algo, cuando una ha estado oyendo a personas adultas que no van por ahí pareciéndoles nada, sino que indagan los hechos concretos, los examinan y *saben*?

Ella no le dejó decir una palabra, pero dijo que, si habíamos acabado de desayunar, que nos fuéramos y que nos mantuviésemos enterados de todo lo que estaba pasando, y que fuésemos a contárselo: así, ella podría prepararse para lo peor. Nosotros nos pusimos contentos con la oportunidad y, cuando salimos a la calle, vimos que todo estaba saliendo fenomenal, que no podría salir mejor, y Tom dijo que, si se hubiera muerto, siempre se habría arrepentido.

A la oficina de correos, calle abajo, era imposible acercarse. Todo el mundo estaba allí, gorroneando un sitio para acercarse a leer el cartel, entraban rojos y salían pálidos, contándoselo todo a los que estaban fuera dando zarpazos y empujones para entrar.

El detective Jake Flacker era el hombre más grande del pueblo, y todo el mundo se arrastraba ante él intentando sacarle algo, pero él permanecía mudo y apenas movía su cabeza para decir:

—No pasa nada, dejadme esto a mí, no os preocupéis.

Y la gente susurraba a su alrededor, diciendo:

—Apuesto a que él conoce a los bribones y, ante cualquier movimiento que hagan, les pondrá las manos encima cuando quiera… Mirad los ojos que tiene, no hay nada que se escape a una mirada como esa.

Y el coronel Elder decía que el cartel era muy particular, y probaba que no era un canalla de lo más común, sino un fanático malévolo de los más inteligentísimos. A Tom le complació mucho oírlo, pues aquel era el hombre más respetado del pueblo, venía de la vieja Virginia y pertenecía a la clase alta. El coronel Elder dijo que el cartel había sido hecho de un modo oculto, nuevo e imposible, una muestra de lo que se nos venía encima en aquellos días abandonados, y eso hacía que todo el mundo se pusiese a temblar.

Y no era lo único que los hacía temblar. Se estremecían cada vez que se mencionaban las señales. Decían que una noche se despertarían con las gargantas cortadas, y con esos horribles ruidos resonando en los oídos. Entonces alguno notó que la *clase* de sonido que habría no había sido mencionado con claridad en el cartel. La mayoría creía que sería un cuerno, pero decían que no había pruebas de ello, que podría ser que se golpease un yunque, dijo Pete Kruger, el herrero alemán; y Abe Wallace, el sacristán, dijo que sí, que también podría ser que hiciese sonar una campana. Y luego *todos*

maldijeron la incertidumbre del cartel, diciendo que podrían entenderlo mejor, y también dormir un poco, si supiesen lo que era.

El coronel Elder habló de nuevo y dijo que sí, que eso estaba mal, pero que lo peor era la incertidumbre acerca de la fecha.

—Así es —dijeron—, no sabemos cuándo vendrán…, el cartel no lo dice. Tal vez sean semanas, tal vez días…

—Y tal vez sea esta noche —dijo el coronel, y aquello hizo que temblasen de nuevo—. Hay que esperar cerca del fuego; debemos estar preparados, no la próxima semana ni mañana, sino hoy mismo.

Todos emitieron un gritito y dijeron que el coronel tenía razón. Él continuó animándolos con un discurso; después Claghorn, el juez de paz, dijo otro, y para entonces ya todo era un estruendo, pues la mayoría del pueblo se encontraba allí, y aquello se convirtió en una reunión pública; en seguida, Plunket, el editor, se levantó y habló alabando al coronel Elder, que había estado en la última guerra y en la batalla de Nueva Orleans, que lo sabía todo acerca de servir como un soldado y que era el hombre que ahora necesitaban. Entonces propuso elegirlo mariscal provisional y promulgar la ley marcial en el pueblo, cosa que todos hicieron. El coronel agradeció el honor que le habían hecho y ordenó al capitán Haskins y al capitán Sam Rumford que llamaran a filas y que fuesen todos a la plaza, que pusiesen destacamentos por todo el pueblo para vigilarlo, que se proveyesen de balas, que se uniformasen y todo eso. Así que la reunión se disolvió, y nosotros nos pusimos en marcha.

Tom dijo que todo estaba saliendo espléndido, pero a mí no me lo parecía. Dije:

—¿Cómo vamos a ir por ahí durante la noche? ¿Es que los soldados no nos vigilarán metiéndose con nosotros? Estamos atrapados, Tom, no podremos hacer nada.

—No —dijo él—, esto nos vendrá mejor que nunca.

—¿Cómo?

—Ellos querrán espías y no podrán tenerlos. Y lo saben. Jake Flacker no les conviene, no sabe lo suficiente, y por tanto nada entre dos aguas. Yo tengo una reputación debido a que vencí a los Dunlop y recuperé los diamantes, y lo arreglaré para nosotros…, ya verás.

Y así lo hizo. El coronel estaba contento de tenerle, quiso que consiguiera a otros más, si podía, y que los tuviera bajo sus órdenes. Así que Tom dijo que solo me necesitaba a mí y a Jim. Tom dijo que quería que Jim espiase entre los negros. El coronel dijo que era una buena idea, que todos conocían a

Jim y confiaban en él, así que dio unos pases a Tom, otros para nosotros, y aquello lo arreglaba todo.

Después nos fuimos a casa y lo contamos todo excepto lo de ser espías y los pases; pronto oímos tambores y a lo lejos un pífano que se iba acercando, y muy pronto la compañía de Sam Rumford pasaba marchando —prom, prom, prom—, mientras todos los pies retumbaban casi juntos y Sam aullaba las órdenes:

—¡ARMAS al hooom… bro…! ¡Izquierda, aaaaar…! ¡De palabra[6]!

Y así siguieron, los pífanos chillaban, aporreaban los tambores y armaban tal escándalo que uno no podía oírse pensar, ¡diantres! Aquello era espléndido, animaba a cualquiera, había más niños entre los soldados, los uniformes eran preciosos, lo mismo que la bandera, y cada vez que Sam Rumford agitaba su espada en el aire y chillaba, esta pillaba el sol haciendo el destello más hermoso que jamás hayáis visto. Pero la tía Polly permanecía allí blanca, temblorosa y, con un aspecto completamente espantado, decía:

—Solo Dios sabe lo que se nos viene encima. Estoy tan contenta de que Sid y Mary… ¡Oh, Tom, ojalá estuvieses con ellos!

Ahora le tocaba el turno de estremecerse a Tom… y a mí también, y así lo hicimos. Lo siguiente que ella haría sería arreglarlo todo para que él se fuese a alguna parte del país en donde lo acogiesen los familiares que hubiesen tenido la escarlatina. Tom lo sabía y sabía también que no había tiempo que perder, así que volvimos a por leña a la cocina, y remamos hasta la isla para pensar en lo mejor que podíamos hacer para solucionar el problema, y Tom se sentó a pensar, él solo, en cómo resolverlo; cogió un bloque de pino y grabó esto en él e imprimió un montón con tinta roja:



Los llevamos a casa y, entrada la noche, nos fuimos a espiar por ahí, enseñando los pases cuando los soldados nos detenían; pegamos uno en la puerta del juez Thatcher, en otras quince, y en casa de la tía Polly; nos sobraron muchísimos, pero a Tom le parecía que podríamos necesitarlos.

Por la mañana —era miércoles— aquello provocó otra gran revuelta; los que tenían el cartel en la puerta estaban agradecidos y contentos, y los que no lo tenían estaban asustados y enloquecidos, decían cosas bastante groseras sobre los otros, como que, si no eran abolicionistas, seguro que eran partidarios, pareciéndoles que era más o menos lo mismo. Todo el mundo estaba sorprendido de ver cómo el grupo de los H. de la L. se las había arreglado para llegar al pueblo y pegar los carteles en las narices de los soldados; por supuesto, aquello les preocupaba y conmocionaba, todos sospechaban de todos, sin saber quién era amigo y quién no; algunos comenzaron a decir que creían que el pueblo estaba lleno de traidores; de repente se callaban, por miedo de decir *cualquier cosa*, con la idea de que habían dicho demasiado ya, y tal vez a la gente equivocada.

Jamás he visto a una persona hacer mejor el noble trabajo de maldecir que al coronel; Tom dijo lo mismo. Había ido a los cuarteles de los capitanes a decir que aquello era escandaloso y que no iba a dejar que las cosas siguieran así, que tenían que montar mejor la guardia, cosa que ellos prometieron hacer.

Tom me dijo que me pusiese a escribir el nombre de cualquiera que oyese hablar en contra de la gente que tenía puesto nuestro papel protector en sus puertas, y que él haría lo mismo.

La tía Polly estaba contenta de tener el papel en la puerta y ya no estaba tan asustada como antes; pero la señora Lawson, la esposa del abogado, llegó aquella mañana y la hizo sentir mal por eso. Fingió no saber que la tía Polly tenía uno, y dijo que gracias a Dios que *ella* no lo tenía, pues no lo quería, pero al mismo tiempo dijo que cualquiera que desease ser protegido por una banda secreta de abolicionistas sin avergonzarse de ello, que por ella encantada. Y cuando la tía Polly se sonrojó un poquito sin poder decir nada, ella se levantó y dijo:

—Pero tal vez he sido indiscreta, por favor, perdóname.

Y se marchó muy oronda, dejando a la tía Polly desconsolada.

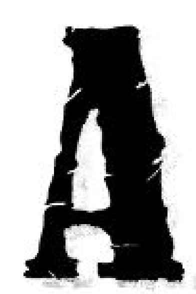
Esa noche pegamos papeles en todas las puertas de las personas cuyos nombres habíamos apuntado, y pegamos uno también en la puerta de la señora Lawson. Aquello hizo callar la boca de mucha gente, incluida la señora Lawson, lo que la hizo sentir bastante más tranquila que antes, me parece a mí. Vimos a Jake Flacker montando guardia dormido en el aserradero y pegamos un cartel a su espalda. Por la mañana, yo y Tom paseamos por el pueblo, y hete aquí que algunos papeles faltaban de las puertas —cinco— y que había cinco carteles en puertas distintas a las que nosotros los habíamos colocado.

Tom dijo que esperásemos hasta la mañana siguiente, y veríamos algunos más acabados de hacer. Y así ocurrió. Todo el que había tenido el papel, había escrito su nombre en él para evitar que otro se lo robase, pues se había corrido el rumor de que habían sido borroneados. La tía Polly había escrito su nombre en el suyo, grande y claro, y lo mismo había hecho la señora Lawson.

Cuando llegó el sábado, todo el que no tenía papel en el pueblo estaba hecho polvo y desastrado, por haberse pasado la mayor parte de las tres noches intentando oír a ver si le colocaban el cartel, yéndose a dormir con la ropa puesta, pues no podían permanecer más tiempo despiertos. Entonces, justo cuando la excitación general estaba amainando un poco y lista para calmarse, debido a que aún no había carteles, salió el periódico y todo comenzó de nuevo, pues la noticia había llegado a todas partes; el periódico parecía enloquecido, con extractos de los de Illinois y St. Louis acerca de la noticia, mostrando cómo se expandía y lo famoso que se estaba haciendo el pueblo, así que todo el mundo estaba tan preocupado como orgulloso, leyéndose el periódico entero, algo que Tom dijo que nunca habían hecho

antes. De manera que también él estaba orgulloso, decía que era una buena conspiración y que seguiríamos adelante, para darle un nuevo *boom*.

Capítulo V


SÍ QUE, ahora que ya estaba todo arreglado, paseamos por los alrededores durante la noche y pegamos el cartel ofreciendo una recompensa por un muchacho negro prófugo; Jim vino con nosotros, por lo de los espías. Después hicimos planes para la tarde siguiente… como este. Hacia la noche, yo y Tom iríamos a la casa encantada en la bifurcación de Crawfish, y mientras Tom se vestía allí de negro, yo iría a casa del Murciélago Bradish y le diría que sabía dónde estaba el negro que se buscaba en el cartel, y que le enseñaría el sitio si me daba algo del dinero de la recompensa. Entonces le llevaría, y le entregaría a Tom, encadenado y todo, pero Tom tendría una llave extra para soltarse durante la noche y volver a la casa encantada, cambiarse otra vez de ropa, lavarse en Crawfish y llevar sus ropas de negro a casa; Jim soplaría el cuerno para hacer las señales en el árbol alto a media noche y volver loco a todo el pueblo; claro, a la mañana siguiente, Murciélago bajaría al pueblo y contaría a todo el mundo lo del negro que se había escapado, y eso haría que todos tuviesen la total certeza de que los abolicionistas estaban cerca; aquello agitaría las cosas mucho más que nunca y convertiría la conspiración en el mejor de los éxitos que hayamos tenido jamás. Tom sería detective, ayudaría en la caza de sí mismo, y pasaríamos un rato estupendo.

Así que a la tarde siguiente, hacia el anochecer, nos juntamos en la casa encantada y yo estaba a punto de salir del bosque hacia el claro, pero Tom me empujó hacia atrás y me dijo que alguien estaba bajando por la bifurcación del camino. Y así era. Era Murciélago Bradish. Tom me dijo que fuese a encontrarme con él, que le contara todo y lo mantuviese apartado hasta que él pudiese ir a vestirse a la casa encantada. Dejé a Tom esperando en los arbustos, salí hacia donde estaba Murciélago, y cuando llegué le conté lo del negro. Pero en lugar de sobresaltarse ante la oportunidad, puso cara de aburrido; se rascó la cabeza, maldijo un poco y dijo que él *acababa* de tener un negro prófugo hacía media hora y que no podía manejar dos asuntos a la vez en estos tiempos de nervios; ¿creía yo que podría vigilar al mío durante unos días y luego volver?



No sabía qué otra cosa podía hacer y, claro, eso quitaría emoción a la conspiración y a Tom no le gustaría, así que lo hice lo mejor que pude tal como estaban las cosas, diciéndole que creía que podría arreglármelas. Aquello le alegró, y dijo que yo no tenía nada que perder; que él andaría a la caza; que el negro que había atrapado era espléndido; que daban por él quinientos dólares de recompensa; que, por doscientos dólares en efectivo, había comprado esta oportunidad al hombre que lo había encontrado, y que así sacaría unos trescientos, un trabajo muy lucrativo. Ahora iría a ver al *sheriff* para hacer los arreglos. En cuanto se perdió de vista, por el camino hacia Cold Spring, silbé a Tom, él vino y le conté las malas noticias.

Aquello le rompió el corazón. Sabía que lo haría. Había estado imaginándose toda clase de aventuras y los buenos momentos que pasaría desde el momento en que se lavase y comenzara a cazarse a sí mismo; parecía que no iba a poder superarlo. Yo, personalmente, creía que la Providencia estaba quitándole fuerza a la conspiración; y al poco rato cometí el error de decírselo. Aquello le puso furibundo, se dio la vuelta y la tomó conmigo, diciendo que debería avergonzarme de mí mismo: una persona sin ninguna confianza, que no merecía ninguna bendición; siguió cogiéndola conmigo, preguntándome cómo podría saber yo si esta no era una de las movidas más misteriosas e inescrutables conectadas con toda la conspiración. Era un buen comienzo, y yo sabía que todo volvería a estar bien, pues, si le dejaba en paz y no le interrumpía, seguiría machacándome con sus argumentos hasta probarse a sí mismo que todo había sido una movida bien planeada y que pertenecía al juego. Seguro, y así lo hizo. Después se animó, se puso contento en seguida, dijo que se alegraba de que hubiese sucedido así, que era un tonto y un malvado por perder el coraje simplemente por no poder ver los planes de entrada. Yo lo dejé en paz y él siguió armándola hasta que, finalmente, se le ocurrió la idea de que quizá había adivinado cuál era el nuevo plan: tendría que ir más allá y cambiar de sitio con aquel negro. Así que fue derecho a vestirse y a prepararse, pero yo le dije:

—Tom Sawyer, ese es un negro de quinientos dólares; tú no eres un negro de quinientos dólares, da igual *cómo* te vistas.

Pero él no podía reconocerlo, ya sabéis: de ninguna manera. Tampoco le gustaba que se notase que yo le había dejado fuera de combate, así que durante un minuto habló de cualquier cosa, intentando resolverlo, y después dijo que no podríamos decir nada sobre esto hasta que hubiésemos *visto* al negro. Y añadió:

—Ven conmigo.

Yo pensé que eso no tenía ningún sentido, pero estaba deseando hacerle quedar mal lo más fácilmente posible, así que salimos hacia la hondonada. Ya estaba oscuro, pero conocíamos muy bien el camino. Era una casa de madera y no había luz en ella; pero sí una en el cobertizo, y podíamos ver a través de las rendijas. Seguro que era un hombre, y uno bastante fuerte —un negro de mil dólares—, y los valía por los cuatro costados. Se estiró en el suelo, encadenado, y roncando fuerte.

Entonces Tom quiso que fuésemos a verlo bien. Pero yo no quería. No iba a tontear con un negro extraño en plena noche, en un sitio solitario como aquel; tendrás que perdonarme, dije. Tom dijo que muy bien: no había necesidad de que fuese si no quería, nadie iba a forzarme. Entonces corrió suavemente el pestillo, se puso a cuatro patas y se deslizó dentro, mientras yo mantenía la mirada fija en la rendija para ver qué pasaría. Cuando Tom llegó hasta el otro extremo en donde estaba el negro, cogió la lámpara, la protegió con la mano y examinó al negro, que tenía la boca abierta para dejar salir el ronquido. Vi que Tom parecía sorprendido ante algo, y me pareció que era una cosa que el negro decía en sueños, porque le oí gruñir algo. Entonces levantó los viejos y maltratados zapatos del negro, les dio la vuelta hacia uno y otro lado, y los examinó como un detective, hasta que algo cayó de uno de ellos; lo cogió y miró hacia alrededor un ratito, por aquí y por allá, lo mismo que lo haría un detective; luego volvió la lámpara a su sitio, se deslizó afuera y me dijo que me fuese con él.

Así que fuimos a la casa encantada, llegamos hasta Cardiff Hill y Tom dijo:

—Me parece que esto te enseñará a tener confianza la próxima vez, Huck Finn.

—¿El qué?

—Bueno, pues que había un plan y un programa, ¿o no?

—Lo *había*, sí, y se ha estropeado.

—Ah, sí, ¿eh? Según el plan y el programa, un negro prófugo iba a escaparse de allí esta noche… ¿no era así?

—Sí.

—Bueno, pues eso es lo que va a pasar.

—¡Diablos! ¿De qué estás hablando?

—Iba a ser un negro blanco, ¿no?

—Sí.

—Muy bien, pues *eso* es lo que va a pasar.

—Tom, no hablarás en serio.

—Sí.

—¡Indios honestos, Tom! ¿Es blanco ese hombre?

—Indios honestos, Huck: lo es.

—Vaya, es lo más asombroso que he visto jamás.

—Huck, es el mismísimo juego que nosotros nos habíamos trazado. La Providencia no ha cambiado nada en el programa, excepto la *persona*: eso es todo. *Ahora*, me parece que tendrás que confiar de aquí en adelante.

—Vaya, Tom, es la cosa más extraña que jamás haya…

—¿Pasado? *Te dije* que era el designio más misterioso e inescrutable de toda la conspiración. Ahora me crees, ¿no? *Nosotros* no sabemos para qué se ha hecho el cambio, Huck, pero sabemos una cosa: ha sido para mejor.

Lo dijo muy solemne, y me hizo sentir así. Bueno, todo era maravilloso y muy extraño. Eso nos mantuvo medio callados por un momento, y entonces dije:

—Tom, ¿cómo sabes que es blanco?

—Oh, por muchas cosas. No podrían haber engañado al viejo Murciélago si hubiese tenido buena vista, Huck, y una cosa es que las palmas de las manos de ese negro son negras.

—Bueno, y ¿qué pasa con eso?

—No seas idiota: pues que las palmas de las manos de los negros no son negras.

—Cierto, Tom, no lo había pensado.

—Y él dijo algunas palabras en sueños; hablaba como los blancos, no como los negros; todavía no ha aprendido a hablar en sueños como los negros.

—Tom, ¿qué te hace pensar que saldrá esta noche?

—Hay evidencias en su zapato.

—Algo cayó de él, ¿qué era?

—Se cayeron dos cosas, y yo volví a colocar una. Era una llave, pero antes la probé en su candado, y vi que valía.

—¡Cielos!

—Está siguiendo exactamente el mismo esquema que el nuestro, ¿no te das cuenta?

—Vaya, Tom, eso supera cualquier cosa. Dime, ¿qué era lo que se cayó?

—Eso no lo devolví, aún lo tengo.

—Déjame verlo, Tom, ¿qué era?



Pero él me apartó y me dijo que estaba demasiado oscuro para verlo; así que me di cuenta de que estaba trabajando en uno de sus misterios y que yo debería esperar hasta que a él se le ocurriera contármelo. Le pregunté cómo se le ocurrió mirar en el zapato del negro. Se sorbió la nariz y dijo:

—Huck Finn, ¿es que no tienes ningún poder de razonamiento en absoluto? ¿Dónde miraría un detective? Miraría en todas partes sin excepción. Primero mira en donde no es probable encontrar nada, porque allí es donde lo encontrará preferentemente, por supuesto, contando con lo llamativo que pueda ser; y si eso lo desilusiona, mira y busca en sitios probables. Pero *tiene* que examinarlo todo: ese es su trabajo; y también debe recordarlo todo en un juicio. Yo no quería encontrar cosas en un zapato, claro…

—¿Por qué, Tom?

—Te lo *acabo* de decir. Porque era el sitio probable. Un negro blanco que está jugando a estafar sabe que a su nuevo amo se le podría ocurrir la idea de buscarle; así que *él* no esconde sus cosas más sospechosas en sus bolsillos, ¿verdad?

—Ya, claro, yo no habría pensado en eso, pero me parece que es así, Tom. Piensas en todo y te das cuenta de todo.

—Un detective tiene que hacerlo. Me di cuenta de todo en ese cobertizo, y puedo contarlo todo sobre él, desde el mosquete que estaba en los ganchos, sin piedra en el cerrojo, hasta el viejo reloj bañado en plata del viejo Murciélago, colgando debajo del estante, con el minutero roto y del mismo largo que el horario, no podrías decir la hora ni en dos semanas si no lo hubieses sabido, y noté…

De repente se me ocurrió una cosa:

—¡Tom!

—¿Sí?

—Eres un tonto.

—¿Por qué?

—Por tontear así. Lo que tenemos que hacer es salir corriendo hasta donde el *sheriff* y contárselo, para que venga hasta aquí y coja a ese embaucador y lo encarcele por engañar a Murciélago.

Se detuvo en donde estaba y dijo, muy sarcástico:

—Eso es lo que piensas, ¿eh?

Aquello me hizo sentir muy avergonzado, pero le dije:

—Sí —aunque la verdad es que no se lo dije con demasiada confianza.

—Huck Finn —dijo, medio apesadumbrado—, no pareces ver nunca las mejores oportunidades. Aquí tienes esta conspiración, entretejiéndose perfectamente, y solo se te ocurre transformarla de esa manera tan ignorante y arruinarla toda.

—¿Cómo va a arruinarse, Tom Sawyer?

—Vamos a ver, escucha un momento —dijo—, y creo que te darás cuenta. ¿Cómo actuaría un detective? Te preguntaré eso. ¿Iría con esos simples modos de niña y cogería a ese embaucador para que le contase en dónde está el otro, y luego coger al otro y hacer que le dé los doscientos dólares, acabar con toda la cosa, y hacerlo antes de que amanezca, sin un guiñapo de gloria por ninguna parte? Nunca he visto semejante tortuga de barro como tú, Huck Finn.

—Bueno, entonces —dije yo—, ¿*qué* haría? Para mí es de sentido común actuar así, Tom Sawyer.

—¡Sentido común! —dijo, tan burlonamente como pudo—. ¿Qué tiene que ver el sentido común con descubrir, cabeza de chorlito? No tiene *nada* que ver una cosa con otra. Lo que se necesita es genialidad, entendimiento y prodigiosidad. Un detective que tenga sentido común jamás podría hacerse una reputación… Ni siquiera podría ganarse su sustento.

—Bueno, entonces —dije—, ¿cuál es la forma correcta?

—Solo hay una. Deja que sigan estos fraudes, que jueguen su juego y se escapen, y entonces los seguiremos por los ovillos[1]: esa es la manera. Puede que nos lleve semanas y semanas, pero está lleno de gloria. Los ovillos son la cosa.

—Muy bien —dije, más bien ofendido—, hazlo a tu manera, pero yo creo que es una manera estúpida.

—¿Qué es lo que tiene de estúpida, Huck Finn?

—Es estúpida porque puede que nunca los cojas, y cuando lo hagas, se habrán gastado los doscientos dólares de Murciélago y él no podrá recobrarlos. ¿Qué sentido tiene eso?

—¿No te he dicho que no tiene ningún sentido descubrir?… Jamás he visto almeja semejante. Es lo más estupendo…, lo más alto…, lo más grande. Y, de todos modos, ¿a quién le importa el dinero? El asunto es la gloria.

—Muy bien —dije—, ve a por ella: yo no interfiero. ¿Cuál es tu plan?

—Ya estás recobrando la sensatez. Vente conmigo y te lo iré contando mientras subimos. Estos dos estafadores piensan que están a salvo: ellos no saben que hay detectives en los alrededores, en un pequeño pueblo como el nuestro. Jamás pensarían semejante cosa. Eso los convierte en nuestra oportunidad. ¿Por qué? Porque el negro se lavará y ambos buscarán otros disfraces nuevos, de manera que ni Murciélago ni nadie los reconozca, y lo más probable es que se queden aquí durante un tiempo e intenten hacer más estafas. Ahora bien, este es el plan: Cada vez que tú y Jim veáis a un extraño, hacédmelo saber. Si es negro, lo reconoceré, y le dejaré en paz hasta que le coja con otro extraño… Entonces le llevaremos al campamento.

—Podrías coger a los equivocados.

—Déjamelo a mí: yo te enseñaré.

—¿Ese es todo el plan, Tom?

—Ya verás cómo es suficiente. Tú busca extraños y cuéntamelo: eso es todo lo que quiero.

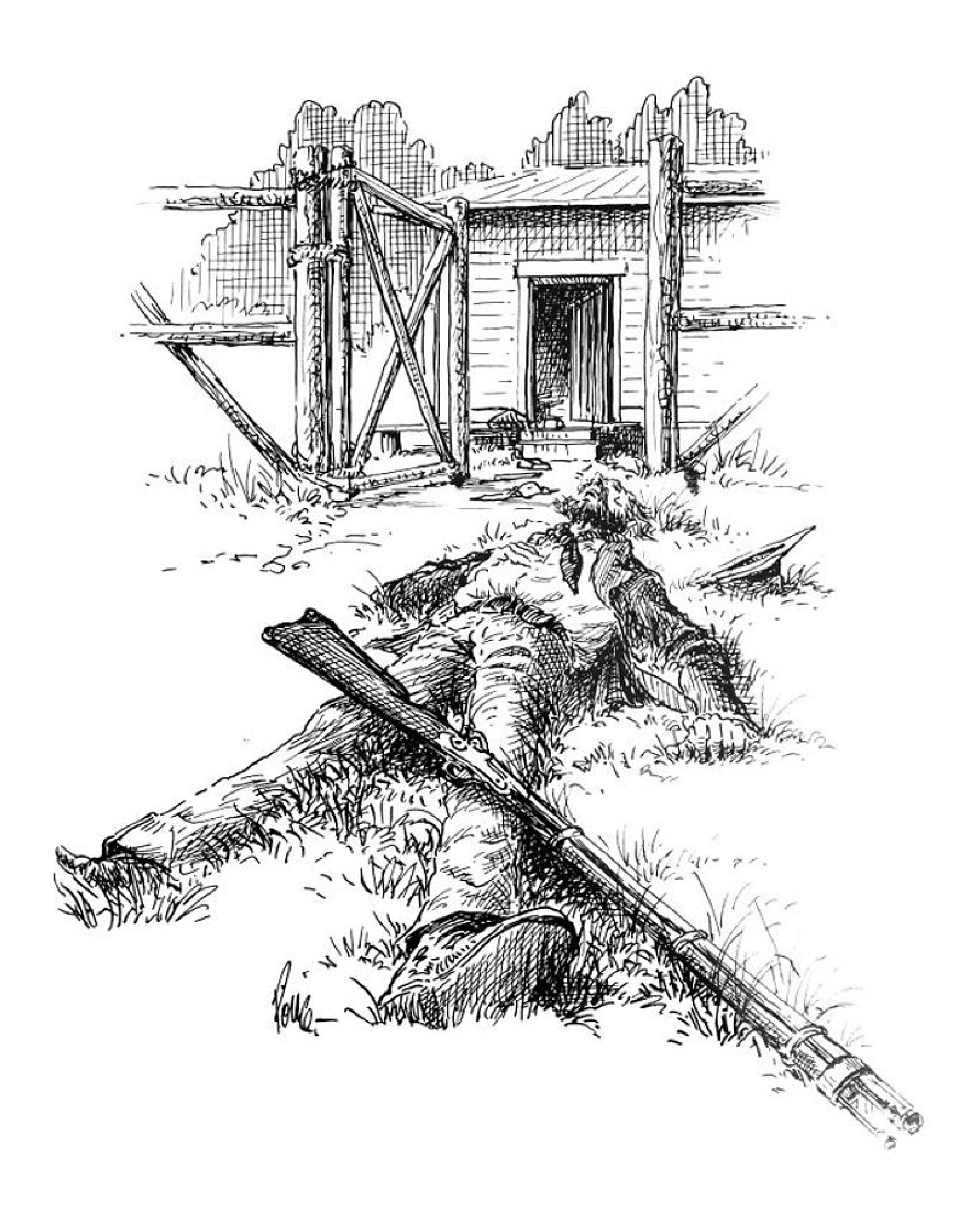
Así que seguimos, subimos al árbol, en donde encontramos a Jim, y se lo contamos todo; él dijo que le parecía espléndido, que creía que era la mejor conspiración que hubo jamás, y que estaba saliendo de manera acertada y satisfactoria. Cerca de la una y media de la mañana hizo las señales, y aquello fue un ruido absolutamente horrible, lo suficiente como para que una persona se diese la vuelta en su tumba; entonces salimos para el pueblo para saborear sus efectos.

Capítulo VI

O PODÍA haber estado mejor ni más acertado. Tom se lo dijo a sí mismo, y Jim dijo lo mismo. Todo el pueblo estaba fuera, en las calles, hablando como si fuese el fin del mundo. Había luces encendidas en todas las casas, la gente echaba pestes para arriba y para abajo, mientras continuaban profetizando asustados, pues no sabían lo que estaba ocurriendo. Los tambores retumbaban y los pífanos pitaban, los soldados marchaban pesadamente, el coronel Elder y Sam Ruford chillaban las órdenes, los perros aullaban…, todo era hermoso y glorioso.

Cuando faltaba cerca de una hora para amanecer, Tom dijo que debíamos regresar a donde estaba Murciélago para obtener huellas y otras pistas mientras estuviesen frescas, para poder seguirlas tras el negro prófugo. Sabía que su tía Polly estaría preocupada por él, y no podría ir allí, pues podrían encerrarle para su seguridad, y eso haría que la conspiración tuviese un sinfín de problemas, así que le dijo a Jim que fuese y le explicase que se había puesto a hacer labores de detective, que le pidiese permiso y la consolase, y que luego se diera prisa y se nos adelantase. Yo y Tom emprenderíamos el camino por la vereda del río y llegaríamos a donde estaba Murciélago, justo con el cielo gris del amanecer.

Y ¡válgame Dios! Justo ante el cobertizo de la casa estaba Murciélago Bradish, tirado en el suelo como si estuviera muerto, todo cubierto de sangre; con su viejo mosquete yaciendo allí con sangre y pelos en la bóveda del cañón; el cobertizo estaba abierto, y el negro se había escapado; las cosas estaban revueltas y destrozadas por los alrededores de mala manera, y había suficientes huellas, pistas y cosas, todo lo que una persona pudiese desear. Tom me dijo que me diese prisa para llegar a la funeraria —no a la nueva, sino a la antigua, la de Jake Trumbull, para darle el trabajo a él, que era amigo nuestro—, y dijo que nos alcanzaría tan pronto como encajase las pistas.



Tom siempre llevaba prisa. Ni siquiera me había perdido de vista dando la vuelta en el camino del río, cuando miré hacia atrás, y le vi agitando su sombrero hacia mí. Así que regresé corriendo y dijo:

—No necesitamos ir a por ayuda, Huck: ha sido algo intencionado.

—¿Qué te hace pensar eso, Tom?

—Nada, es que lo sé. Jim ha estado aquí.

Y seguro que había sido así. Tom había encontrado sus huellas. Claro que él había tomado el camino corto por la colina y nos había ganado, pues nosotros fuimos por el camino más largo, el del río. Yo estaba hecho polvo, y me puse contento de que no tuviéramos que ir a por nadie. Me fui detrás de la casa, fuera de la vista del muerto, y me senté a descansar mientras Tom examinaba las pistas por los alrededores. No habían pasado más que unos minutos desde que había llegado y ya había encajado las pistas: dijo que había habido cuatro hombres allí, además de Murciélago y Jim, que tenía sus huellas, pero que dentro del cobertizo no había más huellas que las de Murciélago, el negro blanco, y las de otro hombre —el amigo del negro, según creía él—. Dijo que Jim y dos de los hombres habían ido a por ayuda por el camino corto de la colina, que el negro y su amigo fueron por el del riachuelo, y que los eliminarían después.

—Ven conmigo.

Era un rastro fácil; seguimos unos parchecillos raídos de hierba con polvo en medio; y en donde las huellas alcanzaban el polvo, se volvían pesadas y mostraban que los hombres habían corrido tan rápido como podían.

Tom dijo:

—No conocen bien el campo, ¿lo ves? O están demasiado entusiasmados o van un poco mal encaminados porque está oscureciendo. De cualquier manera, si no cambian de dirección a la izquierda, muy pronto se meterán en problemas.

—Así parece —dije yo—. Van rumbo al salto.

El salto tenía doce pies de altura y estaba cubierto por arbustos bajos; incluso de día, una persona ignorante no sabría que había un salto allí hasta que se topaba con él. Seguimos las pistas justo hasta el borde. Entonces torcimos a la izquierda y descendimos trepando por el salto para dar de nuevo con el rastro, y lo seguimos unas cincuenta millas hasta la bifurcación.

El sendero estaba inusualmente alto, pero había comenzado a descender; era un ancho cinturón plano de lodo medio seco por el borde, quebradizo y apestoso. Entonces Tom dijo:

—Buena suerte, Huck: el amigo se ha herido la pierna al caer en la cascada; aquí solo hay una huella como si estuviese arrastrándose y el negro tuviese que ayudarle. Es una pista, ¿sabes?

Cambiaría una tarta por una pista en cualquier momento. Luego dijo:

—¡Tienen la vieja Cap! Me parece que han cogido la canoa de Haines.

Dijo que lo sabía por la marca que la proa había hecho en el lodo. Lo sería…, yo no lo sabía. Había robado la canoa miles de veces, pero nunca me había fijado. Dije:

—Ya podemos irnos a casa. En este momento estarán a salvo en Illinois, y no vamos a saber de ellos nunca más.

Pero dijo que no, que podía ser y que no podía ser; que no adelantaría conclusiones sobre eso… y que lo mejor era seguir adelante y averiguarlo; dijo entonces:

—La única manera de determinar una cosa es *determinarla*; adivinar no es nada bueno. Aparte de eso…, mira a tu alrededor. Supongamos que la pierna del amigo esté rota. ¿Se dirigirá a Illinois y sus bosques eternos? No; buscará a un médico. No han estado en el pueblo: estarían en la cárcel en dos minutos porque son forasteros; no hay sitio a salvo para los forasteros en estos tiempos de conspiraciones. Han venido desde río arriba o por el mismo río; conocen a Murciélago; han tratado con él antes, en algún momento. Si la pierna está rota, necesitarán a un médico…

—Bueno, pues entonces habrán ido al pueblo, Tom.

—En la Cap. ¿La canoa de Haines? ¿A poco del asesinato? Una canoa que han robado, puedes apostarlo…, esa es la clase de tipos que son. No creo que hayan ido al pueblo.

—Bueno, ahora que lo pienso, no lo creo. ¿Qué harán, Tom?

Durante todo ese tiempo habíamos estado recorriendo la bifurcación. Tom pensó un momento y después dijo:

—Huck, si tuviesen tiempo suficiente se las arreglarían, pero me parece que no lo tienen. El pueblo más cercano, río arriba, está a unas veinticinco millas: eso es todo un día de viaje con un solo remo; el pueblo más cercano, río abajo, está a veintiuna millas: unas cinco horas; pero no servirá de nada; las noticias del asesinato estarán allí hoy mismo; aunque hundiesen la canoa de Haines y robasen otra, la gente todavía querrá saber dónde han cogido el relevo.

Después de pensárselo un momento, añadió:

—Espero que hayan hecho eso. Espero que hayan tenido tiempo. Los tendremos antes del anochecer, ¡segurísimo!

—¡Bien! —dije yo.

Seguimos caminando, y Tom buscaba pistas. Muy pronto inspiró profundamente y, negando con la cabeza, dijo:

—No, no será así, Huck; están por aquí, en alguna parte… No han tenido tiempo.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, el negro se quedó dormido o algo parecido, y el amigo no se despertó sino horas después de lo que debería, así que la cosa no sucedió hasta el amanecer.

—¿Qué te hace pensar eso, Tom?

—Porque Murciélago todavía estaba tibio cuando llegamos allí; le toqué bajo su chaleco.

Aquello me dio escalofríos, yo no lo habría hecho.

—Sigue —dije.

—El negro ha tenido que lavarse y ponerse ropa de gente blanca antes de ir clandestinamente al médico para su amigo; del mismo modo, el amigo tenía también un disfraz. El negro consiguió otro traje de alguna manera, eso es seguro. Él querría hacer el cambio muy pronto después de escapar, antes de encontrarse con nadie. Así que me parece que sus ropas deben de estar escondidas por aquí en alguna parte, no demasiado lejos. Pues bien, para cuando el lavado, el cambio de ropa y el remar tres millas hubiese estado hecho, ya sería de día y los habrían perseguido y atrapado en cuanto pasaran por el pueblo, no importa para qué lado del río hubiesen ido. Si lo han intentado, han cometido un error.

Bueno, pues cuando hubimos bajado cerca de una milla y al fondo se veía la extensión de arbustos que llevaba a la casa encantada, justo allí, dimos de nuevo con el rastro. Tom dijo:

—¿No resulta curioso? Antes que nosotros, siguieron exactamente el mismo plan que teníamos: jugaron al falso negro igual que íbamos a hacer nosotros, y también pasaron por nuestro sitio para vestirse, igual que nosotros. Ellos ya han estado aquí antes, Huck.

No se veía por ninguna parte la canoa; no sabíamos si la habían escondido o la habían soltado y, además, tampoco nos importaba, eso no tenía ninguna importancia. Nos deslizamos entre los arbustos y allí estaba el rastro, surcando las altas hierbas, en donde solía estar el jardín, hasta la casa. Las ventanas estaban cerradas con tablas, igual que habíamos hecho Tom y yo el verano pasado, cuando dijimos que éramos una banda de falsificadores y solíamos ir allí por las noches para hacer dinero de hojalata y contribuir con él

al asunto de las misiones los domingos, y la casa tenía ese aspecto terriblemente solitario y de profunda tristeza, igual que siempre. Tom dijo que teníamos que bajar a cuatro patas y arrastrarnos a través de la maleza, e ir muy, pero que muy despacio, sin hacer el menor ruido, o podrían oírnos. Yo dije:

—¿Quién, yo? Seguro, yo haciendo eso. Si quieres ir tú y meterte en problemas con esos demonios —dije—, son tus instintos y está muy bien, yo te esperaré; pero no me moveré un ápice.

Así que trazó su rumbo con su pequeña brújula y, mientras yo le observaba, salió por entre las sombras de los arbustos. Lo hizo a toda velocidad. Podíais ver que la parte de arriba de la maleza se agitaba un poquito, y tras un momento en silencio, el más lento, se movía otra vez un poquito más allá; pero yo siempre podía seguir su rastro y él iba cada vez más adelante. Llegó al poco rato, y esperé durante el tiempo más largo y aburrido, con miedo de que le hubiesen atrapado y estrangulado hasta matarlo; pero por fin pude ver por la maleza que volvía y me sentí increíblemente contento. En cuanto estuvo a mi lado me dijo:

—Vente conmigo, va todo bien: están allí. Me arrastré por el agujero por donde los cerdos se meten bajo la casa, y allí todo estaba negro como la pez, también dentro de la casa, y se me atascó la cabeza en un sitio que estaba roto en el suelo…

—¡Qué tonto!

—¡Tonto tú!… No me vieron, y tampoco habrían podido de haber habido luz…, nuestro viejo arcón falsificador estaba en medio. Tampoco yo pude verlos, pero los oí hablar. Estaba tan cerca de ellos como lo estoy de ti ahora. Y si hubiese tenido un bastón, les habría dado con él. No, no lo haría.

—Bueno, entonces te ha quedado *algo* de sentido común, mas no el suficiente como para hacer daño, Tom Sawyer. ¿Qué decían?

—Hablaban de la refriega.

—Ya…, ¿pero qué *decían*?

—Muchas cosas.

Entonces dijo que estaba demasiado cansado para bajar hasta el pueblo, que no había prisa —teníamos que saltar al río y flotar hasta abajo sobre nuestras espaldas—, lo cual me complacía; pero sabía que eso era todo lo que iba a tener de conversación por ahora. Esos viejos zorros habían liado otro misterio y él aún no estaba preparado para descubrirlo.

Justo en donde la bifurcación llega al río, dimos con un pedazo de buena suerte mortal. Alguien había llegado hasta la orilla, había dejado su esquife

atracado, con los remos en los toletes, y no se le veía por ninguna parte, así que lo tomamos prestado; Tom decía algo en agradecimiento de la providencia, nos metimos y lo empujamos un buen trecho, nos sentamos, encendimos las pipas y lo dejamos flotar. Era muy cómodo, después del duro trabajo que habíamos tenido. Al poco rato, Tom dijo:

—No estaba dentro del plan, pero, por supuesto, está allí para mejor.

—¿Qué es lo que no estaba en el plan?

—El asesinato. Es una lástima, porque no había un verdadero peligro en Murciélago Bradish, pero si tenía que pasarle a alguien me parece que está bien que haya sido a él: eso *da* a la conspiración un gran impulso, *¿no es cierto,* Huck? Seríamos ruines si no estuviésemos agradecidos. Y también con más confianza que nunca. Vaya, Huck, no podríamos haberlo pensado, pero ahora cualquiera puede ver que una conspiración bien conducida es tan buena como una revolución. Tan buena y no lleva ni la mitad de trabajo.

—Eso me parece a mí, Tom.

—Huck, es como la revolución en algunas cosas…, una persona sin experiencia no podría distinguirla de una revolución. Verás, comienza por una cosa, y sale otra; comienza en una manera leve de preocupar a una aldea y termina en un asesinato de un comerciante de negros. Sí, señor, tiene todas las señales de una revolución, y por la manera de prosperar hasta ahora, yo creo que podría ser cuidada y *convertida* en una revolución. Todo lo que necesita ahora es capital, y algo sobre qué revolucionar.

Bueno, ya había empezado y yo le dejé en paz. Era la mejor manera. Se la pensaría, la doraría, le pondría bucles y yo podría quedarme quieto y descansar, eso me venía bien.

En cuanto llegamos al pueblo, pisamos tierra firme en Cold Spring, en donde está el molino de harina, y aquí llegaba Higgins’s Bill, el negro de una sola pierna, saltando con su muleta, muy entusiasmado y sin aliento, a decirnos:

—Amo Tom, el viejo Jim quiere que tú y Huck vengan a la cársel tan rápido como puedan… Le han cogío, y lo tienen enserrao, señó.

—¿Por qué?

—Por matá’l viejo Mursiélago.

Yo dije:

—¡Santo cielo!

Pero la cara de Tom se iluminó piadosa y feliz…, me daba escalofríos al verla. Entonces dio diez centavos a Bill, y le dijo muy tranquilo:

—Muy bien, corre tú, ya vamos nosotros.

Bill desapareció y nosotros nos dimos prisa; entonces Tom dijo, agradecido:

—¿No es hermoso cómo se está desarrollando? Nosotros no hubiésemos pensado nunca en eso, y aun así, es el más espléndido de los designios. Ahora, creo yo, deberías tener confianza y dejar de inquietarte y desconfiar.

—Tom Sawyer —le dije—, ¿qué diablos tiene eso de espléndido? —yo estaba furioso, me lamentaba, y casi lloraba—. Allí está nuestro viejo Jim, el mejor amigo que hemos tenido jamás, el de mejor corazón, el hombre más blanco por dentro que ha caminado nunca, y lo van a colgar por un asesinato que jamás ha cometido; solo sé que no lo ha hecho, y la culpa no es sino de esta maldita conspiración; ojalá estuviese…

—¡Cállate! —dijo—. No eres capaz de distinguir una bendición de un murciélago a simple vista, nunca he visto semejante idiota… Siempre huyendo ante cualquier cosa que hace la Providencia; deberías avergonzarte de ti mismo. ¿Quién está llevando la conspiración? ¿Tú? Maldita sea, estás entorpeciéndola de todas las formas que puedan ocurrírsete. ¿Que van a colgar al viejo Jim? ¿Quién va a dejar que le cuelguen, renacuajo?

—Vale, pero…

—¡Calla! No sirve de nada. Todo saldrá bien, y será lo más grandioso que haya ocurrido jamás, y habrá océanos de gloria para todos nosotros…, y allí estás tú, encontrando fallas a tus bendiciones, so bagre. ¡Que el viejo Jim va a ser colgado! Será un héroe, eso es lo que será. Sí, con una banda de música y una procesión de antorchas para rematarla o yo *no* soy un detective.

Aquello me hizo sentir bien y_ otra vez contento, no podía evitarlo. Siempre era así. Él tenía tanta confianza que era contagiosa, y uno tenía que criticar siempre para recobrar sus ideas.

Teníamos nuestros pases, y eran oficiales, así que nos abrimos paso entre la multitud hasta la puerta de la cárcel, y el *sheriff* nos dejó entrar, aunque no dejó pasar a nadie más. Tom le dijo en privado que hiciera como si no supiese nada, que él haría lo mismo, él hablaría por los dos al *sheriff*. Y así lo hizo. El *sheriff* no pudo sacarle nada. El viejo Jim estaba con un susto de muerte, seguro de que iba a ser colgado; pero Tom estaba tranquilo y le dijo que no se preocupara, que no le iba a suceder nada; así, no habrían pasado ni diez minutos cuando Jim se tranquilizó también, y estaba animado y contento. Tom le dijo a Jim que los oficiales no le preguntarían nada, y que, si entraban visitas y le hacían preguntas, que les dijera que no contestaría a nadie más que a su abogado. Entonces, Jim se adelantó y nos contó su historia.

No había encontrado a la tía Polly en casa, claro: ella estaba fuera obteniendo su parte de susto; así que fue tras de nosotros muy pronto y se dio prisa, creyendo que nos alcanzaría, pero nosotros habíamos ido por el camino largo, el del río y él había cogido el camino corto, por la colina de Cardiff; así, no había amanecido todavía cuando llegó a casa de Murciélago, se tropezó con Murciélago y se cayó sobre él; estaba levantándose cuando un par de hombres se acercaron corriendo y le cogieron: eran Buck Fisher y el viejo Cap Haines diciendo que habían oído la pelea, que sonaba a asesinato y que estaban contentos de haberlo pillado en el acto. Él iba a explicarlo, pero le hicieron callar y no le dejaron decir una palabra: dijeron que, de cualquier manera, la palabra de un negro no valía para nada. Palparon el corazón de Murciélago, vieron que estaba muerto, y entonces llevaron a Jim de vuelta a la colina y luego a la cárcel, hicieron correr la noticia y entonces todo el pueblo estaba tan fuera de sí que no sabía *qué* hacer. Tom reflexionó un momento, y dijo, pensativo:

—Podría haber sido mejor, pero, aun así, no está mal como está.

—¡Dios santo, amo Tom, qué dise! Aquí estoy yo, con la sangre de un hombre por toaj parte, y tú…

—Va todo bien, hasta ahora… Ha llegado a un buen punto, un punto muy bueno, pero no ha llegado lo suficientemente lejos.

—¿Qué quiere desí, amo Tom?

—Así tal cual, no hay ninguna evidencia de un motivo. Lo que necesitamos es un motivo.

—¿Qué's un motivo, amo Tom?

—Una *razón* para matar a un hombre.

—Cielo santo, amo Tom, yo nunca *l'e matao*.

—Ya lo sé. Esa es la parte floja. Es fácil demostrar que *probablemente* tú le hayas matado, y por supuesto que eso está bastante bien, pero es suficiente para colgar a un hombre…, por lo menos a un blanco. Sería algo muchísimo más sólido si hubieses tenido un *motivo* para matarle, ¿sabes?

—Amo Tom, ¿soy yo el cuerdo o tú? Malditoj sean mij gatoj si lo entiendo.

—Vaya, a ver si lo pescas, está bastante claro. Mira. Te voy a salvar…, eso está bien, es facilísimo. Pero ¿dónde está la gloria en salvar simplemente a una persona de la cárcel? Salvarla de la horca es el asunto. Será asesinato en primer grado, ¿captas la idea? Tienes que tener un *motivo* para asesinar a un hombre… ¡*entonces*, iríamos bien! Jim, si pudieses pensar en un motivo

sensacional, te puedo condenar por asesinato en primer grado tan fácil como dar la vuelta a tu mano.



Tom era todo entusiasmo y esperanza, pero Jim…, vaya, Jim apenas podía dejar salir las palabras de tan atónito y asustado como estaba:

—Vaya, amo Tom…, vaya, bendito sea, no tengo ningún problema en buscá este motivo tuyo…

—¡Tú quieto, te digo, y piensa en un motivo! Yo podría haber pensado en una docena mientras tú has estado tonteando todo el tiempo. Vamos a ver, ¿le caías bien a Murciélago? ¿Te caía bien Murciélago?

Aquello pareció zarandear a Jim. Tom se dio cuenta, y siguió. Jim esquivó esto, aquello y lo de más allá, pero no sirvió de nada; Tom le persiguió y descubrió que, en los tiempos en que la vieja señorita Watson había estado a punto de vender a Jim río abajo, y este lo había oído, había huido y flotamos juntos hasta Arkansas en la balsa; había sido Murciélago el que la había persuadido de vender a Jim y de tomarse la tarea de venderlo él mismo. Así que por fin Tom dijo:

—Eso es suficiente. Eso es un motivo. Ahora está todo bien, es asesinato en primer grado, y nos lo pasaremos en grande con ello; cuando acabemos serás un héroe, Jim. No cambiaría ni mil dólares por esa oportunidad tuya.

Pero a Jim no le gustaba ni un poquito, y dijo que muy contento se vendería por diez centavos. Tom se sentía muy satisfecho, y dijo que hablaríamos con el abogado del distrito —que sería el abogado de la prostitución[1]— acerca del motivo y entonces las cosas marcharían muy bien. Después arregló con el *sheriff* para que Jim tuviese pipas, buenas provisiones y todo lo que necesitase y le dijo adiós, prometiéndole que vendríamos todos los días a entretenerle un poco más. Entonces nos fuimos.

Capítulo VII



L PUEBLO estaba que tronaba. Todo el mundo estaba furioso por el asesinato y no dudaba que Jim estaba con los Hijos de la Libertad y que la banda le había pagado por matar al comerciante de negros, pero aún había más: la vida de cada hombre que poseyese negros estaba en peligro; y eso era solo el comienzo, el sitio nadaría en sangre, ya veríais. Eso era lo que decían. Eran habladurías tontas sobre Jim, porque él siempre había sido un buen negro, y todo el mundo lo sabía; pero, claro, él era un negro libre, y más este año, y todo eso, claro está, le perdía ante los demás, hacía que olvidasen todo acerca de su buen carácter. Así es la gente. Y la manera de hablar de Murciélago Bradish hacía creer que acababan de perder un ángel; parecían no poder sobreponerse al dolor que les causaba y se contaban unos a otros interminables cosillas hermosas y dulces sobre lo que había hecho alguna vez, y que habían olvidado hasta hoy; y con él nunca había habido ningún problema, ninguno, eso jamás había sucedido. Hasta ayer, nadie hubiese dicho una palabra buena sobre el comerciante de negros y a nadie le importaba un pimiento, porque todo el mundo desprecia al comerciante de negros, claro; pero hoy, ¡vaya!, no parecían reponerse de su pérdida, no había manera. Bueno, así es la gente: la mayoría son unos zopencos…, o eso me parece.

Claro que iban a linchar a Jim, todo el mundo lo decía; acababan de atiborrar todas las calles que rodeaban la cárcel, y hablaban acaloradamente, apenas podían esperar a empezar. El capitán Ben Haskins, el *sheriff*, estaba dentro y sabía que la multitud que quería poner manos a la obra sin invitación se lo pasaría bomba; el coronel Elder estaba fuera, cosa que no era empalagosa para la multitud, y lo sabían[1]. Así que Tom y yo pasamos por allí sin preocuparnos por Jim. Tom dejó escapar el *motivo* en donde pudiese llegar al abogado de la prostitución[2], luego regresamos a casa de la tía Polly y cogimos algo para comer sin ningún problema, porque ella estaba fuera disfrutando del entusiasmo y la búsqueda de Tom; y desde allí subimos hasta el bosque en la colina, dormimos en donde pensamos que no estorbaríamos, y Tom hizo sus planes.

Dijo que no deberíamos intentar la pesquisa hoy, que deberíamos estar a mano en el gran jurado de mañana, pero que nuestra evidencia no iría para nada en contra de la del capitán Haines ni la de Buck Fisher, y que deberíamos dejar que Jim fuese bien acusado de asesinato en primer grado. Su juicio saldría en un mes. Ese es el tiempo que le llevaría al amigo curarse la pierna, de manera que pudiese caminar con ella. Después, cuando el juicio estuviese saliendo en su contra, nos las arreglaríamos para meter a los dos estafadores en el tribunal, dejar sin falta a Jim y causar una gran sensación. Jim sería un héroe, todos seríamos unos héroes.

A mí no me gustaba, estaba asustado, era demasiado arriesgado, podría suceder algo, cualquier pequeña pega, y ¡Jim moriría! Un negro no soporta ningún espectáculo. Dije que deberíamos contárselo todo al *sheriff* y dejarle libre, coger a los hombres ahora…, encarcelarlos, y así los tendríamos cuando quisiéramos.

Pero Tom no me oyó ni un momento. No había de qué sorprenderse. Él quería pescar a los hombres en el tribunal, sin que ellos sospechasen nada, y entonces hacer el gran *pow-wow*[3], igual que lo había hecho en Arkansas. El asunto de Arkansas le había envenenado, podía verlo claramente; nunca se satisfacía con hacer las cosas de manera simple como antes.

Bueno, no podíamos seguir despiertos más tiempo, así que nos pareció que dormiríamos una hora y luego bajaríamos a lo de la investigación. Pero, claro, cuando nos despertamos era demasiado tarde, y cuando llegamos allí, ya había acabado y todo el mundo se había ido…, con cadáver y todo. Igual, eso no importaba mucho, iríamos al gran jurado mañana.

Vaya, nos habíamos dormido hasta pasada la mitad de la tarde y ya estaba anocheciendo. Era hora de ir a casa a cenar, pero Tom dijo que no, que quería estar seguro de sus hombres; así que esperamos hasta que empezó a anochecer, y se acercó hasta la casa encantada a oírlos otra vez. Yo deseaba de verdad que lo hiciera, eso me haría sentir más tranquilo; así que bajamos hasta la casa de Murciélago y la dejamos atrás, luego bajamos el río y subimos un cuarto de milla bajo el acantilado, nadamos y nos quedamos allí hasta una hora después del anochecer y regresamos. Tom cortó camino por entre las hierbas y yo esperé.

Esperé y esperé; aquello era terriblemente solitario, asqueroso y silencioso, estar en la oscuridad, con la casa encantada tan cerca. Realmente no había pasado mucho tiempo, pero lo parecía, ya sabéis. Por fin Tom regresó lagrimeando por entre las hierbas y dijo:

—¡Oh, pobre Jim, pobre Jim, le colgarán! ¡Se han ido!

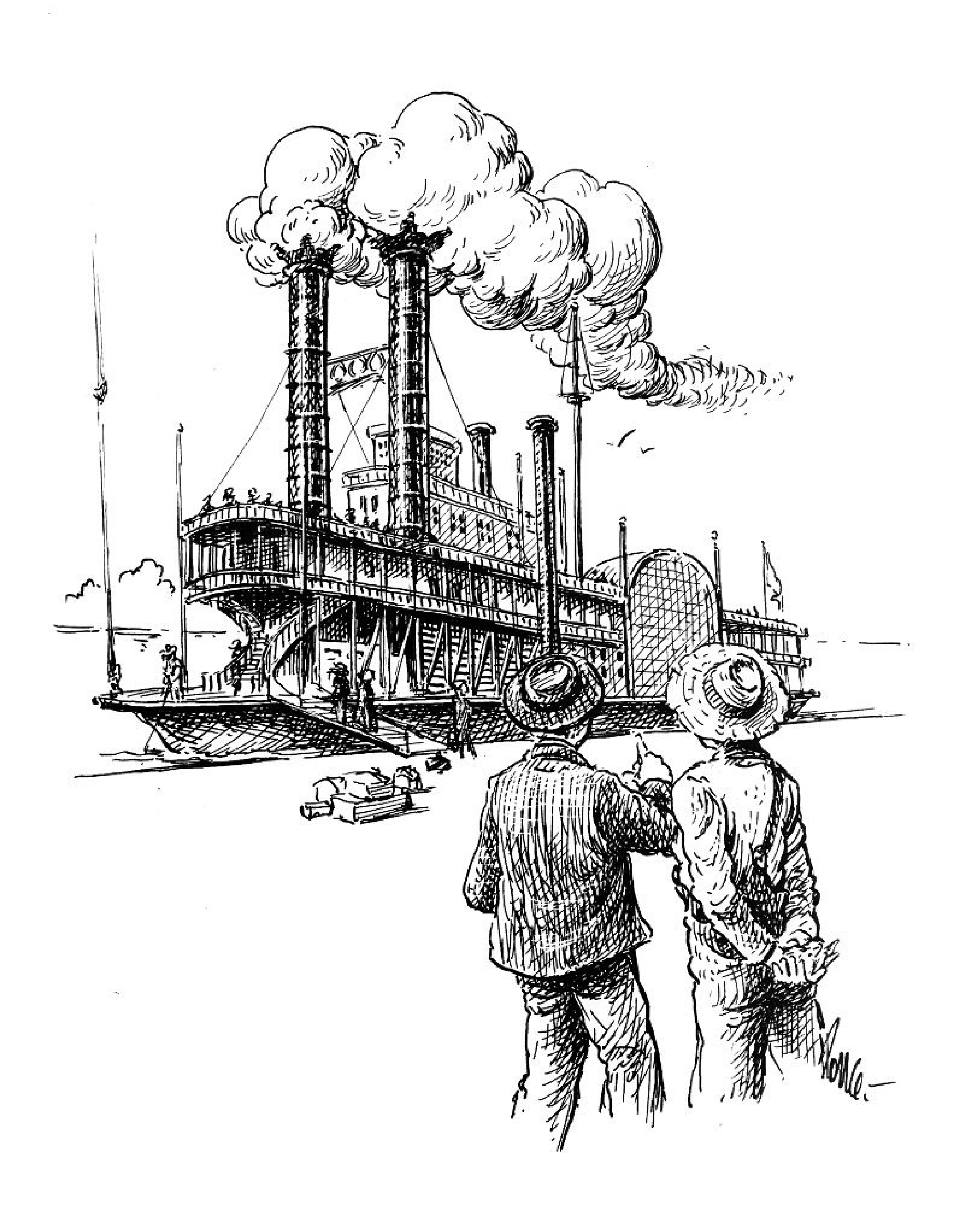
Yo me caí al suelo, allí mismo donde estaba. Todo me parecía estar flotando, creí que me desmayaría. Entonces me aflojé y me puse a llorar, no podía evitarlo y tampoco lo quería. Tom también estaba llorando y dijo:

—¿Por qué diablos lo habré hecho? Huck, ¿por qué lo hice? Los tenía seguros, y podría haber salvado a Jim a pesar de lo que hubiese hecho cualquiera, de no haber sido tan tonto. Oh, Huck, tú querías que se lo dijese al *sheriff*, y yo he sido un idiota por no querer oír nada; ahora se han marchado y no volveremos a verlos; nada podrá salvar a Jim, y todo por mi culpa; ojalá estuviese muerto.

Se lo tomó tan mal, y dijo cosas tan duras sobre sí mismo, que no tuve valor para agregar nada, aunque estuve a punto de hacerlo, y lo tenía en la punta de la lengua, ya sabéis cómo es, pues así. Iba a intentar consolarle, pero él no lo habría aguantado; y dijo que le insultase, que le dijese las peores cosas que supiese, era lo único que le habría hecho bien, pero entonces me interrumpió y se metió consigo mismo por *dar por sentado* que la pierna del hombre estaba rota, que a lo mejor solo había sido un esguince…, *por supuesto*, solo había sido un esguince, ahora estaba perfectamente claro. Entonces, de repente, tuvo una idea y dijo:

—¡Ven!

Así que nos fuimos a toda prisa camino abajo hacia el pueblo, y Tom dijo que tal vez los hombres hubieran llegado al que estaba más abajo, que podríamos ir en el vapor y ganarlos. Cuando dejamos atrás Cold Spring vimos pasar el barco, y cuando llegamos al muelle ya estaban recogiendo la rampa, pero dimos un salto y conseguimos subir. La gente chillaba preguntándonos adónde nos dirigíamos, pero nosotros no nos dimos cuenta, subimos hasta el techo y luego a popa para sentarnos con el telegrafista a ver si encontrábamos la canoa, y nos olvidamos del gran jurado. Tom dijo que no importaba en absoluto, que nada salvaría a Jim si no encontrábamos a los *hombres*.



Tom no podía hablar claro ni hilvanar nada, se le iba la cabeza con los desastres que le ocurrirían a Jim si dejaba escapar a los hombres, y muy pronto él mismo se dio cuenta de que su cabeza iba al revés, porque dijo:

—Huck, estoy tan triste que he perdido el juicio. ¿Sabes que no tiene ningún sentido que estemos en este barco?

—¿Por qué, Tom?

—Porque estaba en el plan que yo me había hecho con la teoría de la pierna rota, pero la pierna *no está* rota. El hombre no tiene que buscar a un médico, puede ir a donde quiera. Tienen que haber ido a Illinois y a sus bosques perennes: es el mejor sitio y el más seguro para ellos. Huck, en el mismo momento en que oscurecía, cuando estábamos nadando en la desembocadura de la bifurcación, justo un cuarto de milla más arriba, los habíamos visto. Ojalá estuviésemos de vuelta en el pueblo, daría un millón de dólares por eso. Podríamos haberles seguido la pista y verlos desde el árbol, porque la pierna del tipo estaba herida y no podría haber andado ni una yarda sin ayuda. Huck, tenemos que volver allí en cuanto podamos… ¡Cómo he podido ser tan tonto de olvidarme de la teoría de la pierna rota y haber subido a este barco!

Bien, ahora podía verlo yo mismo, no lo había pensado antes. Pero no dije nada mezquino, no podía culpar a su mente por no ver la verdad, si lo pensáis bien. Nadie podría. Estaba a punto de animarle cuando estalló aún más amargado y enfadado, diciendo:

—Huck, la suerte se nos ha vuelto en contra, hay que reconocerlo… ¡Mira esto!

Era lluvia. Tenía tanta pena por él como para llorar.

—¡Eso borrará el rastro!

Comenzó a desesperarse muchísimo, diciendo que si algo malo le sucedía a Jim, saldaría cuentas lo mejor que pudiese…, se volaría los sesos, y no los echaría de menos.

Yo no podía soportar verle tan angustiado, así que intenté consolarle diciéndole que nosotros *no sabíamos* adonde habían ido los hombres, porque no los conocíamos, así que ¿cómo podríamos saber cómo actuarían? ¿Pertenecerían a la banda de Burrell?

—Sí, probablemente. ¿Y qué?

—¿No estarían a salvo si estuviesen con la banda?

—Perfectamente. Sigue.

—La isla Fox es su guarida, ¿no?

—Sí.

—¿A qué distancia está de aquí?

—A ciento setenta millas.

—Podrían hacerlo en cuatro noches en la canoa y descansar escondiéndola durante el día. ¿Cómo sabemos que no se dirigen a casa?

—¡Déjame abrazarte, Huck! A lo mejor todavía no he perdido la cabeza. Si podemos cortarles el paso antes de que lleguen allí y hacer que el *sheriff* venga con nosotros… Huck, si nos llevan ventaja, los atraparemos dentro de una hora y haremos que este barco los persiga. Te apuesto a que acertaremos, Huck. ¡Date prisa! Vete al castillo de proa y vigila, yo iré hacia la cabina del piloto y vigilaré. Si los ves, chilla tres hurras tan fuerte como puedas, y yo tendré preparado al piloto, ansioso por empezar la cosa. ¡Date prisa!

Así que los dos nos dimos prisa. Ya estaba bien otra vez y esperanzado, yo estaba contento con ese pensamiento, aunque no me hacía demasiada idea de lo otro. Sabía que la idea de Tom era que los hombres se habían ido para Illinois, pero eso no quería decir mucho. En cuanto se centrase, también se daría cuenta de que, cuando llegásemos a casa, si la pierna del amigo no estaba demasiado herida, habría nuevos rastros en un día o dos, y no precisamente dentro del bosque.

El castillo de proa estaba negro como boca de lobo, y yo me caí sobre un hombre, que rugió:

—¡Qué demonios estás haciendo! —dijo, cogiéndome de la pierna.

Yo me hundí justo en donde estaba con la boca pastosa y con náuseas, y comencé a quejarme, ¡pues era la voz del rey! Otra voz dijo:

—Parece solo un niño, so viejo cerdo…, no lo ha hecho a propósito. No tienes sentimientos, nunca los has tenido.

¡Cielos, era el duque[4]!

¡Y allí estaba yo!

El rey volvió a hablar:

—Un chico, ¿eh? ¿Por qué no lo habías dicho? Creí que era una vaca. ¿Qué quieres aquí, eh? ¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?

Por supuesto que yo no quería contestar, pero sabía que tenía que hacerlo. Así que intenté que mi voz sonase diferente:

—Bill Parsons, encantado, señor.

—¡Por mil demonios! —dijo el duque, sentándose y poniendo su cara muy cerca de la mía—. ¿Qué te ha traído por aquí, Huck Finn?

Hablaba con la voz bastante pastosa; pero eso estaba bien, porque si el carácter del duque podía ser mejor en algún momento, era cuando estaba borracho. Tuve que contarle todo sobre mí, sabía que no había manera de

darle más vueltas; así que lo hice lo más sensatamente que pude, pero me había pillado de sorpresa, y agregué un montón de mentiras. Cuando acabé, lanzaron un gruñido y el duque dijo:

—Ahora cuéntame la verdad, para variar.

Comencé a farolear de nuevo, pero el duque me detuvo y dijo:

—Espera, Huckleberry, me parece que mejor me dejas que te ayude.

Mi hora había llegado, lo sabía. Él era muy astuto, y comenzaría a perseguirme con preguntas derecho hasta mi agujero. Claro que yo conocía su juego, y estaba asustado. Cuando dejé marchar a Jim, allá en Arkansas, le costó un montón de dinero de su bolsillo y del del rey, así que me tenían pillado. No me dejarían marchar hasta averiguar dónde estaba Jim, eso seguro. El duque comenzó a hacer preguntas, y luego el rey intentó meter baza, pero el duque le hizo callar y le dijo que lo único que estaba haciendo era estropear el asunto, que era tan tonto que ni siquiera sabía entrar cuando estaba lloviendo. Aquello enfurruñó bastante al rey.

No pasó mucho tiempo hasta que me hicieron largarlo todo: que Jim estaba en la cárcel de nuestro pueblo.

—¿Por qué?

En cuanto el duque preguntó eso, vi perfectamente claro mi camino. Si Jim era declarado inocente, ellos podrían venir con sus papeles falsos, llevarle al Sur y venderle; pero, si sabían que iba a ser colgado, colgado sin remedio, no se molestarían más por él y podríamos librarnos de ellos. Yo me alegré por esa idea, así que decidí acusar a Jim de asesinato, y hacerlo bien.

—¿Por qué? —dijo el duque.

—Por asesinato —dije yo, muy tranquilo.

—¡Malditas pistolas!

—Sí —dije—, ha cometido un asesinato, y bien, además…; seguro que ha sido *él*, sin duda.

—Es una verdadera lástima, porque en el fondo no era un negro malo; pero ¿cómo sabes que ha sido él?

—Porque el viejo capitán Haines y Buck Fisher le pillaron justo cuando lo hacía. Golpeó a un comerciante de negros en la cabeza con su propio mosquete, se tambaleó y cayó sobre él, y justo cuando se estaba poniendo de pie, llegaron los hombres corriendo. Estaba oscuro, pero alcanzaron a oír la pelea y vieron que no estaba lejos. Ojalá hubiesen estado en otro sitio. Si Jim no se hubiese caído, tal vez podría haber huido.

—Eso es malísimo. ¿El hombre ha muerto de verdad?

—Creo que sí. Lo enterraron esta tarde.

—Eso es horrible. ¿Y Jim declaró que él lo había hecho?

—No. Solo dice que no sirve de nada que un negro hable cuando tiene a dos blancos en su contra.

—Bueno, así es, ¿eh, majestad?

—El negro está hasta el cuello, sí.

—Pues, a lo mejor él *no mató* al hombre. ¿Hay algún otro sospechoso por ahí?

—Nadie.

—¿Nadie ha visto nada?

—No. Aparte de eso, si hubiese habido alguno, ¿cuál habría sido el *motivo*? No iban a matar a un hombre para divertirse, ¿no?

—Bueno, no. A lo mejor Jim tampoco tenía ningún motivo.

—Vaya, alteza, el motivo es lo peor que tiene en su contra. Todo el mundo sabe lo que le hizo a Jim una vez, y dos hombres oyeron que Jim le dijo que se las pagaría un día de estos. Eran solo habladurías, yo lo sabía, pero eso no cambia las cosas, son habladurías de blancos y Jim es solo un negro.

—Jim tiene muy mal la cosa.

—Pobre Jim, y él lo sabe. Todo el mundo dice que le colgarán, y por supuesto no tiene amigos, porque es libre.

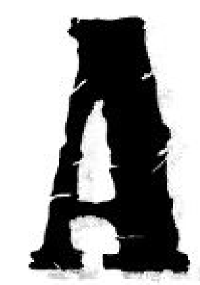
Nadie decía nada ya, y yo creí que había apuntado un tanto para el equipo local y estaba bien puesto, que ya no se molestarían más por Jim, y que yo y Tom podríamos seguir adelante en paz, encontrar a los hombres y hacer que Jim saliera del lío. Así que me sentía bien y contento. Un ratito después el duque dijo:

—He estado pensando. Te diré algo, majestad.

Él y el rey se pusieron aparte y murmuraron algo, luego regresaron y el duque dijo:

—Tú quieres a Jim y lo sientes mucho por él. Ahora bien, ¿qué prefieres: que lo vendan en el Sur o que lo cuelguen?

Capítulo VIII

QUELLO fue muy repentino. Me dejó atontolinao. No acababa de entender su idea. Antes de que pudiera reaccionar, me dijo:

—Lo que tú digas. De vez en cuando, a veces sí, otras no, el rey y yo hemos dado con el rastro de Jim y lo hemos vuelto a perder; pero tenemos una requisitoria contra Jim, de parte del gobernador de Kentucky y el gobernador de Missouri, junto con la aceptación de la misma, todo es falso, ya sabes, excepto los sellos y el papel, que son auténticos. Con esos papeles podemos coger a Jim donde lo encontremos, y nadie podrá evitarlo. Seguimos ese rastro por encima de cualquier otro, y por encima de todo lo hicimos hasta Elexandry, a sesenta millas al norte de aquí. Luego volvimos a perderlo, nos dimos por vencidos de una vez por todas, y cogimos este barco hacia la media tarde de hoy…

—Sin saber que había un justo desobedeciendo a la Providencia.

—¡Cállate, viejo barril de ron, y no interrumpas! Esto es contigo, Huck, salvarlo o colgarlo. ¿Qué quieres?

—Oh, vaya usté a saber, excelencia, estoy bastante ansioso… Dígame cómo.

—Muy fácil. Supongamos que Jim asesinó a un hombre en Tennessee, en Mississippi o en Arkansas hace catorce meses, cuando tú y Jim nos estabais ayudando al rey y a mí con la balsa, y el rey y yo íbamos a vender a Jim como *nuestro* negro, porque *era* nuestro, por derecho de descubrimiento, habiéndolo encontrado flotando río abajo sin dueño…

—Sí, *todavía* es nuestro negro —dijo el rey, de aquella manera suya, tan gruñona.

—Métete el pie en la boca y evita que se te escape el aire, majestad.

—Supongamos que Jim hizo eso, Huck: asesinar a un hacendado o a alguien allá abajo… ¿Captas la idea?

—Para nada. Jim jamás hizo eso. Apenas le perdía de vista durante el día; y si él…

—Vale…, no seas tonto. Claro que jamás lo ha hecho; *esa* no es la idea. La idea es…, *supongamos*[1] que lo ha hecho. ¿Te das cuenta? ¿Te das cuenta *ahora*?

—No, no.

—¡Caramba! Vaya, maldita sea, no pueden juzgarlo aquí arriba hasta que no lo hayan juzgado allá abajo, ¿no? Tienen que juzgar sus asesinatos en orden de precedencia, ¿no? Por supuesto. Cualquier idiota lo sabe. Muy bien. Pues ese es el plan que nos devolverá a nuestro negro y salvará la vida de tu negro amigo. Mañana, en Saint Louis, iremos a un callejón a ver a un amigo nuestro que está allí por un asunto privado y que fue el que consiguió nuestros papeles; los cambiará para que encajen en el caso tal como lo tenemos ahora; los cambiará por los de un negro que «se escapó del servicio» a «asesinato», un asesinato cometido por Jim allá abajo en el Sur, ya sabes. Después, volvemos aquí mismo mañana o al día siguiente, enseñamos los papeles, nos llevamos a Jim al Sur y lo vendemos. No en Kentucky, claro, sino más hacia la desembocadura del río, en donde los de Missouri jamás encuentren su rastro cuando se den cuenta del engaño. Lo ves *ahora*, ¿no?

Por Dios que me sentía bien, creo que los ángeles no se sentirían mejor si una mañana de domingo mirasen hacia abajo y viesen que están atando a los niños católicos para llevarlos a la escuela presbiteriana dominical. Bueno, el mundo es curioso a veces. En un momento tu corazón está miserable y deprimido, pues no parece haber salida para tus problemas, y al momento siguiente te sucede cualquier cosita que no estabas buscando, y de un bote te pone por las nubes, todos tus problemas desaparecen y te sientes feliz y espléndido como Sodoma y Gomorra o cualquiera de esos patriarcas[2]. Yo me dije a mí mismo que esto volvería loco a Tom Sawyer. Y Jim se volvería loco también. Su vida estaría a salvo con este engaño, si lo hacían bien, y si no volvía a estar libre en Inglaterra a los tres meses de venderle, es que nos hemos olvidado cómo liberar a los negros de la esclavitud y sería mejor que dejásemos el asunto.

Así que les dije que contasen conmigo, el arreglo me parecía muy bueno. Ellos estaban muy contentos y me dieron la mano; me parece que era la primera vez que bajaban así, hasta mi nivel.

Y dije que quería ayudarles si me decían cómo. El duque dijo:

—Puedes ser de mucha ayuda, Huck, y además no perderás nada con ello. Todo lo que tienes que hacer es cerrar la boca…, no hables.



—Muy bien, no lo haré.

—Cuéntaselo a Jim si quieres; dile que ponga cara de culpable y de estar terriblemente asustado cuando nos vea y haga como que se encuentra con que somos los oficiales del *sheriff* y que sabe a lo que hemos venido…, eso hará un buen efecto; pero que no deje traslucir que nos ha visto antes. Tú tampoco. Ten cuidado con eso.

—No dejaré que sepan que te conozco, alteza…, tendré cuidado.

—Esa es la idea. ¿Y qué estás haciendo en este barco, di?

Me pilló bastante de improviso y no supe qué decir, así que dije que estaba viajando por motivos de salud. Para entonces ellos ya estaban contentos y despreocupados, así que se rieron y preguntaron en dónde estaba el centro de salud; yo les dije que en el pueblo de allá abajo, donde se veían las luces; así que me dejaron marchar, me dijeron adiós, y que iba a haber

problemas en los cuartuchos de ese centro antes de que amaneciese, pero les pareció que me recuperaría muy bien.

Me abrí paso hasta la cabina del piloto, sintiéndome de primera; entonces recordé que me había olvidado de vigilar la canoa, pero no me importó, sabía que no había habido nadie, o el piloto y Tom le hubiesen visto y alcanzado. El inspector estaba allí recogiendo nuestros billetes, y yo y Tom estábamos en la terraza cuando le susurré diciendo:

—¿Qué te parece? ¡El rey y el duque están abajo en el castillo de proa!

—Anda ya… ¡No lo dirás en serio!

—Ojalá no me muriese nunca. ¿Quieres echarles una ojeada?

—¡Vaya, me parece que debería hacerlo! Vamos.

Así que volamos abajo. En el pueblo eran famosos por las aventuras mías y de Jim con ellos, y no había nadie que no diese su camisa por verlos, incluido Tom. Cuando Tom los vio en Arkansas ya era de noche y ya habían sido cubiertos de brea y plumas. El público los llevaba en una procesión de antorchas, parecían la columna de nubes que guio a Moisés fuera de los juncos, pero claro, a Tom le hubiese gustado verlos sin las plumas, pues con plumas no se los podía distinguir de unos almohadones rotos.

Pero no lo logramos. El barco se deslizaba hacia el muelle y por supuesto los oficiales habían despejado el castillo de proa y allí no había nadie más que una multitud de marineros, moviéndose afanosamente con la carga. El brillo de las puertas contra incendios y la cesta de antorchas se veían rojos y coloridos, pero el resto estaba oscuro como la pez por todas partes y no se podía ver nada. Así que dimos un salto hasta la orilla, salimos hacia el Norte hasta el final de pueblo, y nos encontramos allí con un gran montón de madera; entonces nos sentamos en el borde, con las piernas en el agua, a oír la quietud. Las pequeñas olas golpeaban suavemente contra la madera y comenzamos a hablar y a buscar la canoa; todo era muy veraniego, templado y agradable, con los mosquitos zumbando, a los que se les unían las ranas como suelen hacerlo en esas noches.



Así que le conté el plan a Tom y le dije que debíamos permanecer con la boca cerrada sin decírselo a nadie más que a Jim. Aquello le animó, casi hasta alegrarle, y dijo que ahora Jim estaba a salvo; si no encontrábamos a los hombres, el plan del duque le salvaría seguro, y nos lo pasaríamos bien otra vez librándole de la esclavitud; luego le llevaríamos a Inglaterra y se lo pasaríamos a la Reina nosotros mismos para que ayudase en la cocina, sirviese la mesa, fuese un guardaespaldas y se hiciese famoso: viajaríamos, veríamos la Torre y la tumba de Chéskpir[3]. y averiguaríamos de qué clase de país venimos todos antes de que diésemos con los impuestos y la distorsión y comenzásemos a armar la de Dios es Cristo porque no podíamos pagarlos.

Sin embargo, dijo que había aprendido la lección y que no iba a desperdiciar más oportunidades por obtener gloria: no dejaría pasar la gloria, desde ahora estaba muy puesto en el asunto. Salvaría a Jim de la manera *más rápida* sin importarle el espectáculo.

Aquello sonaba bien, y me encantó oírlo. No había recobrado la cordura antes, pero ahora yo lo tenía claro. ¿Si sonaba sólido? Tan sólido como una nuez. Vaya, incluso dijo que ojalá que el rey y el duque sacasen a Jim de la cárcel y del pueblo durante la *noche*, así no habría ni rastros de popularidad y espectáculo en ello, ya estaba harto del *pow-wow*, no quería saber nada de eso nunca más. Caramba, eso volvió a preocuparme, pues parecía que había vuelto a desequilibrarse, ahora *para el otro lado*. Pero no dije nada.

Dijo que el nuevo plan era cien veces el más adecuado, pero que no iba a sentarse y a tomárselo así tan tranquilamente, pues nadie sabe cuándo

entrarían en la cárcel el rey y el duque, que era lo esperado, pero que a lo mejor no irían allí hasta que fuese demasiado tarde para el asunto de Jim.

—¡No, Tom! —dije, interrumpiéndole—. No hablemos de ello, ni pensarlo siquiera.

—Tenemos que hacerlo, Huck, está en las probabilidades, y de ahora en adelante hay que dar todo el margen a las dudas… no vamos a dar nada por sentado nunca más. Buscaremos a los hombres durante un par de días mientras esperamos…, no dejaremos que se nos escape ninguna oportunidad.

Poco después, lanzó un suspiro profundo y apesadumbrado, diciendo:

—Habría sido una buena oportunidad antes de la lluvia…, ojalá no hubiésemos venido hasta aquí.

Esperamos confiados durante toda la noche y la mayor parte del día; no íbamos a dormir para nada, pero lo hicimos, y cuando despertamos era mediodía y estábamos asqueados; nos quitamos la ropa y fuimos a nadar, luego al pueblo, nos comimos unos 64 bollos de mantequilla y otras cosas, estábamos llenos y nos sentimos mejor; preguntamos por los alrededores y no se oía nada sobre la canoa; el vapor llegó tarde y nos fuimos a casa cuando ya era de noche; la reputación de Jim había quedado por los suelos por asesinato en primer grado, la de Murciélago también, y todo el mundo hablaba de la vigilante inescrutabilidad de la Providencia, estaban agradecidos y asombrados por ello, pero no se atrevían a decirlo en ese momento.

Otros 64 bollos después fuimos a la cárcel a consolar a Jim, le contamos el nuevo plan y eso le sacudió considerablemente, pues no acababa de entender si debía estar contento o no, así que dijo:

—Caracole, no me importaría salí d’este lío si no me voy a meté en otro pior.

Pero cuando comprendió lo mucho que entristecía a Tom oírle decir eso, dijo que lo sentía, puso su vieja mano negra en la cabeza de Tom, y agregó:

—Pero no me importa, no me importa, cariño, no te preocupe; sé que lo haráj lo mejó posible, y dará igual lo que sea, el viejo Jim no va a quejase.

Claro que para él era horrible la idea de que el rey y el duque le pescasen de nuevo, apenas podía hablar de ello; aun así, él sabía que yo y Tom no le dejaríamos ser un esclavo por mucho tiempo si la laboriosidad, la iniciativa y la corrupción servían para algo; así que se calmó y creyó que si la Reina estaba contenta con él después de probarle, y se encontraba con que era honesto y tenía buena voluntad, podría aumentarle el salario al año siguiente; Tom dijo que ella era joven e inexperta y que así lo haría, él lo sabía. Así que

todo era satisfactorio, Tom se fue a casa, me dijo que fuese con él y así lo hice.

Su tía Polly le dio una paliza, pero no le dolió…, a mí tampoco, no nos importaba. Tenía un enfado grandísimo, pero cuando le explicamos que habíamos estado pescando al otro lado del río un par de días con sus noches, y que no sabíamos que había sonado la señal del cuerno y que había dado un susto de muerte al pueblo, que había habido un asesinato y un funeral y que Jim lo había hecho, se olvidó de que estaba enfadada con nosotros y, a punto de estallar por contarnos las noticias, no dejaría pasar esa oportunidad ni por una cesta con dinero.

Así que empezó, y aunque no se enteró bien de maldita la cosa, se lo pasó de maravilla, le llevó dos horas completas contárnoslo y cuando acabó de pintarnos el espectáculo, aquello valía cuatro veces más que los mismos hechos, y yo creía que Tom sentía el que no llevara ella misma la conspiración. La tía Polly lo sentía muchísimo por Jim, y dijo que Murciélago debió haber intentado matarle, pues, si no, Jim no le hubiese volado los sesos con el mosquete.

—Se los voló, ¿eh, tía Polly?

—Pues claro que sí.

Entonces llegó compañía a pasar la noche, y entre ellos estaba Flacker el detective, que había estado trabajando con las pistas, y lo sabía todo acerca del asesinato, como si lo hubiese visto; todos estaban sentados con las bocas abiertas, conteniendo la respiración mientras le oían, asombrados por sus talentos y maravillas mientras seguía con su historia.

Vaya, solo eran paparruchas…, pura y llana estupidez, pero la gente no lo veía. Según su versión, los Hijos de la Libertad eran una farsa…, se trataba de la banda de Burrell, y tenía pistas que podían probarlo. La banda de Burrell… Aquello les hizo estremecerse mucho y dar un tirón a sus sillas para acercarlas más cuando lo dijo. Dijo que en el pueblo había seis miembros de la banda, amigos de todos vosotros, los conocéis y habláis con ellos todos los días… Aquello les dio escalofríos de nuevo. Dijo que no mencionaría nombres, que aún no estaba preparado, pero que les pondría las manos encima cuando quisiese. Dijo que tenían un plan para incendiar el pueblo, robarlo y ahuyentar a los negros, que tenía pruebas; así que siguieron estremeciéndose, lo suficiente como para sacudir la casa y cortar la leche. Dijo que Jim estaba aliado con ellos, que él conocía los hechos y podría probarlos cualquier día; dijo que había seguido a los Hijos hasta su guarida…, aunque no diría en ese momento en dónde estaba; y dijo que allí tenían provisiones calculadas para

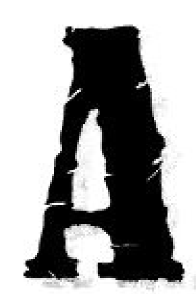
alimentar a dieciséis hombres durante seis semanas (¡las nuestras, recórcholis!). También, que había encontrado sus cosas para imprimir, que las había cogido y las había escondido, que podía enseñárselas cuando estuviesen preparados. Dijo que conocía el secreto de las figuras impresas en los carteles con tinta roja, y que todo era demasiado horrible para contarlo delante de mujeres sensibles y asustadizas. Aquello hizo que todo el mundo se apretujase y pareciese enfermo. Dijo que el hombre que había hecho los carteles no era una persona vulgar y corriente, sino que se trataba de un intelecto gigantesco, probablemente el peor hombres vivo imaginable; y que él sabía, por algunas marquitas en los carteles que ninguna persona notaría ni entendería como él, que era el mismo Burrell el que los había hecho; que Bill era el único hombre en América que podía hacer esos carteles. Y el mismo Burrell estaba ahora en el pueblo, en aquel instante, disfrazado y con una tienda, y que él era el que había dado la señal con el cuerno. Cuando oyó aquello, la vieja señorita Watson se desmayó y cayó sobre el gato, este chilló porque le había lastimado la cola, y tuvieron un lío tremendo para ayudarla. Por último, dijo que Jim tenía dos cómplices en el asesinato, que había visto sus huellas: eran enanos, uno bizco y el otro zurdo; no dijo cómo lo había sabido, pero estaba tras ellos, y aunque habían escapado del pueblo por ahora, no le preocupaba, los llevaría al campamento cuando menos se lo esperasen.

Vaya, esos éramos Tom y yo…, nunca había visto semejante idiota. Pero la compañía estaba encantadísima con esas cosas, y dijo que la forma que tenía un detective de leer cada pequeña señal con la que se encontraba como un libro abierto era de lo más asombroso, no se le podía esconder nada. Dijeron que aquel pueblo podría haber vivido y muerto sin saber jamás lo que había dado comienzo a la pelea y quién lo había hecho de no haber sido por Flacker, y que todos estábamos en deuda con él; pero él dijo que no era nada, que esa era su profesión y que cualquiera que tuviese práctica y dones podía hacerlo.

—¡Y los *dones*, eso mismo digo yo! —dijo la tía Polly, y todos dijeron lo mismo.

Era blanda con los detectives, porque Tom tenía la ambición de serlo, y estaba orgullosa de lo que había hecho aquella vez con el tío Silas.

Capítulo IX



L DÍA SIGUIENTE estábamos en el río antes del amanecer, y al despuntar la aurora comenzamos la búsqueda de sus huellas. Tom tenía las medidas de las huellas de los dos hombres, el largo y el ancho, tenía la de los tacones, igual a las que estaban en el suelo y en el cobertizo, porque había dejado caer grasa de las velas en ellas, había sacado los moldes, y luego los había dibujado en una hoja que rasgó de un libro de la tienda de comestibles de Murciélago y lo hizo con la pluma del mismo Murciélago. Para mí, las huellas eran como las de cualquiera, excepto por el talón izquierdo del amigo, que tenía un poco gastada la esquina nordeste, aunque a mí me parecía que debería haber sido más bien la otra, porque era la pierna izquierda la que arrastraba después de caer por la zona del salto, y si seguía arrastrándola, la esquina no aparecería ahora; pero Tom dijo que yo era un zopenco, que claro que la arrastraba, y que veríamos la marca del arrastre. Bueno, eso era así, así que no dije más.

Comenzamos a trabajar aproximadamente a una milla más arriba del *ferry* en la orilla de Illinois. Había allí un sitio bajo en donde se podía descargar a un cojo, y era el único sobre el *ferry*; todo el resto eran riscos de diez pies de altura, como una pared, en esa parte del río. Había muchísimas huellas, unas frescas y otras antiguas, pero las que nosotros queríamos encontrar allí eran demasiado antiguas para verse ahora. Nos adentramos un poco en el bosque y llegamos corriente abajo tan lejos como el *ferry*; encontramos huellas en varios sitios, pero no eran las correctas. Abajo no había sitio en varias millas en donde pudiese tocar tierra el *ferry*, así que seguimos bordeando la orilla por donde iba este y buscamos en el suelo a ambos lados del camino, hasta una distancia como el doble de lo que hubiese podido hacer un cojo en el tiempo que ellos tenían desde que empezaron, pero no tuvimos suerte.

Estuvimos pegados a él todo el día, y regresamos al día siguiente a registrarlo todo otra vez de arriba abajo: rebuscamos todo el campo entre los sitios en donde tocaba tierra el *ferry* hasta bien entrada la noche. Pero no sirvió de nada. Al día siguiente bajamos y rebuscamos en la isla de Jackson; allí no había más huellas que las de Flacker; este había cogido nuestras cosas

de imprimir y también algo de nuestra comida. Así que cruzamos hasta nuestra orilla y fuimos a la cueva, pero no sirvió de nada, porque habían estado allí los soldados que el coronel Elder había enviado debido a todo el *pow-wow* que se había armado con la conspiración, y cualquier forastero que hubiese intentado llegar hasta aquel sitio habría sido oído desde su tumba.

Tuvimos que darnos por vencidos y remar hasta casa. Tom estaba otra vez con cara larga, porque el rey y el duque se llevarían a Jim con ellos hasta el Sur y lo pasaría terriblemente mal antes de que pudiésemos liberarle de la esclavitud y marchar a Inglaterra. Pero muy pronto dio un salto, totalmente entusiasmado y contento, diciendo:

—¡Somos tontos, Huck, unos tontos!

—Eso no es nada nuevo —dije—; ¿pero qué pasa ahora?

—Pues que estamos de suerte, eso es lo que pasa.

—Despellejámelo —dije—, te estoy oyendo.

—Verás, no hemos encontrado a los hombres, ni los encontraremos nunca; así que, si se queda aquí, Jim será colgado seguro…, ¿no? Así pues, es espléndido que sea vendido en el Sur, y yo estoy contento de que te hayas encontrado con el duque y el rey. Es lo mejor que podría haber pasado, porque…

—¡Caracoles! —dije—. ¿Es más espléndido ahora que hace dos minutos? Entonces casi te habías puesto enfermo. ¿Cómo es que ahora tenemos tan buena suerte?

—Porque *no será vendido* en el Sur.

Eso sonaba tan bien que me puse a saltar hasta que los tobillos me crujieron; pero me detuve porque no me gustan las desilusiones, y dije:

—¿Cómo vas a evitarlo?

—Es fácil. Somos tontos por no haberlo pensado antes. Iremos río abajo con ellos en el mismo barco, y cuando lleguemos a Cairo[1], estaremos ya en un Estado libre; una vez allí les diremos que lo máximo que pueden obtener por Jim en el Sur es mil dólares… ¡Eso es lo que conseguiréis *aquí mismo* por él!

Entonces di un salto, los tobillos me crujieron y dije:

—Eso es espléndido, Tom. Yo me apunto para la mitad del dinero.

—No, no lo harás.

—Sí lo haré.

—No lo harás. Si no hubiese sido por la conspiración, Jim no habría estado en ese sitio, y ahora no habría ningún problema. Yo tengo la culpa, y yo me haré cargo de la cuenta.

—Eso no es justo —dije—. ¿Cómo es que llegué a acaparar la mitad del dinero del robo[2] poniéndome asquerosamente rojo? ¿Fue por mi agudeza? No, fue por la tuya. Tenías derecho a haberlo cogido todo, y no lo hiciste.

Y así seguí hasta que se dio por vencido.

—Ahora bien —dije—, no somos tan tontos como crees por no haberlo pensado antes. No podíamos comprar a Jim *aquí*, porque es libre y nadie le compraría. No podíamos comprárselo a nadie *más que* al rey y al duque, y no podemos comprárselo *a ellos* hasta que se encuentre en un sitio libre de donde podamos llevárnoslo hasta Ohio, de allí a Canadá y después a Inglaterra; así que hemos pensado en eso bastante bien, y no somos nada tontos.

—Muy bien, entonces no somos tontos, pero ¿no fue una suerte que cuando fuimos río abajo, cuando no tenía ningún sentido, nos encontrásemos justo con el rey y el duque, y ahora vemos que Jim podría ser colgado seguro de no haber sucedido eso? Huck…, hay algo más en eso, ¿no crees?

Lo dijo muy solemne. Así que me di cuenta de que había dado con la mano de la Providencia otra vez, y así lo dijo.

—Me parece que deberías aprender a creer dentro de poco —dijo.

Yo comencé a decir «ojalá pudiese obtener el mérito por todo lo que hace otra persona», pero me lo guardé, me lo tragué sin decir nada. Es lo mejor. Después de pensar un rato, añadió:

—Tenemos que abandonar la conspiración, Huck, tenemos las manos demasiado llenas como para llevarla bien.

Yo me sentía muy solemne e iba a decir «De todos modos, ya no la estamos llevando, menos aún llevándonos el mérito, y ni siquiera merece la pena las molestias que nos estamos tomando», pero me lo tragué como había hecho antes. Me parecía lo mejor.

Después de cenar fuimos a la cárcel, le llevamos a Jim una tarta y alguna que otra cosa y le dijimos cómo íbamos a comprarlo en Cairo y llevarlo a Inglaterra para venderle, y por Jackson que reventó y se puso a llorar; la tarta se fue por el sitio equivocado y tuvimos que golpearle y aporrearle porque se hubiese ahogado hasta morir y muy bien podía haber sido colgado.

Cuando Jim se puso bien, contento, y desapareció su tristeza por completo, cogió su banjo y, en vez de cantar, *No tengo tiempo para quedarme aquí*, como había hecho desde que lo metieron en la cárcel, cantó *Jinny prepara la torta* y todas las canciones más alegres que conocía; y se rio una y otra vez del rey y del duque y de cualquier cosa hasta que casi se muere: daba gusto verle. Después se puso a bailar una descontrolada danza de negros, diciendo que no se había sentido tan joven de corazón desde que era niño.



Estaba deseando que su mujer y sus hijos viniesen a verle si le dejaban sus amos y el *sheriff*; antes no hubiese soportado la idea. Así que le dijimos que lo intentaríamos y que esperábamos tenerlos allí por la mañana para que pudiese verlos y despedirse de ellos antes de que el rey y el duque viniesen en el barco.

Aquella noche, embalamos nuestras cosas, y a la mañana siguiente fuimos a ver al juez Thatcher y sacamos ochocientos dólares. Este se mostró sorprendido, pero no obtuvo de mí ninguna información; Tom hizo lo mismo; luego fuimos a arreglar lo de Jim y su esposa y niños, sus amos fueron muy buenos y amables, pero no podían dejarlos libres en ese momento, los dejarían ir más tarde…, tal vez a la semana siguiente…, ¿había prisa? Por supuesto que tuvimos que decir que no, y fue una muy buena respuesta.

Después fuimos a la cárcel, y Jim se sintió terriblemente afligido, pero sabía que no podía evitarse y que tenía que dejar que las cosas siguieran su curso; sin embargo, no se desesperó, porque los negros están acostumbrados a eso.

Seguimos charlando muy cómodamente hasta que oímos que llegaba el barco; después nos entusiasmamos demasiado como para seguir hablando, y no hacíamos más que dar vueltas inquietos de arriba abajo; cada vez que sonaban los pernos y cadenas de la puerta de la cárcel, yo aguantaba la respiración y me decía a mí mismo: «¡Ahí llegan!». Pero no eran ellos.

No vinieron para nada. Estábamos desilusionados, y Jim también, pero no importaba, probablemente estarían en el calabozo por emborracharse y armar broncas y llegarían mañana. Así que escondimos el dinero y nos fuimos a pescar.

Al día siguiente se estableció que el juicio de Jim sería dentro de tres semanas.

Todavía no habían llegado ni el duque ni el rey.

Así que decidimos dejar que pasara un día más y, si para entonces no habían llegado, iríamos hasta el calabozo de Saint Louis para ver cuánto tiempo tenían que permanecer allí.

Bueno, pues como no llegaban, fuimos nosotros. ¡Y por san Jorge que no estaban en el calabozo, ni siquiera habían estado allí!

Era un espanto total. Tom se sentía tan mal que tuvo que sentarse en algo…, no podía soportarlo.

No sabíamos qué hacer; porque el calabozo era la única dirección que aquellos estafadores habían tenido siempre.

Entonces fuimos a probar si estaban en la cárcel. Tampoco sirvió de nada, pues no habían estado allí.

Aquello estaba empezando a ponerse verdaderamente terrorífico, y yo lo sabía. Pero teníamos que seguir moviéndonos, no podíamos descansar. Era un pueblo grandísimo —algunos decían que tenía sesenta mil personas, probablemente era mentira—, pero lo recorrimos igualmente de arriba abajo, buscando, sobre todo en los peores sitios, como uno que llamaban *El medio acre del Infierno*. Pero no pudimos dar con ellos, se habían ido…, fugado, igual que si los hubiesen soplado de una vela.

Estábamos cada vez más deprimidos, hasta el cuello, no había manera de resolver el asunto. Algo les habría pasado, claro, pero no había modo de adivinarlo; lo único que sabíamos es que era algo serio. Y podría ser terriblemente serio para Jim si esto seguía así. Pensé que podrían estar muertos, pero no dije nada, eso no ayudaría a que Tom se sintiese mejor.

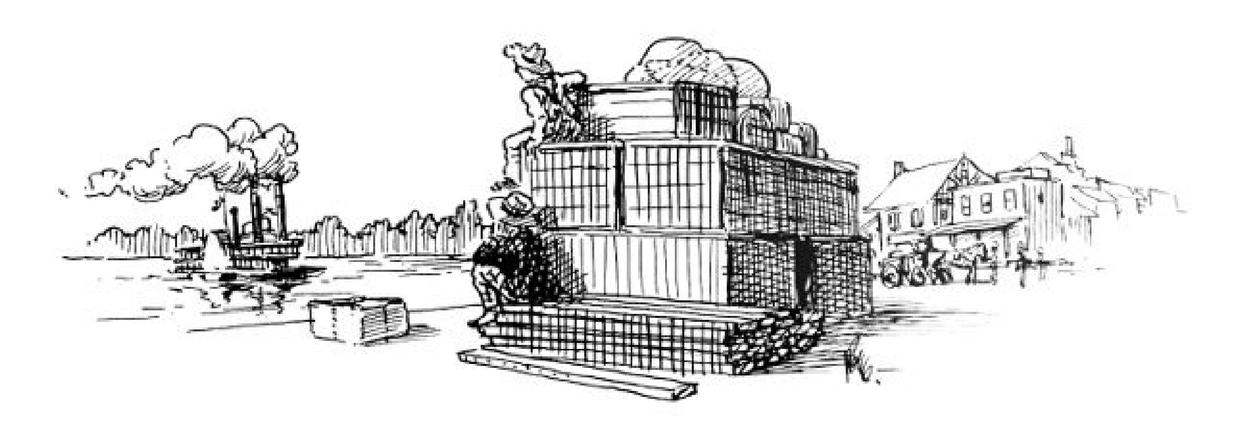
Tuvimos que darnos por vencidos y regresar a casa. No hablamos demasiado, no había nada que decir, pero mucho en qué pensar. Sobre todo en lo que le diríamos a Jim o en cómo fingir estar esperanzados.

Bueno, íbamos a la cárcel todos los días, y fingíamos que estábamos tranquilos, hacíamos como que estábamos muy alegres y lo hacíamos lo mejor que podíamos, pero nos salía bastante mal: aquello no engañaría a nadie más que al viejo Jim, que creía en nosotros. Seguimos así durante dos semanas, y ese fue el trabajo más duro y pesaroso que hayamos tenido jamás. Siempre decíamos que saldría bien, pero hacia el final no podíamos decirlo con ánimo y fuerza, y aquello hizo que Jim sospechase algo; entonces fue y se puso a animarnos él, a intentar alegrarnos, y eso casi nos desarmó; fue lo más difícil de soportar, porque demostraba que se había dado cuenta muy bien de que no teníamos ninguna esperanza de verdad, y aun así se olvidaba de sí mismo para preocuparse de nosotros.

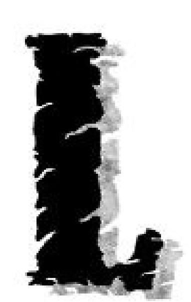
Sin embargo, había otra parte del día en que no estábamos en la cárcel. Era cuando el barco llegaba a puerto. Siempre estábamos allí, viendo todos los barcos que se acercaban a la orilla. Y a veces, cuando veía el barco acercarse sigilosamente, creía ver a los estafadores entre el gentío del castillo de proa, le daba un codazo a Tom y le decía: «¡Allí están!», pero era un error; así que acabamos yendo solo porque no podíamos evitarlo, y mirábamos a los pasajeros sin ningún interés, nos dábamos la vuelta y nos íbamos sin decir nada cuando todos habían bajado. Era un poco extraño: el mes pasado me hubiese roto el cuello por escapar del rey y el duque, pero ahora preferiría verlos antes que a los ángeles.

Tom estaba pálido, no sentía ningún apetito por su comida, no dormía bien, no tenía ánimos para nada y no hablaba; la tía Polly estaba preocupadísima por él y creía que los Hijos de la Libertad, junto con sus carteles y sus señales, habían asustado a Tom hasta ponerle enfermo; todos los días le atosigaba con cualquier clase de medicina que pudiese conseguir y le espiaba por la cerradura; en lugar de dársela al gato, Tom se la tomaba, y aquello la asustaba y la volvía loca mientras decía que, si ponía las manos encima a ese Hijo de la Libertad que iba por ahí desparramando sus carteles, por Dios que le rompería la piernas aunque fuera lo último que hiciese.

Yo y Tom teníamos que ser los testigos, el abogado de Jim era un hombre joven y nuevo en el pueblo que no tenía trabajo porque, claro, los demás no querían trabajar para un negro libre, aunque les ofreciésemos pagarles bien. Detestaban rechazar a Tom, pero estaban en su derecho, tenían que ganarse el pan y los prejuicios eran muy fuertes, cosa natural. Tom lo reconocía, ni siquiera él sería el abogado de un negro libre, a no ser que se tratase de Jim.



Capítulo X


A MAÑANA del juicio, la tía de Tom, Polly, le detuvo porque no iba a dejarle ir; dijo que no era un sitio para muchachos y, además, no le dejarían pasar: todo el mundo iría allí y no habría espacio; pero Tom dijo:

—Habrá sitio para mí y para Huck. Seremos los testigos.

Se quedó tan atónita que podríais haberla tirado abajo con un cascote; se colocó las gafas sobre la frente y dijo:

—¡Vosotros dos! ¿Qué sabéis de esto? ¡Me gustaría saberlo!

Pero nosotros no nos paramos a hablar, nos fuimos corriendo y la dejamos terminar de reponerse; porque estaba a punto de darle algo, como a todos.

El edificio de la corte estaba atestado. Había muchas señoras también…, siete u ocho bancos de ellas; la tía Polly, la viuda Douglas, la señora Watson y la señora Lawson se sentaron todas juntas, y los Thatcher y muchos más, detrás de ellas: toda gente de clase. Jim estaba allí, y también el *sheriff*.

Entonces llegó el juez, se sentó muy solemne y abrió la sesión; el señor Lawson soltó un discurso y dijo que tenía dos testigos para probar que Jim lo había hecho, que tenía un *motivo* y que también podía probarlo. Yo sabía que oír aquello no haría sentir bien a Tom.

El abogado joven de Jim dirigió otro discurso y dijo que iba a probar que tenía una *cortada*[1] y eso podían probarlo dos testigos; que aquello no lo había hecho Jim, sino un forastero desconocido. Eso hizo sonreír a todo el mundo, y yo lo sentía por aquel joven, porque estaba nervioso y asustado, sabía que no tenía el caso, así que no podía hablar fuerte y ser atrevido como el señor Lawson. Sabía que todo el mundo se estaba divirtiendo a costa suya y no le tenían en consideración por ser el abogado de un negro libre y un don nadie.

Flacker siguió en el estrado y contó su idea de cómo había sucedido todo; lo señaló en el mapa y siguió sus pistas, mientras todo el mundo contenía la respiración y estaba asombradísimo por oírselo decir de manera tan simple y clara, sin nada en el mundo más que su propio intelecto.

Entonces, el capitán Haines y Buck Fisher le contaron cómo habían atrapado a Jim en el mismísimo acto; cómo yacía muerto allí el pobre y viejo

Murciélago, mientras Jim se estaba poniendo de pie, tras haberle dado en la cabeza con el mosquete después de resbalar y caer sobre él.

Cuando enseñaron el mosquete, había óxido y pelos en el cañón, y la gente se estremeció, y cuando sujetaron en algo la ropa sangrienta se estremecieron todavía más.

Luego les dije todo lo que sabía y me quité de en medio, pero no sirvió de nada, porque no había nadie que creyese en ello, y eso que la mayoría de ellos lo había visto.

Entonces llamaron a Tom Sawyer y toda la gente murmuraba alrededor diciendo:

—Claro, esto no podría haber pasado sin que *él* estuviese metido en el asunto, no podría haber un buen eclipse si Tom Sawyer estuviese enfermo y no pudiera supervisarlo.

La tía Polly y las mujeres se animaban y se preparaban a preguntarse a qué clase de evidencia iba él a contribuir y quién iba a beneficiarse con ello.

—Thomas Sawyer, ¿dónde estabas la noche del sábado antes del domingo en que ocurrieron los hechos?

—Armando una conspiración.

—¿Haciendo qué? —dijo el juez, mirándole debajo del estrado.

—Armando una conspiración, señoría.

—Eso suena a algo peligrosamente sincero. Cuenta tu historia y ten cuidado de no revelar cosas que pudiesen perjudicarte.

Así que Tom siguió y contó todo el asunto, cómo habíamos armado la conspiración y la habíamos seguido a más no poder; el coronel Elder y el capitán Sam permanecían sentados allí con aspecto avergonzado o muy enfadado, pues la mayor parte de la gente se estaba riendo; y cuando Tom demostró que nosotros éramos los Hijos de la Libertad sacando los carteles con que habíamos asustado al pueblo pegándolos en las puertas, y demostró que había sido él y no Burrell, que era lo que Flacker decía, se rieron de nuevo; Flacker pareció sentirse mal y así fue.

Tom siguió contando la historia, clara y simplemente, sin mentiras, hasta el momento en que Jim salió detrás del árbol después de que había soplado la señal en el cuerno y todos nos fuimos al pueblo a probar la inquietud general —se veía que todo el pueblo lo creía, porque sonaba a cierto, no parecía un montaje—; la *cortada* estaba empezando a salir favorablemente, y la gente iba asintiendo con sus cabezas los unos a los otros, y también miraban más amigablemente a Jim; el señor Lawson no parecía tan tranquilo como antes, pero entonces vino la última pregunta:

—¿Para qué ibais los tres a la casa de Murciélago Bradish?

Entonces Tom contó esa parte de la conspiración y cómo iba a hacer el papel del negro prófugo y yo iba a fingirlo ante Bradish, pero Bradish ya tenía un negro…, y así todo. Contó que, al ir a examinar al negro por la noche, se dio cuenta de que no era un negro para nada, que tenía una llave en el zapato y que creyó que iba a escaparse, que quería volver allí para obtener pistas y cogerle él mismo antes de que se fugase. Toda la gente, incluido el juez, escucharon toda la historia, y parecía tan buena como un cuento sacado de un libro.

Tom contó también cómo había llegado allí durante el día y vio a Murciélago tendido muerto, y me dijo que fuera al cobertizo; después encontré el rastro de Jim, entonces me dijo que volviera, que todo estaba bien, que Jim había estado allí y que *él* sería el que lo contaría todo acerca del asesinato.

Muchos se sonrieron ante ese hecho, y el señor Lawson se partía de risa.

Pero Tom siguió con la historia, y contó cómo habíamos seguido el rastro hasta la casa encantada, que él se había arrastrado hasta allí y que había oído hablar a los asesinos, pero no los había visto.

—¿No los viste?

—No, señor —y les dijo por qué.

—Tal vez eran imaginarios —dijo el señor Lawson riéndose, al igual que muchos otros, y un tipo que estaba cerca de mí le dijo a un amigo:

—Mejor que se haya detenido cuando le estaba saliendo bien…, ahora tendrá que bordarlo.

—Sí —dijo el otro—, ahora lo está embrollando.

—Sigue —dijo el juez—, cuenta lo que oíste.

—Fue algo así. Uno estaba revolviéndose de vez en cuando y gruñendo, y el otro estaba quejándose; al poco rato el que se revolvía dijo en voz baja: «Calla ya, llorica, y deja dormir», y el que se estaba quejando dijo: «Si tu pierna estuviese tan malherida como la mía, tú también serías igual de llorica; todo ha sido culpa tuya; cuando Bradish vino y nos pilló huyendo, si me hubieses ayudado en lugar de intentar impedírmelo, le habría partido la cabeza justo allí, dentro del cobertizo, en vez de hacerlo fuera, y no habría tenido ocasión de chillar y de alcanzar a esos hombres corriendo, y nosotros no hubiésemos tenido que coger el atajo, herirme la pierna, permanecer allí, y que quizá nos cogieran antes de que anocheciese, ¿y todavía estás aquí, gruñéndome por llorica? Eso significa que no tienes corazón ni sentimientos cristianos ni educación». Entonces, el otro dijo: «Toda la culpa es tuya por

llegar tres o cuatro horas tarde…, y borracho, como siempre». «Yo no estaba borracho, me perdí…, eso no es ningún crimen, me parece». «Muy bien, dijo el otro, como quieras, pero ahora cállate y estate quieto; tendrás que ir pensando tu discurso de muerte, porque lo necesitarás cuando estés en la horca por ese gran trabajo, que fue una maldita estupidez innecesaria, y yo también seré colgado, y me lo tengo merecido, por estar en tan condenada compañía». El otro quería gruñir un poco más sobre su pierna, pero este dijo que si no se callaba que se la arrancaría y le daría con ella un testarazo en la cabeza. Así se callaron y yo me fui.

Cuando Tom terminó, todo estaba muy silencioso, como siempre que la gente ha estado escuchando una historia inventada que no había considerado, y lo siente por la persona que lo ha contado. Aquella quietud era una especie de gran tristeza. Por fin, el juez se aclaró la garganta y dijo, muy serio:

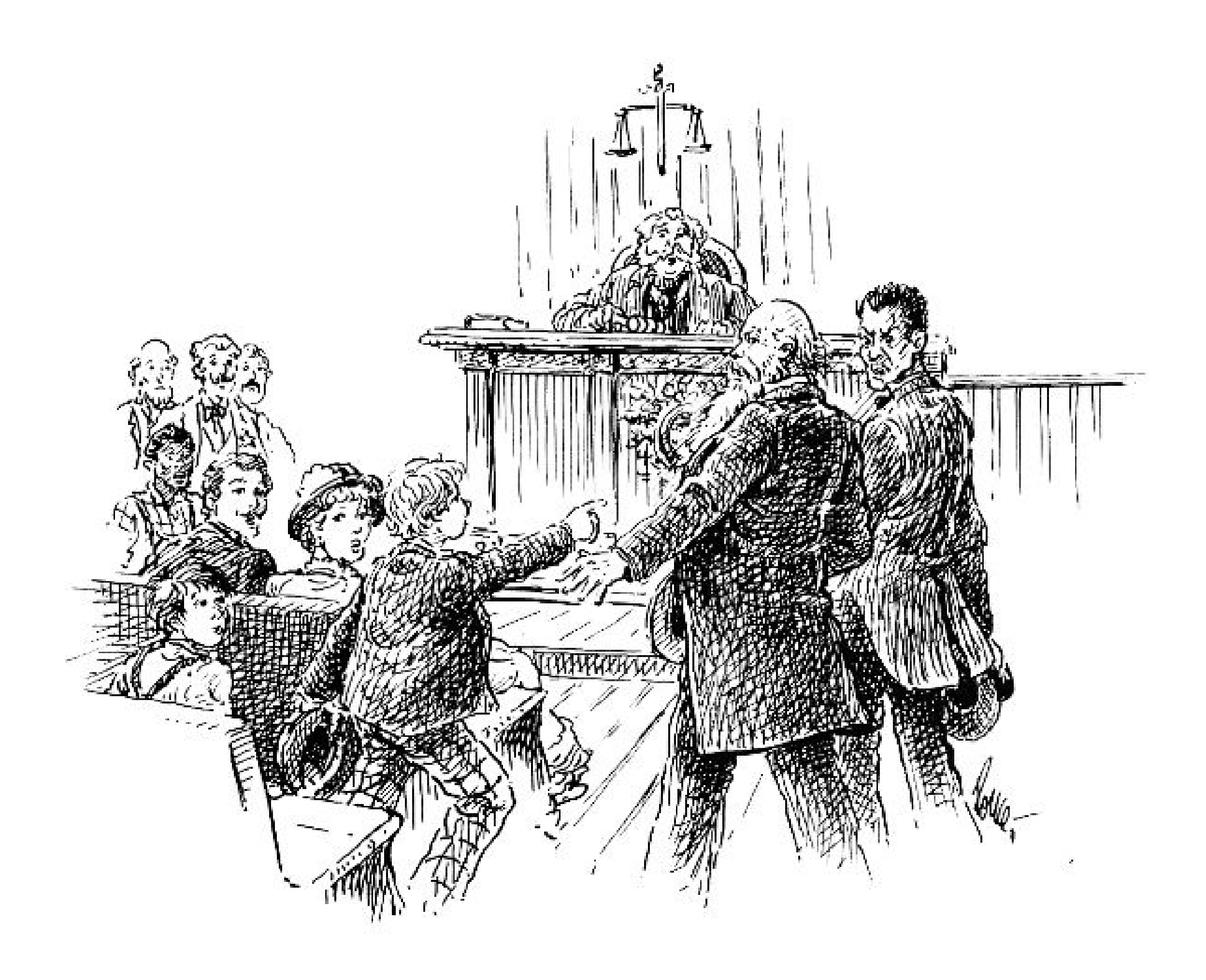
—Si esto es verdad, ¿cómo es que no has venido en seguida a contárselo al *sheriff*? ¿Cómo explicas eso?

Tom estaba jugueteando con un botón entre sus dedos y mirando hacia abajo. Aquella pregunta era demasiado para él y lo sabía. ¿Cómo iba a decir que no lo había hecho porque iba a resolver el asunto con los principios de los detectives y obtener la gloria por eso? ¿Y cómo iba decir que quería obtener mayor gloria por hacer que pareciese que Jim había matado al hombre, incluso cargarle con un *motivo*, y luego ir y contar todo acerca del motivo cuando el señor Lawson lo cogiese…, y que solo por él y por su estupidez los asesinos se habían marchado y ahora Jim iba a ser colgado por lo que habían hecho? No, señor, no diría nada. Así que cuando el juez esperó un momento, todos los ojos se posaron sobre Tom, que seguía tonteando con su botón, y cuando le preguntaron de nuevo por qué no había ido a contárselo al *sheriff*, tragó saliva dos o tres veces, y las lágrimas le asomaron a los ojos. Entonces dijo, en voz baja:

—No lo sé, señor.

Todo permaneció en silencio durante un minuto; luego los abogados dijeron sus discursos, y el señor Lawson estuvo increíblemente sarcástico con Tom y su cuento de hadas, como llamó a su historia, y entonces el jurado declaró culpable a Jim en primer grado en dos minutos, y el viejo Jim se puso de pie y el juez dijo su discurso diciéndole por qué debía morir; y Tom se sentó allí con la cabeza baja, llorando.

Y justo en ese momento, por san Jorge, el duque y el rey se hicieron paso a través de la multitud y llegaron al frente de la sala.



Entonces el rey dijo:

—Perdone un momento, señoría.

Tom levantó los ojos; entonces el duque dijo:

—Tenemos un asuntillo que…

Tom dio un salto y gritó:

—¡Reconozco sus voces…, son los asesinos!

Vaya, nunca habréis visto semejante revuelta. Todo el mundo se levantó y estiraba los cuellos para ver, el *sheriff* les rugió que se sentaran, y el rey y el duque, completamente atónitos, se pusieron bien blancos, ya os lo digo; el juez dijo:

—¿Por qué haces semejante acusación?

—Porque lo sé, señoría —dijo Tom.

—¿Cómo lo sabes…, si tú mismo has dicho que no habías podido ver a los hombres?

—Eso no significa nada, tengo las pruebas.

—¿Dónde?

Entonces sacó una hoja del libro de Murciélago y mostró el dibujo diciendo:

—Si este no se ha cambiado los zapatos, esta es la huella del izquierdo.

Y lo *era*, vaya que sí, y entonces el rey pareció sentirse muy mal.

—Muy bien —dijo el juez—. Procede.

Tom sacó de su bolsillo unos dientes falsos y dijo:

—Si no encajan en la boca del otro, entonces no es el mismo negro blanco que estaba en el cobertizo.



Apéndice

El autor y su época

Llegó y se fue con el cometa Halley

El cometa Halley trajo a Mark Twain en 1835 y también se lo llevó allá por 1910. En sus últimos años, aquel hombre de cabellos blancos y enorme bigote a juego, escribía: «El año próximo vuelve el cometa y espero irme con él… Sin duda, el mismo Dios debe de haber dicho: "Allí tenéis esas dos absurdas extravagancias: coincidieron al venir, que coincidan también al marcharse"». No sabremos nunca cuál fue el hecho precedente y cuál el consecuente: si Mark Twain se apresuró a morir sabiendo que llegaba el cometa, o si este llegó para coincidir con su muerte próxima; lo cierto es que «una aldea casi invisible de Florida, condado de Monroe, estado de Missouri» se vio de pronto privada de su anonimato sobre los intrincados mapas de la tierra por la pluma irreverente y burlona de uno de sus más divertidos habitantes.

Hannibal era entonces un mercado de granjeros a orillas del río Mississippi, en aquellos tiempos la frontera más extrema de la civilización yanqui. Norteamérica iniciaba la conquista del Oeste, y por el río transcurrían las interminables idas y venidas de los vapores, alrededor de los cuales giraba toda la actividad de los pobladores de Hannibal. Twain la describe así: «¡Vapooor a la vista!, y toda la escena cambia. El borracho del pueblo se mueve, los empleados se despiertan, se produce un traqueteo furioso de carros… y en un abrir y cerrar de ojos, la población revive y se mueve. Carros, carretas, hombres y muchachos, todos se apresuran desde distintos puntos, para ir a un centro común: el muelle… Al cabo de diez minutos, cuando ya se ha subido y bajado la carga del vapor, la población está muerta de nuevo y el borracho del pueblo vuelve a dormirse en los tablones». Uno de estos borrachos era seguramente el padre de Tom Blankenship, en el que está basado el personaje de Huckleberry Finn.

Samuel Langhorne Clemens[1], verdadero nombre de Mark Twain, se vio influido por varios hechos históricos: EE. UU. compraba la Luisiana francesa a Napoleón Bonaparte y se establecían los límites con Canadá en 1818. Más tarde, Fernando VII de España cedía la porción oriental de Florida y Oregón.

Tras la guerra con México, en 1846-1848, se anexionaron los territorios de Texas, Nuevo México y California.

La expansión de pobladores hacia el Oeste rompió el equilibrio político basado en la dualidad Norte-Sur del país. En 1861 los sudistas constituyen los Estados Confederados de América, bajo la presidencia de Jefferson Davis, con capital en Richmond (Virginia). La Guerra de Secesión duró cuatro años, y gracias a la superioridad del Norte se firma un armisticio cuya primera consecuencia fue la abolición de la esclavitud. Se consolida la unidad del país, empieza su reconstrucción, se produce el asesinato del presidente Lincoln y se forjan sociedades secretas como el Ku Klux Klan, con las que el problema del racismo se prolongaría, de manera solapada, hasta nuestros días.

Autores contemporáneos de Twain

Entre los autores literarios que rodearon a Mark Twain, destacan el poeta Walt Whitman (1818-1892), autor entre otras obras de *Hojas de hierba*, afanado por convertirse en el poeta y profeta del hombre común; Bret Harte (1836-1902), novelista de los pioneros, alguno de cuyos cuentos merecieron el aprecio de Borges, y Harriet Beecher Stowe (1812-1896) autora de *La cabaña del Tío Tom* («Tus Libros» n.º 122), una novela sobre la condición de los esclavos.

Los primeros años de Clemens transcurren entre Hannibal y su aldea natal, Florida, en donde la familia solía veranear en casa de su tío, lugar que aparece también reflejado en sus obras.

Aprendiz en una imprenta

Su padre muere cuando él cumple los doce años, y Samuel se ve obligado a dejar la escuela y a trabajar para ayudar en la economía familiar. Así, empieza como aprendiz en una imprenta y llega a publicar pequeñas colaboraciones en el periódico local.

Decide recorrer el mundo

A los dieciocho decide recorrer el mundo y se traslada a San Luis, Nueva York y Filadelfia. De camino a Sudamérica llega a Nueva Orleans en 1857 y allí, para conseguir el título de piloto, se enrola en un vapor que hacía la travesía desde San Luis hasta Nueva Orleans.

«La persona más llamativa del mundo»

Estos serían los primeros de la larga lista de viajes que Mark Twain realizó a lo largo de su vida. En 1891 escribiría: «He visto todos los países extranjeros que quería ver, excepto el cielo y el infierno, y solo tengo una vaga curiosidad en lo concerniente a uno de ellos». Hacia el final de su vida, expresaría su deleite por lo que veía. La campiña inglesa era «demasiado hermosa como para tenerla fuera de casa»; los atardeceres en Suecia eran los

más hermosos; y en la India encontraría a los nativos como «la gente más interesante del mundo». No todos sus viajes fueron fuente de placer, y así, en 1878, escribió en sus cuadernos: «¡Caray con el estúpido del tirolés este!». Y su intransigente francofobia iba más allá de una simple manía. Pero, en general, su simpatía y comprensión, así como su hábito de observación y análisis, se hicieron más profundos gracias a sus experiencias en el extranjero. Samuel L. Clemens se convirtió, según sus palabras, «en la persona más llamativa del planeta», un ciudadano del mundo cuyas opiniones influían poderosamente en los sentimientos del público.

Con el estallido de la guerra civil en 1861, Clemens vuelve a Hannibal para seguir a su hermano mayor Orion, ahora secretario del gobernador, hasta Nevada. Las peripecias de este viaje quedaron reflejadas en su libro *Pasando fatigas*.

Clemens sigue entonces hasta Virginia, donde firma sus artículos por primera vez como Mark Twain en 1863.

Comienza a publicar

En 1865 publica *Jim Smiley y su rana saltarina* en forma de carta, dirigida al escritor humorístico Artemus Ward, versión posteriormente ampliada y publicada en 1867 con el título *La célebre rana saltarina del distrito de Calaveras*.

A ese libro siguió en 1869 *Los inocentes en el extranjero* y obtuvo un gran éxito editorial.

A partir de ahí Mark Twain empieza a escribir crónicas de viaje en forma de cartas a un periódico y, bajo contrato del *Alta California*, emprende un viaje alrededor del mundo, que se interrumpe al llegar a Nueva York.

A bordo del Quaker City, Samuel L. Clemens conoce a Olivia Langdon, hermana de su amigo Charles, con la que acabaría casándose. Sus cartas de amor se publicaron bajo el título *Cartas de amor de Mark Twain*, y a ellas pertenecen fragmentos como «Olivia, te amo con la mayor ternura, continua y constantemente…».

Se casa con Olivia Langdon

Las vicisitudes de este cortejo quedaron reflejadas en el *Manuscrito de un muchacho* y en los suspiros de Billy Rogers por su «Querida Amy». En aquel entonces, Olivia había rechazado su propuesta de matrimonio dos veces, pero un año más tarde se casaron, en febrero de 1870.

En 1871 se establecen en Connecticut y al año siguiente tienen a su primera hija, Susan.

Conoce a Lewis Carroll

En 1872 se trasladan a Inglaterra, donde da una serie de conferencias y charlas, y tiene la ocasión de conocer a Lewis

Carroll (1832-1898), el autor de *Las aventuras de Alicia en el País de las Maravillas* («Tus Libros» n.º 157), y ridiculiza algunas de las instituciones inglesas en *Un yanqui en la corte del rey Arturo* o *El príncipe y el mendigo* («Tus Libros» n.º 89 y 96).

En 1873 escribe *La edad dorada*, con un vecino de Hartford, Charles Dudley Warner, pero fue un fracaso. A este le seguirían *Viejos tiempos en el Mississippi* (1875), *Las aventuras de Tom Sawyer* (1876) y *Las aventuras de Huckleberry Finn* (1885).

En 1878 la familia se traslada a Europa y con los apuntes del viaje escribe *Un vagabundo en el extranjero*.

De regreso, *Las aventuras de Huckleberry Finn* no es acogido bien por el público por su lenguaje atrevido, pero con el tiempo acabaría siendo reconocida como su obra maestra, y una de las más importantes de la literatura norteamericana.

Desgracias familiares económicas

Sin embargo, se avecinaban años malos para Mark Twain. Mueren su hija mayor y su esposa y luego enferman sus otras dos hijas. Pasa también por una mala época económica, de la que le ayudó a salir su amigo Henry Rogers, magnate del petróleo. A pesar de todo, sigue escribiendo y, por esa época, aparecen otros dos relatos del ciclo de Tom: *Tom Sawyer en el extranjero* y *Tom Sawyer Detective* («Tus Libros» n.º 143).

Mark Twain es nombrado doctor *honoris causa* por la Universidad de Yale, y al año siguiente, por la de Missouri. También lo invistió como tal la Universidad de Oxford, pero para entonces, Mark Twain estaba ya muy deprimido y enfermo, y esto queda reflejado en otras dos obras: *El hombre que corrompió a Hadlyeburg* y *El forastero misterioso* («Tus Libros» n.º 28). Sigue escribiendo *Mi novia platónica* y el *Diario de Eva*, con bromas acerca de los médicos que no pueden curarlo. Algunas de ellas quedaron reflejadas en frases como estas: «Ten cuidado cuando leas libros sobre la salud. Podrías morir por un error de imprenta […]. Por lo que respecta a si un hombre está o no a punto de caer realmente enfermo, no puedo emitir ningún juicio. Toda mi vida he estado a punto de ser un ángel, y hasta ahora jamás ha sucedido […]. La única manera de cuidar tu salud es comer lo que no quieres, beber lo que no te gusta y hacer lo que nunca pensarías hacer».

La muerte

Apenas sobrevive al fallecimiento de su hija pequeña, epiléptica: pocos meses después, moría de la mano de su única hija Clare y con el cometa Halley como invitado de honor a su funeral.

La obra

Los títulos que componen el presente volumen fueron escritos entre 1868 y 1902.

El *Diario de un muchacho* es el único trabajo acabado: el relato de los tormentos por mal de amores de un jovencito es claramente la semilla de Tom Sawyer, que Mark Twain comenzó a escribir varios años después.

El estado inacabado de las otras historias es en parte el resultado del método característico de composición que tenía Mark Twain.

Su método de trabajo

En 1906, explicó en su *Autobiografía*: «Mi trabajo no decaía mientras el libro pudiera escribirse por sí mismo. Así, yo tenía confianza y era un interesado amanuense. Pero tan pronto como el libro intentaba cambiar y dejar a mi mente el trabajo de resolver sus situaciones, inventar sus aventuras y conducir sus conversaciones, lo dejaba de lado y me lo quitaba de la cabeza». Su trabajo entonces permanecía archivado durante largo tiempo, hasta que su autor regresaba a él con renovado interés. Tal fue el caso de *Huckleberry Finn*, que fue dejado de lado en dos ocasiones, durante tres años.

No hay evidencia, sin embargo, de que reemprendiera alguna vez estos trabajos, sino que permanecieron tal cual, convirtiéndose así en uno de esos «libros que se niegan a ser escritos —en palabras del propio autor—. Se mantienen en sus trece, y no habrá quien pueda persuadirlos jamás de lo contrario. Y no es porque el libro no este allí ni merezca la pena ser escrito, sino porque la forma correcta del libro no se muestra a sí misma».

De cualquier manera, algunas historias estaban ya básicamente desarrolladas antes de que Mark Twain las dejara de lado. *Huck Finn y Tom Sawyer entre los indios* (1884) fue escrita como una continuación de *Huckleberry Finn*, cuando el autor estaba en la cima de su creatividad, una aventura que incorpora muchos de los elementos clásicos de un wéstern.

La conspiración de Tom Sawyer (1897) fue otro intento de continuación de *Huckleberry Finn*, constituyéndose en una parodia de una novela de detectives. Aunque quedó también inconclusa, mataría finalmente el gusanillo escribiendo su *Tom Sawyer, detective*.

Diario de un muchacho

Diario de un muchacho es uno de los primeros trabajos de Mark Twain, en donde pinta extensamente sus memorias de la infancia acaecida en Hannibal. En él, el autor demuestra su poder

de evocación y su especial don para el lenguaje coloquial, así como su preferencia intuitiva por los relatos autobiográficos como *Huckleberry Finn*.

Mark Twain completó el *Diario de un muchacho*, pero no lo publicó. Las primeras páginas del manuscrito, así como el título que le había puesto, se han perdido. El manuscrito fue encontrado por Albert Bigelow Pain, el editor póstumo de Mark Twain.

El personaje de Amy

El personaje de Amy está basado en Anna Laura Hawkins, nacida en Georgetown, Kentucky, el 1 de diciembre de 1837. Ella le recuerda así:

> Cuando nos mudamos a Hannibal, vivíamos enfrente de la de la familia Clemens. Recuerdo la primera vez que vi a Mark Twain. Iba descalzo y se acercó a nuestra casa haciendo el pino. Siguió dando brincos, tal como se describe a Tom cuando intenta impresionar a Becky. Me gustaba jugar con él todo el día, todos los días. Sam y yo jugábamos juntos como dos niñas. Tenía rizos claros por toda la cabeza, que bien podrían haber sido de una niña. Era un muchacho de modales suaves, mas bien tranquilo.
>
> […]
>
> En la primera escuela a la que fuimos, nos daba clases el señor Cross. Y Sam escribió:
>
> > *Cross by name and Cross by nature*
> > *Cross hopped out of an Irish potato*[2].
>
> Tras un año de ir juntos a aquella escuela, Sam y yo tuvimos al señor Horr. Fue entonces cuando empezó a enviarme notas y traer manzanas a la escuela para ponerlas encima de mi mesa […]. Aún no habíamos alcanzado la edad de ir a bailar, pero íbamos a muchas fiestas juntos, y jugábamos a las sillas musicales[3] […] Me llevó a aprender a patinar y yo me caí sobre el hielo con tanta fuerza que me quedé inconsciente, pero él no me dejó sola.

Anna se casó con James Fazer y tuvo dos niños. Mark Twain pensó que había muerto cuando escribió *Villagers* en 1897, pero ella regresó a Hannibal y se convirtió en la matrona del Hogar de los desamparados. Samuel cenó con ella en Hannibal, en 1902, y en 1908 Laura y su nieta fueron sus invitadas en Redding, Connecticut. Él le dio una fotografía suya firmada «Para Laura Fraser, con todo el amor de su primer novio». Mark Twain incluso basó su personaje de Becky en ella, en sus libros *Tom Sawyer* y *Huckleberry Finn*.

Huck Finn y Tom Sawyer entre los indios

Cuando Mark Twain comenzó a escribir *Huck Finn y Tom Sawyer entre los indios*, en julio de 1884, estaba leyendo las pruebas de *Huckleberry Finn*, que iba editarse en diciembre. El libro concluía con la promesa de Huck y Tom de vivir aventuras entre los indios del territorio. Mark Twain planeó publicar la continuación cuando aquella promesa aún estaba fresca en la mente de sus

lectores, pero no llegó a completarla ni a publicarla, abandonando sus esfuerzos al cabo de 9 capítulos.

Desencanto y disgusto de los retratos que J. F. Cooper hace de los indios

Clemens estaba especialmente ansioso por encontrar narraciones que le ayudasen a refutar los románticos retratos de los indios popularizados por James Fenimore Cooper y otros. Cuando viajó de Missouri al territorio de Nevada, se volvió un escéptico con respecto a «los nobles salvajes». Se preguntaba si no habría estado sobreestimando al piel roja, viéndole «bajo un halo romántico y de dulce luz de luna». Su desencanto le dejó disgustado con los retratos de Cooper: «Era curioso ver lo rápido que la pintura y el oropel se desvanecieron en él, dejándole traicionero, sucio y repulsivo… Merecen lástima, pobres criaturas, y pueden tener la mía… a esta distancia. Si se está más cerca de ellos, no tienen la de nadie».

Su primera fuente de información

Cuando escribió *Entre los indios*, la primera fuente de información de Mark Twain acerca del carácter y la cultura de los indios fue *Nuestros indios salvajes* (1883), escrito por un oficial del ejército, Richard Irvin Dodge, un libro lleno de generalizaciones pero muy exacto para su época. Dodge deseaba hacer desaparecer la imagen romántica del noble piel roja y, al mismo tiempo, educar a los que solo veían al innoble salvaje. Se refería al indio como a un hombre primitivo parcialmente civilizado, que podía convertirse en un ciudadano útil una vez que tuviese un sentimiento de moralidad. «Ahí tenéis un hombre que lo sabe todo acerca de los indios y que aún conserva cierta humanidad», escribió Mark Twain.

A estas lecturas, Mark Twain añadió las de otros autores, como Benneville Randolph Keim, Francis Parkman, George Armstrong Custer, y William Cody.

Historia de un secuestro

Convencido de la ferocidad de los indios, hizo girar su historia alrededor del secuestro de su heroína a manos de los salvajes. Sintiéndose incapaz de relatar una violación y sabiendo que era necesario hacerlo con cierto realismo, convencido de que su argumento así lo requería, abandonó la historia, probablemente a mediados de agosto 1884.

El episodio que alude a que los indios dejaban de lado a los locos o los idiotas, por la creencia de que estaban bajo la influencia de un dios maligno, puede haber sido escrito después de que Mark Twain leyese a Robert Montgomery Bird y su libro *Nick of the Woods*, de 1837. En aquella novela

Nathan Slaughter se pinta lagartos, serpientes y calaveras en la piel, y finge un episodio epiléptico para asustar a los indios.

Huckleberry Finn

El personaje de Huckleberry Finn está basado en Tom Blankenship, un compañero de juegos de su infancia. Su padre era uno de los borrachos de Hannibal y tenían 8 hijos. Tom Blankenship era el segundo. Se dice que cuando Pamela, la hermana de Clemens, oyó leer el capítulo 6 de *Las aventuras de Tom Sawyer* dijo: «¡Anda, pero si ese es Tom Blankenship!».

El propio Mark Twain lo describió así: «He perfilado a Tom Blankenship exactamente como era. Ignorante, sucio, mal alimentado, pero tenía el corazón más grande que haya tenido cualquier otro muchacho. Tenía una libertad sin restricciones. Era la única persona realmente independiente —ya fuese hombre o niño— de la comunidad, y en consecuencia estaba tranquilo y continuamente feliz. Era envidiado por todo el resto de nosotros. Nos gustaba, disfrutábamos de su compañía. Y su compañía nos estaba prohibida por nuestros padres, de manera que la prohibición triplicaba o cuadruplicaba su valor, y buscábamos su compañía más que la de cualquier otro chico».

En Abril de 1861 Tom sufrió una sentencia de 30 días por robar pavos, y en junio del mismo año fue arrestado de nuevo por robar cebollas de un jardín de Hannibal.

En 1889 Contz envió a Mark Twain un recorte del *Hannibal Journal* que decía que Tom había muerto hacía 10 años de cólera. Sin embargo, Clemens dijo haber oído en 1902 que a Tom lo habían nombrado juez de paz en un remoto pueblecito de Montana, y que era un buen ciudadano y muy respetable.

Tom Sawyer

El personaje de Tom Sawyer se basa en varios habitantes de Hannibal. Twain comentaría a este respecto: «Algunas veces era Will Bowen, o John Garth, Ed Stevens, Jim Holmes, Meredith o yo mismo, según se presentaba la ocasión».

La conspiración de Tom Sawyer

En *La conspiración de Tom Sawyer* (1897?-1902) Mark Twain intentó escribir otra continuación de *Huckleberry Finn* (1885). Tom, Huck, Jim, la tía Polly, la viuda Douglas, la señorita Watson y el juez Thatcher aparecen todos en esta historia, y el argumento gira en torno a las maquinaciones de aquella pareja de truhanes, el rey y el duque de Bilgewater.

No fue hasta 1896 cuando escribió el esbozo de lo que sería la primera *Conspiración*. Escribió: «Hagamos que Huck cuente como un hermano blanco, que se afeitó la cabeza, se puso una peluca de lana, ennegreció su piel

y fue vendido como un negro. Escapó aquella noche, se lavó y ayudó a perseguirse a sí mismo por dinero…».

Al año siguiente Mark Twain apuntó: «Tom vende a Huck como esclavo», y entre estas ideas para un nuevo *Huck Finn* esbozó este escenario: «Tom se disfraza de negro y es vendido en Arkansas por 10 dólares. Entonces él y Huck se unen a su persecución y captura después de quitarse el disfraz».

En Weggis, Suiza, durante el verano y principio del otoño de 1897, Mark Twain desarrolló la historia siguiendo el plan acerca del disfraz de Tom.

Fascinación por el mundo de los detectives

Aunque en un principio iba a ser una continuación de *Las aventuras de Huckleberry Finn*, *La conspiración de Tom Sawyer* surge en respuesta a la fascinación de Mark Twain, durante mucho tiempo, por el mundo de los detectives. En San Francisco, a mediados de 1860, había admirado genuinamente las peripecias de un detective, George Rose, con el que también bromeaba, diciendo que seguía a los sospechosos «por las huellas que dejaban en un pavimento de ladrillos». A finales de 1870 leyó las sensacionales historias del renombrado detective Allan Pinkerton, cuyas explicaciones acerca de las actividades de su agencia alcanzaron gran popularidad y crédito. En *La conspiración de Tom Sawyer* la insignia de los Hijos de la Libertad está basada en el emblema de Pinkerton, con el lema de «Jamás dormimos». A mediados de 1890 estaba familiarizado con las aventuras del Auguste Dupin, de Edgar Allan Poe, y con las del Sherlock Holmes, de *sir* Arthur Conan Doyle.

Como indican estos trabajos, el impulso predominante en Mark Twain era encontrar el lado divertido en el improbable y pretencioso comportamiento de los sabuesos ficticios, incluso si él mismo escribía un argumento dependiente de sus técnicas. Así, *La conspiración de Tom Sawyer* es otro trabajo contradictorio. El detective Jake Flacker soporta las burlas de Mark Twain, en tanto que la aplicación o falta de ella en el trabajo detectivesco de Tom Sawyer es la que mueve la historia. De cualquier manera, Mark Twain nunca estuvo satisfecho con el resultado, y el trabajo fue retomado de modo intermitente hasta el año 1902, en que lo abandonó definitivamente.

La viuda Douglas

El personaje de la viuda Douglas estaba basado en Melicent S. Holliday. Una mujer tal vez nacida en 1800, en Virginia, que era considerada la gran dama de Hannibal. Vivía justo al norte de Holiday’s Hill (llamada Cardiff Hill en la historia de Mark Twain), en una mansión construida por su hermano. Anna

Hawkins, compañera de juegos de Samuel L. Clemens, recuerda que sus paseos favoritos eran a Holiday's Hill.

> A la señora Holliday le gustaban los niños y su casa; recuerdo que se sentía especialmente atraída por nosotros. Tenía un piano, pero no era solamente un piano, era una pianola con un accesorio de tambor. ¡Oh, *La batalla de Praga* ejecutada con aquel maravilloso accesorio de tambor! Yo debía de tener cerca de diez años por entonces, y Sam era dos años mayor.

La señorita Watson

El personaje de la señorita Watson estaba basado en Mary Ann Newcomb, una maestra de Clemens. Nacida en Vermont y educada en el Este, viajó al Oeste para ingresar en la Universidad de Marion, Missouri, pero al final se instaló en Florida. Llevaba una escuela allí y frecuentaba a la familia Clemens. En 1839 se mudó a Hannibal. Acudía a casa de los Clemens a cenar a mediodía o por la noche. Samuel L. Clemens dijo de ella: «Debo mucho a Mary Newcomb, ella me motivó a leer».

La señora Bangs

A mediados de 1840 la señorita Newcomb se casó con el viudo John Davis. En las notas de la *Autobiografía de un condenado imbécil*, una historia inconclusa de 1877, Mark Twain indica que era su modelo para el personaje de la señora Bangs, «una persona delgada, alta, que cuando llegó al oeste tenía 30 años y enseñó 9 en nuestra escuela; luego se casó con el señor Bangs… Tenía una nariz larga y afilada, labios descoloridos, y no se podía distinguir el pecho de su espalda, como si tuviese la cabeza metida en el agujero del conducto de la estufa y estuviese buscando algo en el ático».

Jim

El personaje de Jim está basado en Daniel, un esclavo probablemente nacido en 1805, que pertenecía al tío de Clemens, John Adams Quarles, y que tenía una granja con varios acres cerca de Florida, Missouri. En 1897 Samuel recuerda sus veranos allí:

> Todos los negros era amigos nuestros, y los que tenían nuestra misma edad eran, en efecto, nuestros camaradas… Teníamos un fiel y cariñoso amigo, un aliado y consejero en el tío Daniel, un esclavo de mediana edad, cuya mente era la mejor del cuartel de los negros, de gran simpatía y calidez, y con un corazón sencillo y honesto, incapaz de ninguna astucia. Me sirvió bien durante muchos años. No le he visto en medio siglo; sin embargo, he sentido su compañía espiritual durante gran parte de este tiempo, y le he escenificado en mis libros bajo su propio nombre y el de Jim, y lo he llevado por todas partes —a Hannibal, bajando el Mississippi en una balsa, incluso por el desierto del Sahara en globo—, y él lo ha soportado todo con paciencia, amistad y lealtad… Fue en la granja donde comencé a desarrollar una gran inclinación por su raza, y mi aprecio por algunas de sus bellas cualidades. Este sentimiento y estima han superado la prueba de estos cincuenta años sin ser perjudicado. El rostro negro me es tan bienvenido ahora como lo era entonces. El 14

de noviembre de 1855, Quarles liberó a su «viejo y fiel sirviente Dann, que tiene ahora 50 años, unos seis pies de altura y es de piel negra».

La tía Polly

La tía Polly está basada en Jane Lampton Clemens, su madre, nacida en Kentucky en 1803, que se casó con su padre en parte para fastidiar a un anterior pretendiente. El pastor de Hannibal, Tucker, la recuerda como «una mujer de un temperamento muy alegre y dicharachero, afable, una gran persona».

Un hecho bastante común

El argumento de la historia estaba basado en un hecho bastante común en aquella época. Secuestrar esclavos era algo de lo más corriente. Las autoridades de Illinois arrestaban negros que no tuviesen certificado de libertad, y los retenían como aprendices durante un año. Incluso negros libres o sin dueño sufrían el riesgo de ser secuestrados y vendidos a los esclavistas: arrestaban a un hombre con un pretexto falso y después, cuando aparecía en la corte sin oportunidad de contar con papeles o testigos, lo reclamaban como un esclavo fugitivo.

Es cierto que estas dos historias son fragmentarias y están inacabadas, pero ambas pretenden entretener al lector, insistir en los respectivos caracteres de los dos protagonistas, y finalmente proporcionar una fresca mirada a lo más profundo del imaginativo universo de Mark Twain.

La traducción

Solo dos palabras más acerca de la traducción. El narrador es el propio Huck Finn, cuya formación intelectual conoce perfectamente el lector. Si se mira desde un punto de vista estrictamente académico, hay que advertir que Huck escribe mal, con un lenguaje exageradamente coloquial, plagado de incorrecciones, repeticiones, deformaciones de palabras, etc. Solo lejanamente es reproducible. Por otra parte tiene una habilidad especial para describir situaciones con unas imágenes tan ajenas al lenguaje convencional y al imaginario habitual de la literatura, que jamás se le ocurrirían a un escritor pulcro. Es preciso tenerlo en cuenta para valorar un estilo aparentemente desaliñado y torpe, pero con una frescura, un ingenio y un humor difíciles de superar.

MAYLEE YÁBAR-DÁVILA

Bibliografía

AÑO	TÍTULO ORIGINAL	TÍTULO CASTELLANO
1867	*The Celebrated jumping Frog of Calaveras County and Other Sketches*	*La célebre rana saltarina del distrito de Calaveras* (1940)
1869	*The Innocents Abroad, or the New Pilgrims Progress; being some account of the steams hip quaker city's pleasure excursion to Europe and the Holland; with descriptions of countries, nations, incidents and adventures, as they appeared to the author*	*Los inocentes en el extranjero* (1945)
1871	*Mark Twain's (burlesque) Autobiography and First Romance*	*Autobiografía* (1962)
1871	*Mark Twain's Memoranda: from the Galaxi*	Memorandum de Mark Twain: desde la galaxia
1872	*Roughing it*	*Pasando fatigas* (1948)
1872	*A Curious Dream and Other Sketches*	*Un sueño raro* (1962)
1872	*Screamers: a Gathering of Scraps of Humour*	Cuentos humorísticos originales de Mark Twain (1910)
1872	*The Innocents at Home*	*Los inocentes en su país* (1944)
1872	*The Gilded Age: a tale of today* - Con Ch. Daudley Warner	*La edad dorada* (1935)
1874	*Sketches*	Relatos cortos
1875	*Sketches, New and Old*	Relatos cortos nuevos y antiguos
1876	*The Adventures of Tom Sawyer*	*Las aventuras de Tom Sawyer* (1909)
1876	*Old Times on the Mississippi*	*Viejos tiempos en el Mississippi* (1974)
1877	*A True Story and the Recent Carnival of Crime*	*Los hechos relativos a la reciente orgía de crímenes de Connecticut* (1975)
1878	*An Idle Excursion*	Una excursión tranquila
1878	*Punch, Brothers, Punch! and Other Sketches*	*Taladrad, hermanos, taladrad* (1962)
1880	*A Tramp Abroad*	Un vagabundo en el extranjero
1881	*A Curious Experience*	*Una aventura curiosa* (1962)
1881	*The Prince and the Pauper*	*El príncipe y el mendigo* (s.a.)
1882	*The Stolen white Elephant*	*El robo del elefante blanco* (1943)
1883	*Life on the Mississippi*	*La vida en el Misisipí* (1947)
1884	*The Adventures of Huckleberry Finn*	*Las aventuras de Huckleberry Finn (el*

	(Tom Sawyer comrode)	*camarada de Tom Sawyer)* (1923)
1889	*A Connecticut Yankee in King Arthur's Court*	*Un yanqui en la corte del rey Artús* (1943)
1891	*Facts for Mark Twain's Memory Builder*	*Datos para reconstruir los recuerdos de Mark Twain*
1892	*The American Claiman*	*El conde americano* (1944)
1892	*Merry Tales*	*Narraciones humorísticas* (s.a.)
1893	*The £ 1 000 000 Bank-Note and Other New Stories*	*El billete de un millón de libras esterlinas* (1953)
1894	*Tom Sawyer Abroad, by Huck Finn*	*Tom Sawyer a través del mundo* (1943)
1894	*Pudd'nhead Wilson: a tale*	*Cabezahueca Wilson* (s.a.)
1896	*Personal Recollections of Joan of Arc* - Prepublicada en *Harper's*	*Juana de Arco (novela histórica)* (1949)
1896-1897	*Tom Sawyer Abroad, Tom Sawyer Detective and Other Stories As Tom Sawyer, Detective, as told by Huck Finn, and other tales*	*Tom Sawyer detective* (1909)
1897	*Following the Equator: a journey around the world as More tramps abroad*	Siguiendo el Ecuador un viaje alrededor del mundo con Más vagabundos en el extranjero
1900	*The Pains of Lowly Life*	Los sinsabores de la vida humilde
1900	*The Man that Corrupted Hadleyburg and Other Stories and Essays*	*El hombre que corrompió a una ciudad* (1947)
1901	*English as she is Taught*	Inglés como se lo enseñan
1901	*To the Person Sitting in Darkness*	A la persona sentada en la oscuridad
1902	*A Double Barrelled Detective Story*	*Dos detectives ante un barril* (1942)
1903	*My Debut as a literary Person, with Other Essays and Stories*	Mi primera experiencia literaria, con otros ensayos e historias
1904	*A Dog's Tale*	Cuento de un perro
1904	*Extracts from Adam's Diary*	*Extractos del diario de Adán* (s.a.)
1905	*King Leopold's Soliloquy: a defense of his Congo Rule*	Soliloquio del rey Leopoldo: una defensa de su dominio del Congo
1906	*Eve's Diary*	*Diario de Eva* (s.a.)
1906	*What is Man?* (publ. anónima)	*¿Qué es el hombre?* (1946)
1906	*The $30 000 Bequest an Other Stories*	*Un legado de 30 000 dólares* (1962)
1907	*A Horse's Tale*	*La historia de un caballo* (1953)
1909	*Is Shakespeare Dead?*	*¿Ha muerto Shakespeare?* (1923)
1909	*Extract from Captain Stormfield's Visit to Heaven*	*El capitán Tormentas* (1910)
1910	*Queen Victoria's jubilee*	El jubileo de la reina Victoria
1911	*Letter to the California Pioneers*	Carta a los pioneros de California
1916	*The Mysterious Stranger: a romance*	*El forastero misterioso* (1950)
1919	*The Curious Republic of Gondour and Other WhimsicaJ Sketches*	La curiosa república de Gondour y otros relatos extraños
1942	*Boy's Manuscript*	*Diario de un muchacho* (1999)
1969	*Huck Finn and Tom Sawyer among the Indians. Tom Sawyer's Conspiracy*[1]	*Huck Finn y Tom Sawyer entre los indios. La conspiración de Tom Sawyer*

(1999)

Aparte de su obra narrativa, Twain escribió artículos para diversos periódicos, algunos ensayos, más la correspondencia y multitud de notas sueltas sobre viajes y temas variados aparecidas en ediciones póstumas.

Notas

[1] Son nombres de canicas. <<

[2] En primer lugar, se trata en realidad de la ipecacuana, planta rubiácea de América meridional, cuya raíz es muy usada en medicina.

El calomelanos es el cloruro mercurioso, usado antiguamente en medicina como purgante y vermífugo. <<

[3] Sulfato de magnesia natural. <<

[4] Planta poligonácea que se usa como purgante. <<

[5] Tintura o extracto de opio. <<

[6] Billy evoca un pirata ficticio y cuatro reales, aunque legendarios.

William Kidd (1645-1701) fue comisionado por el rey Guillermo III para suprimir la piratería, sobre todo en la costa de América, pero más tarde se le acusó a él mismo de ser un pirata, siendo condenado y ahorcado.

Sir Henry Morgan (1635-1688) fue un bucanero británico que asaltó las posesiones españolas en las Indias occidentales y en América Central.

Charles Gibbs (1794-1826) era francés, y lideraba una banda de piratas y contrabandistas que tenían sus cuarteles en la costa de Luisiana.

Durante la guerra de 1812, Jean Lafitte (c. 1780-c. 1825) y sus hombres ayudaron al general Andrew Jackson a defender Nueva Orleans y como recompensa fue perdonado por los crímenes cometidos.

El Gran Vengador Negro del Meno Español o El Demonio de Sangre (1847) fue una sensacional novela de aventuras del escritor de aventuras norteamericano Ned Buntline (1823-1886). <<

[7] Esta escuela es similar a una clase de catequesis. Los niños que profesan la religión presbiteriana asisten a la escuela de la iglesia, un par de horas todos los domingos, además de la «normal» de lunes a viernes. <<

[8] Cada detalle del incidente mencionado más arriba es estrictamente cierto, como que tengo un motivo excelente para recordarlo. (Nota del autor). **<<**

[9] En los juegos de juglares, Bones era el que tocaba los huesos o las castañuelas. Bones (que significa huesos) y el de la pandereta (o el banjo) se conocían con el nombre de «los hombres de los extremos»; se sentaban en los extremos opuestos del escenario, cantaban canciones cómicas y hacían bromas a costa, generalmente del «hombre del medio». Twain recuerda el primer *show* de negros juglares que vio en Hannibal cuando contaba con 10 años de edad más o menos. <<

[10] Toro. <<

[1] Hacha de guerra de los pueblos amerindios que poblaban las grandes praderas de América del Norte. **<<**

[2] Pocahontas (c. 1595-1617), era hija de un importante jefe indio llamado Powhatan que gobernaba más de 25 tribus de la zona de Virginia. Al principio, las relaciones con los colonos ingleses eran cordiales, pero después los indígenas capturaron y condenaron a muerte al fundador de la colonia. Cuando este iba a ser ejecutado, Pocahontas imploró misericordia ante su padre, el cual lo perdonó. Las relaciones entre Powhatan y los colonos siguieron deteriorándose, y estos tomaron a Pocahontas como rehén para negociar una paz permanente. Durante su cautividad fue tratada con gran respeto, y decidió convertirse al cristianismo, siendo bautizada con el nombre de Rebecca. Enamorada de un distinguido colono, se casó con él al ser liberada. En 1616, la pareja fue invitada a visitar Inglaterra, siendo recibida en la corte. Allí, Pocahontas contrajo la viruela, muriendo al poco tiempo. Su único hijo, Thomas Wolfe se educó en Inglaterra y más tarde emigró a Virginia. <<

[1] James Fenimore Cooper (1789-1851), novelista norteamericano, hijo de un colono, pasó su niñez en la región del lago Otsego, familiarizándose con la vida de los leñadores y de los pieles rojas. De entre sus más de treinta novelas de aventuras destacan cinco —*Los pioneros*, *La pradera*, *El trampero, Deerslayer* y *El último mohicano*, publicada esta en el n.º 132 de la colección «Tus Libros»— en las que precisamente da una imagen épica de la lucha entre los pieles rojas y los pioneros, destacando la descripción de los grandiosos paisajes y de las costumbres de los indígenas norteamericanos. **<<**

[2] Roedor fitófago, diurno, excelente zapador y muy prolífico. Pertenece a varias especies que habitan en América del Norte, incluido México, la más conocida de las cuales es la *Cynomys ludovicianus*, o perro de las praderas de cola negra. <<

[3] Ave rapaz accipitriforme de América, de unos 80 cm de longitud, con la cabeza desnuda en la parte anterior y surcada de arrugas transversales, cola débil y larga, y tarsos cortos. Vive en bandadas y se alimenta de materias orgánicas en descomposición. <<

[1] En el original inglés, *rod*, antigua medida de longitud equivalente a 5,029 metros. <<

[1] Los indios ogallallah u oglala son una tribu de siux tetón asentados al oeste del río Missouri. <<

[1] Los indios brulé son también una tribu de siux tetón asentados al oeste del río Missouri. <<

[1] Harriet Beecher Stowe (1811-1896), novelista norteamericana, hija de un predicador evangelista. En 1836 se casó con el reverendo Calvin Stowe, abolicionista acérrimo. Entre 1851y 1852 escribió *La cabaña del tío Tom* (n.º 122 de la colección «Tus Libros»), que es uno de los más potentes medios de propaganda del movimiento antiesclavista. <<

[2] Oliver Cromwell (1599-1658), político y gobernante inglés. Representante de la nobleza rural inglesa (*gentry*), su oposición al absolutismo de Carlos I (1625-1649) le llevó a encabezar la Guerra civil (1642-1649) entre la Corona y el Parlamento, la llamada Primera Revolución inglesa, que acabó con la ejecución del monarca (1649). Cromwell instauró un régimen personalista de gobierno, abolió la Cámara de los Lores y tomó el título de Lord protector de la República.

George Washington (1732-1799), militar y político norteamericano, fue uno de los jefes de la oposición a la política colonial británica. Luchó en la Guerra de la Independencia (1775-1783), logrando la capitulación de Yorktown (1781), que decidió la victoria de las trece colonias americanas, cuya independencia fue reconocida en el Tratado de Versalles (1783). Fue el primer presidente de los Estados Unidos.

La Revolución francesa es el término con el que se conocen los movimientos revolucionarios que se produjeron en Francia desde la apertura de los Estados Generales (5 de mayo de 1789) al golpe de Estado del 18 Brumario (7 de noviembre de 1799) y que pusieron fin al Antiguo Régimen en Francia. Es considerada como la primera revolución liberal. <<

[3] Personajes de *Las aventuras de Huckleberry Finn* (n.º 8 de esta colección). Concretamente, el rey y el duque son dos farsantes —uno se hace pasar por Luis XVII, el delfín desaparecido, hijo de Luis XVI y María Antonieta, y el otro, por descendiente directo del duque de Bridgewater— que intentan engañar y apoderarse de la herencia de tres hermanas, Mary Jane, Susan y Joanna, la del labio leporino. **<<**

[4] Georges Cadoudal (1771-1804), conspirador francés. Fue uno de lo jefes más activos de los *chuanes* bretones en lucha contra los revolucionarios franceses. En 1800 organizó la conspiración de la «máquina infernal» contra Napoleón, entonces primer cónsul, y en 1803 intervino en un nuevo complot, a causa del cual fue procesado y guillotinado. <<

[5] La noche del 24 de agosto de 1572 tuvo lugar la matanza de San Bartolomé, que supuso el asesinato en París y otras ciudades francesas de miles de hugonotes. <<

[6] Huck dice *bile* («bilis»), en lugar de *boil* («bullir»). <<

[1] En realidad, la grafía exacta, en francés, es *rendez-vous*. **<<**

[2] Guy Fawkes (1570-1606), soldado y conspirador inglés que, después de convertirse al catolicismo, fue el principal agente de la Conspiración de la pólvora: fue arrestado en los sótanos del Parlamento el día antes de llevar a cabo su atentado.

Titus Oates (1649-1705), aventurero inglés que, en 1678, simuló un «complot papista», con apoyo extranjero, cuyos fines eran asesinar al rey y destruir el protestantismo, y del que informó a la corte. Aunque Carlos II descubrió en seguida la superchería, la opinión inglesa se dejó engañar. Los católicos sufrieron persecuciones violentas, hasta que en 1680 se sospechó la impostura y muchas víctimas de las calumnias de Oates fueron absueltas. En 1685, el duque de York le declaró convicto de perjurio y fue encarcelado, pero la revolución de 1688 le liberó. <<

[3] Pez teleósteo, abundante en los ríos de América. Su carne es amarillenta, sabrosa y con pocas espinas. <<

[1] En el original inglés, *white trash* («basura blanca»), término que se daba en Estados Unidos a los blancos pobres del Sur. **<<**

[2] Como todos recordarán, Sid es el hermano (o mejor dicho el hermanastro) menor de Tom, y Mary, su prima. <<

[3] Plato hecho con migas de pan remojadas en agua. <<

[1] Lo que Huck dice es *bowl*, que es «bol», pero lo hemos traducido por *bowel*, «intestino», «tripa», que es a lo que se refiere en realidad. <<

[2] Como es habitual, Huck, que desconoce la jerga tipográfica, interpreta literalmente lo que oye: *hell* es «infierno», pero también un término utilizado por los impresores para los tipos que no sirven o que están rotos. A continuación nos encontramos con *printer's devil*, que es el «diablo del impresor», o «aprendiz». *Pi*, que suena igual que *pie*, «tarta» o «pastel», es el término utilizado para un grupo de tipos mezclados (en el argot tipográfico español se dice «empastelar» y «empastelamiento»). *Stick and rule*, un «palo y una regla», sirven para componer. En español se llama «componedor», regla con un borde a lo largo y un tope en uno de los extremos, en el cual se colocan las letras y signos que han de componer un renglón. **<<**

[3] Se refiere, como es lógico, a Johannes Gensfleisch Gutenberg (entre 1394 y 1399-1468) y a Johann Fust (c. 1400-1466), que colaboraron juntos entre 1440 y 1455. <<

[4] La palabra *blow*, en inglés, tiene varios significados, pero los que interesan aquí serían el de «soplido» y el de «golpe». Sin embargo, lo hemos traducido como «sonido» para que se entiendan los juegos de palabras que vienen después. <<

[5] Noah Webster (1758-1843), gramático y lexicógrafo norteamericano; defendió el principio de que «la gramática debe fundarse en el lenguaje y no el lenguaje en la gramática», y es autor de varios diccionarios de la lengua inglesa. <<

[6] Huck vuelve a confundir las palabras: en este caso *forward* es «adelante» o «de frente» en el argot militar, y él, al separarlas, dice *word* («palabra») en vez de *ward*. <<

[1] Juego de palabras: Huck, que no ha entendido correctamente la palabra *clues*, «pistas», ha transcrito, *clews*, «ovillos». <<

[1] Aquí se produce otra divertida confusión de Huck, entre *prosecuting attorney* y *prostitution*, «abogado de la acusación» y «prostitución». <<

[1] Juego de palabras entre *sickly*, «empalagoso», y *healthy*, «saludable». **<<**

[2] Huck sigue diciendo «prostitución» en lugar de «acusación». <<

[3] Asamblea de los indios norteamericanos. <<

[4] Personajes de *Las aventuras de Huckleberry Finn* (n.º 8 de esta colección). Concretamente, el rey y el duque son dos farsantes —uno se hace pasar por Luis XVII, el delfín desaparecido, hijo de Luis XVI y María Antonieta, y el otro, por descendiente directo del duque de Bridgewater— que intentan engañar y apoderarse de la herencia de tres hermanas, Mary Jane, Susan y Joanna, la del labio leporino. <<

[1] Juego de palabras —el personaje habla mal— entre *suppose*, «supongamos», y *spose*, «esposa». <<

[2] Huck está confundiendo con los patriarcas las dos ciudades palestinas que, según la Biblia, fueron destruidas por una lluvia de fuego por los graves pecados de sus habitantes. <<

[3] Evidentemente, se refiere a la Torre de Londres y a William Shakespeare. <<

[1] Cairo, Illinois, estaba situada en la confluencia de los ríos Mississipi y Ohio. <<

[2] En los capítulos 34 y 35 de *Las aventuras de Tom Sawyer* (n.º 118 de esta colección) Huck recibió la mitad de los doce mil dólares que él y Tom recobraron de los ladrones. La viuda Douglas invirtió la mitad de Huck al 6 % y el juez Thatcher hizo lo mismo con la mitad de Tom. <<

[1] Coartada. <<

[1] Los datos sobre la época de Mark Twain pueden hallarse en los respectivos apéndices de *Las aventuras de Tom Sawyer* y *Las aventuras de Huckleberry*, publicados en los números 118 y 8 de esta misma colección. <<

[2] Irritable de nombre e irritable por naturaleza / Cross saltó de una patata irlandesa. <<

[3] Este juego consiste en poner sillas en círculo y rodearlas al ritmo de una música. El número de sillas es igual al número de participantes menos uno. Cuando la música se detiene, hay que sentarse y el jugador que se queda sin silla queda eliminado. <<

[1] Estas obras fueron publicadas por primera vez, junto a otras, bajo el título *Hannibal, Huck & Tom*, por la University of Callifornia PRess. Ambas obras, así como *Boy's Manuscript*, fueron publicadas en una edición crítica, bajo el título *Huck Finn and Tom Sawyer among the Indians and other unfinished stories*, por la misma editoria en 1989. <<